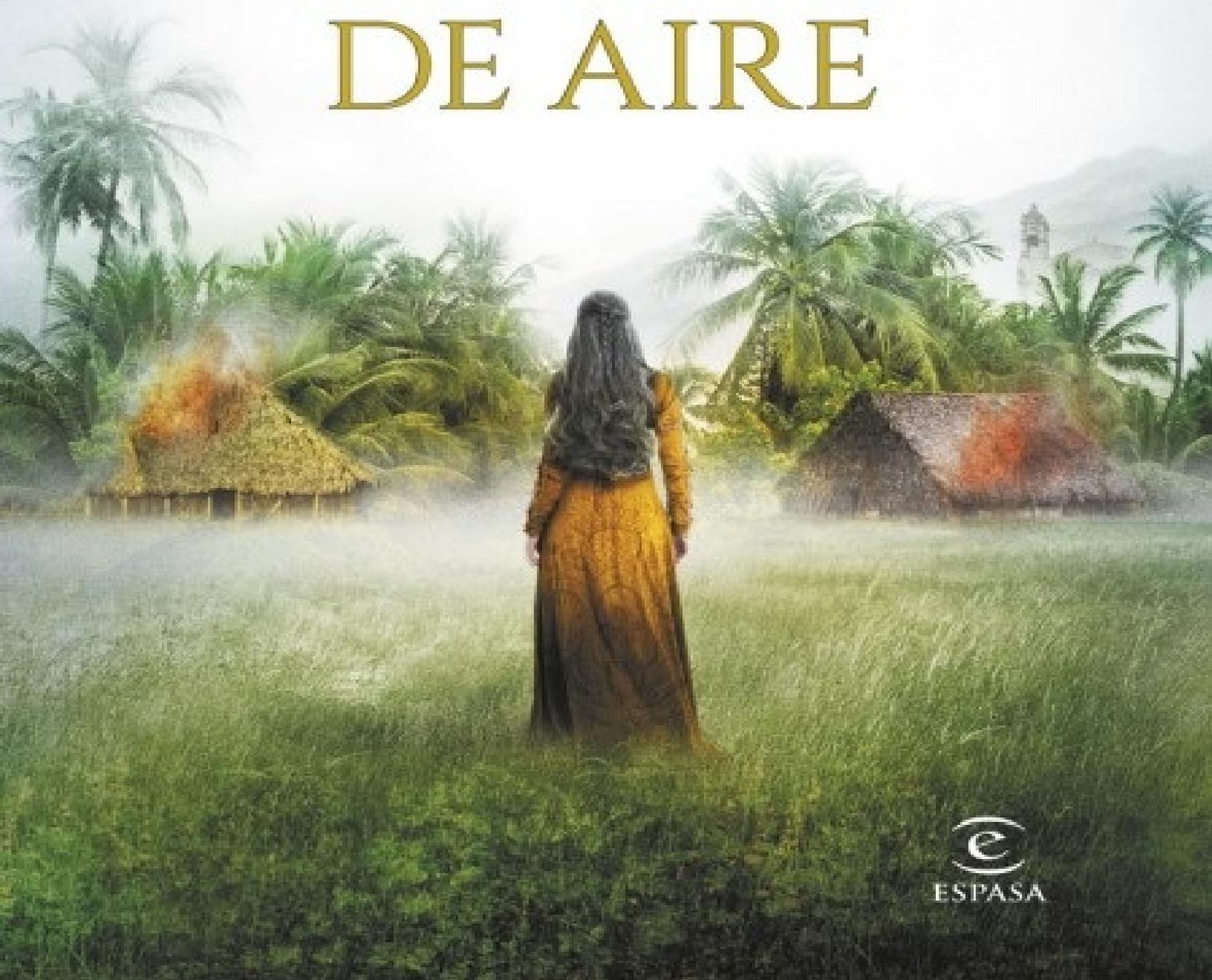


LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL
MANUSCRITO
DE AIRE



Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[El manuscrito del aire](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos y deudas](#)

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El 6 de enero de 1515, una pequeña aldea de indios taínos muy próxima a la ciudad de Santo Domingo, en la isla La Española (Haití, para los nativos), es arrasada por el fuego. Conmovidos por la tragedia, varios frailes dominicos se dirigen a España para rogar al rey que envíe a alguien a la isla para descubrir a los culpables y hacer justicia.

El encargado de la investigación será Fernando de Rojas, hombre resuelto y de confianza, autor de la célebre *Celestina*, que acepta el encargo pese a las enormes dificultades que entraña. Una vez allí, Rojas conocerá de primera mano la situación en la que se encuentran los indios, cuya población ha sido diezmada desde la llegada de los españoles, que los utilizan como esclavos para extraer oro. De hecho, entre los posibles motivos de la masacre están precisamente el castigo y la venganza por haberse rebelado..

LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL
MANUSCRITO
DE AIRE

*Para mi madre
y para mi hija,
siempre.*

Veo que nuestros isleños de La Española son más felices que aquellos [que conoció Eneas], siempre que reciban la doctrina cristiana, ya que pasan su existencia desnudos, libres de pesas y medidas y del mortífero dinero, viviendo en la Edad de Oro, sin leyes, ni jueces calumniosos, sin libros, contentos con su estado natural, sin preocuparse en absoluto por el futuro...

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA, *Décadas del Nuevo Mundo*, 1516

Podemos, pues, llamarlos bárbaros según los preceptos que dicta la razón, pero no si los comparamos con nosotros, que los superamos en toda clase de barbarie.

MICHEL DE MONTAIGNE, «Sobre los caníbales», *Ensayos*, 1580

La fuerza de uno es solo un accidente que se deriva de la debilidad de los otros.

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*, 1899

PRÓLOGO

(Isla de La Española, 6 de enero de 1515)

Cuanto más hermosa y fértil es una tierra, más llena está de peligros y asechanzas. La isla de La Española o Hispaniola, llamada Haití y Quisqueya por los nativos, era de una abundancia y belleza sobrecogedoras. «La más hermosa cosa del mundo», según dejó escrito Cristóbal Colón en uno de sus diarios de a bordo. Tanto era así que, cuando el almirante puso el pie en ella, en su primer viaje a las Indias Occidentales, creyó hallarse ante el Paraíso Terrenal, con su tentadora manzana en forma de pepitas de oro, y más tarde, cuando descubrieron las minas del Cibao, ante las del propio rey Salomón. Los taínos, por su parte, pensaron que los españoles venían del cielo, por haber arribado en grandes barcos que los indios veían como enormes pájaros o torres flotantes, pero pronto se dieron cuenta de que, por lo general, eran hombres codiciosos y crueles, mucho más aun que los *caribes*, sus tradicionales enemigos, que eran bravos, flecheros y comían carne humana.

Habían pasado poco más de dos décadas desde la llegada de los primeros españoles y la población taína había disminuido de forma muy notable. Los pocos indios que aún quedaban habían sido repartidos, una vez más, entre los encomenderos y las autoridades y oficiales reales de la isla: factores, contadores, veedores, alcaldes mayores, alcaides de fortalezas..., que solían utilizarlos para extraer el oro de las minas o de las cuencas de los ríos, trabajar en las haciendas y granjerías o realizar tareas domésticas.

Algunos de ellos habían logrado escapar, aprovechando la confusión causada

por el cambio de encomenderos, que los obligaba a desplazarse a otros lugares, y se habían refugiado en el monte gracias a la ayuda de los frailes dominicos, que desde su asentamiento en La Española se habían convertido en los únicos defensores de los naturales de la isla. Uno de los grupos huidos se había establecido por el momento en una pequeña aldea o *yucayeque*, llamada Aabayagua, no muy lejos de la ciudad de Santo Domingo, en un lugar alto y apartado, en medio de un claro del bosque. Esta había sido abandonada por sus antiguos pobladores después de la llegada de los españoles. Las chozas o *bohíos* estaban hechos de madera y cañas atadas con bejuco, con hojas secas de palma, varas y paja bien entretejida en la cubierta. Tenían forma redonda, con el techo cónico y un respiradero para que saliera el humo, y estaban dispuestos en círculo uno al lado del otro, pues no había apenas espacio, en torno a una plaza ceremonial, llamada *batey*, rodeada de piedras, algunas de ellas bastante altas, que en su disposición reflejaban el orden celeste. En la aldea había dos entradas, una por el este y otra por el oeste, y, en los alrededores, podían verse *conucos* o pequeños sembrados para cultivar la *yuca* y otros productos.

Entre sus habitantes se encontraba también el dominico fray José de Cuenca, que se había impuesto como misión no solo convertirlos a la fe cristiana, sino también protegerlos de los españoles que los tenían sometidos. Había sido él el que, con gran arrojo y tesón, los había conducido a ese lugar, tras enterarse de que se habían fugado de las minas en las que antes llevaban a cabo trabajos forzosos.

Corría el 6 de enero de 1515 de la era cristiana, día de la Epifanía o manifestación de Jesús como hijo de Dios, que era la fecha elegida por el dominico para bautizarlos, pues le parecía una celebración muy apropiada para tal circunstancia, y, con este fin, los había reunido a todos por la mañana en el centro del poblado.

Desde su improvisado altar hecho de troncos, el fraile los contempló muy emocionado, empezando por el *cacique*, que era como llamaban al jefe de una aldea y de cada uno de los cacicazgos y regiones en los que se dividía la isla. La mayoría de los taínos allí presentes eran de estatura algo menor que la de los españoles, esbeltos, hermosos y de miembros bien proporcionados; bastante ágiles y con los sentidos bien desarrollados. Tenían la piel de color cobrizo o trigüeño, si bien era más blanca que la de algunos pueblos vecinos; muchos se la pintaban, eso sí, de color rojizo con una sustancia extraída de una planta llamada *bija*, que servía, además, para ahuyentar a los mosquitos, o se hacían dibujos en blanco o en negro. Los cabellos eran oscuros, lacios y, en los hombres, más bien

cortos, por encima de las cejas y de los hombros, salvo unos pocos por detrás, y los llevaban bien peinados; los cuerpos y la cara eran lampiños, pues los pocos pelos que les nacían se los arrancaban; las doncellas llevaban el cabello tendido por los hombros y sujeto en la frente con una cinta. Sus caras eran, por lo general, anchas, con la frente baja y algo deprimida y, en algunos casos, muy inclinada hacia atrás por una deformación del cráneo que ellos mismos provocaban a los recién nacidos; los ojos algo rasgados y oscuros y con el blanco muy turbio; los pómulos altos y salientes; la nariz ancha y un poco aplastada, con el tabique alto y los orificios muy abiertos; la boca grande, los dientes menudos y fuertes y los labios carnosos.

Cuando llegaron los españoles a la isla, los taínos iban desnudos, como su madre los trajo al mundo, salvo las mujeres casadas, que cubrían sus vergüenzas con unas faldillas o lienzos de algodón, como de un palmo y amarradas a la cintura, llamadas *naguas*. Pero ahora los hombres y las doncellas se tapaban también con unas pampanillas de lienzo prendido a la cintura por un hilo, y algunos usaban camisa o una especie de manta de algodón. Muchos de ellos llevaban aretes, collares o sartas de cuentas llamadas *cibas*, amuletos y orejeras, de barro, de concha o de hueso, así como plumas, cinturones, pectorales, diademas, carátulas o *guaizas* y unas ligaduras o ceñidores de algodón en brazos y piernas, entre el tobillo y la pantorrilla, adornadas con cuentas de concha y piedras coloreadas.

Según el fraile bien sabía, eran gente por naturaleza pacífica, bondadosa y alegre, pero capaces de defenderse y rebelarse contra los que los maltrataban, llegado el caso y si no les quedaba más remedio, sin llegar casi nunca a la extrema crueldad. Tras dar gracias al Señor por los dones recibidos, se dispuso a predicarles con gran fervor la buena nueva en su propia lengua, que el hombre había aprendido con harto trabajo y mucha paciencia, pues era muy diferente de la castellana y la latina, y, para colmo, no era la única que se hablaba en la isla, aunque el taíno solía ser la lengua franca.

—Debéis saber que Cristo vino a la Tierra para redimir a todos los hombres, también a vosotros —añadió, señalándolos con la mano—, ya que todos somos hijos de unos mismos padres, que no fueron otros que Adán y Eva, y criaturas del mismo Dios, por lo que estamos hechos de idéntico barro.

Los indios lo escuchaban con atención, sin borrar nunca la sonrisa de la cara, como era habitual en ellos; incluso parecía como si algunos asintieran a lo que les decía fray José, tal era su buena disposición y cortesía natural. Asimismo se mostraban sorprendidos por que alguien venido de fuera conociera su lengua y

los tratara con tanto respeto y amabilidad, aunque no acabaran de entender muy bien qué era lo que les explicaba con tanto entusiasmo ni qué pretendía de ellos ese hombre de barba y pelo casi blancos y vestido de esa forma tan extraña e inapropiada.

—Pero para ello —prosiguió el fraile tras una breve pausa— tenéis que bautizaros.

Ese concepto, naturalmente, no existía en la lengua taína, por lo que el dominico tuvo que valerse para expresarlo de algunos gestos que causaron la risa de sus feligreses y acabaron provocándosela a él. Después de hablarles como pudo del pecado original y de la gracia del bautismo, tan ajenos a sus creencias, el dominico enumeró, de forma sucinta, algunos dogmas de la Iglesia, los mandamientos de la Ley de Dios y sus futuras obligaciones para con Él, que eran muchas, tal vez demasiadas, a juzgar por el estupor con el que las escuchaban.

Hacia el mediodía, el fraile dio por concluida su tarea evangelizadora y procedió a bautizarlos, no sin antes explicarles con esmero qué era lo que tenían que decir en cada momento.

—*Credis in Deum Patrem Omnipotentem Creatorem caeli et terrae?* —les preguntó a continuación.

—*Credo* —respondieron los catecúmenos, debidamente aleccionados.

Aunque no entendían nada, los taínos participaban alegres y divertidos en la ceremonia, como si para ellos fuera tan solo un juego, sin ser conscientes de la enorme importancia que esta tenía para el oficiante.

—*Credis in Iesum Christum Filium eius unicum, Dominum nostrum, natum et passum?* —insistió el dominico con voz grave.

—*Credo* —afirmaron ellos, cada vez más enardecidos.

—*Credis in Spiritum Sanctum, sanctam Ecclesiam Catholicam, sanctorum communionem, carnis resurrectionem et vitam aeternam?*

—*Credo* —repitieron los congregados.

Y, por último, les hizo la pregunta decisiva:

—*Vis baptizari?*

—*Volo* —contestaron a viva voz los presentes—. *Volo, volo* —repitieron con júbilo, mirándose unos a otros.

Después tuvieron que agachar la cabeza para que el fraile tomara con una concha el agua bautismal que había puesto en una vasija de barro y la derramara tres veces sobre la nuca de cada neófito, haciendo la señal de la cruz, al tiempo que pronunciaba con gran solemnidad las palabras sacramentales:

—*Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

El dominico, animado por la alegría de sus feligreses, volvió a dar gracias al Señor por los regalos recibidos y por los que ellos iban a obtener, ahora que estaban en gracia de Dios. Después les administró la comunión, usando como hostia el *casabe*, un pan en forma de torta hecho de harina de yuca con el que se alimentaban los taínos, si bien los frailes se servían de uno especial, destinado habitualmente a los caciques y llamado *xauxau*, que era blanco y fino como una oblea.

Una vez terminada la ceremonia, dio comienzo la fiesta o celebración, pues no había ninguna duda de que, para ellos, también se trataba de un feliz acontecimiento, significara lo que significase todo aquello, y el ingreso a una nueva vida. Primero, tuvo lugar el juego de pelota en medio del batey. La pelota o *batú* era liviana y lustrosa y estaba hecha con resina de un árbol llamado *copey* mezclada con algodón, *majagua* y *cabuya*, y el juego consistía en pasársela unos a otros y enviarla al campo contrario sin dejar que tocara el suelo. En él competían dos bandos compuestos por diez o más jugadores cada uno, entre hombres y mujeres, ataviados con cinturón, hombreras y coderas. Estos podían golpear con cualquier parte del cuerpo menos con la mano, ya estuviera abierta o cerrada, algo que requería gran destreza, llegando a veces a arrojarse al suelo para darle con la cadera. También estaba permitido hacerla rebotar contra las piedras que marcaban los límites del campo o batey, lo que a veces daba lugar a algunas discusiones entre los participantes y entre quienes los contemplaban. Durante la contienda, estos últimos, además de apostar y animar a los jugadores, comían y bebían a placer o aspiraban el humo que se producía al quemar las hojas secas de la *cohiba*, enrolladas en forma de cilindro o colocadas en el extremo de una caña hueca llamada *tabaco*, lo que les provocaba un placentero adormecimiento, de tal manera que no sentían hambre ni cansancio.

Pero la parte principal de la fiesta fueron los *areítos*, una sucesión de cantos, relatos y bailes ceremoniales en los que participaron todos los habitantes de la aldea dispuestos en círculo y con los brazos entrelazados, bajo la dirección del cacique y del *behique* o hechicero, que se colocaban en el centro. Estos solían hacerse con motivo de algún acontecimiento importante, como la visita de una persona notable, una cosecha abundante, la victoria en una batalla o cualquier otra circunstancia o celebración similar. Los primeros en cantar o recitar fueron el cacique y el behique, y luego se fueron incorporando los demás, que añadían nuevas canciones, historias y poemas sobre el origen de las cosas y de los dioses, o los hechos y las hazañas de sus antepasados, o también sobre amores y tragedias, sin parar de danzar al ritmo del *mayohuacán*, un tambor de madera

hueca y lengüeta, y al son de unas *maracas* hechas de una higüera pequeña vacía que rellenaban con piedrecillas. El baile consistía, sobre todo, en dar ciertos pasos adelante y atrás, a manera de un contrapás ordenado, golpeando el suelo con los pies. Y así durante horas y horas, hasta llegar al agotamiento.

Para que los areítos no se interrumpieran, algunos iban dando de beber y de comer a los danzantes todo tipo de alimentos y brebajes embriagantes, como el *uikú*, que sacaban del maíz, hasta que perdían el sentido y el compás, momento en el que eran apartados del baile para que entraran otros. Conforme caía la tarde, la fiesta fue declinando, hasta que los últimos celebrantes se retiraron a sus respectivos bohíos completamente borrachos y poco a poco se fue haciendo la calma. El fraile, que había participado en la fiesta de manera discreta y se había quedado a dormir en la choza del cacique como invitado de honor, fue uno de los últimos en dormirse. Para él había sido un día de gloria, pues había cristianizado a casi ochenta taínos; sin embargo, estaba inquieto por ellos, aunque no sabía por qué.

Bien pasada la medianoche, se oyó el aleteo precipitado de varias aves nocturnas; después se hizo un silencio tenso, como de aliento contenido. Al poco rato se escucharon pasos sigilosos acercándose a la aldea muy despacio. Luego se detuvieron sin hacer ruido en el lindero del bosque, como si estuvieran al acecho, hasta que en uno de los lados comenzaron a escucharse voces, que, al principio, sonaron apagadas, pero enseguida se volvieron broncas y amenazantes, como de gente que porfía y discute, lo que dio lugar a una gran agitación: gritos, golpes, carreras...

De repente, los bohíos empezaron a arder aquí y allá. El incendio se propagó tan deprisa que los habitantes de la aldea apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que pasaba y, para entonces, ya era demasiado tarde para hacer nada. Algunos estaban tan ebrios que apenas pudieron incorporarse y bajar de sus *hamacas* o no acertaron a encontrar la puerta o, cuando lo hicieron, ya estaban envueltos en llamas. Los pocos que consiguieron salir indemnes de la choza iban de un lado para otro, totalmente desconcertados, incapaces de huir del peligro y, menos aún, de ayudar a los demás. Varios niños buscaban a sus madres, desesperados, mientras que estas imploraban por sus hijos, llenas de angustia y con grandes extremos de dolor. Una de ellas llevaba en sus brazos el cuerpo sin vida de un recién nacido; otra se arrodilló para rogar al Salvador que los librara de todo mal.

Fray José cruzó de pronto el batey, desorientado y en medio de gritos ensordecedores, sin saber adónde acudir primero. Por fin, se decidió a entrar en uno de los bohíos y, al instante, apareció con dos niños de la mano. Después se adentró en otros y salió con varios más. Trató de ponerlos a todos a salvo, pero, cuando estaban ya a punto de abandonar la aldea, el tejado y el armazón de uno de los bohíos se derrumbaron sobre ellos, lo que hizo que murieran aplastados y quemados ante la mirada atónita de los padres, que se quedaron inmóviles y resignados, pues no encontraban forma de salvarlos ni de escapar de allí. La mayoría ni siquiera fue capaz de intentarlo. Se limitaron a abrazarse entre ellos y a dejarse abrasar. Y, al poco rato, ya no se oía otra cosa que no fuera el crepitar del fuego en medio de la noche.

Tan pronto amaneció, la espesa nube de humo que salía del incendio se dirigió hacia la ciudad de Santo Domingo y sobre ella se mantuvo durante varias horas, sin apenas moverse del sitio ni permitir ver el sol, cubriendo de sombra y cenizas las calles y los edificios, tal vez a causa de la repentina ausencia de viento o del infernal calor que hacía esa mañana. El caso es que tardó tanto tiempo en desaparecer que algunos españoles lo interpretaron como una especie de señal divina, algo así como un mensaje escrito en el aire, probablemente un mal augurio, lo que produjo gran miedo e inquietud en los habitantes de la ciudad, que pensaban que Dios iba a castigarlos de alguna forma por tan nefando crimen.

I

(Talavera de la Reina, unos meses después)

El día había amanecido frío y lluvioso en Talavera de la Reina, pero eso a Fernando de Rojas no le importaba demasiado, pues iba a pasarse una buena parte de la jornada encerrado en una de las casas del concejo, al lado de la iglesia de Santa María, impartiendo justicia, como alcalde mayor que era. Entre sus obligaciones estaban también las de presidir las sesiones municipales y ayudar al corregidor en todo lo que tenía que ver con el gobierno de la villa, lo que le había reportado cierto prestigio entre sus vecinos.

Esa mañana se habían acumulado los pleitos, y el alcalde mayor y sus colaboradores, un escribano y dos alguaciles, no daban abasto. Por suerte, la mayoría de los casos eran fáciles de resolver, si bien no todos los afectados se iban contentos con el dictamen. El más complicado había sido el de un labrador que protestaba porque los ganados de la Mesta que venían de Ávila pasaban por sus tierras, con el destrozo que ello suponía. Los pastores, por su parte, quisieron hacer valer sus privilegios, que en verdad eran muchos. Pero Rojas no dudó en darle la razón a su vecino, que se lo agradeció de corazón.

Tras una breve pausa para recuperar el aliento, el alcalde mayor mandó que hicieran pasar a los siguientes, que aguardaban en una sala contigua. Se trataba de dos hortelanos que disputaban por una cuestión de lindes. El alcalde mayor le pidió al denunciante que expusiera el caso con la mayor brevedad. Este empezó a decir que su huerta colindaba con la de su vecino y que, aunque hasta fecha reciente no había habido muro que las separara, los límites estaban muy claros, pues, desde antaño, venían marcados por un árbol y un pozo que había en la suya, y, justo más allá, comenzaba la del otro, cosa que todo el mundo sabía

desde antiguo en Talavera.

—Pero hace unos días —prosiguió el hombre, cada vez más exaltado—, cuando fui a laborar, descubrí que por la noche este bribón —precisó, señalando hacia el otro— había levantado una cerca de piedras, quedando dentro de su propiedad el árbol y el pozo. Yo, como es natural, le pedí que me devolviera de inmediato lo que era mío, pues lo había heredado de mi padre y este del suyo y así hasta varias generaciones de mi familia. Pero el muy zorro, en lugar de mover la cerca, lo que hizo fue cegar el pozo y arrancar el árbol de cuajo, para luego dejarlo tirado en el centro de mi huerta, como si un vendaval lo hubiera derribado.

—¿Es eso cierto? —preguntó Rojas al denunciado.

Este levantó la cabeza, muy digno, y comenzó a argumentar:

—No voy a entrar a discutir sobre si yo hice esto o él me dijo lo otro. Lo que ahora importa es que la cerca está más allá del árbol, como él demandaba. En cuanto al pozo, si es que de verdad lo quiere, debería excavarlo en su huerta y no en la mía, ¿no os parece?

Al escuchar tales palabras, el denunciante se abalanzó sobre el denunciado con ánimo de golpearlo, al tiempo que lo llamaba ladrón y sinvergüenza. Y este, en lugar de acobardarse, trató de defenderse, a la vez que le lanzaba toda clase de improperios. Esto hizo que tuvieran que intervenir los dos alguaciles presentes en la sala, que a duras penas consiguieron separarlos y sosegarlos un poco, mientras Rojas aprovechaba para tomarse un respiro, pues a esas alturas estaba un poco harto de tanta disputa por un quítame allá esas lindes.

En esas estaban cuando apareció en la puerta un niño de unos ocho años que pidió hablar con el alcalde mayor.

—¿Vienes acaso a testificar? Me sería de gran ayuda —bromeó este, aliviado por la inesperada interrupción.

—Vengo de parte de madre, que os requiere en casa —contestó el hijo de Rojas muy serio.

—¿Puede saberse para qué?

—Acaban de llegar unos hombres preguntando con urgencia por vos —informó el niño con naturalidad.

A Rojas le dio un vuelco el corazón, pues pensó que podría tratarse de unos familiares de la Inquisición que habrían acudido a detenerlo como sospechoso de judaizar. Aunque era persona muy querida y respetada en Talavera y procuraba no llamar mucho la atención, no podía evitar tener miedo cada vez que alguien llamaba a su puerta a deshora, ya que cabía la posibilidad de que algún

descontento con una de sus muchas resoluciones o algún envidioso de su buena fortuna lo hubiera denunciado ante la Inquisición por cualquier motivo que se le ocurriera.

—¿Y no dijeron cómo se llamaban? —insistió el padre.

—Creo que son unos frailes dominicos —apuntó el hijo.

—Dominicos, querrás decir —lo corrigió Rojas.

—Eso, dominicos —confirmó el muchacho.

El hecho de que fueran precisamente hermanos de esa orden tampoco le resultaba a Rojas demasiado tranquilizador, dada su estrecha vinculación con el Santo Oficio. Hacía ya tiempo, además, que no tenía relación con los frailes predicadores, con los que, por otra parte, nunca se había llevado demasiado bien, excepción hecha de fray Antonio de Zamora, del que no había vuelto a tener noticias desde que abandonara el convento de San Esteban, en Salamanca; así que era incapaz de imaginar qué podrían querer de él.

—Con vuestro permiso, debo ir a ver de qué se trata, pues parece que el asunto no puede esperar. Continuaremos mañana —comunicó Rojas a los allí presentes.

—Pero ¿qué hay de mi caso? —quiso saber el denunciante.

—El asunto está claro, a mi entender. Volved mañana, cuando estén más tranquilos los ánimos, y dictaré una resolución —apuntó el alcalde mayor, poniéndose de pie.

Rojas vivía en la calle de Gaspar Duque de Estrada, junto a una de las torres albarranas de la primitiva cerca de la ciudad, en la parroquia de San Miguel. Por el camino le preguntó a su hijo si habían dicho algo los dominicos, y este le respondió que no, que se habían quedado en la cocina, reponiéndose de las fatigas del viaje.

—Madre les ha dado vuestra comida —precisó el muchacho.

—¿La mía?

—Dijo que, como no habíais avisado, comeríais fuera.

—Pero si no he podido ni moverme del sitio en toda la mañana. Ya has visto que estaba muy ocupado —se justificó Rojas, un poco molesto con la decisión de su esposa.

Cuando entraron en la casa, los frailes ya habían terminado su refacción y se encontraban junto al fuego, sumidos en sus oraciones o más bien echando una cabezada. Se les veía muy cansados y sus hábitos estaban llenos de polvo del camino.

—¿Me buscabais? —les preguntó el alcalde mayor.

—¿Sois vos Fernando de Rojas? —inquirió uno de ellos.

—Así es.

—Yo soy fray Cristóbal de San Esteban y él es fray Cipriano de Béjar, de la orden de los dominicos —se presentaron.

—Parece que venís de muy lejos —aventuró Rojas.

—¡Si vos supierais! —confirmó fray Cristóbal—. Nos envía el vicario de la ciudad de Santo Domingo, en la isla de La Española.

—¿La Española, decís?! ¿Allá, en las Indias Occidentales? —exclamó Rojas, sorprendido.

—Veo que sabéis bien dónde está.

—¿Y qué es lo que, por ventura, hacéis aquí?

—Hemos venido a buscaros.

—¿A buscarme desde Santo Domingo?! ¿Y a mí qué se me ha perdido por allí?

—Que nosotros sepamos, tenéis un buen amigo, al menos él así os considera —le recordó el fraile.

Rojas se quedó pensativo, con el ceño fruncido y la mano derecha en la barbilla.

—Supongo que os referís a fray Antonio de Zamora. Hace mucho que no sé de él. ¿Cómo se encuentra?

—Está ya muy anciano y lleno de achaques, pero tiene muchas ganas de veros —le informó el dominico.

—Entonces, ¿sigue en la orden? Pensé que habría colgado los hábitos.

—Hubo un tiempo en que los dejó, pero, al ver cómo los españoles se comportaban con los nativos de la isla, volvió a nosotros para que le ayudáramos a librarlos de la esclavitud a la que los tienen sometidos —explicó fray Cristóbal.

—¿Tan mal los tratan nuestros paisanos?

—¡No lo sabéis bien! —exclamó el fraile con cara de circunstancias.

—En todo caso, no comprendo qué pinto yo en todo esto —comentó Rojas, cada vez más intrigado.

—Hace cosa de dos meses —relató el fraile—, unos desalmados prendieron fuego a una aldea habitada por naturales de la isla, cerca de la ciudad de Santo Domingo; en el incendio murieron setenta y siete taínos, entre hombres, mujeres, ancianos y niños, así como nuestro hermano fray José de Cuenca, que acababa de bautizarlos y se encontraba con ellos.

Rojas se quedó sorprendido y horrorizado ante la noticia.

—¿Y se sabe ya quiénes lo hicieron? —inquirió con interés.

—Por eso estamos aquí —concluyó el fraile.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué es lo que espera exactamente el vicario de mí? —preguntó Rojas, con recelo.

—Que averigüéis quiénes fueron los que mataron a esos pobres indios y a nuestro hermano y por qué lo hicieron, y luego informéis al rey de vuestras pesquisas y de todo lo que allí pasa.

—Pero yo ya no me dedico a eso. Ahora soy alcalde mayor de Talavera —replicó Rojas, a la defensiva.

—Fray Antonio nos dijo que erais pesquisidor real y que nadie podría llevar a cabo mejor que vos esta tarea, dados vuestros antecedentes —le recordó fray Cristóbal.

—Lo era, en efecto, pero ya no lo soy —les informó Rojas.

—Os equivocáis —replicó el fraile—. A petición de nuestro vicario, el rey, en persona, ha vuelto a nombraros pesquisidor real con efectos inmediatos. Aquí tenéis la real provisión, a fin de que os concedan en la isla los medios necesarios para hacer justicia, y la correspondiente credencial, así como una carta de su puño y letra —añadió, alargándole los documentos con aire triunfal.

Rojas rompió el lacre de la carta y comenzó a leerla con gran disgusto, imaginando lo peor. En ella, Fernando el Católico empezaba reconociendo sin empacho lo mucho que le debía; también recordaba la promesa que le había hecho de no volver a reclamar sus servicios. Pero a continuación añadía que, debido a la gravedad del asunto y a algunas circunstancias que lo rodeaban, no le quedaba más remedio que pedirle que se pusiera en manos de los dominicos, que ellos le dirían lo que tenía que hacer. El propio rey reconocía que era un caso difícil y espinoso; sin embargo, estaba convencido de que no había nadie más apropiado que Rojas para hacerse cargo del mismo y así evitar posibles males mayores. Por último, le rogaba discreción, pues eran muchos los intereses involucrados en ese asunto.

—¿Y bien? —le dijo uno de los dominicos, cuando terminó de leer la carta, sin darle tiempo a reflexionar.

—Eso mismo os pregunto yo —repuso Rojas, sin poder disimular su desconcierto.

Fray Cristóbal miró a su compañero e hizo una pausa para tomar aliento antes de contestar:

—Me imagino cómo os sentís en este momento, pero creo que debéis venir con nosotros a La Española y ser testigo de vista de todo lo que allí está ocurriendo con el fin de contárselo al rey, para que tome las medidas oportunas.

A vos os hará más caso. Cuando se lo contamos nosotros, el rey parece indignarse y preocuparse mucho, pero, tan pronto le llega el oro de las Indias, se olvida de todo.

—¿Y por qué conmigo va a ser distinto? —objetó Rojas.

—Porque, por lo visto, confía ciegamente en vos.

—Supongo que será porque siempre he cumplido con gran fidelidad sus órdenes y demandas. ¡Qué remedio me quedaba! Por eso mismo no debería exigirme más servicios —arguyó Rojas.

—Si no queréis hacerlo por el rey ni por nuestra orden, aceptad esta misión por vuestro amigo fray Antonio, al que ya no le queda mucho tiempo entre nosotros —dejó caer el fraile, como quien no quiere la cosa.

—¿Qué queréis decir?

—Que está muy enfermo —contestó el fraile con semblante serio.

—Lamento mucho oír eso. La noticia me produce una gran tristeza.

—Sin duda, vuestra presencia le haría mucho bien —señaló el dominico—. Ya os he dicho que fray Antonio fue quien os recomendó con insistencia a nuestro vicario. Según él, nadie más en Castilla posee vuestra inteligencia y vuestro sentido de la justicia —añadió, con tono halagador.

Rojas se echó las manos a la cabeza, pues era consciente de que todo se había confabulado de tal manera contra él que no iba a poder librarse fácilmente de semejante encargo. Se sentía, además, muy preocupado por la salud de su amigo, a quien imaginó agonizante en una pequeña celda, esperando su llegada. Por otra parte, le vendría bien distanciarse durante un tiempo de su trabajo, del que comenzaba a estar harto, para ocuparse de cosas más importantes, y también de su casa, en la que cada vez se sentía más enjaulado.

En ese momento entró Leonor, su esposa, en la cocina.

—¿Sucede algo? —preguntó, muy alarmada, al ver la cara descompuesta de su marido.

—Se trata de fray Antonio, del que alguna vez os he hablado —comenzó a explicar Rojas—. Parece ser que está muy enfermo.

—No sabéis cómo lo siento. Pero ¿qué podéis hacer vos por él?

—Veréis. A petición suya y de otros dominicos, el rey reclama mi presencia en Santo Domingo, en la isla de La Española, para llevar a cabo unas pesquisas —le explicó su marido.

—Pero ¡si eso está en el fin del mundo! —exclamó ella, con gran asombro—. Y vos ya no sois...

—Eso les he dicho —la interrumpió Rojas, agitando los brazos en señal de

impotencia—. Pero parece ser que el asunto es grave y el rey también está muy empeñado en que sea yo el que se ocupe de ello.

—¿Y qué va a ser de nosotros? ¿Quién nos va a proteger? Tenemos hijos pequeños —protestó la mujer, dirigiéndose a los frailes, que la miraban con aire compungido.

—Serán solo unos meses —explicó uno de ellos.

—¿Unos meses, decís?! Eso es mucho tiempo —replicó la mujer.

—El rey os recompensará como merecéis; de momento, aquí os manda esta bolsa llena de ducados —añadió el fraile, dejándola sobre una mesa—. Y también Nuestro Señor Jesucristo lo tendrá muy en cuenta y os lo premiará de alguna manera, tal vez con la Gloria Eterna. Pero, si vuestro marido no acepta de buen grado esta misión, tanto su amigo como su alteza podrían sentirse muy defraudados, y no digamos Nuestro Salvador...

—Al escucharos, cualquiera podría pensar que nos estáis amenazando —dejó caer la mujer.

—Creedme, no era esa mi intención, ni mucho menos —se apresuró a decir el fraile.

—Y vos ¿qué pensáis? —preguntó ella, dirigiéndose a Rojas, que se había quedado absorto.

—Me temo que no me va a quedar más remedio que aceptar —señaló Rojas.

—¿Tan grave es la cosa?

—Eso creo —confirmó él.

—Está bien, haced lo que os parezca más apropiado —le dijo la mujer, resignada—. Ya nos arreglaremos por aquí como podamos.

—No sabéis cuánto os lo agradecemos —comentaron los frailes con alivio.

—Pero primero tendréis que ponerme en antecedentes —les pidió Rojas.

—Nos aguarda un largo camino; así que tiempo habrá luego de informaros de todo —le contestó fray Cristóbal—. Debemos partir enseguida para Sanlúcar de Barrameda, pasando por Sevilla, para tomar un barco que zarpará dentro de poco hacia La Española.

—¿Al menos podré comer?

—Algo rápido, mientras vuestra esposa os prepara las cosas para el viaje.

—¿Y qué pasa con mi trabajo?

—Escribidle una carta al corregidor diciéndole que el rey requiere de forma urgente vuestros servicios, por lo que debéis renunciar a vuestro cargo durante unos meses. Con eso será suficiente —aseguró el fraile.

—También necesito hablar a solas unos minutos con mi mujer y despedirme

de mis hijos.

—Está bien, pero debéis hacerlo presto —concedió el fraile.

Después de comer, escribir la carta al corregidor y firmar y redactar algún que otro documento más, Rojas fue en busca de su esposa, que estaba en su cámara, terminando de guardarle la ropa. Cuando entró, la sorprendió llorando a lágrima viva.

—Por favor, no estéis tan afligida.

—¡Cómo no voy a estarlo! Si ni siquiera sé qué ropa escoger, pues desconozco qué tiempo suele a hacer allí —replicó ella entre sollozos.

—Van a ser solo unos meses, y me pagarán bien por ello. Así podremos cambiarnos de casa; siempre os andáis quejando de que esta es muy pequeña y húmeda.

—Me parece bien. Pero qué va a ser de los negocios que os traéis entre manos. ¿Quién se ocupará ahora de vender el vino y cobrar los arrendamientos?

—Vos vais a hacerlo muy bien, ya lo veréis. Y, si no, hablad con mi amigo Tomás Pérez, que él os ayudara en todo. Sobre el escritorio os he dejado un poder para que se os permita actuar en mi nombre y un sobre con las debidas instrucciones —le informó Rojas.

—¿Y quién me arrullará y me dará calor por las noches?

—Para eso, os ruego que no contéis con Tomás —bromeó Rojas.

—Mirad que sois tonto. ¿Siempre tenéis que hacerme reír en los momentos más graves? —replicó ella.

—Dadme un beso y no os volváis a poner triste —le pidió él, al tiempo que la abrazaba.

—Andad con Dios y con vuestros frailes —le dijo ella.

Después les tocó el turno a sus hijos, que lo aguardaban en la puerta.

—Voy a estar fuera unos meses —les anunció—. Así que os pido que, durante mi ausencia, os portéis bien con vuestra madre y le hagáis caso en todo lo que os mande, ¿entendido?

—¿Y por qué no me lleváis con vos? —le preguntó el que había ido a buscarlo al trabajo.

—Porque aún tienes que crecer mucho —le contestó, revolviéndole el pelo.

Al poco rato, los dos frailes y el pesquisidor ya estaban rumbo a Sevilla. Iban en mula, acompañados de tres asnos de color pardo con las alforjas bien cargadas. Apenas habían recorrido un par de leguas y Rojas ya se había olvidado de lo que

dejaba atrás, para empezar a pensar en lo que le aguardaba al otro lado del océano: un nuevo mundo para su deseo de conocer y un nuevo reto para su inteligencia. Por el camino, uno de los dominicos le fue contando lo sucedido en La Española y algunas de las circunstancias del caso. Según fray Cristóbal, la aldea había quedado totalmente arrasada y los cadáveres quemados. Días más tarde, se supo que había dos sobrevivientes; en realidad, se habían librado por encontrarse lejos del yucayeque en el momento del incendio. Tras contemplar lo que había ocurrido, habían huido y se habían refugiado en casa de una princesa taína llamada Ana de Guevara, muy respetada por su pueblo. Por lo visto, tenían miedo de que los culparan de lo sucedido; de hecho, unos alguaciles de campo habían intentado hablar con ellos, pero su protectora se había negado a entregarlos.

—Valiente mujer —comentó Rojas.

—Si hubierais conocido a su madre, no os extrañaría. Es hija de una célebre cacica de la isla llamada Anacaona —le informó el fraile.

—¿Y por qué estáis tan seguro de que fue provocado y no fortuito? Podría haber sido causado por la caída de un rayo, o por algún descuido en el interior de una de las chozas, o un accidente —sugirió Rojas.

—Ese día no hubo tormenta —objetó fray Cristóbal—. Y, según los dos sobrevivientes, con los que nosotros sí hemos tenido la oportunidad de hablar, todos los bohíos ardieron al mismo tiempo, por lo que debieron de quemarse a la vez. Si el incendio se hubiera iniciado en un punto determinado, habría tardado un tiempo en extenderse por el resto y una buena parte del poblado se habría podido librar. Seguramente, cuando se dieron cuenta, estaban ya todos rodeados por el fuego.

—¿Y qué pasa con los dos que se salvaron?

—Al parecer, habían pasado el día fuera de la aldea y, cuando regresaron, no pudieron hacer nada por los que estaban dentro —explicó el fraile.

—¿Os han dicho si vieron a algún extraño por allí?

—Por más que les hemos preguntado, aseguran que no se encontraron con nadie ni percibieron nada raro —respondió el dominico.

—¿Y hay algún sospechoso? —inquirió Rojas.

—Lo que sobran en este caso son sospechosos, y ese es el principal problema, que hay demasiados y cualquiera de ellos podría ser el culpable. Para empezar, lo más seguro es que se trate de algún encomendero —propuso el fraile.

—Perdonad mi ignorancia, pero no sé a qué se dedica un encomendero —confesó Rojas.

—Me refiero a aquellos españoles que tienen encomendada una cierta cantidad de indios, supuestamente con el objeto de que se ocupen de evangelizarlos y de hacer que se vistan y comporten como es debido y se responsabilicen de ellos, dada su condición de súbditos de la Corona necesitados de tutela —le informó el fraile.

—¿Por qué necesitados de tutela?

—Debido a su atraso y a que, según sostienen algunos teólogos y letrados, no se saben gobernar por sí solos, cosas que, en este caso, no son ciertas —comentó el fraile.

—De todas formas, sigo sin entender —insistió Rojas.

—Bueno, veréis. Sobre el papel, las encomiendas son el derecho concedido por merced real a algunos de los españoles que residen en las Indias para recibir y cobrar para sí los tributos de los indios que se les cedan, durante su vida y la de un heredero, con la condición de que cuiden de ellos en lo espiritual y temporal, corran con los gastos de la predicación y defiendan las provincias donde fueren encomendados —comentó el fraile—. Se trata de algo así como el traspaso o la cesión por parte de la Corona de los tributos que los indios deben pagar en su condición de vasallos libres. Pero, en la práctica —añadió con mayor firmeza—, lo que ha ocurrido es que los encomenderos se han servido de ellos para toda clase de trabajos forzados, sobre todo en las minas, reduciéndolos a la casi total esclavitud. Esta ha sido la causa de que muchos perecieran.

—¿Y el rey no hace nada para evitar todo este desmán? —inquirió Rojas.

—En un principio, fingía que no sabía nada, y luego empezó a promulgar leyes, para que, al final, todo quedara como estaba, como suele ocurrir con las cosas de palacio.

—¿Y el actual gobernador de las Indias?

—Conoce bien lo que pasa, pero le echa las culpas al rey, diciendo que no le deja actuar, como si él y su familia no hubieran tenido ninguna responsabilidad en el asunto. Sin embargo, y en honor a la verdad, hay que reconocer que fue su padre, el almirante Cristóbal Colón, el que inició la costumbre de repartir indios entre algunos de sus hombres como pago de servicios o de salarios atrasados, o para aplacar las rebeliones que algunos llevaron a cabo contra su persona y contentar así a los insatisfechos. Lo que hicieron después su hermano Bartolomé y, más tarde, Francisco de Bobadilla, cuando fueron nombrados gobernadores de las Indias, fue generalizar los repartimientos, que, en definitiva, son la base de las encomiendas. Por último, la Corona los legitimó, de alguna manera, por medio de frey Nicolás de Ovando, comendador mayor de la orden de Alcántara,

al que lo único que parecía interesarle era que los indios cambiaran de manos, favoreciendo con ello a los suyos y a la gente enviada por el rey. Esto provocó el descontento de los partidarios de la familia del almirante, que se vieron privados de ellos, hasta que Ovando fue cesado y el hijo de Colón fue designado gobernador, por gracia real, pues todavía estaban en marcha los pleitos colombinos, con lo que de nuevo cambiaron las tornas, ya que, como era de esperar, lo primero que hizo fue un nuevo repartimiento para favorecer a sus partidarios. Esto es precisamente lo que lo ha llevado a perder buena parte de su poder y la confianza del rey, por lo que muy pronto deberá viajar a España para rendirle cuentas de su gobierno. La conclusión —añadió el fraile con pesadumbre— es que todos se muestran favorables a los repartimientos y a las encomiendas, aunque no siempre estén conformes con el resultado. Nuestra Orden es la única que se opone a estas prácticas, pues consideramos que son el origen de la mayor parte de los males que padecen los indios de La Española y de otras islas.

—¿Y habéis conseguido algo? —quiso saber Rojas.

—Cuatro años llevamos clamando contra las encomiendas desde el púlpito y a pie de tierra —explicó el fraile—. Pero, hace cosa de un año, harto de la manera de gobernar de Diego Colón, el rey envió a la isla al salmantino Rodrigo de Alburquerque para que, con el consejo del tesorero de las Indias Miguel de Pasamonte, que tenía y tiene gran poder en la isla, hiciera un nuevo y definitivo repartimiento de los pocos indios que aún quedaban.

—¿Tantos habían muerto? —preguntó el pesquisidor con asombro.

—Se estima que, de los quinientos mil que debía de haber a la llegada de Colón, según algunos, pues otros hablan, incluso, de varios cientos o millones, se había pasado en poco más de dos décadas a unos veintiséis mil —le informó el fraile—. Alburquerque se limitó a distribuirlos entre los cargos y oficiales reales enviados por la Corona y ciertos encomenderos de origen noble o afines a la causa del rey, muchos de ellos sin residencia en la isla. Con esta decisión, además de mantener las encomiendas, se ocasionó un gran descontento entre aquellos que fueron perjudicados por el nuevo reparto, la mayoría partidarios de Diego Colón, que ya apenas tenía poder. Por otra parte, muchos indios aprovecharon todo este trasiego para tratar de huir a las montañas o refugiarse en algún poblado. Y algunos fueron a pedir socorro a miembros de nuestra orden, pues sabían muy bien cuál era nuestra postura y disposición. Este fue el caso de los que mataron hace unos meses. Nada más enterarse de que andaban huidos, nuestro hermano fray José de Cuenca se ofreció a conducirlos a una aldea

abandonada en medio del monte, rodeada de conucos o labranzas para cultivar la yuca, la batata y el maíz. Agradecidos por su ayuda, los taínos mostraron su voluntad de hacerse cristianos, pues sabían que ello haría feliz a su benefactor. El incendio tuvo lugar el mismo día en que fueron bautizados. De modo que lo más probable —concluyó— es que la matanza haya sido llevada a cabo por los encomenderos favorecidos con el nuevo reparto, como un castigo dirigido contra aquellos que habían intentado escapar de sus garras y un escarmiento para los demás.

—También podría tratarse de algún descontento con el reparto, tal vez de la facción del gobernador, como forma de protesta por haber sido despojado de lo que creía suyo —sugirió Rojas.

—O de una venganza contra nuestra orden por haber denunciado la situación de los indios en la isla y haber intentado protegerlos de la codicia de los encomenderos —apuntó, por su parte, fray Cipriano, que hasta ese momento había permanecido callado.

—Podiera ser, no digo yo que no —reconoció fray Cristóbal—. En cualquier caso, el asunto se presenta complicado. De momento, ni el gobernador ni los jueces han querido hacer nada al respecto. Pero estaréis de acuerdo con nosotros en que se trata de un crimen que no puede quedar sin castigo. Es más, debemos aprovechar la ocasión para que el rey vuelva a tomar cartas en el asunto y adopte medidas verdaderamente eficaces para proteger a los indios y librarlos de los abusos de los españoles. Y, para ello, necesitamos a alguien como vos —añadió—, alguien que le haga ver que las cosas ya no pueden seguir así, que hay que acabar, de una vez por todas, con las encomiendas, antes de que estas acaben con todos los indios de La Española y de las demás islas y de Tierra Firme.

Rojas se sentía un poco abrumado por la gran responsabilidad que se le venía encima. A buen seguro, se trataba del caso más delicado e importante de todos los que hasta ese momento se le habían presentado, pues afectaba nada menos que a todo un pueblo y, en general, a todos los indios que habitaban en el Nuevo Mundo.

—¿Y por qué no se ha encargado vuestra orden de averiguar qué pasó? —se atrevió a preguntar Rojas.

—Porque a los dominicos de La Española se nos mira allí con mucho recelo, ya que hemos sido los primeros y casi los únicos que hemos levantado la voz para defender a los indios y pedir que los liberen de las encomiendas, con gran riesgo, por cierto, de nuestras propias vidas —le explicó el fraile—. Por mucho que indagáramos, nadie nos haría caso, pues somos parte interesada en este

asunto. Queremos, además, aprovechar la ocasión para que alguien que vaya de fuera compruebe qué es lo que está pasando en La Española con los taínos, un pesquisidor que sea íntegro y honesto y, a la vez, goce de la confianza del rey; alguien, en definitiva, como vos.

—Os agradezco mucho el cumplido, pero me parece muy exagerado.

—No es eso lo que dice fray Antonio —replicó el fraile.

—En todo caso, lo que todavía me pregunto es cómo es posible que se haya llegado a esto —comentó Rojas—; me refiero no solo a la matanza de la aldea, sino a los abusos de las encomiendas. Yo creía que los españoles éramos cristianos y estábamos obligados a amar al prójimo, y no a aprovecharnos de él.

—Al parecer, hubo un tiempo de feliz convivencia con ellos; por lo menos, eso es lo que cuentan algunos. Y lo cierto es que, al principio, Colón y sus hombres fueron recibidos de forma pacífica y generosa por los naturales de la isla. Así que los recién llegados se dedicaron a explorarla y al trueque de oro por baratijas con los taínos. Tras el naufragio de la Santa María, el almirante mandó construir un fuerte con su madera, llamado La Navidad, y dejó en él a treinta y nueve hombres, antes de volver a Castilla. Cuando más tarde regresó, en su segundo viaje, vio que los indios los habían matado a todos como castigo por las muchas vejaciones que habían cometido contra ellos y sus mujeres. A partir de ahí, las cosas cambiaron y los españoles comenzaron a someter y a maltratar a los taínos sin ningún tipo de escrúpulo de conciencia. Empeñado en conseguir oro como fuera para enviar a los reyes y poder continuar su proyecto, Colón fue incapaz de gobernar a sus hombres y de poner orden en La Española. Y es que hay que reconocer que fue un gran navegante, pero un pésimo administrador y gobernador.

—¿Y qué sucedió después?

—Para los taínos, la vida se convirtió en poco tiempo en un infierno, y conste que no exagero. No es que antes fuera regalada o estuviera exenta de peligros, ya que periódicamente sufrían las incursiones de sus vecinos, los indios caribes, que los trataban con extrema crueldad. Pero al menos los taínos eran libres y llevaban, por lo general, una existencia tranquila y sosegada, sin grandes lujos ni grandes sufrimientos. Desde que llegaron los españoles, sin embargo, tuvieron que pagar tributos o rescates en oro, algodón o casabe o, en su lugar, realizar trabajos extenuantes, con el único objeto de satisfacer la codicia de quienes a sí mismos se llaman cristianos, pero en realidad no lo son. Para ello los indios fueron repartidos una y otra vez, primero entre los hombres de Colón y luego entre los protegidos y los oficiales del rey. Pero, además de ser utilizados en las

minas y haciendas, los taínos han sido objeto de maltratos y humillaciones sin cuento y víctimas de numerosas enfermedades para las que no estaban preparados, especialmente las viruelas pestilenciales. Todo ello agravado por el hecho de tener que perder sus costumbres y formas de gobierno, cambiar de sitio con frecuencia y vivir sin arraigo, dispersos y lejos de sus familias y sus aldeas, que muy pronto quedaron destruidas o abandonadas. Por no hablar de que, para los taínos, el oro es considerado algo sagrado, y que, por tanto, que exige un complicado ritual para poder ser extraído, como abstenerse durante un tiempo de comer y beber y de tener acceso carnal. La situación, en fin, es tan grave —concluyó fray Cristóbal— que muchos prefieren dejarse morir o quitarse la vida con sus propias manos y hasta arrebátarsela a sus hijos antes que seguir sobreviviendo de esa forma, algo que a nuestros compatriotas no parece preocuparles mucho. Incluso hay muchas mujeres que ahogan a sus niños o dejan de concebir o que, estando preñadas, abortan por medio de ciertas hierbas, para que el fruto de sus entrañas no vaya a parar en esclavo de los cristianos. Y es que, cuanto más oro fluye hacia España, más se desangra La Española.

Rojas escuchaba las palabras del fraile cada vez más horrorizado, pues siempre había oído hablar de las Indias Occidentales como un lugar maravilloso en el que las calles estaban empedradas de oro y del comportamiento heroico de los españoles que allí recalaban, guiados por un ideal.

—¿Y cómo es que vuestra orden llegó a enterarse de lo que, en realidad, ocurría en la isla? —comentó Rojas.

—Fue precisamente vuestro amigo fray Antonio de Zamora el que nos puso sobre aviso. Como sabréis, él fue a La Española en el tercer viaje de Colón, movido por su gran curiosidad y un poco harto de algunas reglas de nuestra orden, todo hay que decirlo. Por entonces, los dominicos no habían enviado todavía a ningún fraile, pues no se sabía cuáles eran las verdaderas intenciones de Colón. En un principio, fray Antonio se dedicó a sus cultivos y a conocer las plantas y las hierbas del lugar —continuó el fraile—, pero enseguida se dio cuenta de lo que sucedía. Alarmado por la situación, escribió algunas cartas a sus antiguos hermanos de Salamanca, para darles noticia de las condiciones en las que vivían los taínos e intentar ponerles remedio cuanto antes. También trató de hablar con algunos frailes de otras órdenes que vivían en La Española, pero estos no solo no lo apoyaron, sino que negaron algunos hechos de los que nuestro hermano había sido testigo de vista; no en vano los franciscanos defienden que la predicación ha de tener lugar dentro de las encomiendas. Por suerte, las misivas de fray Antonio no cayeron en saco roto y varios de nuestros hermanos

se interesaron por el asunto y decidieron viajar a La Española. Tuvieron que pasar, eso sí, varios años de gestiones y preparativos para que se autorizara la misión evangelizadora.

»Los primeros hermanos llegaron a Santo Domingo hace cosa de cinco años y, pese a ser muy pocos, no tardaron en alzar la voz en defensa de los indios, enfrentándose a los encomenderos. De modo que, a la postre, el nombre de la ciudad resultaría providencial, ya que fueron los frailes de la Orden de Santo Domingo de Guzmán los únicos que acudieron en auxilio de los taínos. Al principio, las autoridades de la isla trataron de que se retractaran, pero, al ver que no se doblegaban, los obligaron a vivir apartados, con la intención de que desistieran y abandonaran la isla. Nuestros hermanos, sin embargo, no se rindieron y siguieron con sus prédicas. Para dar ejemplo a las otras órdenes, aprendieron la lengua de los taínos y comenzaron a cristianizar a algunos de ellos, al tiempo que advertían a los españoles de la isla del castigo que Dios les tenía reservado si seguían tratando a los indios como si fueran esclavos. Desde entonces, han sido muchos los taínos que han sido víctimas de la extrema codicia de nuestros compatriotas; y también numerosos los ataques y humillaciones que los dominicos hemos recibido por tratar de defenderlos. Pero la matanza que tuvo lugar el día de la Epifanía de Nuestro Señor ha sido la gota que ha colmado el vaso de nuestra paciencia. Si el rey no detiene esta sangría, pronto no quedará ni un solo indio en La Española, para vergüenza de todos nuestros compatriotas.

—Ojalá pudiera seros de alguna ayuda en esto —le hizo saber Rojas—, pero mucho me temo...

—Ya sé lo que pensáis —lo interrumpió fray Cristóbal—; de todas formas, creo que debemos intentarlo. Vedlo como una oportunidad que os envía Dios para hacer el bien y ganáros el cielo.

—En ese caso, espero que no tenga que sacrificar la vida para lograrlo; a diferencia de vos y de vuestros hermanos, yo no pretendo ser un mártir —comentó Rojas con ironía.

—Ni yo tampoco, os lo aseguro. Eso es algo que no se elige —le replicó el fraile.

El resto de la jornada transcurrió en silencio. Mientras los frailes se entregaban a sus oraciones y meditaciones, Rojas no paraba de pensar en los muchos peligros y dificultades que lo aguardaban en el Nuevo Mundo, de donde no iba a ser nada fácil salir con bien, y ya no digamos victorioso. Tratar de investigar un crimen

como aquel en una isla como La Española, en la que los indios morían todos los días por decenas y a veces por centenares, iba a ser tan complicado como intentar hacer las pesquisas de un homicidio en medio de una guerra sin prisioneros.

Tras días de duro bregar, debido sobre todo al mal estado de algunos caminos, los tres compañeros de fatigas recalaron en Sevilla, puerta y llave del Nuevo Mundo. Allí Rojas se quedó maravillado ante la gran agitación que había en la ciudad. Las calles y posadas estaban repletas de gentes llegadas de todas partes con la intención de viajar a las Indias para hacer fortuna o tratar de comerciar con los que de allí volvían. Y luego estaban los pícaros y rufianes dispuestos a aprovecharse de unos y de otros o a quedarse con las migajas.

Después de dejar las cabalgaduras y reparar fuerzas en el convento dominico de San Pablo, junto a la puerta de Triana, cerca del río Guadalquivir, se dirigieron a la Casa de Contratación de Indias, cuya misión era fomentar y regular la navegación y el comercio en el Nuevo Mundo. Allí presentaron la licencia para viajar a Santo Domingo que, en este caso, les había otorgado el rey; sin ella no se podía emprender la travesía, y, para obtenerla por la vía ordinaria, era necesario informar sobre la limpieza de sangre. Por otra parte, concertaron la autorización para transportar algunas mercancías destinadas al convento; entre ellas, algunas herramientas y diversos libros, pues los dominicos tenían intención de fundar una especie de Estudio, una vez terminaran de construir el convento. Para sorpresa de Rojas, los ejemplares en cuestión fueron sometidos a un riguroso escrutinio por parte de un oficial, ya que estaba prohibido llevar a las Indias obras que fueran inmorales o atentaran contra la verdad, y, en especial, libros de caballerías y romances de historias vanas, debido a que podrían confundir a los indios con sus mentiras e invenciones, si es que algún día llegaban a leerlos, cosa, por lo demás, harto improbable para la mayoría. Tras aparejar el matalotaje o provisiones para la travesía, se fueron a curiosear un poco por los alrededores de la catedral y las orillas del río, muy frecuentadas por todo tipo de gente, especialmente la de mal vivir.

II

(De Sanlúcar a Santo Domingo, las semanas siguientes)

Al día siguiente, se dirigieron a Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, que era donde se estaban aprestando algunas de las naves que componían la expedición. El resto partirían de Sevilla para unirse a estas. En el puerto había una gran actividad, con arrieros que iban y venían, estibadores que embarcaban la carga, mercaderes y tratantes que cerraban algún negocio, prestamistas a la busca de clientes y deudores... Algunos viajeros recién llegados trataban de ultimar sus pasajes con alguno de los maestros, que les ponían toda clase de inconvenientes con el fin de encarecer el precio de los mismos.

En el caso de los criados, eran sus señores o amos los que los abonaban a cambio de sus servicios. La Corona, por su parte, se hacía cargo del de los soldados, oficiales reales y demás enviados, así como de su alimentación durante la travesía. También tenían pasaje franco los casados que se llevaran con ellos a sus familias, aunque no para los enseres, que iban aparte. Así y todo, no eran muchas las que se aventuraban, debido a que el Nuevo Mundo seguía percibiéndose como algo inseguro. Tampoco eran demasiadas las mujeres solteras que se decidían a cruzar el océano en busca de marido; de hecho, en los primeros años no había viajado casi ninguna. La cosa cambió, sobre todo, con la llegada del actual gobernador y su esposa, doña María Álvarez de Toledo, que, por su alta condición, fue acompañada de un gran séquito de damas y criadas; de tal forma que con ellas había comenzado la vida social y cortesana en la ciudad de Santo Domingo.

La mayoría de los que se embarcaban iba en busca de oro, pues todavía eran

muchos los que pensaban que se podía recoger con redes de los ríos y arroyos o que colgaba de los árboles y solo había que tomarlo, como si fuera fruta madura, o varearlo, como si fueran aceitunas. El viaje, no obstante, se consideraba tan incierto que, justo antes de partir, algunos pasajeros mandaban redactar sus escrituras de última voluntad; otros otorgaban poderes a algún familiar o vendían propiedades para poder disponer de dinero. Tampoco faltaban los que pasaban las horas previas a embarcar rezando en alguna iglesia o capilla o emborrachándose en alguna de las muchas tabernas que había en Sevilla o en Sanlúcar o en compañía de alguna prostituta.

Mientras tanto, en el puerto se realizaban los últimos preparativos, que Rojas contemplaba con gran curiosidad: algunos retoques en el calafateo de las naves, unos cuantos remiendos en las velas, la sustitución de alguna tabla rota o podrida en la cubierta... El contraamaestre, por su parte, vigilaba la estiba, y los escribanos tomaban buena nota de todo lo que se iba embarcando, incluidos bueyes, yeguas y caballos.

La expedición estaba compuesta, en este caso, por dos naos y ocho carabelas. Las primeras eran bastante más grandes y tenían mayor capacidad de carga que las otras, pero eran de más difícil gobierno y algo más lentas. Al ser más pequeñas y manejables, las carabelas requerían una tripulación menos numerosa y menos diestra. De cubierta larga y angosta y con un espolón a la proa, disponían de tres mástiles casi iguales, con tres vergas muy largas, cada una con una vela latina. Contempladas en la seguridad del puerto, no carecían de gracia, pero había que tener valor para atreverse a desafiar los peligros del inmenso océano en aquellos cascarones. Al pesquisidor y sus dos compañeros les había correspondido una de las más viejas y estropeadas, y a ella subieron con una cierta aprensión. Tras santiguarse, los frailes se arrodillaron, besaron la cubierta y se pusieron en manos de Dios.

Tan pronto llegaron las naves que venían de Sevilla y fueron inspeccionadas por los oficiales de la Casa de Contratación, se puso en marcha la expedición. Después de atravesar con gran cuidado la barra de arena de Sanlúcar, donde era muy frecuente que los barcos embarrancaran u ocurrieran otros percances, salieron a alta mar con viento favorable, rumbo a las islas Canarias, que eran parada obligada para todos los que iban a las Indias.

La tripulación de la carabela estaba formada por el capitán, que estaba al mando y, por lo tanto, era el principal responsable de la nave; el maestre, que se ocupaba de los fletes, contratar la marinería y llevar la contabilidad; el contraamaestre, que supervisaba la carga y comunicaba las órdenes de sus

superiores, y el piloto, que era el encargado de gobernar el barco y seguir la ruta correcta, lo que no siempre era posible, por culpa de las corrientes marinas y de los vientos contrarios. Bastaba cualquier pequeño temporal para que el barco se desviara de su rumbo y la travesía se alargara varios días o algunas semanas, lo que aumentaba el cansancio y las penalidades del viaje.

Los marineros, grumetes y pajes se hacían cargo por turnos de las tareas más ordinarias, como mantener las cubiertas limpias y expeditas, reparar e izar velas cuando era necesario, atar cabos, trepar por los palos, arreglar cuerdas y velas, remendar redes, fregar las batayolas, revisar los aparejos y hacer pequeñas chapuzas y reparaciones, que nunca faltaban. Desde su puesto, uno de ellos cantaba la hora, tras dar la vuelta a la ampolleta o reloj de arena, y rezaba una oración o entonaba una letanía.

Al tercer día, la mar se puso algo revuelta, lo que provocó cierta inquietud y malestar entre algunos pasajeros. No era la primera vez que Rojas se embarcaba en una nave, pero en las ocasiones anteriores había sido por mares mucho más tranquilos y menos extensos. Así que no tardó en tener que ir a revesar, con tan mala fortuna que una parte de lo que echó fuera le volvió a caer encima.

—Para otra vez, aseguraos de hacerlo a favor del viento —le gritó el capitán desde su puesto de mando.

—Espero que no haya una segunda vez —le replicó Rojas.

—Creedme, seguro que la habrá. Y no tenéis por qué avergonzaros de ello. El cuerpo tiene que acostumbrarse al movimiento del barco —sentenció el capitán con cierta sorna.

A los ocho días de navegación llegaron a la isla de Gran Canaria, donde permanecieron varias jornadas. En ella repusieron algunas provisiones y completaron el abastecimiento de los barcos con agua, leña, melaza, quesos, carnes frescas y otros productos propios del lugar. Los dominicos y Rojas aprovecharon para ir a descansar en un conventillo cercano. Más tarde volvieron a la carabela cargados con unos cajones de madera llenos de tierra. Antes de subirlos a cubierta, el contraamaestre pidió comprobar la mercancía, como era su obligación.

—Son solo unas plantas para nuestro huerto —le informó fray Cristóbal.

—Pues me temo que no las podréis embarcar. Con esto no contábamos —les dijo el contraamaestre.

—Tenemos autorización del maestre —replicaron ellos.

—En los papeles solo se habla de tres pasajeros y algunos libros, herramientas y objetos domésticos, pero nada de plantas. Y, en este momento, vamos al límite de carga —les advirtió el otro.

—De estas plantas va a depender la alimentación de nuestro humilde convento en los próximos meses, puede que años —se justificó el fraile.

—Así y todo...

—Tal vez esto ayude a que la carga sea más ligera —le dijo el fraile con ironía, alargándole algunas monedas.

—Está bien, podéis subirlas —concedió el contramaestre, como si no hubiera pasado nada—, pero luego no os quejéis si se pudren en el viaje o se las come algún animal.

—Por eso no os apuréis, nosotros las vigilaremos.

De nuevo en el barco, los dominicos le explicaron a Rojas que se trataba de un encargo de fray Antonio de Zamora y fray Tomás de Berlanga. Eran varios retoños de la planta del plátano que estos dos hermanos querían hacer fructificar en el huerto del convento, para luego extender su cultivo por toda la isla, como ya habían hecho otros con ciertos productos, como la caña de azúcar, ya que estaban convencidos de que arraigarían muy bien en ella, dado el calor y la humedad allí reinantes. Rojas no pudo evitar sonreír, pues se acordó de los esfuerzos de fray Antonio para hacer que salieran adelante las semillas que Colón había enviado tras su primer viaje a las Indias, como regalo por el apoyo que su proyecto había recibido en el convento de San Esteban.

Durante la travesía, los dos alimentos básicos eran el bizcocho y el vino. El primero era una torta dura de harina de trigo, doblemente cocida sin levadura, lo que le proporcionaba una larga duración. Lo había de dos tipos: el blanco, para los oficiales, y el ordinario o común para el pasaje y la marinería. Según le explicaron a Rojas los dominicos, se trataba de un alimento muy delicado, pues, si se cocía poco, podía estropearse, y, si se hacía demasiado, tan solo los jóvenes de buena dentadura podían masticarlo; y con frecuencia era pasto de las cucarachas dentro de la bodega. En este sentido, era mejor el pan de casabe que hacían los indios. Aparte de eso, también se comía carne o tocino, dos o tres veces a la semana, y el resto de los días: habas, arroz, queso y, sobre todo, pescado en salazón, como bacalao, abadejo, sardinas... Y en alguna ocasión podían disponer de pasas y frutos secos, como almendras o castañas.

El fogón solía ubicarse en la cubierta principal, casi siempre en la proa, sobre una capa de arena, para poder hacer al menos una comida caliente al día, si el viento o la lluvia, claro está, no lo impedían. No obstante, el gran problema era

la sed, debido al mucho calor que allí hacía, sobre todo bajo cubierta, y a la escasez no solo de agua, cuya ración era de medio azumbre por jornada, sino también de alimento fresco, pues la mayor parte estaba conservado en salazón. Esto se agravaba, en el caso de la marinería, con las duras faenas de navegación y, en el de los pasajeros, con algunas enfermedades, lo que provocaba algunas situaciones angustiosas, de las que Rojas fue testigo en más de una ocasión. Él mismo sintió alguna vez el deseo de arrojar al mar para tratar de calmarla, tal era su desesperación. Y luego estaban los olores pestilentes, a causa del amontonamiento y de los excrementos y de todo lo que era susceptible de pudrirse en la carga, una mezcla de tufos que, cuando apretaba el calor, era poco menos que insoportable.

Para la mayoría, la cama era el suelo o, en algunos casos, una estera o un pobre colchoncillo lleno de chinches y piojos sobre la cubierta o bajo ella. Por lo que bien podía decirse que el navío era como una cárcel muy angosta y muy fuerte de la que nadie podía huir, aunque no llevara grillos ni cadenas, y tan cruel que no hacía distinciones entre los presos y sus guardianes, ya que a todos maltrataba y estrechaba por igual. Eran muchos, además, los que enfermaban durante la travesía, y no era extraño que algunos murieran en ella. En tales casos, se llevaba a cabo una breve ceremonia en la cubierta, para arrojarlos enseguida por la borda, sin demasiada solemnidad.

De los pasajeros, algunos tenían ya experiencia en viajar a las Indias, pero la mayoría no había pisado nunca una nave. A los primeros se les llamaba *baquianos*, y a los segundos, *chapetones*. A estos últimos se les distinguía fácilmente, pues siempre andaban mareados, revesando por doquier y llenos de zozobra; entre ellos abundaban los soldados recién licenciados, los que acababan de salir de la cárcel o los que no tenían donde caerse muertos. La sensación de encierro, el calor, los malos olores y, sobre todo, la sed hacían que todo el mundo estuviera postrado o irritado. Y, como el viaje era largo, conforme pasaban los días la tensión iba en aumento, lo que ocasionaba más de una disputa o pelea. Una noche en la que no podía dormir, Rojas pudo ver cómo un hombre estuvo a punto de arrojar a otro por la borda porque no paraba de roncar.

Los había también que pagaban su enfado con los pobres dominicos, debido a la mala fama que tenían en La Española por haber osado defender a los indios y estar en contra de las encomiendas, a las que todos en mayor o menor medida aspiraban, por muy humildes que fueran. Así que no era raro que los insultaran, llamándolos bigardos y otras lindezas semejantes, les escupieran o los empujaran, y más lejos habrían llegado si no hubiera estado Rojas para

defenderlos. También les robaron algunas provisiones, pero la tripulación no consiguió o no quiso averiguar quiénes lo habían hecho.

Un día los dominicos descubrieron a un muchacho intentando llevarse uno de los brotes que habían embarcado en Gran Canaria. Cuando le preguntaron que si viajaba con su familia, el mozo les contó que era huérfano y que había entrado en el barco fingiendo ser hijo de una pareja de labradores de Zafra. Pero, una vez dentro, estos se habían negado a compartir la comida con él. Los frailes, compadecidos, le ofrecieron una parte de su magra colación a cambio de que vigilara las plantas y el resto de sus pertenencias, lo que a ellos les permitió ocuparse con más libertad de otros menesteres más provechosos, como rezar, cantar letanías con gran alborozo o confortar a aquellos viajeros que más lo necesitaban. De modo que apenas tenían tiempo de desanimarse.

También Rojas procuraba estar siempre entretenido, bien fuera charlando con otros pasajeros, leyendo algún libro o paseando por la cubierta. En una ocasión, pudo observar cómo caían dentro del barco unos pescados de un palmo de longitud con una especie de alas, a los que los marineros llamaban peces voladores. Eso dio lugar a que varios marineros empezaran a contar historias sobre algunos portentos y monstruos marinos con los que se habían encontrado en sus travesías, o sobre las tormentas y naufragios a los que habían sobrevivido gracias a la feliz intervención de la divina Providencia, lo que avivaba el miedo de muchos pasajeros.

De vez en cuando, los baquianos relataban historias que acrecentaban todavía más la inquietud de los chapetones, como la de un labrador que presumía de haberse enfrentado a un grupo de indios caribes que querían capturarlo y llevárselo a su isla para comérselo, ya que esa era su costumbre. Otros les recordaban que la vida no era fácil para los españoles en el Nuevo Mundo, a causa de las guerras con los indios, las enfermedades y las hambrunas, pues con frecuencia no había nada que echarse a la boca. Y es que, como todos estaban obsesionados con el oro, casi nadie se ocupaba de labrar la tierra ni de criar ganado. Ni siquiera se dignaban probar las raíces que solían comer los indios para saciar el hambre, porque decían que crecían bajo tierra y, por lo tanto, no podían ser buenas para ellos. Por otra parte, nadie quería allí servir ni trabajar; todos deseaban ser señores y aprovecharse de los taínos. De ahí que, nada más bajar del barco, muchos españoles se olvidaran de su oficio y de su baja cuna y se las dieran de nobles o se volvieran caballeros como por ensalmo. Algunos ni

siquiera aceptaban ir a pie, sino a cuestras de los hombros de los indios o transportados en litera, tumbados en una hamaca, mientras les daban aire con plumas de ave y les hacían sombra con una gran hoja de árbol. Pero la realidad, que es muy tozuda, no tardaba en ponerlos a todos en su sitio.

A pesar de todo, seguían empeñados en hacer fortuna y conseguir oro como fuera. Pero la mayoría desconocía el oficio de la mina, por lo que pronto se cansaban o enfermaban y debían volver a Santo Domingo. Los que tenían indios en encomienda se servían de ellos sin mesura hasta agotarlos y acabar con ellos; en muchos casos, para nada, ya que la cantidad recogida era mínima.

—Y entonces ¿por qué volvéis? —les preguntó Rojas, intrigado.

—Porque en Castilla tampoco tenemos nada —respondió uno de los veteranos—, ni siquiera la ilusión de poder llegar a alcanzarlo algún día; al menos en las Indias nos queda el sueño de lograrlo con un poco de fortuna. De todas formas —añadió con otro tono—, mi idea es viajar a otras islas e, incluso, a Tierra Firme, donde podría haber oro en abundancia. En La Española ya apenas queda y pronto no habrá ni siquiera indios para extraerlo.

—Pues yo tengo un pariente —comentó un tercero— que estuvo en las minas del Cibao y uno de los indios que allí trabajaban encontró una pepita de oro del tamaño de una manzana. Por desgracia, se perdió en un naufragio, junto con su dueño, cuando la trasportaban a Castilla, por culpa de un *huracán*, que es como llaman allí a los vientos impetuosos y destructivos. Y no era la primera vez que sucedía algo así. De hecho, son muchos los que perecen al volver a casa, después de varios meses o años de penurias y sufrimientos, a veces con las alforjas bien cargadas.

—Olvidaos de una vez del oro —intervino de pronto un viajero con aspecto de mercader—. Ahora el futuro está en los ingenios de azúcar de caña, pero para ello no hay suficientes indios y los pocos que hay no duran mucho en esa tarea. Así que habrá que llevar muchos esclavos negros de Guinea, que son más resistentes al trabajo y a las enfermedades. En realidad, hace ya algún tiempo que vienen haciéndolo con el beneplácito del rey, que recibe un buen dinero a cambio de la correspondiente autorización; de momento, han sido pequeñas cantidades, pero pronto serán varios miles, no lo dudéis. Los negros son esclavos por naturaleza, pues carecen de alma y entendimiento, al igual que las bestias. Sin ellos, en La Española no habrá nada que hacer —concluyó, con aire de suficiencia.

De todo lo que contaban iba tomando el pesquisidor buena nota. Una noche en la que la conversación decaía, después de una jornada muy larga, se animó a

preguntar a los veteranos por la ciudad de Santo Domingo, pues quería saber cómo se había fundado y si era tan hermosa y próspera como decían por ahí. El más locuaz de los baquianos le contestó que la primera población de La Española y del Nuevo Mundo la había fundado Colón en el norte de la isla, no muy lejos del célebre fuerte de la Navidad, con el nombre de La Isabela, en honor a la difunta reina, a la que tanto apreciaba. Pero la obsesión por el oro había hecho que la mayor parte de la población se desplazara pronto hacia el sur. Según dijo, el principal causante de que esto ocurriera fue un joven español llamado Miguel Díaz, quien, tras herir en una pelea a un sirviente del adelantado Bartolomé Colón, huyó con varios compañeros suyos hasta un lugar a orillas del río Ozama, cerca del mar, y allí conoció a una india de gran belleza, la cacica Ozema, bautizada luego como Catalina, de la que enseguida se enamoró. Tal vez con la intención de retenerlo a su lado, esta le reveló que en el cercano río Haina había metal dorado en abundancia. Incitado por la noticia, Miguel Díaz retornó a La Isabela y trató de comprar el perdón por su fechoría comunicándole a Bartolomé Colón el feliz hallazgo. Sin embargo, otros veteranos allí presentes aseguraron que había sido su hermano el que le había pedido que abandonara La Isabela y se dirigiera con sus hombres hacia el mediodía. El caso es que, a los pocos días, el adelantado se puso en marcha y, al llegar a la desembocadura del río Ozama, en la parte oriental, decidió fundar una población, a la que llamó Santo Domingo, y no Nueva Isabela, como le había pedido el almirante; de hecho, ese era su nombre oficial. Esto tuvo lugar el 4 de agosto de 1496, si bien alguno juraba que había sido el 5. Sobre el porqué del nombre de Santo Domingo también había varias conjeturas. Unos afirmaban que porque el día en que allí se establecieron era domingo y, por ventura, el dedicado al santo así llamado, y otros que porque el padre de los hermanos Colón se llamaba Doménico, o por las tres cosas a la vez.

Según un antiguo soldado de origen extremeño que había llegado a la isla en el primer viaje del almirante, Santo Domingo era entonces apenas un villorrio formado por varias decenas de chozas de paja y madera, muy parecidas a las de los taínos, alguna casa de tapia y cantería, un pequeño fortín y una capilla. Pero en 1502 fue totalmente destruida por un huracán, el mismo que hizo naufragar una flota de veinte navíos que iba rumbo a España con un gran cargamento de oro y acabó causando quinientos muertos; entre ellos, el antiguo gobernador Francisco de Bobadilla. Debido a esto, su sucesor, frey Nicolás de Ovando, que acababa de llegar a la isla al frente de una expedición de dos mil quinientos hombres, mandó refundar la ciudad en la otra orilla del río, donde estaba ahora,

junto al asentamiento del cacicazgo de Ozema, del que no tardaron en ser expulsados los taínos, para que la nueva población pudiera extenderse a sus anchas, hasta convertirse en el lugar de abastecimiento y en la puerta de acceso al Nuevo Mundo, desde donde luego se fueron descubriendo y conquistando otras islas y Tierra Firme; de ahí que en ella estuviera la sede del virreinato y del gobierno de las Indias.

—Con este nuevo emplazamiento —prosiguió el veterano con cierto entusiasmo—, comenzó una época dorada para la ciudad, a la que llegaban numerosos barcos y de la que salían muchos otros, cargados de oro y diversos productos, lo que hizo que la población aumentara y se edificaran muchas casas de piedra y hasta un hospital real para pobres, en cuyas obras participaron más de mil cuatrocientos indios. Este lleva el nombre de San Nicolás, por haberse levantado por iniciativa del gobernador, que presumía de ser muy caritativo. De hecho, en los mentideros de Santo Domingo se decía que Ovando había mandado construir toda la ciudad a su imagen y semejanza, con monumentos adustos como sus costumbres y calles derechas y rectas como su carácter —añadió el hombre entre risas—. Sea como fuere, lo cierto era que, tras combatir con dureza a los indios rebeldes y repartirlos entre sus partidarios, frey Nicolás de Ovando consiguió pronto que la isla comenzara a ser provechosa, con lo que el gran fracaso de la administración de Colón parecía haber quedado atrás. Y, al poco tiempo, se convirtió en un lugar floreciente, al menos para algunos. Pero con el nombramiento como gobernador de Diego Colón las cosas han vuelto a complicarse un poco; de ahí que el rey haya limitado su poder y autoridad.

Las jornadas, por lo demás, discurrían lentas y monótonas como el girar de una noria en un cauce sin agua, siempre con el temor, eso sí, de que el océano se agitara de repente y estallara una tormenta que los hiciera zozobrar o apartarse de su trayectoria. Pero, cuanto más calmada estaba la mar, más tensión había dentro del barco, lo que daba lugar a todo tipo de querellas y disputas entre los pasajeros.

Cuando pasó un mes desde que partieron de Sanlúcar, los chapetones comenzaron a inquietarse un poco, pues no veían la hora de llegar a puerto y comenzar a perseguir quimeras por la isla, hasta que un día descubrieron volando sobre el barco algunas bandadas de aves marinas, señal evidente de que ya estaban cerca de tierra.

III

(Santo Domingo, unas horas más tarde)

Después de treinta y siete días de navegación, que era lo más habitual cuando los vientos eran favorables y no había grandes tormentas, avistaron el puerto de Santo Domingo, de muy hermosas aguas y muy templados aires, salvo cuando soplaban los huracanes. La llegada fue celebrada con gran júbilo y placer por los pasajeros y marineros de la expedición, incluidos los frailes, que no paraban de dar gracias a Dios. Rojas estaba impaciente por bajar a tierra, y no solo por perder de vista el barco, sino también por conocer de primera mano el lugar en el que iba a pasar los próximos meses. Se sentía excitado y expectante, pero, al mismo tiempo, temeroso por lo que allí iba a encontrarse, después de todas esas historias que se contaban.

El puerto estaba justo en la desembocadura del río Ozama, que en ese punto era muy ancho y caudaloso y albergaba muchas naves de todo tipo y calado. Justo detrás de la zona de embarque, por encima de una pequeña vertiente o ribazo, se veían ya las ventanas y tejados de algunas casas y podía intuirse la ciudad, bañada por el sol. Pero lo que más destacaba era la fortaleza que había a la entrada, en la boca del Ozama, para protegerla de posibles ataques, en la que destacaba su impresionante torre del homenaje, así como las murallas y baluartes contruidos a la par del río.

Para el desembarco, tendieron una plancha desde la cubierta hasta tierra, por la que bajaron los pasajeros y toda la carga, sin necesidad de utilizar ninguna barca. En el último momento, se produjeron diversos incidentes relacionados con algunas mercancías que no habían sido declaradas o no estaban permitidas. Al final, todo se fue aclarando, gracias a ese maravilloso allanador de caminos y

conciliador de voluntades que es el dinero. Una vez en tierra, Rojas se dirigió con sus compañeros de viaje al lugar en el que estaban construyendo el convento. La primera sensación que tuvo al comenzar a caminar fue de calor, un calor sofocante y bochornoso, lo que hacía que no parara de sudar; de modo que se quitó el jubón y se quedó en camisa. También lo deslumbró la luz, tan pura e intensa que recortaba con nitidez los edificios, los árboles y los objetos, doraba sus bruñidas superficies con brillantes y cegadoras reverberaciones y hacía resaltar los colores: arriba, el azul claro de su inmenso cielo; abajo, el verde oscuro de su frondosa espesura, y, en medio, el azul verdoso de su mar cristalino.

Cuando salieron del puerto, se dirigieron hacia la calle de las Damas, llamada así porque por ella se paseaban todas las mañanas las damas de la esposa del gobernador y virrey de las Indias, doña María Álvarez de Toledo. Era una de las principales vías de Santo Domingo, que discurrían paralelas al río, mientras que el resto se habían trazado perpendiculares a estas. La de las Damas iba desde el palacio de Diego Colón hasta la entrada de la fortaleza, que antes le daba su nombre, y en ella tenían o habían tenido sus propiedades la Corona, frey Nicolás de Ovando y algunos nobles y gente de importancia, pero todavía quedaban varios solares vacíos.

Durante el recorrido, al pesquisidor le llamaron la atención algunas casas y palacios, la mayoría de piedra o de ladrillo y argamasa para resistir mejor la fuerza de los huracanes. También había tiendas de mercaderes con productos traídos de Castilla y diversos talleres de artesanos, como sastres, zapateros, herreros, carpinteros, plateros... Las calles eran todas llanas, anchas y rectas, pues habían sido proyectadas a cordel, esto es, con regla y compás, según el modelo del *castrum* romano, como si con ello los españoles hubieran querido poner orden en un territorio que parecía intrincado y caótico. El resultado era una cuadrícula muy bien trazada que tenía como centro la plaza mayor o de armas, y como límites de dos de sus lados, el río y el mar, dejando los otros dos expeditos para futuras expansiones; de ella salían, además, numerosos caminos y senderos que iban hacia el río y el puerto o hacia los montes y haciendas cercanas, o que continuaban hacia el norte o el oeste de la isla. Era un espacio, en fin, ordenado, abierto y bien ventilado, muy distinto del que era frecuente en las ciudades castellanas, de calles retorcidas y apretujadas, como si estuvieran hechas para huir del sol o protegerse de los malos vientos. Santo Domingo estaba habitada, en esos momentos, por unos dos mil españoles, de los más de cinco mil que poblaban la isla, dejando aparte los que estaban de paso; el resto eran indios o gentes venidas de otras tierras.

Hacia el final de la calle de las Damas, torcieron a la derecha y, después de atravesar un gran espacio sin edificar, llegaron a las humildes viviendas de los dominicos, pues al convento aún le faltaba mucho para estar concluido, ya que el dinero del que disponían era muy escaso. Según Rojas pudo comprobar, eran los frailes los que lo estaban construyendo con sus propias manos y la ocasional ayuda de algunos vecinos. Pero a ninguno de ellos parecía importarle el hecho de tener que remangarse los hábitos para acarrear sillares o levantar muros, supervisados por uno de los hermanos, que ejercía de maestro de obras porque su padre lo había sido. Cuando vieron acercarse a los viajeros, todos ellos hicieron una pausa para acudir a recibirlos con gran alborozo. Junto a lo que iba a ser el claustro, se divisaba un huerto lleno de plantas y cultivos. Sentado a la sombra de un árbol, había un anciano dormitando. Aunque al principio le costó un poco reconocerlo, Rojas supo enseguida que se trataba de fray Antonio.

—Mi querido Fernando, dichosos los ojos... —exclamó este tan pronto despertó—. Por un momento pensé que estaba soñando. Hubo un tiempo en que imaginé que no volveríamos a encontrarnos, y, sin embargo, aquí estáis —añadió, poniéndose en pie.

Su cuerpo era más bien enjuto y no muy alto, y estaba algo cargado de espaldas. Tenía la piel muy arrugada y curtida por el sol, pero aún conservaba una buena parte de su pelo blanco, el semblante alegre y la mirada viva.

—No he podido dejar de acudir a vuestra llamada, pues yo también tenía muchas ganas de veros, después de tantos años —confesó el pesquisidor.

Tras una leve vacilación, se dieron un abrazo tan emocionado que a los dos se les saltaron las lágrimas. Los demás frailes los observaron complacidos, como si estuvieran ante el regreso del hijo pródigo.

—Dejadme que os presente a mis hermanos —dijo fray Antonio lleno de gozo—. Por fortuna, todos son mucho más jóvenes que yo, pues, como podéis ver, es mucho el trabajo aquí pendiente. Mirad, este de aquí es fray Pedro de Córdoba, nuestro vicario.

El nombrado tendría poco más de treinta años y era alto de cuerpo, delgado y de buena presencia. Sus facciones eran regulares y su mirada inspiraba calma, prudencia y seguridad. Su carácter parecía apacible, pero también firme y decidido.

—En realidad, soy uno más —precisó con una sonrisa afable—. Sabed que en nuestra comunidad, a la que humildemente os doy la bienvenida, no hay jerarquías. Aquí las decisiones las tomamos entre todos.

—Lo que sin duda es obra vuestra, pues no ocurre así en otros conventos —

replicó fray Antonio—. Pero permitidme que siga con las presentaciones. Este de aquí es fray Bernardino; aquellos, fray Domingo y fray Bernardo; y los otros, fray Jorge, fray Andrés, fray Alonso... —comentó, al tiempo que los iba señalando—. Todos ellos proceden del convento de San Esteban y algunos se han formado, al igual que vos, en el Estudio salmantino, por lo que estamos hablando de gente muy preparada, y no como yo, que todo lo que sé lo he aprendido viajando de acá para allá y trabajando en el huerto.

—¿Os parece poco? Olvidáis decir que vos fuisteis mi mentor y ayudante en mis primeros trabajos como pesquisidor —recordó Rojas con una sonrisa.

—Tonterías —rechazó fray Antonio—. Y, por fin, ese mocetón que viene ahí es fray Antón de Montesinos, de quien habréis oído hablar, pues fue el que predicó el famoso sermón en favor de los indios y en contra de los encomenderos que tanto revuelo ha armado, y con razón —añadió con un gesto cómplice.

El célebre predicador era alto y bien constituido. Tenía la piel curtida por el sol, el rostro ovalado, el pelo abundante y revuelto, las cejas muy pobladas, la frente despejada, la nariz recta, los labios carnosos y las facciones muy marcadas. Sus manos eran grandes y fuertes, como las de un labrador.

—Me temo que el hermano herbolario exagera un poco —se apresuró a decir con su imponente vozarrón—. En todo caso, el mérito no fue solo mío. El sermón lo escribimos entre todos los que aquí estábamos en aquel momento.

—Pero fuisteis vos el que le disteis alma y voz —insistió el herbolario.

—Debéis saber que fray Antonio os aprecia mucho —comentó fray Antón para cambiar de conversación, pues no le gustaba hablar de sí mismo—. Llevaba varios días sin salir de su celda, a causa de unos achaques que no le dan tregua, pero hoy ha querido venir a recibirnos en su huerto, que, para él, es como la niña de sus ojos.

—¡Y cómo no iba a hacerlo! Al fin y al cabo, yo soy el responsable de que esté aquí. Y espero que sepáis perdonarme por ello —añadió, dirigiéndose a Rojas.

—Estoy seguro de que ha sido por una buena razón.

—¡Y tan buena! —exclamó el herbolario—. Si no nos damos prisa, los taínos, con todo su saber, desaparecerán muy pronto de la faz de esta isla, Dios no lo quiera, por culpa de esos malditos encomenderos que los utilizan como si fueran esclavos. Nuestro deber es salvarlos.

—Por cierto, os agradecemos mucho que hayáis querido venir —apuntó fray Pedro.

—La verdad es que no he podido negarme, dada la gran insistencia de vuestros hermanos —explicó Rojas.

—La gravedad del asunto así lo requería —se justificó el vicario—. Me imagino que estaréis muy fatigado del viaje y querréis descansar. Fray Antonio os acompañará a vuestro humilde aposento, pues querrá conversar con vos. Supongo que mis hermanos ya os habrán hablado de las condiciones en las que vivimos desde que abrazamos la causa de los indios.

—No tenéis por qué disculparos. Agradezco igualmente vuestra hospitalidad —le hizo saber Rojas—. De todas formas, creo que sería mejor que me alojara en alguna de las posadas de la ciudad.

—¿Es que acaso os incomoda nuestra compañía? —replicó fray Pedro.

—En absoluto —rechazó Rojas con firmeza—. Pero creo que lo mejor es que la gente no me vea demasiado por el convento. Espero que no os importe.

—¿Al menos contaréis con nuestra ayuda? —preguntó fray Pedro, algo contrariado.

—Tan solo hasta que aprenda a moverme solo por estos pagos —señaló Rojas.

—Está bien, como gustéis —concedió fray Pedro no muy convencido—. No obstante, debo advertiros que estaríais más protegido con nosotros. De alguna manera, nos sentimos responsables de lo que os pueda pasar.

—Por eso no os preocupéis, sabré cuidarme solo, y la Corona se hará cargo de mis gastos —aseguró Rojas para que el fraile se quedara tranquilo.

Tras despedirse de los demás hermanos, fray Antonio lo condujo a un hospedaje que había no muy lejos del puerto, donde paraban aquellos comerciantes y oficiales reales que se quedaban en la isla por poco tiempo o que aguardaban en la ciudad la salida de algún barco que los llevara a otra isla o a Tierra Firme. Según le explicó a su amigo, el dueño era de confianza y le debía más de un favor, por lo que allí estaría cómodo y seguro.

La posada estaba situada precisamente en la calle de las Damas. Era una casa de piedra recién construida, limpia y espaciosa. Después de hablar con el posadero, se dirigieron a la cámara, que se encontraba en el piso de abajo. Fray Antonio se sentó en una silla y Rojas permaneció de pie. Desde una de las ventanas podía contemplar el río Ozama y observar, a su izquierda, la gran actividad que había en el embarcadero del puerto. Allí estaba la carabela en la que había llegado hacía unas horas, que se aprestaba ya para emprender un nuevo viaje. De buena gana lo habría dejado todo y se habría vuelto a casa en ella. Pero allí estaba su amigo, feliz por estar con él y deseoso de que llevara a cabo la misión para la que lo había requerido.

—¿Qué os han parecido mis hermanos? —le preguntó el fraile, al ver que Rojas no decía nada—. Confío en que no os hayan importunado demasiado.

—De ninguna manera —rechazó Rojas—. Y espero que ellos también entiendan cuál es aquí mi posición. Así que lo mejor será que, en la medida de lo posible, me mantenga al margen del convento mientras llevo a cabo las pesquisas.

—Lo entenderán, ya lo veréis. De eso me encargo yo —aseguró el herbolario.

—Por lo demás, quiero que sepáis que me parecen muy valientes y dignos de admiración, al igual que vos, dicho sea de paso —añadió Rojas, con un gesto de complicidad.

—Ellos mucho más que yo —lo corrigió fray Antonio—. Si vos supierais... Están haciendo una gran labor en La Española, aunque no todos los que viven aquí piensan lo mismo, como supondréis. Me imagino que ya os habrán contado algo por el camino.

—Así es. Y también me han dicho que fuisteis vos el que disteis la voz de alarma cuando nadie parecía preocuparse por las duras condiciones en las que vivían los taínos por culpa de los encomenderos —dejó caer Rojas.

—Era mi obligación como hombre, y no solo como fraile, hacerlo. Si vos hubierais sido testigo de las mismas atrocidades que yo, estoy seguro de que habríais hecho algo parecido. Como recordaréis, vine a La Española en el tercer viaje de Colón, que partió de Sanlúcar en 1498 y fue bastante largo, ya que el almirante quiso aprovechar para poner el pie por primera vez en Tierra Firme, aunque luego no se lo hayan reconocido. Yo vine casi de incógnito, no como fraile, sino como un labrador más de los que recalaron aquí en ese momento. Mi idea era enseñarles a los taínos a trabajar la tierra de una manera más eficaz, así como intentar adaptar algunas plantas propias de nuestros lares a estas latitudes, ya que soy de los que piensan que, antes de predicar la palabra de Dios, hay que procurar dar trigo en su nombre. El caso es que, por un tiempo, quise vivir como ellos y compartir lo que sabía. Pero pronto me di cuenta de que no tenía mucho que enseñarles; era más bien yo el que debía aprender de ellos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Rojas, intrigado.

—Según ellos me contaron, antes de la llegada de Colón, todas sus necesidades estaban cubiertas sin demasiado esfuerzo por su parte, debido a la gran fertilidad de esta isla —le explicó el fraile—. Y es que en ella durante todo el año tienen hojas los árboles, están verdes los prados y las cosas prosperan admirablemente, gracias a que el aire es muy saludable, las aguas abundantes y el clima una bendición, algo así como una perpetua primavera o un permanente

otoño, según la estación sea seca o de lluvias. Por eso, las legumbres maduran aquí dos veces por temporada, y hay hortalizas que a los quince días o, como mucho, al mes de haberlas sembrado ya están en plena sazón. También las vides que se trajeron de Castilla, si se las cuida, crecen de forma notable; y no digamos la caña de azúcar, traída por el almirante en su segundo viaje, que en poco tiempo fructificó de tal forma que parecía originaria de aquí; de hecho, en esta tierra crece más alta y más gruesa que en ninguna otra parte, como de un codo de larga. Los taínos, además, tienen por cierto que la tierra, el agua y el sol son de todos, son algo comunal, y que, por lo tanto, no debe haber entre ellos ni tuyo ni mío, origen de todos los males de este mundo, por lo que aquí sobraban campos y no le faltaba nada a nadie. Para ellos esto era como vivir en esa Edad de Oro de la que tanto se habla en los libros. De modo que no era menester cerrar sus heredades ni con fosos ni con paredes ni con setos; vivían con las casas y los huertos abiertos, sin necesidad de leyes, ni alguaciles ni jueces, pues si hay algo que detestan los taínos es la codicia, la mentira y el robo. De manera natural, sin que nadie se lo enseñara ni se lo impusiera, veneraban al que era recto y tenían por malo y perverso al que se complacía en hacer injuria a cualquiera. Se contentaban, en fin, con lo que tenían y así vivían tranquilamente, hasta que llegamos nosotros, los españoles, y todo se fue al garete. Poco a poco fui descubriendo que, lejos de redimirlos, lo que habíamos hecho era sacarlos por la fuerza de su pequeño paraíso y convertir su vida en un infierno, y lo habíamos hecho a conciencia, tal vez porque no soportábamos la idea de que pudiera existir un pueblo que no fuera ambicioso ni avaricioso.

—Puede que tengáis razón —apuntó Rojas.

—Por desgracia, para entonces, la mayoría de los indios estaban ya en manos de los encomenderos, que los tenían como esclavos en las minas, oprimiéndolos con trabajos forzados que no podían soportar y sin proporcionarles la alimentación adecuada, que en el mejor de los casos consistía en casabe con una especie de pimienta llamada *ají*. Para que os hagáis una idea de lo que les daban, os diré que un cristiano comía en un día lo que una familia de taínos en un mes. Así que, después de recorrer la isla y ver cómo muchos morían víctimas de la fatiga, el hambre, las enfermedades traídas por nosotros y los malos tratos, sin que nadie se prestara a ayudarlos, decidí escribir varias cartas a fray Domingo de Mendoza, a quien había conocido en el convento de San Esteban, contándole con detalle lo que aquí pasaba. Este pronto se convirtió en el promotor de una misión para evangelizar a los taínos y tratar de librarlos de los encomenderos. Pero, para ello, había que buscar personas de temple y prepararlas bien. Aunque él nunca

me lo dijo, intuyo que hubo muchos obstáculos, pues no todos en la orden debían de estar de acuerdo con sus ideas. No obstante, el rey les dio permiso para que viajaran quince frailes y tres seglares; y luego le comunicó por carta al gobernador Diego Colón que, una vez aquí, los atendiera y les proporcionara todo lo que necesitaran. Por desgracia, fray Domingo de Mendoza, que había sido nombrado vicario provincial para esta misión, hubo de retrasar su viaje, ya que tuvo que ir a Roma para hacer algunas gestiones relacionadas con la misma. Tras dos años más de preparativos, varios hermanos se pusieron, por fin, en marcha. Para ello tuvieron que pedir limosna y hospedaje en los pueblos por los que pasaban, hasta llegar a Sanlúcar de Barrameda, donde se embarcaron con alegría para el Nuevo Mundo.

Fray Antonio le contó a su amigo que los primeros en llegar a La Española habían sido fray Pedro de Córdoba, en calidad de vicario, fray Antón de Montesinos y fray Bernardino de Santo Domingo. Con ellos había viajado también el hermano lego Domingo de Villamayor, que pronto regresaría a Castilla. Y a este grupo fueron sumándose algunos hermanos más, procedentes de San Esteban o de otros conventos reformados de Castilla, hasta completar el cupo concedido por el rey; entre los que se encontraban el propio fray Domingo de Mendoza y fray Tomás de Berlanga.

En un principio, vivieron en extrema pobreza, de la caridad de unos pocos vecinos. Uno de ellos, llamado Pedro de Lumbreras, les dejó una especie de bohío grande al cabo de un corral que tenía. En cuanto a sus camas, no eran más que unas cuantas varas puestas sobre horquetas y cubiertas con colchones de paja seca. Sus hábitos estaban hechos de lana mal cardada y los demás vestidos, de tela tosca y áspera, no muy apropiada para el calor que allí hacía. Y su alimentación consistía en pan de casabe; una planta llamada *maíz*; cocido de berzas, generalmente sin aceite, y sazonado con ají; huevos y, de cuando en cuando, un pescadito que alguien les daba por caridad.

—Parecíamos mendigos —explicó fray Antonio—, con la diferencia de que, por voluntad propia, habíamos decidido no pedir limosna, aunque sí admitir lo que voluntariamente nos dieran. Ahora, gracias a la huerta, disponemos de más abundancia y variedad.

—¿Y cómo fueron recibidos vuestros hermanos por Diego Colón? —quiso saber Rojas.

—Al poco de llegar, se presentaron ante el gobernador y le mostraron la voluntad de conocer a los nativos. Pero este se mostró muy desconfiado y poco colaborador. De modo que tuvieron que arreglárselas solos. En un primer

momento, les sorprendió mucho el hecho de que los indios rechazaran cualquier labor evangelizadora, lo que explicaba que muchos frailes anteriores fracasaran y fueran incapaces de entenderse con ellos, como fue el caso de fray Bernardo Boyl. Y es que los taínos ya no se fiaban de los cristianos, por lo que hubo que ir con mucho tiento. Sentado en un banco, no subido en un púlpito, y con un crucifijo en las manos, fray Pedro intentó varias veces hacerles comprender que los dominicos habían venido a la isla solo para ayudarles y no para aprovecharse de ellos. Después, con la ayuda de intérpretes y numerosos gestos y representaciones, comenzó a predicarles la buena nueva: desde la creación del mundo hasta la crucifixión de Jesús, cabeza de todo linaje humano, y su misión redentora. También les dijo que todos ellos eran igual que él, criaturas de Dios, destinadas a gozar de la felicidad eterna. De esta forma, logró captar su atención, pero pronto se dio cuenta de que, mientras no acabáramos con las encomiendas, no teníamos nada que hacer.

»Con este fin nos pusimos a recabar testimonios entre los propios españoles. Al principio, como cabía esperar, nadie quería hablar. Pero un día, cuando estábamos cenando, se presentó en el convento un español llamado Juan Garcés, que llevaba algún tiempo oculto en la selva, huido de la justicia por haber matado a su mujer, una cacica taína que, según sostenía, le había sido infiel. Al enterarse de la llegada de los dominicos y de nuestra buena disposición, había decidido venir a vernos para confesar su horrendo crimen, del que estaba muy arrepentido. También nos habló del maltrato que él mismo había dispensado a los indios y de las enormes crueldades a que eran sometidos por parte de los cristianos. Según nos dijo, las tierras de labranza eran de la Corona y su cultivo corría a cargo de los encomenderos, que, a su vez, se encargaban de aprovecharse del trabajo forzado de los indios. Y ello a pesar de las advertencias de la reina Isabel contra los excesos de las encomiendas, como la provisión enviada al gobernador en 1503, mandando que se pagara a cada uno de ellos el jornal y el mantenimiento por cada día trabajado y se les tratara como a personas libres que eran y no como a siervos o algo peor, sin causarles ningún daño ni desaguizado, pues solo los taínos rebeldes y los caribes podían ser legalmente esclavizados.

»Al escuchar tales cosas, los dominicos nos sentíamos algo culpables, debido, sobre todo, al apoyo que fray Diego de Deza y el convento de San Esteban habían dado, en su día, al proyecto de Colón. Por otra parte, estábamos comprometidos con la causa de instruir a los indios en la fe cristiana, como había sido el deseo de la reina Isabel, que, en su lecho de muerte, había pedido de

forma explícita que fueran debidamente evangelizados y tratados con benevolencia, ya que eran súbditos libres de la Corona. Así que dedicamos mucho tiempo a debatir sobre esta cuestión. De entrada, no veíamos cómo podía ser lícita esta manera de tener encomendados a los indios con el único fin de servirse de ellos; más bien nos parecía algo en contra no solo de la ley divina, sino también de la humana y natural, por lo que lo más urgente, para nosotros, era tratar de suprimir las encomiendas. Con este fin decidimos hacer públicos nuestros propósitos a través de un sermón, que escribimos entre todos y al que invitamos, casa por casa, a los españoles que vivían en la ciudad, ya que iba a ser de gran interés para ellos.

»El hermano elegido para pronunciarlo fue fray Antón de Montesinos, pues, además de ser muy impetuoso y vehemente, posee una voz portentosa y bien modulada y una gran capacidad oratoria. La predicación tuvo lugar en una capilla improvisada en la iglesia del convento, durante la misa mayor, el cuarto domingo de Adviento, el 21 de diciembre, en vísperas de la Navidad. Allí estaban el virrey y gobernador, don Diego Colón, doña María Álvarez de Toledo y sus damas, el tesorero de las Indias, el alcaide de la fortaleza, el alcalde mayor, los jueces, los oficiales del rey, visitantes, alguaciles, soldados... También los caballeros y escuderos, así como los otros encomenderos y sus familias y demás gente de la ciudad y alrededores. Todos parecían alegres y locuaces, comentando las últimas novedades llegadas a la isla, hasta que apareció fray Antón y se subió a un pequeño andamio que hacía las veces de púlpito. Teníais que haberlo visto; solo con mirarlo a la cara imponía. Él extendió su vista por toda la sala y se hizo un silencio expectante. El sermón estaba basado en el lema evangélico *Ego vox clamantis in deserto* («Yo soy la voz del que clama en el desierto»), muy oportuno, a nuestro parecer, para la situación en la que nos encontrábamos. Conservo de él una copia en mi celda, pues algún día pienso difundirlo a los cuatro vientos, para que sirva de modelo y de recordatorio a todo el mundo.

—Me gustaría conocerlo —comentó Rojas.

—Si os parece, lo rememoraré para vos, ya que, de tanto leerlo, me lo he aprendido de coro —le explicó su amigo—. Aquel día fray Antón comenzó a hablar con tono mesurado y gran serenidad de aquello que tocaba a la materia del tiempo de Adviento y al lema del sermón, para después entrar en el asunto con encendida elocuencia: «Yo soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla. Y esta voz os recuerda que todos estáis en pecado mortal, y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas gentes inocentes —señaló, refiriéndose a los taínos—. Decid: ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y

horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras, mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?». En ese momento comenzaron a escucharse algunas protestas acá y allá —explicó fray Antonio—. «¡Cómo se atreve!», gritó en concreto alguien, y los demás comenzaron a murmurar. Fray Antón, impasible, puso la palma de su mano izquierda junto a su boca, a modo de bocina, para que su voz sonara todavía más atronadora y reprobatoria: «¿Y qué cuidado tenéis de quién los doctrine —prosiguió, golpeando el púlpito con la otra mano para dar más fuerza a sus palabras—, y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?». Sus preguntas quedaron resonando en el aire durante un buen rato, dejándolos a todos atónitos y tal vez a unos pocos compungidos. «Tened por cierto —concluyó fray Antón— que en el estado en que estáis no os podéis salvar más que los moros o turcos que carecen, pues no la quieren, de la fe en Jesucristo». Un murmullo casi unánime de desaprobación recorrió el templo. Era la primera voz que se alzaba, en estas tierras, en favor de los indios, y los había cogido a todos desprevenidos. Entre los congregados se veían gestos amenazadores y se escuchaban palabras muy duras contra fray Antón, que, imperturbable, descendió del púlpito y se dirigió con calma a su humilde casa pajiza, acompañado por sus hermanos. ¿Qué os ha parecido?

—El sermón es magnífico, el mejor que he escuchado nunca, y demuestra una gran valentía por parte de vuestra orden —comentó Rojas, emocionado—. Pero, decidme: ¿qué pasó después? —se apresuró a preguntar.

—Por supuesto, las quejas y protestas no se hicieron esperar —aseguró fray Antonio—. Ese domingo, después de comer, se juntaron algunos, los más ofendidos, en casa del gobernador y acordaron ir a pedir al vicario la cabeza del predicador, por considerarlo hombre escandaloso y sembrador de doctrina nunca antes oída, ya que afirmaba que no podían tener indios, a pesar de que se los había dado el rey, y ponía en cuestión el derecho que su alteza tenía sobre estas tierras, cosas en verdad gravísimas. Una vez en el convento, fray Pedro les reveló que el sermón había sido compuesto por toda la comunidad. Con

amenazas y halagos trataron de convencerlo de que obligara a fray Antón a retractarse públicamente y a desdecirse de lo predicado en nombre de los demás. El vicario les prometió entonces que Montesinos volvería a hacer un sermón el siguiente domingo sobre la misma materia y que en él diría lo que mejor le pareciese.

—¿Hubo, pues, otro sermón? —inquirió Rojas, sorprendido.

—Así es. El domingo 28 de diciembre, día en el que se conmemora la matanza de los Inocentes, volvieron a juntarse en la capilla. Había tanta gente que no todos pudieron entrar en ella. Fray Antón subió al púlpito de nuevo con parsimonia y tranquilidad, como si el domingo anterior no hubiera sucedido nada. De repente se hizo un silencio absoluto, pues la expectación era enorme. El fraile los miró con gesto desafiante y comenzó a decir: «Tomaré a referir desde el principio mi ciencia y verdad, la misma que el domingo pasado os prediqué, con el fin de mostraros que aquellas palabras mías que tanto os amargaron son verdaderas». Nada más planteado el tema, ya vieron los más avisados a dónde pensaba ir a parar el fraile. A continuación empezó nuestro hermano a referir todo lo que en el pasado sermón había predicado y a corroborar con más razones y autoridades todavía lo que había afirmado acerca de la injusticia que suponía tener sometidas a aquellas pobres gentes. También dijo que dieran por seguro que no podrían salvarse si persistían en ello y no ponían remedio, pues, en tal caso, no los confesaríamos. Y que escribieran luego a quien quisiesen en Castilla o en Roma, pues los dominicos estaban convencidos de que con este acto servían a Dios y no chico servicio hacían al rey y al papa. Asimismo les recordó lo peligrosa que era y digna de mucho llorar la condición de los hombres que están en pecado, mayormente los que con daños de sus prójimos han subido a mayor estado del que nunca tuvieron, porque más duro les iba a resultar caer de él. Esto último causó gran alboroto entre los asistentes, ya que les resultaba áspero oírse reprender desde el púlpito con tal dureza, algo a lo que no estaban acostumbrados. Y es que, mientras los predicadores callan, a los pecadores les parece que Dios está descuidado y que la ley divina ha sido revocada. Pero, cuando hablan y les piden cuentas en público, se les viene el mundo encima. Acabado el sermón, fray Antón se fue a su casa con los demás, y todo el mundo en el templo quedó alborotado y maldiciendo y mucho más indignado con nosotros que la vez anterior, porque, si se suprimían las encomiendas, como nosotros queríamos y demandábamos, ellos se quedarían sin indios, sin fortuna y sin poder.

—Supongo que esta vez se armaría también un gran revuelo —comentó

Rojas.

—Y tanto que sí —confirmó fray Antonio—. Por todas partes se habló mucho de los dos sermones, pues ponían en tela de juicio, por primera vez, la licitud de la conquista de las Indias, el derecho a la guerra contra los naturales y el trato dado a los mismos, al tiempo que se afirmaba su dignidad y libertad y su capacidad de razonamiento. La noticia llegó enseguida a otros lugares de La Española, como Concepción de la Vega, donde causó una gran impresión en un encomendero llamado Bartolomé de las Casas, que además era clérigo, lo que no le había impedido poseer indios, si bien los trataba de forma más benévola que la mayoría. Pero el eco de ese clamor llegó también a otros lugares del Nuevo Mundo y, por supuesto, a Castilla. Y os alegrará saber que, en el convento de San Esteban y en las aulas del Estudio salmantino, ya hay jóvenes maestros que, estimulados por el ejemplo de sus hermanos, en sus lecciones empiezan a cuestionar el poder real sobre las Indias y la legitimidad de las encomiendas.

—¿Y qué dijo el rey? —quiso saber Rojas.

—Su contestación no se hizo esperar —le informó fray Antonio—. La expresó por medio de una cédula dirigida al gobernador en respuesta a las quejas enviadas por este y un correctivo destinado a nuestro padre provincial donde se lamentaba de que los dominicos de La Española no quisiéramos conceder la absolución a los encomenderos, al tiempo que ordenaba que en adelante no habláramos ni en el púlpito ni fuera de él de esa materia. Esto hizo que nuestro superior nos enviara varias cartas desde Castilla recriminándonos con dureza por nuestra conducta y ordenándonos prudencia en nuestros sermones. También se nos pedía que no dudásemos de los derechos reales sobre las Indias y nos instaba a que regresáramos a España antes de que la cosa fuera a mayores. Fernando el Católico se había dado cuenta, pues, de que no se trataba solo de protestas por los malos tratos causados a los indios. Y es que, en última instancia, lo que el sermón venía a poner en cuestión era la facultad del rey para conceder encomiendas y hasta el poder real sobre las Indias. De ahí que no tardara en pedir dictamen sobre ello a sus consejeros.

—¿Con qué intención?

—Como os podéis imaginar —explicó el fraile—, su pretensión era desacreditarnos, aduciendo que nuestra postura no tenía ningún fundamento teológico ni jurídico. Pero mis hermanos no se rindieron y enseguida mostraron su intención de ir a la corte y tratar de convencer al rey de que suprimiera las encomiendas. Gracias al dinero obtenido en una pequeña colecta, enviaron a Burgos a fray Antón de Montesinos, que, después de varios intentos de ser

recibido por el monarca, no tuvo más remedio que aprovecharse de un descuido del camarero real y colarse de rondón en las dependencias de su alteza, al que leyó un memorial con algunas de las tropelías cometidas por los españoles. Terminada la exposición, don Fernando le preguntó: «¿Eso es posible?», haciéndose de nuevas, como si no supiera nada, a lo que nuestro hermano le contestó: «Y mucho más que no os he leído por no abrumaros».

—¿Y qué pasó luego? —inquirió Rojas con gran interés.

—Que el rey quedó tan impresionado que convocó de inmediato una junta de teólogos y juristas para que estudiaran las denuncias que habíamos hecho y discutieran sobre la cuestión —le informó el fraile—; entre ellos se encontraba el dominico Matías de Paz, catedrático del Estudio salmantino. En los debates, unos consideraban que los indios eran hombres libres e iguales a nosotros ante Dios y que la única justificación de los cristianos en el Nuevo Mundo era predicar el Evangelio, por lo que estaban en contra de las injusticias cometidas con ellos. Otros, sin embargo, mantenían que el descubrimiento y la ocupación constituían títulos suficientes para justificar el pleno dominio sobre estos territorios y su incorporación a la Corona. Se trataba, además, de una donación del papa, hecha en virtud de la suprema jurisdicción de la Santa Sede y amparada por cuatro bulas. En cuanto a los indios, consideraban que, al ser infieles, carecían de personalidad jurídica y, por consiguiente, no eran sujetos de derecho, pudiendo ser expropiados de sus tierras y bienes, sometidos a toda clase de fatigas y malos tratos y hasta reducidos casi a la esclavitud. Al fin y al cabo, Dios había entregado las Indias a Castilla del mismo modo que en otro tiempo había dado a los judíos la tierra prometida, para que se establecieran en ella.

»Concluidas las deliberaciones, el rey hizo que se aprobaran y promulgaran las llamadas leyes de Burgos, con las que, en apariencia, se intentaba proteger a los indios. Pero las cosas no cambiaron, tan solo se suavizaron un poco las condiciones en las que vivían, pues mantenían el trabajo forzado, aunque limitándolo y humanizándolo un poco. Así que, lejos de suprimir las encomiendas, lo que hicieron fue contribuir a legitimarlas. En todo caso, las leyes apenas se cumplieron, por lo que tampoco lograron detener la destrucción de los taínos, agravada por las enfermedades y el hecho de que cada vez tenían menos hijos. Por entonces se inició también la costumbre de leerles formalmente un requerimiento a los indios con el fin de que aceptaran su sometimiento, lo que no es más que un ardid legal en el que se les plantea la alternativa de ser sojuzgados de manera pacífica o por la fuerza. En conclusión, cabe decir que las cosas siguen pintando mal para los taínos. Pero, por suerte, habéis venido vos,

para ayudarnos a defenderlos y averiguar quién está detrás de la matanza de la aldea, por lo que os doy de nuevo las gracias.

—No tenéis por qué dármelas. El caso lo merece. Lo que no entiendo es por qué habéis metido al rey en todo esto. No era necesario que él, con la colaboración de vuestros hermanos, me forzara a venir —le reprochó Rojas—. Habría bastado con una carta vuestra.

—Lo sé. Pero fue idea del vicario. Ya sabéis que nuestro fin último es que el rey tome conciencia de una vez por todas de la trágica situación de los taínos —argumentó el fraile.

—Me parece muy bien —concedió Rojas—. Pero eso vendrá después.

—Tenéis razón. Os ruego que nos perdonéis. Y ahora os dejo para que podáis descansar —se despidió el fraile.

—Lo necesito. El viaje me ha dejado baldado —confesó Rojas.

—Si precisáis algo, no dudéis en pedírmelo —se ofreció fray Antonio—. Aquí hay bienes que escasean, como el papel y la ropa, hasta el punto de que, a veces, es más barato comprar una casa que unas varas de tela o un sombrero, y eso si lo encontráis. Pero yo os podría conseguir algunas cosas.

—Os lo agradezco.

—Ya sabéis que contáis con mi ayuda —insistió el fraile.

IV

(Aldea o yucayeque de Aabayagua, al día siguiente)

A pesar del cansancio acumulado, Rojas no había podido dormir muy bien. Tal vez fuera a causa del calor o los mosquitos o por estar lejos de Talavera, a lo que habría que añadir la preocupación suscitada por todo lo que le había contado fray Antonio justo antes de irse a la cama. Esto hizo que no parara de dar vueltas en el lecho, al tiempo que los cangilones de su pensamiento no cesaban de girar en su cabeza. El pesquisidor tenía la impresión de que los dominicos le habían preparado una encerrona, obligándole a aceptar un caso que le venía demasiado grande, pues no se trataba de un crimen particular, sino de uno que afectaba a todo un pueblo y en el que probablemente había más de un culpable y muchos intereses implicados. Y no es que le diera miedo enfrentarse a ellos; lo que le preocupaba, en realidad, era no lograr estar a la altura de las circunstancias. Así que maldijo el día en que fueron a buscarlo los dos dominicos y se maldijo a sí mismo por no haber sido capaz de decir que no.

Como estaba previsto, por la mañana temprano se dirigió con uno de los hermanos del convento a la aldea incendiada. Su acompañante era muy joven y se llamaba Anselmo de Peñaranda. Había estudiado teología en la Universidad de Salamanca, pero lo había dejado tan pronto se enteró de que en el Nuevo Mundo hacían falta frailes. Para entonces, él ya estaba harto de asistir a las lecciones y de leer tanto libro; lo que quería era ver mundo y llevar a cabo alguna misión. Así que se embarcó en cuanto le dieron licencia para ello. Pero, al cabo del tiempo, La Española se le había quedado pequeña y ahora deseaba participar en alguna expedición que explorara otras islas o se adentrara en Tierra Firme. Mientras hablaba, Rojas lo miraba con cierta envidia, pues se daba cuenta

de que, a sus cuarenta y un años, él ya había perdido esas ansias de conocer y viajar, o al menos eso le parecía, tal vez porque, durante un tiempo, no había parado de ir de un lugar para otro, de aventura en aventura y de pesquisa en pesquisa.

Al principio, el fraile lo condujo por un sendero entre la espesura, pero la cosa se fue enmarañando cada vez más, lo que los obligó, en algunos momentos, a abrirse paso con la ayuda de un machete. Esto le hizo comprender al pesquisidor que, fuera de la ciudad, la isla se mostraba muy exuberante y fértil, pero también llena de obstáculos e inconvenientes. Por suerte, contaba con la ayuda del joven dominico, que le decía dónde debía poner el pie y cuándo tenía que saltar o le avisaba de algún peligro. Era tal la cantidad y variedad de árboles y plantas que Rojas se sentía cada vez más abrumado y confundido. El calor, además, era insoportable y le impedía caminar con ligereza.

Cuando llegaron al claro en el que se encontraba la aldea, el pesquisidor observó que ya estaba parcialmente cubierta de hierba y maleza, pues el fuego la había convertido en terreno abonado. En el centro de lo que había sido el batey, había un gran montículo de tierra rodeado de piedras, con tres cruces encima y una pequeña lápida orientada hacia poniente, en la que figuraba la fecha en la que había tenido lugar el trágico incendio.

—Ahí están sepultados los restos; al parecer, quedaron destrozados —le informó el fraile, al tiempo que se santiguaba.

Rojas hizo lo mismo. Después rezaron una oración por el alma de los fallecidos y permanecieron durante un rato en silencio. El pesquisidor cerró los ojos y creyó oír los gritos de los taínos, abrasados por las llamas, a su alrededor. Eran voces de auxilio y de terror; chillidos de angustia y desesperación. Luego imaginó sus cuerpos retorcidos y casi calcinados, mezclados con las cenizas y la madera quemada. El pesquisidor agitó la cabeza para tratar de ahuyentar tales visiones. Pero estas se resistían a desaparecer. De modo que trató de evadirse poniéndose manos a la obra.

Tras un breve examen del terreno, Rojas pudo comprobar que, en efecto, todos los bohíos habían ardido al mismo tiempo y de manera casi uniforme, lo que indicaba con claridad que el incendio había sido provocado. Después buscó entre las cenizas y en los alrededores algún indicio o rastro, por pequeño que fuera, de los que lo habían hecho. El fraile lo observaba desde la distancia con una mezcla de recelo y curiosidad. A unos pocos pasos de la aldea, junto a un tocón, el pesquisidor halló algo que brillaba entre la hierba. Parecía la concha de un caracol. Se lo mostró al fraile y este le dijo que era la cuenta de un collar.

—¿De un collar?

—A los indios les gusta mucho adornarse. Es posible que lo perdiera uno de los muchachos que sobrevivieron —sugirió el dominico.

—¿Y no podría ser de los que incendiaron la aldea?

—¿Creéis acaso que pudieron ser los propios taínos? —preguntó el fraile con asombro.

—No quería sugerir eso. Pero hay que tener en cuenta todas las posibilidades —le explicó Rojas—, y no estoy pensando exactamente en los que vivían aquí; tal vez fueran de alguna otra aldea o cacicazgo.

—¿Y por qué motivo iban a hacerlo?

—No lo sé. Puede que por envidia o rivalidad, u obligados por algún encomendero. Se trata solo de una suposición —aclaró el pesquisidor.

—Estoy seguro de que no os la plantearíais si conocierais a los taínos. Aunque os parezca increíble, son gente noble y bondadosa, incapaces de sentir envidia y, menos aún, de matar a gente de su pueblo, por mucho que los obligaran a ello —aseguró el fraile.

—Seguramente tengáis razón...

—No pretendo tenerla —lo interrumpió el dominico—, sino mostraros la verdad.

A Rojas lo irritó la seguridad y resolución con la que hablaba el joven fraile, como si se preciara de saberlo todo o estuviera cuestionando sus métodos y principios.

—Ni yo he venido a llevaros la contraria —replicó el pesquisidor—, sino a averiguar lo que pasó, y, para ello, debo considerar cualquier suposición, por muy absurda que en un principio parezca. Y ahora, si no os importa, me gustaría ir a ver a los dos sobrevivientes.

—¿Para qué, para interrogarlos? —inquirió el fraile.

—Fuisteis vos mismo quien me sugirió que el collar podía ser de ellos —le recordó Rojas—. Tan solo quiero que me digan si vieron o escucharon algo.

—Ya os comentaron mis hermanos que no percibieron nada —le recordó fray Anselmo.

—Lo sé. No obstante, quisiera hablar con ellos. A veces, para obtener las respuestas adecuadas, es muy importante saber hacer las preguntas oportunas —explicó Rojas con cierta arrogancia—. En cuanto a mí, no debéis preocuparos. Yo estoy de vuestro lado y del lado de los taínos. Pero necesito saber, de primera mano, toda la verdad acerca de lo que aquí ocurrió.

—El lugar está lejos —le informó el fraile.

—¿Cómo de lejos?

—Como a media jornada de aquí. Hacia el noroeste de la ciudad.

—Si nos damos prisa, podremos llegar antes de que caiga el sol y pasar la noche allí —sugirió Rojas.

—No creo que eso sea conveniente —objetó el fraile.

Rojas no entendía a qué venía tanta prevención. Parecía como si los dominicos hubieran ya trazado el camino que tenía que seguir.

—¿Y por qué no? —quiso saber él.

—Porque a nuestro vicario no le gusta que pasemos la noche fuera de Santo Domingo; puede ser peligroso, y más si se enteran de que estamos haciendo pesquisas sobre la matanza —argumentó el fraile.

—Está bien, volveremos a la ciudad —concedió Rojas, resignado—. Pero antes quiero ir a ver adónde conduce ese sendero que sale de la entrada este de la aldea.

Se trataba de una trocha que a cada momento se veía interrumpida por la espesura. Después de recorrer un cuarto de legua, llegaron a un río que discurría en calma, bajo la sombra de los árboles que bordeaban sus orillas. De vez en cuando, un rayo de luz traspasaba la penumbra y, a la vez, la hacía más intensa. Muy cerca del agua, entre unos matorrales, Rojas descubrió varias antorchas y los restos de una canoa.

—Pues ya sabemos por dónde huyeron los que prendieron fuego a la aldea —comentó el pesquisidor con aire triunfal—. ¿Tenéis idea de adónde conduce?

—No sabría decirlo, la verdad. Imagino que será alguno de los que vierten en el Ozama —conjeturó el fraile.

El regreso a Santo Domingo fue más trabajoso de lo previsto a causa de la lluvia torrencial que comenzó a caer bien entrada la tarde, lo que hizo que se perdieran varias veces. Era como si el sendero que habían abierto a la ida se hubiera ya borrado, a la vuelta, por la creciente espesura. Por otra parte, Rojas creyó descubrir a alguien espiándolos desde la distancia. Pero no estaba del todo seguro. Probablemente, el cansancio, la lluvia y el calor le habían nublado la vista y le habían hecho percibir lo que no era. Estaba tan ofuscado que a punto estuvo de tropezar con la raíz de un árbol y caer por un barranco. Su compañero, sin embargo, parecía ausente, como si estuviera pensando en sus cosas. Por suerte, llegaron antes de que anocheciera. Nunca le había dado tanta alegría a Rojas contemplar a lo lejos el humo de unas chimeneas.

Antes de despedirse para ir a su hospedaje, le pidió a su acompañante que fuera discreto y no hablara con nadie de lo que habían descubierto, ni siquiera con fray Pedro, pues, de momento, la investigación debía mantenerse en secreto, para evitar que lo averiguado pudiera llegar a oídos de los culpables. El fraile lo miró con extrañeza, como si le estuviera pidiendo algo disparatado.

—Creedme. Es mejor así —le aseguró Rojas.

—Si vos lo decís...

—Debéis saber que no fui yo el que decidió hacerse cargo de este caso — comentó Rojas con tono serio—. Fue vuestra orden la que me lo pidió, bueno, para ser exactos, yo diría que más bien me obligó. De modo que las cosas tendrán que hacerse como yo diga. Esa es mi condición para seguir con las pesquisas. Esto sí podéis contárselo a vuestro vicario.

—Así se lo haré saber —aseguró el fraile.

—Si os parece bien, nos vemos mañana en esta misma esquina al salir el sol, para ir a ver a los dos sobrevivientes.

—Aquí estaré —se limitó a decir el fraile.

Además de algo molesto, Rojas estaba agotado y hambriento. En la posada le sirvieron un poco de chivo cocido y la raíz de una planta llamada batata, que le resultó dulce y agradable, y vino procedente de Castilla. Mientras cenaba, observó que algunos comensales no le quitaban los ojos de encima y murmuraban entre ellos. Supuso que, a esas alturas, ya sabrían que se trataba del pesquisidor enviado por el rey para investigar la matanza de la Epifanía, con todo lo que ello significaba.

V

(Hacienda de Guevara, el día después)

A la mañana siguiente acudió a la cita otro dominico, llamado fray Tomás de Toledo. El pesquisidor le preguntó por fray Anselmo y el nuevo le dijo que esta vez lo habían mandado a él porque conocía bien la lengua taína, algo que iba a serle de gran utilidad cuando interrogara a los dos sobrevivientes, cosa que Rojas agradeció. Después se dirigieron con paso firme hacia el oeste de la ciudad. El camino estaba bordeado por palmeras y discurría paralelo al mar, que quedaba a su izquierda. A esa hora estaba terso y tranquilo como una balsa de aceite. Tan solo en la orilla había un ligero oleaje, sin apenas espuma, como si el agua, más que golpear, acariciara las rocas. A lo lejos, Rojas vio un barco que, tras salir del puerto, puso rumbo a poniente, tal vez en dirección a la cercana isla de Cuba. Por la derecha, una vez superados los límites de la ciudad, se extendían los conucos y luego un bosque en el que se alternaban diferentes especies. En él se adentraron después de haber andado cosa de una hora, hasta remontar una pendiente. Aunque iba en camisa, el pesquisidor no paraba de sudar a chorros, por culpa del calor y la humedad. Desde la cima se divisaba un fértil valle atravesado por un río; cerca de este había varias casas, un pequeño bosque y una gran extensión de terrenos de labranza.

—¿Es ahí adonde vamos? —preguntó Rojas.

—Así es —confirmó el fraile, que, a diferencia de fray Anselmo, no era de muchas palabras, pero a Rojas le inspiraba más confianza.

Llegar hasta allí no fue tan fácil como parecía a primera vista, pues había que bajar serpenteando por un terreno muy abrupto para salvar la pendiente y vadear varios arroyos rebosantes de agua, lo que hizo que Rojas tropezara varias veces y

acabara cubierto de barro.

—Hay un camino por el norte de la ciudad mucho más llevadero —le informó el dominico—, pero es bastante más largo y tenemos que estar de vuelta antes del anochecer. También está más transitado, y eso no nos conviene.

Rojas no dijo nada, pues no tenía ganas de discutir con el joven fraile las órdenes del vicario, siempre tan protector.

Cuando se dirigían a una de las casas, la más grande, hecha de piedra y rodeada de palmeras, les salió al paso una mujer. Iba vestida como una cristiana, pero sus rasgos y su porte parecían indios. Tendría poco más de treinta y cinco años y era muy esbelta, con los senos erguidos, las curvas suaves y la piel tirando a blanca. El pelo era liso y muy negro y le llegaba hasta la cintura; los ojos eran negros y grandes, los pómulos muy marcados, la nariz pequeña y los labios carnosos y rosados. Rojas, por su parte, no pudo evitar sentirse avergonzado por su aspecto somnoliento, sudoroso y embarrado.

—Soy doña Ana de Guevara, la propietaria de esta hacienda —se presentó la mujer, al tiempo que junto a ella se situaban varios indios salidos de entre los árboles y armados con una especie de garrote plano llamado *macana*—. ¿Os puedo ayudar en algo?

Hablaba la lengua castellana con una gran dulzura, a pesar de su tono firme y ligeramente desafiante, lo que dejó a Rojas sin palabras. Tampoco era capaz de apartar la mirada de su rostro, de una belleza extraña e inusitada para él. Se sintió como el personaje de Calisto el día en que entró en el huerto de Melibea en pos de un halcón y cayó preso de amor por ella, como un cordero herido por un rayo o un corzo atravesado por un venablo.

—¿Acaso no me entendéis o es que os habéis quedado mudo? —preguntó ella con ironía, dirigiéndose al pesquisidor.

—No, veréis, yo... Lamento mucho importunaros —arrancó este por fin—; estamos buscando a los dos muchachos que vivían en la aldea que fue incendiada. Sabemos que se refugian aquí.

—¿Y para qué los queréis? —inquirió ella, con desconfianza.

—Me llamo Fernando de Rojas y soy el pesquisidor enviado por el rey, a petición de los frailes dominicos, como mi acompañante, fray Tomás de Toledo, os podrá confirmar, para tratar de averiguar qué pasó aquella noche y quién puede estar detrás de ello.

Doña Ana frunció levemente el entrecejo y ladeó un poco la cabeza, como si lo estuviera escrutando.

—¿Os importa decirme por qué habéis venido por este lado, en lugar de

hacerlo por el camino que viene a la ciudad? ¿Tratabais de sorprendernos? —preguntó ella con desconfianza.

—No ha sido idea mía —se justificó Rojas—. Hemos venido por la senda más corta y escondida porque los dominicos están amenazados y temen por mi vida.

—Si es por eso, no deberíais haberos puesto en camino. Esta isla puede ser muy peligrosa, como muy bien sabemos los taínos —replicó doña Ana con cierta ironía.

—Mi obligación es descubrir la verdad de lo ocurrido en la aldea y, para ello, necesito hablar con los posibles testigos del hecho —balbuceó el pesquisidor.

La mujer se quedó pensativa, tal vez sopesando lo que había dicho Rojas, mientras este notaba cómo el corazón le latía cada vez más deprisa y las manos y la frente le sudaban, a causa de un calor que le venía de dentro y no del exterior.

—En ese caso, no tengo inconveniente en dejaros pasar —concedió ella—. En cuanto a lo ocurrido en la aldea, bien claro está. Sabed que no es la primera vez que una matanza así acontece en esta isla, aunque ya hacía mucho tiempo que no había vuelto a suceder, pues apenas quedan taínos que vivan en sus aldeas; casi todos están en las minas y haciendas de los españoles.

—¿Podríais hablarme de esas matanzas? —inquirió Rojas, interesado.

—Estas tuvieron lugar, sobre todo, en la época de Nicolás de Ovando —comenzó a explicar doña Ana—. Y esto es algo que sé por experiencia, no porque me lo hayan contado los míos. Hace unos doce años, yo misma pude escapar por muy poco de una de esas masacres. Nosotros la recordamos como «la tarde roja», ya os imaginaréis por qué. Para los cristianos, sin embargo, fue un día de júbilo y de gloria. Ocurrió en mi tierra, en Xaraguá, una de las principales regiones de Quisqueya, en el suroeste de la isla. Ni siquiera los caciques de diversos cacicazgos pudieron librarse de ella. Estos se habían reunido, a petición de mi madre, para agasajar al gobernador Nicolás de Ovando con regalos y festejos y asistir a unos juegos de cañas por parte de algunos caballeros españoles. El gobernador mandó entonces que los encerraran a todos en un caney y los quemaran vivos. Allí murieron más de ochenta, varios de ellos de mi familia. Luego el incendio se extendió por el yucayeque y pereció también una parte de la población. A los que trataban de escapar de las llamas los soldados los acuchillaban por la espalda o los alanceaban desde los caballos; a unos les cortaban la cabeza con la espada y a otros les daban tajos por todo el cuerpo. Tan solo algunos niños y mujeres logramos huir, gracias a varios cristianos que se apiadaron de nosotros. Pero nunca olvidaré la cara del gobernador; con sus ojos de fuego y su barba bermeja, parecía el mismísimo

diablo, ese del que tanto hablan los predicadores. A mi madre mandó detenerla, acusada de haberse alzado en secreto contra los españoles, y, sin haberla juzgado ni escuchado, la hizo ahorcar poco tiempo después, a pesar de que la reina Isabel había pedido que fuera respetada. Se llamaba Anacaona, que, en nuestra lengua, quiere decir «Centro o Corazón de lo Celestialmente Valioso»; tal vez hayáis oído hablar de ella a los dominicos. Los demás no se atreven a mentarla por temor a que se les aparezca por la noche.

—Algo he oído, sí —reconoció Rojas—. Y lamento mucho su muerte. Por lo que dicen de ella, debía de ser muy inteligente y hermosa —añadió con intención, como si sus palabras se refirieran también a doña Ana.

—Y una mujer muy valiente, que luchó con todas sus fuerzas para defender a su pueblo —comentó ella, con entusiasmo—. Tenía, además, gran talento para componer y conservar en su memoria las canciones y poemas en los que se guardan y difunden las historias y la sabiduría de mi pueblo. Tras la muerte de su hermano Behequí, llegó a convertirse en la cacica de Xaraguá. Y, a pesar de considerarlos enemigos, sentía gran curiosidad y admiración por los españoles, pues veía en ellos la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos y mejorar así la vida de los suyos. Durante un tiempo, trató de establecer alianzas con los cristianos, ya que era muy consciente de que, si no lo hacía así, pronto acabarían con nosotros, dado que nos superaban en fiereza y en armas. Nosotros ni siquiera teníamos con lo que defendernos y, menos aún, hacer frente a sus armaduras, espadas, ballestas y lanzas. Las de fuego nos causaban, además, un gran pavor, a causa del estruendo de los disparos y el humo y fuego que despedían, si bien pronto descubrimos que en esta tierra no eran muy eficaces por culpa de la humedad. Pero también estaban los perros amaestrados por los soldados para que nos mordieran con saña, hasta sacarnos las entrañas y devorarlas, y, sobre todo, los caballos, cuya mera presencia nos amedrentaba, debido a que pensábamos que la bestia y el hombre que la montaba eran un mismo ser. Aún recuerdo con horror sus relinchos y el ruido de los cascos sobre la tierra, que parecía como si rodaran grandes piedras; de ahí que los españoles los consideraran mucho más valiosos que una fortaleza a la hora de combatirnos. Así que no os extrañe que mi madre tratara de crear alianzas y llegar a pactos y acuerdos con vuestros compatriotas. Pero estos lo querían todo para ellos y no estaban dispuestos a hacer concesiones.

Doña Ana se expresaba con mucha elocuencia y pasión, pero también con gran precisión y claridad, lo que tenía maravillado al pesquisidor. Él, sin embargo, era incapaz de hilar con acierto más de una frase.

—¿Y por qué os hacéis llamar Ana de Guevara? —preguntó de improviso.

—Ese es mi nombre cristiano. El verdadero es Higuemota, y así me siguen llamando los míos. Lo cambié después de bautizarme y contraer matrimonio —le informó.

—¿Estáis casada con un español? —inquirió el pesquisidor, tratando de disimular su contrariedad.

—Lo estuve hace tiempo, ahora soy viuda —precisó ella—. Mi marido era Hernando de Guevara, que vino a Quisqueya en uno de los primeros viajes de Cristóbal Colón. Era un hombre apuesto y noble, de muy buena familia. Yo en ese tiempo era muy joven y, cuando lo vi tan gallardo y vestido con su brillante armadura, no pude evitar caer rendida ante él. Y la verdad es que me casé por amor y con el consentimiento de mi madre, que no solo no se opuso, sino que alentó nuestro compromiso, pues pensó que, de ese modo, mejorarían nuestras relaciones con los españoles. Y es que ella sabía de sobra que la única forma de no desaparecer era aliarnos con nuestros enemigos. Por desgracia, en mi caso, las cosas no fueron fáciles, ya que hubo un español que se interpuso entre nosotros, nada menos que Francisco Roldán, el alcalde mayor de La Isabela y luego de toda la isla, antiguo capitán de mi marido y usurpador de una parte de las tierras del antiguo cacicazgo de mi familia, que también se había fijado en mí y trató por todos los medios de impedir nuestra boda, mandando lejos a mi prometido. Pero, a los pocos días, Hernando regresó y, tras casarnos en secreto, no le quedó más remedio que rebelarse contra Roldán, del que en su día había sido amigo y con el que antaño se había alzado contra el propio almirante. Por ese motivo fue encarcelado en Santo Domingo y condenado a muerte. Con la llegada del nuevo gobernador, Francisco de Bobadilla, mi marido fue puesto en libertad, justo antes de que fuera a ser ejecutado. Pero mi alegría duró muy poco, pues los ataques contra Hernando continuaron y al final consiguieron matarlo. Así que apenas pude estar con él. Una vez viuda, decidí retirarme a esta hacienda que heredé de mi esposo, donde me dedico a cuidar de nuestra hija Mencía, a ayudar a los míos y a leer toda clase de libros. Para que me dejaran en paz, tuve que renunciar a muchas cosas que legalmente me pertenecían. Algunos piensan, en la ciudad, que he enloquecido o que he muerto de tristeza, mas, de momento, no les daré ese gusto —añadió, muy digna—. Y vos, ¿estáis casado? Contadme alguna cosa vuestra.

—Lo estoy, sí, y tengo varios hijos. Antes de venir aquí, era alcalde mayor de Talavera de la Reina. Estudié leyes en la Universidad de Salamanca y, durante un tiempo, fui pesquisidor real —contestó Rojas a trompicones y sin muchas ganas

de hablar de ello—. En cuanto a vos, comprendo que estéis dolida con los cristianos —añadió, para cambiar de asunto.

—Dolida es poco decir —corrigió ella—. Pero no lo estoy con todos por igual, claro está. Algunos me han demostrado que son buenos y generosos y hasta me aprecian, aunque, por desgracia, no tal como soy, pues en verdad no me conocen ni les interesa conocerme. En cualquier caso, he aprendido que ser cristiano no significa nada, ya que una cosa es la palabra de Cristo y otra muy distinta lo que hacen los que a sí mismos se consideran tales, que muy pocas veces resulta acorde con sus creencias. Pero no es este el lugar ni el momento para hablar de esas cosas. Os ruego que me acompañéis a casa, donde sois bien recibidos, pues parecéis persona discreta y razonable. Os daré algo de beber y de comer y, de paso, podréis limpiaros un poco —añadió con una sonrisa burlona—. Se ve que no estáis muy acostumbrado a moveros por estos barrizales. Mientras tanto, mandaré a buscar a los dos sobrevivientes para que podáis hablar con ellos. Pero más os vale no asustarlos ni amenazarlos, pues están bajo mi protección —añadió con firmeza.

—No acostumbro a torturar a los testigos, si es eso lo que en verdad os preocupa —advirtió Rojas.

—Tampoco yo os lo permitiría —replicó ella.

Higuemota, Rojas y el fraile se dirigieron a la casa, acompañados por los dos criados. Rojas parecía cada vez más fascinado por la princesa taína, a la que, casi sin darse cuenta, miraba con arrobó y admiración. No solo le atraía su belleza, sino también su coraje, su inteligencia y sus convicciones. Jamás había conocido a nadie igual, ni siquiera en los libros. Por eso quería saber cómo era, cómo sentía, cómo pensaba...

Después de reponer fuerzas, llegaron los dos taínos. Tendrían poco más de quince años. Ambos vestían camisa, pero iban descalzos y llevaban ceñidores de algodón en las piernas, según la costumbre de su pueblo. Rojas se sentía incómodo por la presencia de Higuemota, pues no quería molestarla ni defraudarla. A través del fraile, se presentó y les preguntó cómo se llamaban. El más alto tenía por nombre Caocatex y el otro Tamarex. Luego les contó que había viajado a La Española para tratar de averiguar lo sucedido en su aldea y que, por lo tanto, debían confiar en él y contarle todo lo que supieran. Los dos jóvenes taínos miraron a Higuemota, que les dirigió un leve gesto de asentimiento, y esto los serenó. Para empezar, el pesquisidor les preguntó, por medio del dominico, que por qué esa noche no estaban en la aldea con los demás. Y ellos respondieron que ese día se habían ido a cazar, pues no querían

hacerse cristianos.

—¿Por qué motivo? —quiso saber Rojas.

—Porque nosotros somos taínos y ya tenemos a nuestros *cemíes* —respondió Caocatex con naturalidad.

El fraile le explicó a Rojas que así era como llamaban a sus divinidades.

—¿Y por qué creéis que los demás se bautizaron? —inquirió Rojas.

—Porque pensaban que de esa forma ya no serían obligados a trabajar —sugirió el muchacho, visiblemente inquieto—, o porque eso era lo que quería fray José y ellos le estaban muy agradecidos, ya que nos había buscado un refugio y se preocupaba por nosotros. Tamarex y yo también lo estábamos, pero no queríamos tener nada que ver con los cristianos. Ellos son nuestros enemigos —añadió, buscando la mirada de Higuemota.

—Está bien. ¿Y cuándo regresasteis a la aldea?

—Era ya bien entrada la noche —explicó el muchacho—. Cuando llegamos, estaba ardiendo. Intentamos entrar en ella, pero no había ningún resquicio por donde acceder. Todos los bohíos estaban en llamas. Así que nos pasamos un buen rato dando vueltas alrededor, con mucha rabia y dolor por no poder hacer nada —añadió entre sollozos.

Higuemota se acercó a Caocatex y le puso una mano sobre el hombro, y eso pareció calmarlo.

—¿Y no observasteis nada extraño? —continuó Rojas.

—Tan solo unas llamas agitándose en el sendero que conduce hasta el río. Imaginamos que se trataría de otro incendio —explicó ahora Tamarex.

Rojas no pudo evitar hacer un gesto de triunfo, pues la información suministrada por el testigo confirmaba que el fuego había sido provocado y que los causantes habían huido hacia el río.

—¿Tampoco visteis a nadie? —le preguntó a Tamarex.

—A nadie —contestó el muchacho sin vacilar.

—¿Y tenéis idea de quién pudo hacerlo?

—Caocatex y yo pensamos que habían sido nuestros *cemíes* los que lo habían provocado, como castigo por haberlos abandonado para hacerse cristianos; lo que explicaba que nosotros nos hubiéramos salvado. Pero ahora ya no lo tenemos tan claro —reconoció Tamarex, agachando la cabeza.

—¿Y qué hicisteis después?

—Tan pronto cesó el fuego, tratamos de buscar algún sobreviviente, alguien que estuviera herido, pero, al ver que todos habían muerto quemados, salimos corriendo —confesó el muchacho.

—¿Por qué razón?

—Teníamos miedo de que nos culparan de ello, ya que éramos los únicos que seguíamos vivos. Al principio, pensamos huir a las montañas, pero luego decidimos que lo mejor sería escondernos en casa de Higuemota, de la que habíamos oído hablar a nuestros padres, que ella se encargaría de protegernos, pues nosotros somos también de Xaraguá —añadió, mirando a su bienhechora.

—E hicisteis bien. Aquí no tenéis nada que temer —confirmó ella.

Rojas puso sobre la palma de su mano derecha la cuenta que había encontrado en los alrededores de la aldea y se la mostró a los muchachos.

—¿Es vuestra? —les preguntó.

Tras mirarla un instante, contestaron que no.

—¿La habíais visto antes? ¿Os resulta familiar?

Los dos volvieron a negar.

—Está bien. ¿Alguna cosa más que queráis añadir? —preguntó Rojas.

—Sentimos no poder ser de más utilidad —se lamentó Tamarex.

—Me habéis ayudado mucho —les indicó el pesquisidor.

—Podéis iros a descansar —les dijo Higuemota.

Cuando los dos muchachos se marcharon, Rojas comentó que tenía la impresión de que ocultaban algo. Pero ella le dijo que estuviera tranquilo, que los taínos no sabían mentir.

—Por lo menos así era antes de la llegada de los españoles, ahora todo está cambiando —añadió por cautela.

—En cualquier caso, los pesquisadores debemos desconfiar de todos —puntualizó Rojas.

Después Higuemota se ofreció a enseñarle la hacienda, que era mucho más extensa de lo que a Rojas le había parecido, vista desde lo alto. Según le contó, en su casa y en sus tierras trabajaban varias decenas de taínos, por lo general *naborías* o servidores de origen plebeyo.

—Pero no como esclavos ni siervos —se apresuró a advertir—. Aquí todos cobran un salario por su trabajo y pueden irse a otra parte si no están a gusto.

—¿Y existen gentes de sangre noble o linajes de ascendencia privilegiada entre los taínos?

—Así es. Son los llamamos *nitaínos*, que ayudan al cacique en las tareas de gobierno o lo representan en su ausencia, lo que explica que los encomenderos suelen usarlos como capataces o mayordomos en las minas o haciendas, al igual que hacen con los caciques —le hizo saber ella.

Cerca de la casa había una construcción de madera y cañas. Higuemota le

comentó que se trataba de un caney, muy similar a los que habitaban los caciques, que eran bastante más grandes que los bohíos, de forma rectangular, con un poste en medio, el techo a dos aguas y una especie de pórtico o soportal en la entrada. También le dijo que lo había mandado construir para recordar cada día, nada más levantarse, cuáles eran sus orígenes.

—Eso es algo que os honra. Admiro vuestra fidelidad al pueblo taíno —comentó Rojas.

—En realidad, somos arahuacos —precisó Higuemota—. Lo de taíno es una forma de diferenciarnos de los pueblos que nos rodean. Esa palabra, en nuestra lengua, quiere decir «gente buena, noble, prudente», a diferencia de caribe, que significa «gente brava, osada y fiera». Y así era como nos presentábamos a los españoles cuando llegó el almirante Colón, como un pueblo pacífico, bondadoso y hospitalario que apenas tenía armas con las que defenderse, y no como los caribes o los ciguayos, que eran buenos arqueros y muy belicosos. Nosotros, por lo general, no sabemos oponernos a los otros ni decir que no. Y ese fue nuestro gran error con los españoles, pues enseguida se aprovecharon de nosotros, y ahora ya no hay vuelta atrás.

—No sabéis cómo lo lamento. Si sirviera de algo, os pediría perdón por su comportamiento —se aventuró a decir Rojas.

—Los cristianos todo lo arreglan pidiendo perdón y confesando sus pecados —le reprochó Higuemota—. Luego el cura los absuelve y otra vez a empezar: borrón y cuenta nueva.

—¿Y vos seguís siendo cristiana? —inquirió Rojas.

—Veréis —le explicó Higuemota, deteniéndose en medio del camino—. Los taínos tenemos muchos cemíes; de modo que no nos cuesta mucho aceptar uno o varios más. En mi casa podéis encontrar varias imágenes de vírgenes y santos conviviendo con ellos. Los cemíes son figuras hechas de piedra, madera, algodón, barro o hueso que representan o encarnan a nuestras divinidades, cada uno con su nombre y su historia, ligada a la de nuestro pueblo o a la de nuestros antepasados. Para mí son como un puente o una llave que nos permite comunicarnos con las fuerzas superiores. Como cristiana, creo en lo que dicen los Evangelios, pero no tanto en la Iglesia ni en sus dogmas ni en la mayoría de sus representantes. Según mi experiencia, la mayoría de los que presumen de cristianos son justo lo contrario de aquello en lo que dicen creer. El cristianismo predica que todos somos hijos de Dios, pero, en su nombre, nos condenan a la esclavitud; alaba la pobreza, mas sus adeptos son avaros y codiciosos; pregona el amor al prójimo y la caridad, mientras sus fieles nos matan, roban, torturan y

violan. Los taínos, sin embargo, practicamos las virtudes cristianas de forma natural, sin necesidad de conocer la doctrina ni de estar bautizados. Para nuestra desgracia, los españoles actúan como si la suya fuera la única fe verdadera y las demás no tuvieran derecho a existir. De ahí que piensen que, con los infieles, todo les está permitido. Y, si nos convertimos de buen grado, nunca acaban de fiarse de nosotros; siempre estamos bajo sospecha.

—¿A qué os referís?

—A que todo lo que hacemos lo interpretan como un ataque contra sus dogmas y creencias. Recuerdo que, en cierta ocasión, unos sirvientes del cacique Guarionex se presentaron en una capilla cristiana y se llevaron las imágenes que allí había. Después las enterraron y orinaron sobre ellas, mientras decían: «Ahora vuestros frutos serán buenos y abundantes». Bartolomé Colón, en cuanto se enteró de lo sucedido, mandó detenerlos y al final fueron quemados vivos, pues los españoles consideraron que se trataba de un sacrilegio. Lo que no sabían era que esos actos formaban parte de un rito de fertilidad, de esos que acostumbramos a realizar con algunos de nuestros cemíes para favorecer las cosechas, por lo que había que verlo más bien como una muestra de respeto y veneración hacia las imágenes cristianas. No sé si me entendéis.

Claro que la entendía; de hecho, a Rojas todo aquello le resultaba muy familiar, lo que hizo que aumentara su interés por Higuemota. Eran tan diferentes, y, sin embargo, había algo que los unía.

—Os comprendo muy bien. Pero os aconsejo que no lo vayáis contando por ahí. Si los inquisidores de Castilla se enteraran de lo que pensáis, seríais carne de hoguera —le advirtió Rojas con una sonrisa.

—Por suerte, sus garras todavía no han llegado hasta aquí —exclamó Higuemota con alivio.

—No tardarán en hacerlo. Por lo que tengo entendido, el inquisidor general ya ha dado orden al obispo de Santo Domingo para que actúe en nombre del Santo Oficio, aunque de momento lo que más les preocupa son los herejes y conversos que puedan haber venido de Castilla de forma irregular, pues tienen prohibido viajar al Nuevo Mundo. En cuanto a vos, si fuerais idólatra, no tendríais nada que temer de ellos, pero, desde el momento en que os habéis hecho cristiana, ya no se os permite rendirles culto a vuestros cemíes. Así que andaos con cuidado —le recomendó Rojas.

—En cualquier caso, estoy segura de que vos no me vais a denunciar —replicó ella con tono cómplice.

—¿Por qué motivo?

—Porque a la legua se ve que vos sois converso. Os lo noto en vuestra manera de hablar y de mirar. Solo que, a diferencia de mí, que creo en esto y en lo otro, vos os habéis vuelto desconfiado y algo descreído con respecto a la fe cristiana y a la fe judía, pues tenéis vuestras propias creencias, ¿me equivoco?

Al escuchar tales palabras, a Rojas se le demudó el semblante. Se sentía desnudo, como si de golpe lo hubieran despojado de esa máscara que casi siempre llevaba puesta para no llamar la atención y pasar inadvertido. ¿Cómo era posible que esa mujer lo hubiera calado de esa forma tan certera nada más conocerlo? ¿Acaso tenía poderes de adivinación? Solo de pensarlo, le causaba cierto recelo e inquietud, lo que, por supuesto, no impedía que cada vez se sintiera más atraído por la princesa taína.

—Veo por vuestro silencio que he acertado. Pero no os preocupéis, que yo tampoco pienso decir nada.

—No sabéis cómo agradezco vuestra complicidad.

—La verdadera complicidad siempre es mutua —añadió ella con una sonrisa.

Rojas se sentía tan cautivado que, cuanto más conocía a Higuemota, más curiosidad sentía por ella y por todo lo que la rodeaba. Así que no paraba de hacerle preguntas. Lo primero que quiso saber fue si los taínos creían en un ser supremo. Ella le contestó que, en el cielo o *turey*, había un ser inmortal al que nadie podía ver, que tenía madre, mas no tenía principio, al que llamaban Yúcahu Bagua Maórocoti, esto es, Espíritu de la Yuca y el Mar sin Ancestro Varón, y Yucahugamá, es decir, Gran Señor de la Yuca, y al que representaban por medio de una piedra de tres puntas, que, según sus creencias, era la que hacía nacer la yuca, su principal alimento. Luego le habló de otros cemíes. Según le dijo, los había benéficos y maléficos, comunales y familiares. La mayoría estaban tallados en madera de *guayacán* y algunos contenían los huesos de sus antepasados. Por lo general, se guardaban en los bohíos o en el caney del cacique, junto a los objetos rituales que se utilizaban en las ceremonias relacionadas con ellos, pues no tenían templos propiamente dichos, como los cristianos; de ahí que muchos frailes pensaran que los taínos no tenían religión y que, por tanto, eran terreno abonado para la fe cristiana; de hecho, veían su alma como una tabla rasa. Pero también había cemíes en ciertas cuevas y entre las piedras de la plaza ceremonial. En el caney recibían las ofrendas de los taínos, que solían ser las primicias de las cosechas, y allí eran custodiados por los caciques y behiques, que, de cuando en cuando, los invocaban con el fin de pedirles algo, ya fuera un pronóstico, un favor o un consejo, antes de cultivar un conuco o concertar un matrimonio o emprender una guerra o cualquier otra cosa

que les preocupara. Para hablar con los *cemíes* absorbían por la nariz el polvo de ciertas semillas durante la ceremonia de la *cohoba* o hacían ayunos prolongados llamados *coimas*, hasta caer en trance. De los *behiques*, le contó que eran sacerdotes y adivinos, así como hechiceros o curanderos, lo que quería decir que trataban las enfermedades con ungüentos y hierbas, pero también con exorcismos y encantamientos, de los que a veces no salían bien parados.

Como Rojas no perdía detalle de lo que decía ni parecía cansarse de escucharla, Higuemota le explicó a continuación que los taínos venían de una tierra, al norte de la isla, llamada Caonao, que significaba «donde hay mucho oro». En ella había una montaña sagrada, a la que decían Cauta, en cuyo interior había dos grutas: Cacibajagua y Amayaúma; de la primera habían nacido los nobles, buenos y prudentes taínos y de la otra, los sin valor y sin mérito, esto es, los *ciguayos* —«gentes de cabezas grandes y cabellos luengos»— y los *macorijes* —«los que no son de aquí»—, que hablaban otras lenguas y habitaban en otra parte de la isla, al norte y nordeste; asimismo estaban emparentados con los caribes, cuyo grito de guerra era *ana carine rote*, que quería decir «solo nosotros somos gente».

—Entonces, ¿no sois el único pueblo que habitaba esta isla antes de la llegada de Colón?

—Así es. Y os confesaré que no somos los más valientes, pero sí los de más valor. Por eso los otros imitan algunas de nuestras costumbres —le informó ella con orgullo.

—Hablando de costumbres, ¿qué soléis hacer cuando alguien muere? —quiso saber Rojas.

—Lo enterramos con esmero, bien sea en la propia vivienda o en una caverna o en algún lugar a modo de cementerio, dejándole a su lado ofrendas y alimentos, así como algunos de sus objetos, para que con ellos pueda emprender su viaje al hermoso reino de Coaybay o casa de los muertos o desencarnados, en la isla Soraya, situada a poniente. A veces guardamos los cráneos de nuestros antepasados en una cesta que colgamos del techo, a la entrada de las casas, para rendirles culto y obtener su protección —le informó ella.

También le contó que, cuando un taíno fallecía, su alma se transformaba en *opía*. Los *opías* eran espíritus inquietos y andariegos que, pese a vivir en Coaybay, la morada de los ausentes, no se resignaban a abandonar el lugar donde habían nacido y habían sido felices. Durante el día estaban reclusos, pero, después de ponerse el sol, tomaban la misma apariencia que habían tenido en vida y salían a pasearse por los caminos, para asustar a los vivos, cuando

andaban solos, o se convertían en una fruta llamada *guayaba*, de la que también se alimentaban. Por eso muchos taínos no se aventuran a salir por la noche. En ocasiones, también hacían fiesta y se reunían con los vivos en los areítos, donde comían, cantaban y bailaban.

—¿Y cómo hacéis para reconocerlos?

—Les tocamos el vientre y, si vemos que no tienen ombligo, es que son *operitos*, que significa «sin ombligo», pues es lo único que los diferencia de los vivos —le informó Higuemota—. El ombligo es lo que nos une a la vida y, una vez muertos, ya no lo necesitamos.

Rojas escuchaba, maravillado, las palabras de la princesa taína, que para él estaban llenas de verdad y belleza, gracia y sabiduría, y no admitían objeción alguna. Por no hablar de su sonrisa, que no cesaba de infundir alegría, o del tono de su voz, dulce y melodioso como el canto de algunas aves.

Al llegar a lo alto de una loma, Higuemota se detuvo para contemplar su hacienda y mostrársela a su acompañante.

—¿Habéis visto qué cantidad de árboles y qué variedad de verdes? Ahí hay jabillas, guayabos, higüeros, bijas, caimitos, jobos, guanábanos... —enumeró Higuemota, complacida en nombrarlos—. Fijaos en ese tan bello. —Se trataba de uno muy alto con el tronco firme y cubierto de espinas.— Se llama *ceiba* y, para nosotros, es un árbol sagrado; en él reside el supremo espíritu de los árboles, por lo que tan solo puede talarse para fabricar canoas cuando este está ausente y ha perdido todas sus hojas. Sus raíces son tan profundas que llegan hasta el mundo inferior y sus ramas tan altas que tocan casi el cielo. Es el árbol perfecto, el centinela que todo lo vigila. Cuando colocamos nuestras manos sobre él antes de una batalla, obtenemos el arrojo, la fuerza y la resistencia necesarios para enfrentarnos al enemigo. Y nada más poner la frente sobre su tronco, todas nuestras dudas desaparecen y las preguntas más complicadas obtienen respuesta. Mi madre me decía que, si plantamos una ceiba nada más nacer un hijo, conseguiremos que el niño esté unido a la madre tierra y protegido de por vida. Y eso fue lo que ella hizo conmigo —añadió con orgullo.

—Eso explica que no hayan podido acabar con vos.

—Ya os dije que, en Santo Domingo, algunos piensan que he muerto o enloquecido. ¡Qué más quisieran ellos! Aún tengo mucha guerra que dar; al menos eso fue lo que me profetizó, no hace mucho, un cemí por boca de un behique —añadió Higuemota, con tono misterioso.

—¿Y vos creéis de verdad en esas cosas?

—Pues claro que sí —exclamó ella, muy digna—. Hace ya mucho tiempo, un

cacique pronosticó, después de hablar con Yucahugamá, que un día llegaría a la isla gente vestida y con barba que asolaría estas tierras y nos sometería y acabaría con nosotros. Y ya veis cómo estamos.

—¿Creéis que hablaba de los españoles?

—Al principio, algunos interpretaron que se refería a los caribes. Pero, en cuanto llegó Colón y comenzaron los primeros desmanes, todos supimos, en verdad, de quién se trataba. Después hubo otros presagios y señales, como la caída de un rayo en un caney, la llegada de un cometa, el nacimiento de un niño con dos cabezas... Ahora la profecía se ha cumplido —comentó Higuemota con tristeza—, y si esto continúa así, en poco tiempo no quedará ninguno de los míos para recordarlo, por culpa de los españoles. De modo que no os extrañe que cada día sean más los agoreros que aseguran que muy pronto desapareceremos y que nuestra antigua lengua, tan dulce en sonidos y tan copiosa en vocablos, no se escuchará más.

—Ojalá pudiera hacer algo por vos y por vuestro pueblo —exclamó el pesquisidor, conmovido.

—Encontrad a los responsables de la masacre en la aldea y llevadlos ante el rey —le rogó Higuemota—. Decidle que no somos inferiores a los españoles, sino distintos, una muestra más de la infinita riqueza y variedad del mundo creado por Dios. Probablemente, preferirá pensar que somos unos salvajes y que, por tanto, no tenemos alma ni raciocinio, pues así podrá seguir haciendo con nosotros todo lo que se le antoje. Mas recordadle que los taínos también somos hombres.

—Hablaré de todo eso con el rey, no os preocupéis —le prometió Rojas—. Es muy posible que no conozca toda la verdad sobre lo que aquí está ocurriendo. Lo más seguro es que sus consejeros y hombres de confianza tan solo le cuenten algunas cosas, aquello que ellos piensan que quiere oír. Pero, en cuanto sepa de primera mano lo que aquí está pasando, estoy seguro de que tomará las medidas oportunas.

—Ojalá sea como decís, pues ya estamos hartos de que nos humillen y nos utilicen como bestias de carga o cosas mucho peores. Vienen aquí y ocupan nuestras tierras y nos esclavizan, y encima nos consideran bárbaros, cuando, a todas luces, los bárbaros son ellos —comentó Higuemota sin poder contener la rabia.

—Alguien dijo que cada quien puede ser un bárbaro para el otro; para ello basta con hablar una lengua que ese otro desconoce —apuntó Rojas.

—Pero nosotros al menos nos molestamos en hablar la suya y algunos hasta

sabemos leer y escribir, para admiración y asombro de muchos españoles, que no se lo acaban de creer —replicó Higuemota—. Yo soy lo que ellos llaman una india ladina; así que ya no sé si puedo considerarme una auténtica taína, pero está claro que nunca seré de los suyos, ni quiero serlo. Recuerdo que, cuando me casé, muchos me veían como si fuera un mono amaestrado que se limitaba a remedar lo que su amo le había enseñado o como un papagayo que repetía lo que les había oído comentar a sus dueños, sin entender nada de lo que decía. También me reprochaban que hablara de manera afectada, como si recitara un libro de memoria, o que usara palabras que ellos desconocían. Pobrecillos. Se creen que son superiores y, sin embargo, deberían aprender muchas cosas de los taínos. La mayoría de los españoles presumen de ir bien vestidos y de tener buenos modales, pero lo cierto es que huelen muy mal. —Rojas no pudo evitar sentirse avergonzado—. No sé cómo lo soportan. Bastaría para remediarlo con que se lavaran todos los días con agua, como hacemos nosotros, y se frotaran el cuerpo con ciertas hierbas olorosas y medicinales, como el *digo*. Pero, en lugar de eso, lo que han decidido es prohibir que nosotros nos bañemos a diario, arguyendo que es algo dañino para la salud. ¡Y qué sabrán ellos! Los muy necios deberían entender de una vez por todas que, si los taínos no hemos mejorado más, es porque vivimos en concordia con la naturaleza, sin hacer daño a nadie. Al contrario que ellos, carecemos de codicia de lo ajeno y no tenemos apego a las cosas materiales, ni atesoramos bienes, ni poseemos más de lo que necesitamos, ni deseamos más de lo que podemos abarcar, salvo algunos caciques y behiques, a los que les gusta mucho la ceremonia y la ostentación para diferenciarse del resto. A los demás, la tierra en la que vivimos nos ofrece, sin casi ningún trabajo, todo lo que precisamos para nuestro sustento diario; y nos sobra tiempo para bañarnos en el mar, jugar a la pelota y hacer areítos en el batey o rendir culto a nuestros cemíes. ¿Para qué preocuparnos por más? Los españoles, por el contrario, no paran de remover y destruirlo todo, con el único fin de satisfacer su desaforada ambición y sus desmesurados deseos.

En ese momento, apareció uno de los sirvientes de Higuemota, para decirle que había algo que requería su atención.

—Si me lo permitís —le dijo a Rojas—, debo dejaros, pues tengo cosas que atender.

—¿Podría volver a veros de nuevo? —propuso el pesquisidor sin poder disimular su ansiedad.

—¿Con qué fin? —quiso saber ella.

—Naturalmente, para conversar con vos; me gustaría saber más sobre los

taínos —contestó Rojas.

—Espero no haberos ofendido con algo de lo que he dicho —comentó Higuemota.

—En absoluto. Creo que tenéis razón —aseguró él.

—Por mí, podéis venir siempre que queráis, pero creo que no os conviene que nos vean mucho juntos —le advirtió Higuemota—. No quiero que piensen que os he seducido con algún hechizo, como, según cuentan por ahí, hice en su día con mi marido, pues ello pondría en entredicho vuestro buen criterio e imparcialidad.

—En ese caso, podríamos vernos en secreto —sugirió Rojas.

—Ya habrá tiempo para ello. Ahora tenéis que marcharos. *Taino'ti*, que en mi lengua significa: «Que el Espíritu Bueno esté con vos» —se despidió Higuemota.

—También con vos —le deseó Rojas.

Tras separarse, Higuemota se dirigió a su casa. En la entrada, la aguardaba un joven taíno, que la saludó con mucha reverencia, si bien Rojas creyó percibir que entre ellos había cierta familiaridad. Aparentaba unos veinte años y era de estatura mediana, tirando a alto, de miembros proporcionados y de complexión más bien fuerte. Tenía los ojos negros y vivos y las facciones muy marcadas. Sus modales y gestos eran sobrios, pero sugerían grandeza y dignidad. Llevaba una espada al cinto y vestía como un español. Había llegado, además, en un corcel blanco, digno de un príncipe, algo que a Rojas le llamó mucho la atención, pues había oído que los indios tenían prohibido montar a caballo.

—¿Sabéis quién es el recién llegado? —le preguntó Rojas a fray Tomás cuando llegó a su altura.

—Es un cacique al que desde niño llaman Enriquillo y con ese nombre se ha quedado, ya que la mayoría de los que lo conocen lo estiman mucho y le tienen gran afecto, y a él no le importa que lo nombren así —le informó el fraile—. Su padrino de bautismo fue Diego Velázquez, que ahora es gobernador de Cuba; luego fue criado en el convento de los padres franciscanos de la villa de la Vera Paz, donde un tal fray Remigio le enseñó a leer y escribir, lo instruyó en la doctrina cristiana y le facilitó toda clase de conocimientos, lo que lo convierte en un indio ladino. Tras el último reparto, pasó a formar parte, junto con los taínos de los que es cacique, de la encomienda que le había sido concedida en San Juan de la Maguana a don Francisco de Valenzuela, que siempre lo ha considerado como si fuera uno de los suyos, dándole tratamiento de nobleza y enseñándole a cabalgar y a manejar la espada.

—¿Y qué hará aquí? —inquirió Rojas.

—No lo sé, la verdad. Tal vez se trate de una visita de cortesía —sugirió el fraile—, y hasta es muy posible que estén emparentados.

Durante el camino de vuelta, Rojas no dejó de pensar ni un solo momento en la princesa taína. Se había sentido tan dichoso escuchando sus palabras, bebiéndolas de su boca, mientras la contemplaba, que, con gusto, lo habría dejado todo por estar más tiempo con ella. Ninguna otra mujer lo había impresionado de entrada de esa forma, ni siquiera cuando era estudiante y, por lo tanto, más ingenuo e indefenso. ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué se sentía tan conmovido y alterado? ¿A qué venía esa continua desazón? ¿Era un intento desesperado de volver a ser joven? ¿Tendría algo que ver con el hecho de no haberse repuesto todavía de su largo viaje? ¿O era a causa del calor excesivo y del influjo de esa tierra tan exuberante? ¿Y si, en efecto, Higuemota lo hubiera hechizado?

VI

(Santo Domingo, al día siguiente)

La casa del gobernador era un palacio fortificado construido muy cerca del río Ozama, por encima del puerto, no lejos de las atarazanas. Estaba hecho de sillares muy bien trabajados. La fachada poseía varias arcadas y estaba adornada con borlas. Antes de que pudiera llamar a la puerta, le vino a abrir un lacayo con librea, que lo condujo con mucha ceremonia al interior. El edificio estaba lujosamente amueblado y parecía tener muchas habitaciones. Por los pasillos, Rojas se cruzó con caballeros, escuderos, clérigos, dueñas, doncellas, oficiales reales y numerosos criados, algunos de ellos taínos. La casa estaba muy alborotada, pues don Diego Colón estaba comenzando a hacer los preparativos para su viaje a España, adonde había sido reclamado por el rey debido a ciertas quejas y denuncias que lo acusaban de haber administrado mal las Indias durante los años que llevaba de mandato y de haberse servido del cargo para su beneficio personal y el de los suyos. El gobernador se justificaba diciendo que lo único que había hecho, en realidad, era intentar quitarles los privilegios a todos aquellos que poseían indios encomendados sin merecerlos, lo que había disgustado mucho a la gente del rey, que no había tardado en ponerse en su contra y en hacerle la vida imposible. Esto había llevado al monarca a despojarlo de algunas prerrogativas y a arrebatarle una buena parte del poder que le correspondía por sus cargos, para otorgárselo a los jueces de apelación y a algunos oficiales reales, que, por lo general, completaban sus salarios con la asignación de nuevos indios de encomienda.

Por fin llegaron a una sala amplia y bien iluminada, con las paredes cubiertas de tapices y vistas al río, donde lo aguardaban el gobernador y su consorte,

sentados en una especie de trono. Don Diego era de gran estatura y de miembros bien proporcionados, con el rostro alargado, la frente amplia y despejada, los ojos vivos y la nariz recta. Era el hijo mayor de Cristóbal Colón, del que había heredado en 1509 los títulos de almirante, virrey perpetuo de las Indias y gobernador de las islas y Tierra Firme descubiertas y por descubrir en la Mar Océana. Su esposa, doña María Álvarez de Toledo, tendría unos veinticinco años, tal vez algunos más. Era de estatura mediana, con el pelo y los ojos castaños, la piel muy clara y el rostro ovalado y de hermosas facciones. Pero había algo en su actitud y expresión que imponía y asustaba un poco. Además de ser sobrina del II duque de Alba, estaba emparentada con el rey.

Por lo que Rojas había oído contar, el gobernador era algo simple y apocado y muy ambiguo en su actitud hacia los indios; su esposa, por el contrario, era inteligente, decidida, valiente y con carácter; no en vano la llamaban la Virreina. También se decía que había sido ella la que, con la ayuda de su poderosa familia, había apoyado a su marido en sus reclamaciones para recuperar los bienes y privilegios que le correspondían, tras la muerte del famoso navegante, de los que el rey había intentado privarlo de forma ilícita, obligándolo a pleitear.

Con un leve gesto de la mano, doña María ordenó al secretario que abandonara la sala, cosa que hizo de inmediato.

—Supongo que vos sois el pesquisidor Fernando de Rojas —comenzó a decir la Virreina, quizás para mostrar, desde el principio, que ella también mandaba allí—. Perdonad todo este desorden; muy pronto mi marido tendrá que partir hacia Castilla para ver al rey y son muchas las cosas que tenemos que dejar resueltas antes de que se vaya. Pero decidnos: ¿en qué os podemos ayudar?

—Veréis. El rey me ha encargado que haga las pesquisas acerca de la matanza que tuvo lugar el día de la Epifanía —indicó Rojas.

—¿Os referís al incendio en el que murió un fraile dominico? —inquirió el gobernador.

—Y un gran número de taínos —le recordó Rojas.

—Eso he oído, sí. Una desgracia, en cualquier caso.

—¿Llamáis desgracia a lo que fue más bien un crimen horrendo?

—¿Por qué lo decís?

—Porque está claro que se trata de un incendio provocado —replicó Rojas.

—Es posible que fuera así, no lo discuto —concedió el gobernador—. Pero estaréis conmigo en que este es un caso muy difícil de esclarecer.

—¿Acaso lo habéis intentado?

—Como tal vez sepáis, me encuentro en una situación muy complicada, pues

tengo las manos atadas por el rey, que, de alguna forma, me ha despojado de autoridad a la hora de impartir justicia —arguyó el gobernador.

—Pero, dada vuestra dejadez, algunos podrían pensar que habéis tenido algo que ver con el incendio —dejó caer Rojas, dirigiéndose a don Diego.

—¡Eso es ridículo! —rechazó doña María, con gran sorpresa e indignación—. Será gente que nos quiere mal; sabed que, desde que mi marido es gobernador, hemos hecho muchos enemigos en esta isla y fuera de ella. ¿Qué motivos podría tener él para llevar a cabo algo así?

—Tal vez como venganza por todos los perjuicios y vejaciones que tales enemigos os han causado —argumentó Rojas, dirigiéndose a don Diego— y, sobre todo, por haberos privado de vuestro derecho a seguir haciendo los repartimientos, después de la llegada a la isla de Rodrigo de Alburquerque, que, según tengo entendido, los ha realizado en nombre del rey, con el consejo de Miguel de Pasamonte, enemigo declarado vuestro; de ahí que vuestra familia haya perdido muchos indios, al igual que vuestros partidarios.

—Eso que sugerís no tiene sentido —rechazó doña María con firmeza—. La muerte de esos taínos en la aldea no nos ha traído más que problemas. De entrada, le ha dado nuevos motivos al rey para apartar a mi marido del cargo, pues le reprocha que no haya sido capaz de velar por ellos ni de mantener a raya a los dominicos, que no hacen más que quejarse. Los encomenderos, además, están que se suben por las paredes, y no solo los descontentos con el repartimiento. Y, para terminar de enredar las cosas, resulta que algunos caciques andan alborotados, en protesta por lo ocurrido. De modo que ya me diréis qué ganamos nosotros con todo esto.

Rojas dio un respingo cuando oyó mentar a los caciques.

—¿Qué queréis decir con lo de que algunos caciques andan alborotados? —se atrevió a preguntar.

—Que, desde que ocurrió el incendio, han asaltado algunas haciendas y robado varias armas, lo que no augura nada bueno —le informó doña María, con gesto preocupado.

—¿Creéis que están preparando algo? —volvió a preguntar Rojas.

—No lo sabemos con certeza, pero mucho nos tememos que quieren aprovechar el debilitamiento que, según suponen, va a producirse en el gobierno de las Indias para montar alguna revuelta o algo peor —conjeturó la Virreina

—Pero, si es así, están muy equivocados —intervino don Diego—. Esta mañana he dado orden al alcaide de la fortaleza de que los soldados estén prevenidos. También he mandado algunas cuadrillas para vigilar los caminos. Es

lo único que puedo hacer, pues tampoco quiero ser yo el que los provoque ahora que están inquietos.

—Nosotros no tenemos la culpa de lo que pasó en la aldea; por otra parte, siempre nos hemos portado bien con los taínos y estamos en contra de los abusos producidos por las encomiendas, pero, mientras estas existan, no podemos renunciar a ellas —se justificó doña María

—¿Y quién creéis vos que ha sido el causante de la matanza? Dicho sea entre nosotros —inquirió Rojas.

—Para mí está claro que ha sido gente del rey —aseguró don Diego muy convencido.

—Pero ¿con qué fin? —inquirió Rojas.

—Para desprestigiarme todavía más y justificar mi cese como gobernador, culpándome a mí de todo este desorden —se lamentó el gobernador.

—Sabed que el verdadero responsable de todo lo que aquí sucede es precisamente el rey, que no piensa más que en obtener oro de forma rápida y a cualquier precio, sin importarle nada lo que les pase a los taínos —intervino de nuevo la Virreina.

—¿Estáis segura?

—Os recuerdo que su alteza recibe un quinto de todas las riquezas que se sacan de estas tierras, y a veces más, que luego utiliza, entre otras cosas, para pagar los gastos de sus campañas militares en Italia y el Mediterráneo. Y, así y todo, no le parece suficiente. Según se dice es tan insaciable con el dinero como con las mujeres —dejó caer doña María—. Y cuanto más viejo, más codicioso y más rijoso. Sabed que, cuando nos disponíamos a venir a La Española, le dio órdenes muy precisas a mi marido para que aumentara el trabajo de los indios y acrecentara la extracción de oro, sin pensar en las consecuencias. Y, como él no tiene que mancharse las manos ni es consciente de lo que cuesta obtenerlo, no para de pedir, pues ojos que no ven, corazón que no siente. Pero ese oro está cubierto de sangre, y él lo sabe. De ahí que esas instrucciones fueran secretas, ya que una cosa son las oficiales, que le entregó a mi esposo por escrito, y otra muy distinta las que le comunicó al oído en privado.

—No olvidéis que ha sido el rey el que me ha pedido hacer las pesquisas de este caso e informarle de la situación de los indios —comentó Rojas.

—¿Y qué creéis que va a hacer con vuestro informe cuando lo lea, si es que llega a ponerle la vista encima? —replicó la Virreina—. Yo os lo diré: limpiarse su soberano culo con él, y perdonadme la expresión. Pero los monarcas también son humanos, mal que les pese, y ahora no estamos en la corte. Así que

desengañaos. Este rey no tiene palabra. Es un falsario y un mentiroso que nunca cumple aquello que pacta. Fue mi difunto suegro, como sabéis, el que hizo todo el trabajo cuando vino a las Indias, poniendo en peligro su vida y su fortuna y la de los suyos. Su alteza, sin embargo, no cumplió lo estipulado en las capitulaciones de Santa Fe. Y tampoco creáis que le importa evangelizar a los indios. Una vez muerta la reina Isabel, que era la única que se preocupaba por ellos y que parecía interesada en propagar la fe cristiana, el rey dejó de lado sus escrúpulos de conciencia, si es que en algún momento los tuvo, para dar rienda suelta a su inmensa ambición. De modo que, si hay algún responsable de la situación de los indios en esta isla y de la matanza que estáis investigando, es el rey, y no nosotros, pues él es el pastor de este rebaño que el Papa le ha encomendado. Pero el muy hipócrita sabe guardarse bien las espaldas. Por un lado, promulga leyes en favor de los indios, pero luego no las aplica o consiente que los implicados no las cumplan. Hace pregonar a los cuatro vientos una cosa y, al mismo tiempo, manda instrucciones secretas para que se haga justo lo contrario. Y lo mismo pasa con mi marido. Su alteza dice que quiere castigarlo por su dudosa gestión en la isla, pero lo que en verdad pretende es despojarlo de todos sus derechos sobre las Indias, aquellos que heredó de su padre, al que el rey tanto maltrató y despreció, para así poder hacer lo que le venga en gana con nosotros, pues somos los únicos que le hacen frente y no le siguen el juego en La Española, a excepción de los dominicos. Y es que, aunque no lo parezca, nosotros tenemos principios, y a ellos nos atenemos —concluyó doña María con gran vehemencia—. Y ahora, si no os importa, debemos pedirlos que os marchéis para seguir con los preparativos del viaje.

—Una pregunta más. ¿Sabéis el nombre del encomendero al que iban destinados los taínos que murieron en la aldea, tras el reparto de Alburquerque?

—Claro que lo sabemos. Pero ¿por qué creéis que ese individuo podría haberlos matado? —inquirió el gobernador.

—Tal vez quería darles una lección a sus otros indios, para que ninguno más tratara de escaparse —conjeturó Rojas.

—Sería una lección demasiado cara, ¿no creéis? —objetó doña María.

—Sobre todo para los indios —puntualizó Rojas.

—Está bien —concedió don Diego—. Se llama Gonzalo Quesada y vive muy cerca de aquí. Cualquiera podrá indicaros. Pero, si vais a ir a verlo, andad con mucho cuidado, pues tiene muy buenos padrinos, y, en La Española, la gente del rey piensa que es intocable y está más allá de la ley —le advirtió.

Cuando salió a la calle, Rojas se encontró con fray Antonio, que se había sentado a descansar bajo la arcada del edificio. Parecía muy sofocado. Al verlo allí, el pesquisidor imaginó que habría ocurrido algo.

—¿Estáis bien? ¿Qué hacéis aquí? —le preguntó.

—No pasa nada, no os preocupéis. Es este calor infernal, que cada vez llevo peor —le explicó fray Antonio—. Había venido a buscaros por si necesitabais mi ayuda, y supuse que os encontraría por aquí.

—Dejadme que os acompañe al convento —le propuso Rojas.

—De ningún modo. Seré yo el que os guíe adonde quiera que vayáis.

—Busco a un encomendero llamado Gonzalo Quesada.

—Sé dónde vive —exclamó el fraile, contento de poder hacer algo por su amigo.

Según le comentó fray Antonio por el camino, algunos encomenderos eran de origen humilde o plebeyo. Muchos habían hecho su fortuna como soldados, distinguiéndose por su saña y crueldad a la hora de perseguir y atacar a los indios, y ahora vivían como auténticos nobles, rodeados de una pequeña corte y con una servidumbre muy numerosa, compuesta en su mayor parte de taínos, a los que maltrataban sin piedad y sin ningún miramiento. Ese era el caso de Gonzalo Quesada. Su casa estaba al lado de una de las que en su día se había mandado construir el antiguo gobernador Nicolás de Ovando, con quien había hecho muy buenas migas, lo que explicaba su rápido ascenso a rico propietario. La fachada llamaba mucho la atención por estar muy labrada, aunque sin gracia alguna.

—Os agradezco mucho que me hayáis acompañado —le dijo Rojas a su amigo.

—¿No queréis que entre con vos? Estos encomenderos pueden ser muy taimados y yo podría echaros una mano en las pesquisas —propuso el fraile.

—Ya me apañaré. Lo mejor será que volváis al convento a descansar.

Tras despedirse de fray Antonio, que se fue algo mohíno, Rojas llamó a la puerta. Le salió a abrir un criado con librea, que enseguida lo mandó pasar. El interior estaba lleno de muebles, tapices y cuadros, puestos de cualquier forma, sin orden ni concierto, como si se tratara de una almoneda o un almacén. Había tantos criados que resultaba difícil moverse por los pasillos y corredores. El encomendero lo recibió en un salón mucho más lujoso que el del gobernador y virrey. Vestía de forma ostentosa, pero sin gusto, y no hacía más que removerse en el asiento, como si no se sintiera a gusto con esa ropa. Sus modales también

dejaban mucho que desear. Mientras hablaba, no paraba de dar golpes en la mesa ni de hurgarse la nariz.

—¿Y habéis venido desde Castilla solo para investigar la muerte de esos malditos indios? —preguntó con tono de burla, tras las presentaciones de rigor.

—Es el rey el que me ha enviado —aclaró Rojas.

—Sus motivos tendrá para hacerlo, pero lo que yo quiero es que me compensen por la pérdida de los indios, y no saber quién los mató o cómo murieron esas ratas inmundas —señaló el encomendero.

—Os agradecería que hablarais de ellos con más respeto, pues están muertos —le pidió Rojas—. Aunque a vos no os lo parezca, eran personas como vos y como yo, y, además, súbditos del rey, por lo que también merecen que se hagan pesquisas sobre su muerte.

—¿Como vos o como yo, decís?! —exclamó sorprendido el encomendero—. En realidad, no son más que bestias irracionales, amén de holgazanes, cerriles e inclinados al vicio por naturaleza. Parecen buenos y mansos, pero, en cuanto te descuidas, te la clavan por la espalda. Mirad lo que pasó en el fuerte de la Navidad; fueron los indios los que lo destruyeron tan pronto se marchó el almirante y mataron a todos los españoles que en él dejó. No son más que unos cobardes, falsos e inútiles.

—Si no cesáis de una vez con esas infamias, mandaré llamar a los alguaciles para que os hagan callar. Así que ciñámonos, si no os importa, al asunto que me trae aquí —le exigió Rojas.

El encomendero cerró los puños con rabia, seguramente con ganas de descargarlos sobre la cara de Rojas, pero se contuvo. Al fin y al cabo, el pesquisador era un servidor real.

—¿Y qué es lo queréis de mí?

—Antes de nada me gustaría que me confirmarais que los indios que murieron en el incendio de la aldea os habían sido encomendados —dejó caer Rojas.

—¿Acaso hay alguien que lo ponga en duda? Como prueba de ello, aquí tengo la cédula de encomienda —añadió el hombre, mostrándole un papel, que sacó de una gaveta que había en su escritorio—. Adelante, podéis leerla, si os place.

La cédula estaba fechada en la ciudad de Santo Domingo el 7 de diciembre de 1514 y decía así:

Yo, Rodrigo de Alburquerque, repartidor de los caciques e indios de La Española por el Rey y la Reina nuestros señores, por virtud de los poderes y provisiones reales que de sus altezas yo tengo para hacer el repartimiento y

encomendar los dichos caciques e indios y naborías de casa a los vecinos y moradores de esta isla con acuerdo y parecer, como lo mandan sus altezas, del señor Miguel de Pasamonte, tesorero general de las Indias; por la presente encomiendo a vos, Gonzalo Quesada, vecino de esta ciudad de Santo Domingo, al cacique Guaibona con setenta y ocho personas de servicio, de los que cuarenta y dos son hombres y el resto mujeres, ancianos y niños. Los nombres de los cuales están declarados en el libro de la visitación y manifestación que se hizo en la mencionada ciudad ante los visitadores y alcaldes de ella; y os los encomiendo para que os sirváis de ellos en vuestras haciendas y minas y granjerías, por vuestra vida y por la vida de un heredero, hijo o hija, si lo tuviereis, según y como sus altezas lo mandan, conforme a sus ordenanzas; con apercibimiento que os hago de que, si no las guardáis, os serán quitados los indios. El cargo de la conciencia del tiempo que los tuviereis y os sirviereis de ellos caiga sobre la vuestra, y no sobre la de sus altezas; además de incurrir en las otras penas contenidas y declaradas en las ordenanzas.

—Como habéis visto, el papel no ofrece dudas. De modo que, si hay alguien verdaderamente afectado por ese incendio, ese soy yo —proclamó, golpeándose el pecho con una mano.

—¿Y cómo sabéis que son esos y no otros los que murieron en la aldea?

—Porque hay testigos que los vieron con ese fraile que pereció con ellos.

—¿Qué testigos?

—No lo recuerdo. En todo caso, no podían ser otros, pues no acudieron a las minas —concluyó el encomendero, cada vez más enojado.

—¿Y habéis averiguado, por casualidad, quién lo hizo? ¿Tenéis algún sospechoso? —demandó Rojas.

—Por supuesto que tengo uno, y así se lo hice saber desde el primer momento al gobernador, que no quiso hacerme caso, por lo que acudí al juez de apelación, que me dijo que lo estudiaría, pero no que enviarían a un pesquisidor desde Castilla para que lo investigara —explicó el encomendero con aire desafiante.

—¿Puede saberse quién es?

—Su anterior propietario —afirmó el encomendero—. Estoy seguro de que fue él el que los dejó escapar y el que después les prendió fuego, no fuera a ser que yo los encontrara. O míos o de nadie, debió de pensar el muy canalla. Si lo llego a coger en ese momento, os aseguro que lo mando desollar.

—¿Tenéis alguna prueba de ello?

—Yo no necesito pruebas; me basta con el olfato y el sentido común — proclamó el encomendero, golpeando de nuevo la mesa—. Es a él al que deberíais interrogar, y no a mí, maldita sea.

—Claro que pienso hacerlo. ¿Podéis decirme de quién se trata?

—De Martín Cepeda, un viejo conocido del gobernador, lo que explica que este no haya hecho nada para detenerlo —declaró el encomendero con seguridad—. En todo caso, a mí ahora me importa poco que lo juzguen y lo ahorquen o lo manden a la cárcel. Yo lo que quiero es que me compensen por los indios desaparecidos y me entreguen otros tantos, dado que a mí me habían sido encomendados —añadió, golpeándose el pecho.

—¿Eso es, entonces, lo único que os preocupa? —inquirió Rojas.

—Vos lo habéis dicho —confirmó el encomendero.

—¿Puedo saber dónde estabais la noche del 6 de enero? —preguntó de improviso el pesquisidor.

El encomendero lo miró con desprecio, como quien contempla un mosquito que acaba de posarse sobre su brazo con la intención de picarle y al que podría matar de un manotazo.

—¿El 6 de enero, decís? Durmiendo en mi cama, como todas las noches. Podéis preguntárselo a alguna de mis indias, que no me dejarán mentir —explicó el encomendero con tono jactancioso—. ¿Pensáis acaso que fui yo? ¿Qué motivo podría tener para matarlos?

—Tal vez darles un escarmiento para que tomaran nota los demás. Según me han dicho, tenéis muchos indios encomendados —apuntó Rojas.

—Creedme, yo no necesito dar ningún escarmiento a estas alturas. De sobra saben los míos cómo me las gasto. Jamás se me ocurriría quemarlos; yo los castigo personalmente y de forma rigurosa, pero cuidando mucho de que no se me estropeen ni se me mueran. Podéis preguntarles también a mis criados antes de salir; decidles que os muestren las cicatrices —añadió el encomendero, regodeándose en sus palabras.

Estas le provocaron a Rojas tal indignación que a punto estuvo de cruzarle la cara. Pero eso habría sido rebajarse y poner en peligro su misión. De modo que se levantó y, tras escupir en una de las alfombras de la sala, se marchó sin despedirse. Cuando salía, no pudo evitar sentir cierto pesar por lo que había hecho, pues era muy probable que ese día alguno de los criados de la casa sufriera en sus propias carnes el desplante que Rojas le había hecho a su amo.

Una vez en la calle, se encontró con las damas de doña María Álvarez de Toledo, que a esa hora volvían del paseo matutino, vestidas con sus mejores

galas. Su intención era conseguir que algún rico encomendero de la ciudad se fijara en ellas y, después de un tiempo de galanteo, las pidiera en matrimonio, y, de esta forma, mejorar su estado, sobre todo ahora que su señora se enfrentaba a un futuro incierto por el cese de su marido como gobernador de las Indias.

Rojas estaba tan desolado que no deseaba ver a nadie más esa mañana; así que decidió acercarse al puerto. La actividad allí era incesante, debido al continuo movimiento de barcos. Después de la conquista de Cuba, muchos se preparaban para nuevos desembarcos en otras islas y en Tierra Firme. Ajeno a todo eso, el pesquisidor siguió su camino hasta llegar al final de la desembocadura. El mar de las Antillas era muy distinto a los otros que conocía, como el Mediterráneo o el Cantábrico o, incluso, el océano Atlántico. Mientras lo contemplaba, no pudo evitar acordarse de Higuemota. Lo cierto era que su semblante no se le iba en ningún momento de la cabeza, y con más motivo después de haber hablado con un miserable que despreciaba a los taínos y los trataba como a esclavos. Su admiración por ella hacía que se sintiera avergonzado de ser español en esa isla. Tenía muchas ganas de volver a estar a su lado, pero no se sentía digno de disfrutar de su compañía, pues cada vez era más consciente del trato que sus compatriotas les daban a los indios y del bajo concepto que de ellos tenían. Observó de nuevo el agua. Su continuo oleaje lo sosegaba y aquietaba sus pensamientos. Sin poder evitarlo, imaginó por un momento lo que podría ser su vida junto a Higuemota. Pero enseguida cerró los ojos, sacudió la cabeza y se pasó la mano por la frente, para alejar de su alma tan atrevidos deseos.

De repente, sintió la necesidad de hablar con fray Antonio. Cuando se dirigía al convento, creyó ver a alguien que lo seguía a cierta distancia. Cada poco, miraba hacia atrás y, con el rabillo del ojo, lo sorprendía pegado a la pared o tratando de esconderse. Al volver una esquina, el pesquisidor apretó el paso y se refugió en el zaguán de una casa con aire palaciego. Esperó un rato, pero el hombre no apareció; probablemente se había dado cuenta de que Rojas sospechaba que lo estaban espiando.

En el convento, las obras continuaban a buen ritmo, a pesar del calor. Al pasar junto a la iglesia, descubrió a fray Antón de Montesinos acarreado un sillar, sin apenas esfuerzo, como si ese fuera su verdadero oficio y no hubiera hecho otra cosa en su vida.

—Os noto mala cara —le dijo el fraile en cuanto lo vio.

—Vengo de hablar con el gobernador y con ese canalla al que le habían encomendado los indios que murieron en la aldea —le hizo saber Rojas.

—Supongo que habrá sido algo desagradable —comentó el fraile.

—Más de lo que había pensado —reconoció el pesquisidor—. Me temo que no va a ser tarea fácil dar con el culpable.

—Entre otras cosas, porque todos lo somos. Me refiero a los que vivimos en esta isla, incluida nuestra orden, pues llevamos ya casi cinco años aquí y apenas hemos conseguido nada —se lamentó el fraile—; y también a los que están en la corte y se benefician del trabajo y del sufrimiento de los indios, empezando por el rey.

—Por lo visto, algunos taínos empiezan a cansarse —dejó caer Rojas.

—¿Qué queréis decir?

—Según me ha contado la esposa del gobernador, unos cuantos han asaltado varias haciendas y se han hecho con algunas armas —le informó Rojas.

—Bueno, la verdad es que no me extraña —reconoció fray Antón—. Lo raro era que no lo hubieran intentado antes. Hace tiempo que corre el rumor de que algunos quieren alzarse, y más desde la matanza de la Epifanía. Y, en mi opinión, no les faltan motivos para ello.

—Pero vos sabéis mejor que yo que no tienen nada que hacer y que eso no les traerá más que desgracias —comentó el pesquisidor.

—Para la mayoría no puede ser peor de lo que ya es —replicó el fraile.

—En eso no estoy de acuerdo —rechazó Rojas con firmeza—; las cosas siempre pueden empeorar.

—Y cuanto más empeoren más rebeldes habrá, no lo dudéis, hasta que los taínos ya no tengan nada que perder, ni siquiera sus vidas, y se echen todos al monte —argumentó fray Antón.

—¿Y tenéis alguna idea de quiénes podrían ser los adalides?

—No sabría deciros, pero me da la impresión de que algunos han sido educados entre nosotros y, por tanto, conocen bien nuestras costumbres y nuestras debilidades. Como ya os habrán contado, ellos son bondadosos, generosos, inocentes y mansos por naturaleza. Pero nosotros los humillamos y maltratamos y, al final, los volvemos astutos, mentirosos, violentos y vengativos. Y algunos están muy resabiados —señaló el fraile.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó Rojas.

—Mucho me temo que sí —confirmó el fraile—. Y conste que no los culpo por ello. Por eso es tan importante que resolváis este caso y les demos alguna esperanza. Tal vez así logremos evitar una nueva guerra.

—Eso intento, no creáis que no. Pero no va a resultar fácil —confesó Rojas.

—Ya me imagino. No obstante, no debéis rendiros —lo animó el dominico.

Tras despedirse de fray Antón, Rojas se dirigió al huerto para ver al hermano

herbolario, al que encontró encorvado sobre la tierra, tratando de arrancar las malas hierbas de un bancal, ajeno a todo. El pesquisidor se situó junto a él y, sin decir nada, comenzó a ayudarlo en la tarea, mientras fray Antonio se sonreía. Al cabo de un rato, se tomaron un descanso y se fueron a sentar bajo un árbol. El fraile parecía agotado, pero también muy contento por estar junto a su amigo.

VII

(Hacienda de Guevara, el día después)

Al día siguiente, nada más levantarse, Rojas alquiló un caballo en la posada a un precio exagerado, pues era un bien que escaseaba en la isla, hasta el punto de que, en algunos momentos, se habían llegado a pagar quince esclavos, unos cuatro pesos de oro, por un rocín. Con él y con su zurrón, del que nunca se separaba, se dirigió a casa de Higuemota por el camino del norte. No veía la hora de hallarse en su presencia. Estaba tan exaltado que no podía pensar en otra cosa. Quería contemplarla de nuevo y escuchar su voz, quedarse embobado mientras ella le contaba más cosas sobre su vida y sobre los taínos. Hacía mucho que no sentía algo así. Por supuesto, era consciente de los riesgos que una relación como aquella podría entrañar para sí mismo y para la tarea que tenía encomendada. Pero no era capaz de resistirse; era como si se sintiera arrastrado por una fuerza tan incontenible que resultaba inútil tratar de oponerse a ella. La última vez que había hecho frente a algo parecido había sido con Sabela, hacía más de quince años, cuando todavía era joven y estaba soltero. Ahora las circunstancias eran muy distintas, y eso hacía que todo fuera mucho más complicado. Por no hablar de su esposa. Era cierto que sus sentimientos hacia ella se habían enfriado y convertido poco a poco en otra cosa; de tal modo que la pasión del principio había dado paso al cariño y la ternura, y la sorpresa continua, a la apacible rutina. Pero él todavía la quería y se había comprometido a amarla y respetarla hasta que la muerte los separara. Y luego estaban sus hijos. Por un momento, pensó en darse la vuelta y volver a Santo Domingo. Mas no tuvo fuerzas para ello.

Desde lo alto de una colina, descubrió a lo lejos a varios indios haciendo

guardia en el camino, poco antes de arribar al lugar. Así que se internó en el bosque, con el fin de dar un rodeo por detrás, pues no quiso arriesgarse a que le impidieran el acceso. Al llegar cerca de la casa, vio a un grupo de taínos reunidos bajo el porche del caney. Estaban sentados en el suelo con las piernas recogidas, formando un círculo. De modo que se bajó del caballo, lo ató a un árbol y se acercó todo lo que pudo, hasta situarse detrás de unos arbustos, desde donde podía observar sin ser visto. La asamblea parecía estar presidida por Higuemota y Enriquillo, a los que los otros trataban con mucho respeto. Todos ellos hablaban en su lengua, por lo que Rojas no pudo entender nada. Pero, por el tono, dedujo que estaban muy airados y que planeaban algo, lo que concordaba con lo que había comentado la esposa del gobernador.

Uno de ellos abrió de pronto un gran saco de esparto y extrajo de él varias espingardas o «cañas que vomitan fuego», como las llamaban los taínos, lo que provocó un gran grito de júbilo en los otros. Rojas se sentía cada vez más atemorizado con lo que allí sucedía, pero no sabía qué hacer. A punto estaba de incorporarse cuando lo descubrieron dos indios, que se abalanzaron sobre él. Después de atarle las manos, lo llevaron a la fuerza ante los reunidos. Tan pronto lo vieron aparecer, algunos se pusieron en pie con la intención de darle su merecido. Pero Higuemota los contuvo, diciéndoles que antes había que interrogarlo. Así que lo llevaron hasta el centro del círculo y lo obligaron a ponerse de rodillas.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó ella.

—He venido solo a veros.

—¿Y por qué estabais escondido, como si estuvierais al acecho? —inquirió Higuemota.

—Quería daros una sorpresa. Pero, al ver que había gente, decidí esperar a que se fueran —le aseguró Rojas.

—¡Mentís! —exclamó Higuemota—. Estabais espiándonos.

—No era esa mi intención, os lo aseguro. Yo simplemente...

—No os creo —lo interrumpió ella—. Os habéis aprovechado de mi confianza. Pensé que erais distinto a los demás, que en verdad queríais ayudarnos, pero ya veo que me equivoqué. No sois más que un espía y un traidor.

—Estáis equivocada. Claro que quiero ayudaros. Sabed que me siento culpable y avergonzado por todo lo que os han hecho mis compatriotas —le confesó Rojas.

—Eso es falso —rechazó ella con vehemencia—. Sé que ayer habéis estado

en el palacio del gobernador. Seguro que él os ha dado órdenes para que nos espiéis. ¡Maldito traidor! No debí abriros la puerta de mi casa; tenía que haberos echado como a un perro cuando me topé con vos en mis tierras.

Las palabras de Higuemota cayeron sobre Rojas como una lluvia de piedras, y no tanto por lo dicho como por el tono empleado, tan distinto del dulce y melodioso del primer día.

—¿Y por qué sabéis lo del gobernador? ¿Es que acaso me estabais espiando?
—consiguió preguntar.

—Resulta irónico que vos digáis eso.

Los caciques asistían sorprendidos al cruce de acusaciones y reproches entre su anfitriona y el inesperado visitante.

—Pero es así, ¿no es cierto? —insistió Rojas—. Ayer me pareció que alguien me seguía, y ahora ya veo que no me equivocaba.

—¿De qué os asombráis? Tenemos que protegernos —se justificó ella—. Y vos, ¿por qué lo hacéis?

—Como antes intentaba deciros, no era mi voluntad espiaros, os lo aseguro. Tan solo quería saber qué era lo que estaba pasando, para tratar luego de ayudaros y preveniros. Si ayer fui a entrevistarme con el gobernador, fue para averiguar qué sabía sobre el incendio de la aldea —se justificó el pesquisidor.

Higuemota parecía confundida, como si ya no tuviera tan claro que Rojas pudiera ser un espía.

—¿Y qué es lo que os contó? —quiso saber.

—Entre otras cosas, negó que él tuviera algo que ver en el asunto; y creo que decía la verdad. Pero su esposa también me confesó que sospechaba que los taínos estabais preparando una revuelta —le comentó Rojas.

—¿A qué os referís? —intervino Enriquillo.

—A los asaltos en algunas haciendas para robar armas. Y no me digáis que no ha sido vuestra gente, pues acabo de ver cómo uno de los caciques os mostraba uno de sus trofeos.

—¿Y qué pasa si es así?

—Pues que habéis cometido un grave error, ya que eso los ha puesto en alerta, y os aseguro que están preparados para lo que pudiera ocurrir —le advirtió Rojas—. El gobernador no es tan simple como se rumorea por ahí, y vos deberíais saberlo mucho mejor que yo, y, además, cuenta con la ayuda de doña María de Toledo, que es más inteligente que él. De modo que no me parece un buen momento para iniciar una revuelta o lo que sea que estéis planeando hacer.

—¿Y por qué no? —replicó el joven cacique.

—Porque eso sería darles más motivos a los españoles para acabar con los taínos —argumentó Rojas—. Debéis saber que, a estas alturas, ya casi no les interesáis, pues muy pronto empezarán a llegar centenares de esclavos negros de África para sustituirlos en las minas y en los ingenios de azúcar; de hecho, ya han empezado a hacerlo. Según parece, rinden mucho más que vuestra gente y son más resistentes a las enfermedades. Así que no os conviene comenzar una guerra que no podéis ganar, al menos por ahora, y que os conducirá a la inmediata desaparición.

—Entonces, ¿qué nos proponéis que hagamos? ¿Quedarnos de brazos cruzados cada vez que nos maltraten o incendien una aldea? —preguntó Higuemota.

—Yo no he dicho eso. Tan solo os aconsejo que, antes de enfrentaros a los españoles, os hagáis escuchar, y, para ello, contáis con muy buenos aliados entre los dominicos. Por mi parte, me he comprometido a encontrar cuanto antes a los culpables de la matanza, para que reciban su castigo, y a hablar con el rey de vuestra situación. Estoy seguro de que él me escuchará, pues me tiene en cierta estima. Dejadme al menos intentarlo.

—Eso ya lo hicieron los propios dominicos hace unos años y no ha servido de nada —recordó ella.

—Insisto en que ahora podría ser distinto. Tenéis que confiar en mí. El rey tiene ya muchos achaques y está muy viejo, por lo que querrá limpiar de algún modo su conciencia antes de morir —arguyó Rojas.

—Puede que tengáis razón, pero, hasta el momento, vuestro comportamiento no inspira demasiada confianza —objetó ella.

—Tenéis que creerme. Tan solo venía a veros; no tenía ni idea de lo que iba a encontrarme aquí —insistió Rojas.

—Está bien —concedió Higuemota tras una pausa—. No sé por qué, pero algo me dice que confíe en vos. Dejadme que hable un momento con los caciques. Intentaré convencerlos de la conveniencia de aplazar los preparativos del levantamiento. Os advierto, eso sí, que, si descubro que me estáis mintiendo o que nos traicionáis, lo pagaréis muy caro.

—Me parece justo —convino Rojas.

Higuemota hizo un gesto a los dos hombres que lo habían descubierto para que se lo llevaran al interior del caney. Luego se dirigió a los reunidos para comentar lo que Rojas le había dicho. Cuando terminó, se escucharon algunas quejas y leves voces de protesta. El que más se resistía a fiarse de Rojas y a posponer la revuelta parecía ser Enriquillo, que no se mostraba muy contento

con la actitud de Higuemota. Pero no se atrevía a contradecirla delante de los otros. Al final, todos aceptaron quedar a la espera de nuevos acontecimientos.

Terminada la reunión, los caciques se volvieron a sus respectivos lugares. Higuemota ordenó que soltaran a Rojas y lo condujeran a la casa. Allí lo dejaron en una especie de biblioteca. Mientras aguardaba, Rojas echó un vistazo a los estantes. Había libros de todo tipo, la mayoría de historia y de teología. Tal vez no fuera muy extensa, pero sí muy selecta. Por un momento, fantaseó con la idea de que estuviera el suyo, mas no lo encontró. Al poco rato, entró Higuemota, que parecía algo más tranquila.

—¿Y bien? —preguntó Rojas.

—De momento he conseguido parar las cosas. De vos dependerá lo que pase en el futuro —le advirtió ella.

—Os lo agradezco. Espero no defraudaros —deseó Rojas con alivio.

—¿Es verdad que veníais a verme? —quiso saber Higuemota.

—Así es.

—¿Y a qué tanta prisa?

—Sinceramente, deseaba volver a contemplaros, pero, además, quería avisaros de lo que había comentado la esposa del gobernador. Pensé que os podía afectar, si bien no imaginaba...

—¿Que yo podía estar detrás de alguna manera? —completó ella.

—Debo reconocer que no dejáis de sorprenderme —confesó el pesquisidor.

—¿Y por qué tanto interés por nosotros? —quiso saber ella.

—Porque vos me importáis —confesó el pesquisidor.

—Pero si apenas me conocéis —objetó ella.

—Desde que os vi no hago otra cosa que pensar en vos —confesó Rojas—. Creo que, en efecto, me habéis hechizado.

—Yo no he hecho nada, os lo aseguro. Sois vos mismo el que se ha obsesionado conmigo —aseguró ella—. Tal vez porque os parezco distinta a las demás mujeres con las que os habéis encontrado hasta ahora; no soy más que algo nuevo y extraño para vos. Pero, tan pronto os acostumbréis a mí, ese amor que os ha entrado por los ojos cesará, ya lo veréis. Será algo pasajero —concluyó.

—Pudiera ser —admitió Rojas—, mas también cabe pensar que cuanto más os conozca más fuerte será la atracción. Sea como fuere, aquí estoy, rendido ante vos.

—Cualquiera diría, al escucharos, que os habéis enamorado como un chiquillo —comentó Higuemota.

—¿Y qué pasaría si así fuera? —replicó Rojas, desconcertado.

—Que sería una locura —sentenció la princesa taína con tono de reproche—. ¿Es que no os dais cuenta? No solo estáis casado y tenéis hijos y estáis acostumbrado a una vida llena de comodidades, sino que también sois pesquisador real, y una relación conmigo os situaría justo en medio de dos bandos enemigos e incapaces de reconciliarse: el de las víctimas y el de los maltratadores y criminales. ¿Qué pasaría si llegáramos a enfrentarnos a los españoles? ¿Por cuál os inclinaríais?

—Yo lo único que quiero es dejarlo todo, cuando mis pesquisas acaben, y estar con vos; lo demás ya se verá —aseguró Rojas.

—Pero ¿qué haréis cuando tengamos que empuñar las armas y utilizarlas contra vuestros compatriotas?

—Si ese día llegara, Dios no lo quiera, me seguiríais teniendo a vuestro lado. Con vos he descubierto que hay otro mundo distinto al mío, más puro y menos manchado por la codicia y la hipocresía. Estoy harto, además, de vivir bajo sospecha en mi tierra, obsesionado con el pecado, el honor y la limpieza de sangre, y de que el rey me utilice y se aproveche de mí cada vez que me necesita —aseguró el pesquisador.

Higuemota lo miró conmovida. Si eso era cierto, no podía concebir mayor prueba de amor por parte de Rojas que mostrarse dispuesto a abandonar Castilla y a los suyos y a cambiar de vida por estar con ella y defender su causa.

—Y vos ¿qué es lo que queréis? Parecéis muy unida a Enriquillo. ¿Fue él el que os persuadió para que apoyarais la rebelión? —preguntó Rojas, sin querer evitarlo.

—Lo que me sobran son motivos para eso; no necesito que nadie me convenza —replicó Higuemota.

—He visto que os trata con mucha familiaridad —dejó caer el pesquisador.

—¿Tenéis acaso celos de él? —inquirió ella, sorprendida.

—¿Y por qué había de tenerlos? —replicó Rojas, haciéndose de nuevas.

—Enriquillo y yo somos parientes. Él es hijo de un sobrino de mi madre llamado Magicatex, muerto en la matanza de Xaraguá y heredero del cacicazgo de Bahrucó, y, por lo tanto, sobrino segundo mío; y, además, está casado con mi hija Mencía —le informó Higuemota.

Rojas la miró desconcertado y un tanto avergonzado por haberse puesto en evidencia.

—¿Y cuáles son esos motivos de los que habláis? —preguntó, para cambiar de asunto.

—¿De verdad necesito explicároslos? ¿Os parece poco la muerte de los míos a manos de los españoles? Unos días antes de la matanza de Xaraguá, mi madre me confesó que los cemíes le habían advertido de los peligros de querer pactar con los españoles, pero ella no les hizo caso y, cuando se dio cuenta de su error, ya no había posibilidad de volver atrás. Al verla tan preocupada, le prometí que, si los españoles le hacían algo, trataría de vengarla. Poco después, murió ahorcada, sin haber tenido siquiera la oportunidad de defenderse —le recordó Higuemota—. ¿No intentaríais vos alzaros contra esa tiranía?

—Es posible. No lo niego —admitió Rojas—. Pero antes intentaría que se hiciera justicia.

—¿Y si la justicia no fuera tal?

—¿Qué queréis decir?

—Por lo que sé, algunos españoles, conmovidos por lo ocurrido, denunciaron a Nicolás de Ovando por haber ahorcado a mi madre sin juicio previo. Pero el gobernador ya se había cubierto las espaldas y había amañado un proceso con pruebas falsas contra ella —le explicó Higuemota—. Y, si a eso añadimos que, desde entonces, no han cesado las vejaciones y los crímenes contra nuestro pueblo, estaréis de acuerdo conmigo en que la única solución que nos queda es rebelarnos y tratar de buscar la justicia por otros medios.

—Después de escucharos, reconozco que tenéis razón. Pero, si yo fuera vos, me preocuparía mucho de prepararlo bien y de buscar el momento más adecuado para llevarlo a cabo y no fracasar. En estas cosas, conviene ser paciente y cuidadoso y mantener la sangre fría —arguyó Rojas.

—Eso que pedís resulta muy difícil cuando incendian una aldea y queman a los tuyos con total impunidad —replicó Higuemota.

—Os aseguro que entiendo bien vuestros motivos y argumentos. Tan solo os pido que me deis la oportunidad de intentar hacer justicia en este caso —le rogó Rojas.

—De acuerdo —aceptó Higuemota—. Os concedo un par de semanas para que encontréis a los culpables y los llevéis ante un juez. Pasado ese tiempo, nos encargaremos nosotros de arreglarlo.

—Está bien —convino Rojas.

—Mientras tanto, os ruego que no mezcléis el amor con esto. Como dice la Biblia, «hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el cielo: un tiempo para nacer y un tiempo para morir; un tiempo para matar y un tiempo para curar; un tiempo para destruir y un tiempo para edificar; un tiempo para llorar y un tiempo para reír; un tiempo para callar y un tiempo para hablar; un

tiempo para amar y un tiempo para odiar; un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz».

—Lo tendré en cuenta, descuidad —prometió Rojas.

—En ese caso, deseo que tengáis un feliz regreso a Santo Domingo. Mandaré que os acompañen —le propuso Higuemota.

—No es necesario. Os aseguro que no me quedaré por aquí —aseguró Rojas.

—Es por vuestra seguridad —le advirtió ella.

A Rojas no le quedó más remedio que aceptar. Cuando se disponía a salir de la sala, entró en ella Enriquillo como un jabalí herido. Venía tan ciego y furioso que casi se lleva por delante al pesquisidor.

—¿Qué hacéis todavía aquí? —le preguntó con rabia el joven cacique.

—Precisamente, me iba ya.

—No creáis que vais a salir con la vuestra —le advirtió Enriquillo.

—Antes de que añadas nada más, deberías saber que hemos llegado a un acuerdo —le comunicó Higuemota.

—Somos taínos y, por lo tanto, no llegamos a acuerdos con nuestros enemigos —replicó su sobrino—. Ya sabes por experiencia lo que pasa cuando tratamos de pactar con los españoles.

—Él no es enemigo nuestro, tan solo desea ayudarnos —señaló ella.

—¿A qué? A que agachemos una vez más la cerviz.

—No es eso lo que quiere y tú lo sabes —replicó ella—. Deberías ser más comprensivo con alguien que parece estar de nuestro lado; al fin y al cabo, tú también eres cristiano —le recordó su suegra.

—No te equivoques conmigo. Yo no soy un siervo cristiano, sino un cacique taíno —puntualizó él—. Si respeto a Jesucristo es porque no vino al mundo a traer la paz, como algunos se empeñan en decir, sino la espada, y fue para liberar a los suyos de la opresión, como hizo en su día Viriato en Hispania contra los romanos, según cuentan algunos libros de historia que he leído.

Mientras decía esas palabras, se arrancó la camisa que vestía con violencia, mostrando su torso desnudo. Después, la desgarró con rabia hasta dejarla hecha jirones, que arrojó luego al suelo y pisoteó, como si estuviera matando a una víbora.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Higuemota, sorprendida.

—Para recordarle a este extranjero que sigo siendo taíno y que no descansaré hasta liberar a mi pueblo —contestó el joven cacique—. De ahora en adelante, vuelvo a ser Guarocuya, el hijo de Magicatex y, por lo tanto, el heredero del cacicazgo de Bahuco, y el sobrino nieto de Anacaona. ¿Os ha quedado claro?

—añadió, dirigiéndose a Rojas.

Luego esbozó un gesto de despedida y abandonó la sala sin atender a las súplicas de Higuemota, que parecía muy disgustada con él.

—Os ruego lo perdonéis —dijo, dirigiéndose a Rojas—. Es muy joven y la sangre le hierve, y tampoco le faltan motivos para odiar a los españoles. En cuanto a vos, tenéis que iros ya. Yo me ocuparé de él.

—De veras lamento mucho todo lo que ha sucedido —se disculpó el pesquisidor—. Pero debéis tranquilizarlo. Los ánimos en Santo Domingo están también muy enconados.

VIII

(Santo Domingo, al día siguiente)

Rojas se despertó desasosegado. Había soñado con Higuemota. Los dos estaban sentados delante del caney, como marido y mujer, felices y contentos y rodeados de su prole. De pronto, apareció un grupo de soldados españoles y pasó por la espada a la mitad de los niños, ante la mirada atónita de los padres. Luego vinieron varios taínos e hicieron otro tanto con sus armas. En lugar de intentar protegerlos, la hija de Anacaona y el pesquisidor comenzaron a echarse mutuamente la culpa de lo sucedido, hasta que él se despertó bañado en sudor. Después de comprobar con alivio que todo había sido un sueño, se levantó de la cama y se puso en marcha.

Cuando salía del hospedaje, se encontró con fray Antonio sentado en un poyo, junto a la puerta, con aire inquieto.

—¡Bendito sea Dios! ¡Por fin os encuentro! ¿Dónde estuvisteis ayer? —le preguntó.

—Haciendo mis pesquisas —le respondió Rojas, encogiéndose de hombros, como si fuera algo evidente.

—Pero ¿dónde? Os estuve buscando por todas partes.

—Volví a la aldea incendiada, para ver si encontraba algún otro rastro —mintió Rojas.

—¿A la aldea?! —exclamó el fraile, cada vez más sorprendido.

En ese momento, Rojas no quería hablarle a su amigo de Higuemota, no fuera a adivinar sus verdaderos sentimientos hacia ella, pues no sabía cómo podría tomárselo, dadas las circunstancias.

—Está bien. Venid, quiero que conozcáis a alguien —le propuso fray Antonio

—. Él os enseñará mucho sobre la situación de los indios en estas islas.

—¿De quién se trata?

—Es un clérigo que siente gran simpatía por nuestra orden y quiere colaborar con nosotros en la defensa de los taínos —le explicó el fraile—. Acaba de llegar de la isla de Cuba. Seguro que os agradará.

Los dominicos se hallaban reunidos en la sala capitular, que, como el resto del convento, estaba a medio construir. Los frailes estaban sentados sobre improvisados bancos, hechos con sillares y tablones de madera. En una mesa, frente a ellos, estaban fray Pedro de Córdoba y un hombre de unos treinta años. Era de estatura mediana. Tenía el rostro redondo, la piel curtida por el sol, la nariz recta y prominente, casi en línea con su frente inclinada y despejada, los ojos vivos y pequeños y los labios carnosos. El vicario dijo que se llamaba Bartolomé de las Casas.

—Nuestro amigo —comentó— sabe muy bien cuál ha sido el trato que los españoles han dado a los indios en estas islas, pues, como él mismo suele decir, ha sido soldado y encomendero antes que clérigo. Y confiamos en que algún día se haga dominico y profese en nuestro convento —añadió antes de cederle la palabra.

—Sería una forma de reconocer lo mucho que os debo. De momento, os agradezco que me hayáis acogido entre vosotros —comenzó a decir Bartolomé—. Como tal vez alguno ya sepáis, yo vine a La Española en 1502, con solo dieciocho años, en la expedición del gobernador Nicolás de Ovando, movido por la sed de aventuras y el deseo de obtener riquezas. Con la ayuda de mi padre y de mi tío, que ya llevaban un tiempo instalados aquí, me hice minero y encomendero. Después luché, lo confieso, contra los indios en Higüey, bajo las órdenes de Juan de Esquivel, y, como pago por mis servicios, recibí un buen número de ellos en encomienda, con los que me hice cargo de una labranza. Cuatro años más tarde, regresé por un tiempo a Sevilla, donde recibí las órdenes menores, y luego fui a Roma, donde me ordené como presbítero. De nuevo en La Española, Diego Colón me concedió una encomienda en Concepción de la Vega. Allí canté mi primera misa y, poco después, me llegó la noticia del sermón de fray Antón, lo que me dio mucho que pensar. No obstante, debo decir que no me sentí afectado por sus palabras contra los encomenderos, pues estaba convencido de que yo trataba muy bien a mis indios y que eran los otros los que se comportaban mal. Un día vendí todo lo que tenía, con la intención de ir a la

conquista de la isla de Cuba como capellán de los soldados. Recuerdo que, cuando estaba preparando mi viaje, me fui a confesar y uno de vuestros hermanos se negó a darme la absolución por ser encomendero. Ese dominico se llamaba fray José de Cuenca y ahora acabo de enterarme de que hace poco que lo han matado. Que Dios lo tenga en su gloria —añadió, emocionado—. Reconozco que, en aquel momento, me sentí avergonzado por las palabras de fray José, pero cerré los ojos y seguí adelante con mi proyecto. Y ojalá no lo hubiera hecho, pues allí volví a presenciar tales crueldades contra los indios que los que no las han visto no las creerían, aunque se lo juraran.

Bartolomé hizo una pausa para tomar aliento, pues hablaba muy deprisa y con gran vehemencia, ya que se emocionaba enseguida. Los frailes y Rojas lo miraban con creciente curiosidad e interés.

—Dejadme que os cuente ahora algunos horrores de los que he sido testigo —prosiguió el clérigo—. En la isla de La Española, que fue la primera en la que se asentaron los españoles y, por lo tanto, la primera que destruyeron y comenzaron a despoblar, no tardaron en producirse los estragos y perdiciones de estas pobres gentes. Después de un momento inicial de entendimiento y trueque de oro por cuentas de vidrio y otras baratijas, los cristianos empezaron a tomar a las mujeres e hijos de los indios para usar mal de ellos y a apropiarse de las comidas que de sus sudores y trabajos salían, no contentándose con lo que los indios les daban de buen grado, conforme a las posibilidades que cada uno tenía, que siempre eran pocas, porque, como sabéis, no suelen poseer más de lo que ordinariamente han menester y consiguen con poco trabajo. Así que, tras sufrir muchas violencias, robos y vejaciones, los indios comprendieron que aquellos hombres no habían venido del cielo, como al principio creían, y comenzaron a esconder sus alimentos y a ocultar a sus mujeres e hijos o a huir a los montes para apartarse de gente de tan dura y terrible conversación. Y estoy seguro de que, si algunos hubieran podido, se habrían metido en las entrañas de la tierra con tal de escapar. Los españoles, sin embargo, continuaron persiguiéndolos y maltratándolos, aperreando a los hombres y violando a sus mujeres, sin respetar siquiera a las familias de los caciques y personas principales, tal era su desvergüenza y temeridad. A partir de ahí los taínos empezaron a buscar maneras para echar a los cristianos de sus tierras. Algunos, incluso, se pusieron en armas, que, por lo general, son harto flacas y de poca defensa y ofensión, por lo que sus guerras son como juegos de cañas en manos de niños. Los llamados cristianos, por su parte, aprovecharon la ocasión, que desde hacía tiempo estaban esperando, para llevar a cabo grandes matanzas y crueldades sin límite con sus

caballos, perros, espadas y lanzas. Cuando entraban en una aldea, no había niños ni viejos ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaran y despedazaran, como si fueran corderos acorralados en sus apriscos. Y muchos hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abriría a un indio por la mitad o le cortaría la cabeza de un tajo o le descubriría las entrañas. A algunas criaturas las atravesaban con la espada delante de sus familias; a otras las arrebatában de las tetas de sus madres agarrándolas por las piernas y les daban de cabeza contra las peñas o las arrojaban al río por encima de los hombros, riéndose y burlándose, y, cuando caían al agua, si se mantenían por un momento a flote, les gritaban: «¿Aún bullís, cuerpo de tal?» y les tiraban piedras para que se hundieran. Y todo esto lo hacían como si encontraran gran placer en el hecho de ejercer su poder sobre el otro hasta desmembrarlo y darle muerte.

—¡No es posible! —exclamó Rojas sin poder evitarlo, espantado por tanta iniquidad.

—Y, sin embargo, así fue —continuó Bartolomé de las Casas—. Yo mismo he sido testigo de vista de todas estas atrocidades y de muchas más, que os ahorro para que podáis comer luego y dormir esta noche. Y habéis de saber que con los hombres eran todavía más crueles y refinados. En ocasiones hacían horcas largas en las que los pies de los condenados quedaban cerca del suelo, y, tras colocarlos de trece en trece, en honor, al parecer, a Nuestro Redentor y a sus doce apóstoles, les ponían leña por debajo y los quemaban vivos, con fuego manso, para que murieran poco a poco, al tiempo que se les salían las ánimas. Con algunos eran más piadosos y simplemente les cortaban las manos y, tras colgárselas alrededor del cuello, les decían: «Andad y llevad a vuestros señores esas cartas», pues se trataba de un mensaje dirigido a los caciques. En una ocasión, vi cómo quemaban en una parrilla a cuatro o cinco indios principales y, como daban grandes alaridos, el capitán, bien fuera porque sentía pena de ellos o porque era incapaz de conciliar el sueño, mandó que los ahogaran en el río de una vez. Sin embargo, el alguacil no quiso arrojarlos al agua, sino que les metió con sus propias manos un palo en la boca para que no se les oyera gritar, hasta que se asaron despacio, como él deseaba. Y no creáis que los que huían a los montes, tratando de escapar de hombres tan inhumanos, corrieron mejor suerte, pues resulta que los cristianos habían adiestrado a sus jaurías de lebreles o de alanos para que, tan pronto vieran a un indio huido, arremetieran contra él y lo hicieran pedazos en un credo, para luego comérselo con más ganas que si fuera un puerco, lo que causó grandes carnicerías. Y, para justificar todo esto, nuestros compatriotas no hacían más que inventar leyes, como una que establecía que, por

cada cristiano que muriera a manos de un indio, cosa que rara vez sucedía, os lo aseguro, habrían de morir al menos cien taínos.

»Pero la cosa no termina ahí —añadió el clérigo, cada vez más enardecido—. También en Cuba, adonde me llamó Diego Velázquez, he sido testigo de numerosas atrocidades. Recuerdo, por ejemplo, que, en una ocasión, salieron muchos indios a recibirnos con mantenimientos y regalos en Caonao, a una legua de una población llamada Camagüey, y llegados allá nos dieron gran cantidad de pescado y de casabe, con todo lo que más pudieron. Pero los cristianos que conmigo iban se dejaron llevar súbitamente por el diablo y mataron a cuchillo, sin motivo alguno, a más de tres mil ánimas que estaban sentadas delante de nosotros, entre hombres, mujeres y niños. Después de eso, acordaron los cristianos ir a cazar a los indios que estaban por los montes, donde causaron también estragos admirables. Y, en poco tiempo, asolaron y despoblaron toda aquella isla de tal forma que es una gran lástima verla ahora yermada y hecha toda una soledad. Baste decir que, en tres o cuatro meses, estando yo presente, murieron de hambre por llevarlos los padres y las madres a las minas más de siete mil niños. Y todo esto lo vi con mis ojos corporales y mortales.

Bartolomé de las Casas tuvo que hacer una pausa para reponerse y beber agua.

—Y, mientras tanto, os preguntaréis algunos, ¿qué hice yo? Pues, si he de seros sincero, debo confesaros que nada, y ahora bien que me arrepiento de ello. Pero lo peor de todo es que encima recibí una buena encomienda de indios por los servicios prestados como clérigo en la conquista de Cuba; de ella me serví para sacar adelante mi hacienda, hasta que, hace cosa de un año, fueron varios sacerdotes a predicar a esa isla, enviados por fray Pedro, y, al ver lo mal que eran recibidos, me acordé del sermón de Adviento y tomé conciencia de mi pecado. Tras ayudarles durante unos meses en las predicaciones, renuncié a mi encomienda y cambié de vida. Como san Pablo camino de Damasco, me he convertido y, en lugar de aprovecharme de los indios, he decidido dedicar lo que me queda de existencia a defenderlos de los continuos abusos y atropellos que están sufriendo. Ahora me propongo ir a España e informar al rey de las matanzas y opresiones de los que he sido testigo, para así convencerlo de que tome medidas y acabe de una vez con las malditas encomiendas, que no han servido más que para entregar manadas de mansas ovejas a muy feroces y hambrientos lobos. Con este fin estoy redactando un memorial —anunció con orgullo el clérigo—, dirigido a su alteza, donde recojo todas las denuncias y propongo algunas soluciones, ahora que las minas de La Española están casi

agotadas y las que no lo están han dejado de ser provechosas. En cuanto a los ingenios de azúcar, el único remedio para mantenerlos activos está en traer más esclavos negros de África, como algunos proponen; de esta forma podrán salvarse los pocos taínos que aún quedan.

—Con vuestro permiso —intervino entonces fray Pedro de Córdoba—, debemos terminar, pues es la hora de nuestra refacción. Pero antes dejadme que os diga que los dominicos estamos dispuestos a brindaros todo nuestro apoyo en la defensa y protección de los taínos y os animamos a cumplir vuestros loables propósitos. De modo que, si lo tenéis a bien, nuestro hermano fray Antón os acompañará en vuestro viaje a Castilla, en representación de la orden, con el fin de que podáis hacer más fuerza en la corte y, de paso, pedir favores y limosnas que nos permitan terminar de construir el convento, antes de que un huracán se lleve por delante lo poco que hemos levantado. No obstante, debo advertiros, y ojalá me equivoque, que, mientras el actual rey viva, ni vos ni nosotros conseguiremos nada de lo que deseamos —añadió con un tono más grave.

La sugerencia del vicario fue aceptada por Bartolomé de las Casas con gran júbilo, pues admiraba mucho al dominico que con su sermón había plantado, de alguna forma, la semilla que, años después, lo había llevado a su conversión. Con respecto al rey, comentó que aún albergaba cierta esperanza.

—Y bien, ¿qué opináis de él? —le preguntó fray Antonio al pesquisidor, cuando salían de la sala capitular.

—Es muy trágico y conmovedor todo lo que cuenta, pero tengo la impresión de que carga demasiado las tintas, como suele suceder, por otra parte, con muchos conversos, que, para afirmarse en la nueva fe, se dedican a perseguir con excesivo celo la que acaban de abandonar; así que de un extremo se pasan al otro —argumentó Rojas—. Seguramente se siente culpable por el mal que ha causado a los indios en el pasado y ahora quiere resarcirlo denunciando las atrocidades que han cometido otros, aunque para ello tenga que exagerar la bondad de los taínos y la maldad de los cristianos. De ahí que su discurso resulte tan vehemente y avasallador, lo que, de alguna forma, le hace perder la razón. No sé si me explico. En mi modesta opinión, creo que habría que ser mucho más astuto y sutil a la hora de defender una causa tan justa e importante como la de los taínos.

—Tal vez estéis en lo cierto —reconoció fray Antonio—. De hecho, Bartolomé tiene fama de ser algo pesado, intransigente, importuno y pleitista, siempre a vueltas con lo mismo, sin importarles nada lo demás. En cualquier caso, convendréis conmigo en que, en relación a este asunto, todo lo que se diga

es poco, pues, contemos lo que contemos, siempre van a decir que nos excedemos, ya que es algo muy atroz.

—Así y todo, no creo que sea propio de un clérigo faltar a la verdad —apuntó Rojas—. Como vos acabáis de insinuar, la realidad ya es suficientemente amarga y dura como para que tengamos que exagerarla y correr así el riesgo de que nadie nos crea.

—Olvidáis que las exageraciones son muy frecuentes en las llamadas *disputationes in utramque partem*, una forma de polémica o discusión muy habitual entre clérigos desde los orígenes del cristianismo, ya que en ella se trata de defender o atacar una postura utilizando toda clase de argumentos —le recordó fray Antonio.

—Lo que no quita para que...

En ese momento, se acercó a ellos fray Pedro, acompañado de Bartolomé de las Casas. Tras las oportunas presentaciones, este les preguntó que de qué estaban hablando con tanta pasión. Para evitar la controversia, Rojas le respondió que de la matanza de la Epifanía. El clérigo se interesó entonces por el asunto y quiso saber si el pesquisidor tenía ya algún sospechoso.

—Aún es pronto para señalar alguno —le contestó Rojas, sin querer entrar en detalles.

—Sin duda, se trata de algún encomendero descontento con el último repartimiento de indios —apuntó De las Casas.

—Eso mismo he pensado yo. El problema es cuál de todos. ¿Se os ocurre alguno en concreto? —preguntó Rojas.

—Hace un tiempo que no resido en La Española —se justificó el clérigo—. Pero, a la larga, no os será muy difícil dar con él. Aunque, por lo general, los encomenderos se encubren unos a otros, acabaréis encontrando a alguien que lo delate.

—Eso espero. De todas formas no creo que todos los encomenderos sean iguales —dejó caer Rojas.

—Por supuesto, unos son más crueles que otros, y algunos hasta se muestran compasivos —señaló De las Casas—. El mal está, sobre todo, en las encomiendas, que, por cierto, ya fueron probadas en las islas Canarias con los naturales de ellas y se parecen mucho a la antigua asignación de poblados moros a miembros de órdenes militares o al régimen de servidumbre que estuvo en uso en Castilla hasta el siglo pasado y que ahora hemos resucitado en el Nuevo Mundo, para desgracia de los indios, pues lo que los españoles ya no quieren allá lo traen para acá.

—¿Y qué me decís de ellos, son todos igual de buenos? —inquirió Rojas.

—Siempre y cuando no los maltraten ni los saquen de su entorno, porque entonces pueden echarse a perder —explicó De las Casas.

Luego Rojas sacó a colación el caso de Enriquillo.

—¿Os referís al hijo de Magicatex? —preguntó el clérigo.

—Eso tengo entendido. ¿Habéis tenido algún trato con él?

—Así es, y desde que era un niño —confirmó De las Casas—. Debéis saber que yo fui uno de sus mentores, antes de que fuera a parar al convento de los franciscanos, donde fue criado e instruido con esmero, todo hay que decirlo. Buena parte de su familia murió en la matanza de Xaraguá, pero él logró escapar y luego salvarse, gracias a mi ayuda y a la de Diego Velázquez. Teníais que haberlo visto en aquel tiempo. Nunca me he encontrado con un niño tan inteligente y con tantas ganas de estudiar como él. Aprendió a leer y escribir nuestra lengua en unos meses y, al poco tiempo, ya se sabía de coro la doctrina y los libros de historia. ¿Acaso vos lo conocéis?

—He oído hablar de él —se limitó a decir Rojas.

—La última noticia que me llegó de Enriquillo es que se había casado con la nieta de Anacaona, a la que habréis oído mentar, pues fue una mujer de gran belleza y gran prudencia y autoridad, muy afable y graciosa en la conversación y muy devota y amiga de algunos cristianos —apuntó De las Casas.

—Nuestro amigo ha estado hace poco en la hacienda de Higuemota, ¿no es así? —intervino fray Pedro, dirigiéndose a Rojas.

Rojas se sintió como si lo hubieran pillado en falta, lo que hizo que se sonrojara un poco. Iba a contestar que apenas había hablado con ella, pero De las Casas se le adelantó.

—¿Es eso cierto? Entonces sabréis que es una mujer extraordinaria, tan hermosa como su madre, y con mucho carácter. Hace seis años, corrió el rumor de que había muerto. Pero no era verdad. Probablemente, lo hizo circular ella, para que los enemigos de su marido se olvidaran de su persona. Por lo que sé es muy inteligente y posee una educación muy refinada, propia de una princesa. Sin duda habría sido una gran cacica. Yo tuve el privilegio de asistir a un areíto en el que ella participaba. Eso fue lo nunca visto. Es la principal depositaria de los saberes y antigüedades de su pueblo, lo que no ha impedido que sea una excelente cristiana y también un modelo de madre y de viuda. Son muchos los indios y los españoles que la han pretendido y a todos los ha rechazado con firmeza —añadió el clérigo con tono admirativo.

Sin poder evitarlo, Rojas volvió a sonrojarse como un niño. Pero nadie pareció

darse cuenta, salvo fray Pedro, que no le quitaba ojo.

—Tanto Higuemota como Enriquillo —prosiguió el clérigo, incapaz de permanecer callado mucho tiempo— son la prueba evidente de que los taínos, con la debida instrucción, pueden ser tan inteligentes, sagaces y eruditos como nosotros, incluso más, y sin llegar a perder del todo su inocencia original.

—A propósito de Enriquillo, ¿lo veis capaz de rebelarse algún día contra los españoles? —inquirió Rojas.

—¿Enriquillo?! —exclamó De las Casas, sorprendido—. ¿Y por qué iba a hacerlo? Por lo que sé, fue encomendado a don Francisco de Valenzuela, que lo ha tratado siempre como si fuera su propio hijo y ha hecho de él un auténtico caballero.

—A lo mejor aspira a convertirse en cacique de todos los taínos de la isla —sugirió el pesquisidor.

—¡Eso es absurdo! —rechazó De las Casas—. Lo conozco muy bien. Pondría la mano en el fuego por él. ¿Cómo se os ha ocurrido tal cosa? Por otra parte, no creo que los taínos vayan a unirse nunca, aunque sean pocos. Cuando Colón llegó a la isla, había cinco grandes cacicazgos: Maguana, Xaraguá, Higüey, Maguá y Marién, divididos a su vez en otros más pequeños, y cada uno iba por su lado.

—Era una simple conjetura —se justificó Rojas—. No tengo ningún motivo para pensar eso. En cualquier caso, sería algo natural que los taínos se rebelaran algún día.

—Ya lo han hecho muchas veces, cuando se vieron forzados a ello, y con el resultado que todos conocemos. Como he dicho antes, son la gente más bondadosa e inocente que pisa la faz de la Tierra y no están habituados a hacer la guerra ni tienen armas para ello; por eso debemos ser nosotros los que los libremos de las encomiendas y les digamos luego lo que tienen que hacer —concluyó De las Casas.

Una vez acabada la comida con los frailes, Rojas regresó a la posada, pues quería estar solo. Por el camino, le dio la impresión de que la gente con la que se cruzaba murmuraba a su paso. Incluso le pareció escuchar la palabra traidor y algunos otros términos muy poco amables. Los más osados lo miraban con gesto hosco y reprobatorio y hasta escupían en el suelo en señal de desprecio. Si la cosa seguía así, pronto tendría que ir acompañado para no ser agredido.

IX

(Alrededores de Santo Domingo y hacienda de Guevara,
al día siguiente)

La hacienda de Martín Cepeda, antiguo encomendero de los indios que murieron quemados en la aldea de Aabayagua, se encontraba no muy lejos de Santo Domingo, en una pequeña hondonada entre montes bajos. El lugar parecía haber gozado de mejores tiempos, pero los bohíos estaban abandonados y las tierras sin apenas cultivar. La casa del encomendero no se encontraba en mejor estado; de hecho, había una parte que amenazaba ruina. Tras llamar a la puerta principal de manera insistente, Rojas se dio cuenta de que estaba abierta. De modo que asomó la cabeza y preguntó a gritos si había alguien. Como nadie respondía, se decidió a entrar. En el interior tan solo había papeles por el suelo, muebles volcados, puertas arrancadas, vasijas rotas... De repente, oyó ruidos al fondo de la vivienda, como si alguien se removiera con esfuerzo en el lecho.

—¿Eres tú, Angelillo? —preguntó un hombre con voz pastosa y adormilada—. Llevo varios días llamándote. ¿Dónde te habías metido?

Rojas entró en la cámara de la que procedían los gritos. Sobre un camastro había un hombre tumbado. Estaba medio desnudo y tenía el pelo alborotado. Junto a él había una tinaja y una jarra de barro muy tosca. El jergón olía a orina y a excrementos. Era un hedor tan repugnante que Rojas tuvo que taparse la nariz con una mano.

—Tú no eres Angelillo. ¿Qué le has hecho? —le soltó el hombre en cuanto lo vio.

—Supongo que sois Martín Cepeda —aventuró Rojas.

—Más bien lo que queda de él —confirmó el otro con voz lastimera.

El hombre parecía borracho. Trató de incorporarse varias veces, pero no lo consiguió. Sabía Dios cuánto tiempo llevaría allí, tendido y sin asearse ni comer.

—Me llamo Fernando de Rojas y soy pesquisidor real —se presentó.

—¿Me podéis ayudar a levantarme? —suplicó el hombre.

Rojas lo agarró por un brazo con asco, volviendo la cabeza para el otro lado, y tiró de él hasta que logró que se incorporara.

—Os doy las gracias. ¿No tendréis un poco de vino por casualidad?

—Creo que ya lleváis bastante encima —replicó Rojas.

—Me temo que no lo suficiente —se lamentó el hombre—. Y a vos, ¿qué se os ofrece?

—Estoy investigando la muerte de los indios que teníais en encomienda y fueron quemados en la matanza de la Epifanía —le hizo saber Rojas.

—¿Indios? ¿Qué indios? Hace ya mucho tiempo que aquí no hay indios. Me los quitaron esos hijos de perra enviados por el rey —escupió Martín Cepeda, con dolor y con rabia.

—Lo sé —comentó Rojas con sequedad—. ¿Hicisteis algo para intentar recuperarlos?

—Un día fui a quejarme al gobernador, que era el que me los había dado en su momento, y ¿sabéis qué me contestó? «Ya os lo dije el día que os los repartí: “Aprovechaos de ellos cuanto podáis, porque no sabéis lo que os durarán”», me soltó. Y la verdad es que tenía que haberle hecho caso —reconoció el encomendero, que poco a poco iba recobrando la lucidez.

—¿Fuisteis vos el que mandó matarlos?

—¿Estáis de broma?! —rechazó el hombre—. ¿Cómo se os ha ocurrido una cosa así? ¿Y por qué motivo?

—Puede que fuera el deseo de venganza por haber sido desposeído de vuestros indios —propuso el pesquisidor—. O tal vez la envidia y el rencor. Es posible que hayáis pensado que, si no eran para vos, entonces no serían para nadie, o algo parecido.

—Estáis equivocado. Yo no soy tan miserable ni tan retorcido. Cuando me enteré de lo ocurrido, en el fondo me alegré, lo confieso —aseguró Martín Cepeda—. Pero no he tenido nada que ver con esas muertes, os lo juro. Y ya veis el lamentable estado en que me encuentro. Los cuatro criados que me quedaban me han abandonado y, al final, lo he perdido todo. Así que yo también he sido víctima de una injusticia. Y sabed que fui de los primeros que vino a esta isla, de aquellos que derramamos nuestra propia sangre, no solo la de otros, y pasamos

hambre y enfermedades, en los comienzos de la conquista, para que ahora vengan y nos destruyan, quitándonos los indios y dándoselos a aquellos que acaban de llegar a la mesa que nosotros habíamos puesto o a gente que ni siquiera vive aquí. De ahí que muchos de los perjudicados hayan tenido que irse a otras islas o a Tierra Firme o regresar a Castilla, con lo que cada vez hay menos españoles en esta isla. Ahora los indios, las minas y las haciendas están en manos de unos pocos privilegiados.

Rojas comenzó a sentir pena por aquel hombre, por aquella escoria humana. Pero enseguida se echó atrás. En realidad, Martín Cepeda era tan miserable y ambicioso como los otros encomenderos; la única diferencia era que, a la larga, no había tenido tanta suerte como algunos de ellos. Y ahora se quejaba y se complacía en su dolor, pero no sentía ni la más mínima compasión por los indios que habían muerto, aquellos que, en su día, lo habían hecho afortunado.

—Vos habéis sido víctima, sobre todo, de vuestra codicia y, por lo tanto, os merecís todo lo que os ha pasado —le recordó Rojas, al tiempo que salía de la cámara.

—Esperad —gritó el hombre—. No me dejéis aquí. Matadme si queréis. Pero no me abandonéis en este averno. Creedme, yo no he hecho nada que no hayan llevado a cabo otros. ¿Y vos os las dais de cristiano? —añadió, al ver que Rojas no le hacía caso—. Arderéis en el infierno, como yo, como los otros y como todos esos malditos indios.

Rojas apretó el paso y cerró los puños con rabia. La compasión que había sentido por ese despojo se había vuelto de nuevo asco e inquina, hasta el punto de que, de buena gana, lo habría golpeado con saña.

En la puerta de la casa, se encontró con el fraile que lo había acompañado, días atrás, a la hacienda de Higuemota.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Me estabais espiando? —lo increpó.

—El vicario me ha mandado para que os ayude —le informó el dominico.

—No quiero vuestra ayuda, decídselo al vicario —rechazó Rojas—. Pero ahí dentro hay un hombre que sí la necesita, aunque no la merezca. En vuestras manos encomiendo su espíritu —añadió con ironía.

—Y vos, ¿adónde vais? —quiso saber el fraile.

—¿Por qué no me dejáis en paz de una vez?

Rojas abandonó la casa del encomendero con la intención de regresar a Santo Domingo para proseguir sus pesquisas. Pero, cuando estaba a mitad de camino,

cambió de idea y optó por dirigirse a la hacienda de Higuemota. Una vez más, trató de resistirse, pero todo fue inútil; no había manera de poner freno al deseo. El amor se había apoderado de él y ahora llevaba las riendas de su vida.

Esta vez tuvo cuidado, eso sí, de que no lo descubrieran. Por suerte, Higuemota se encontraba fuera de la vivienda, con su hija Mencía. Esta tendría unos dieciséis años y se parecía mucho a su madre, aunque era más retraída. Ambas se hallaban junto al caney, practicando una especie de danza, al tiempo que entonaban una canción muy melodiosa. De vez en cuando, la muchacha se equivocaba y la madre la corregía con dulzura, pero con insistencia, hasta quedar satisfecha con el resultado. Cuando terminaron, la hija entró en la casa y la madre se quedó meditando, seguramente imaginando un día en que los taínos volvieran a ser dueños de sí mismos y de su tierra. Desde su escondrijo, Rojas la contemplaba absorto, como si sus ojos no se saciaran nunca de mirarla. Al cabo de un rato, se acercó a ella con sigilo.

—¿Estáis loco? —gritó Higuemota en cuanto lo vio frente a ella—. ¿Se puede saber qué hacéis aquí? Quedamos en que no volveríais hasta que todo se arreglara.

—Lo siento, pero no he podido evitarlo —se justificó—. Tuve que salir a hacer mis pesquisas fuera de la ciudad y, al regresar, sentí un impulso incontenible de venir a veros.

—Esos impulsos os van a traer la desgracia —le advirtió ella con un gesto de disgusto.

—¿Era vuestra hija?

—Así es. La estoy preparando para ser una esposa digna de un gran cacique o *guamiquina* —le explicó Higuemota.

—¿Por eso le enseñáis cantos y bailes?

—Los areítos son muy importantes para nosotros. A través de ellos difundimos los conocimientos y las creencias de nuestro pueblo, el origen de nuestros dioses, las historias y hazañas de nuestros antepasados —le informó Higuemota—. Nosotros no tenemos escritura y, si no hay nadie que lo recuerde, todo eso se perderá como gotas de lluvia en el mar, lo que explica que tengamos tan ejercitada la memoria.

—Vuestra hija es muy hermosa y parece muy discreta y sagaz.

—Es el fruto de una taína y un buen cristiano —le recordó Higuemota—. Supongo que habrá heredado lo mejor de los dos, como deseaba mi madre. Enriqueillo la respeta y la ama con verdadera pasión. Aunque no lo creáis, él también es discreto e inteligente. Pero, a la vez, es joven e impetuoso; le puede

la impaciencia.

—¿Resolvisteis ya las diferencias con él?

—De momento, he logrado aplacarlo un poco, pero no quiero que os vea por aquí. Os echa la culpa de que yo me haya moderado. Cree que me habéis hecho algo para persuadirme —dejó caer ella.

—¿De veras piensa eso? Ojalá tuviera yo ese poder que me atribuye.

—A lo mejor lo tenéis, pero no sois consciente de ello porque estáis ciego.

—Ciego de amor por vos —precisó él.

—Ya os dije que, por ahora, lo mejor sería que dejarais a un lado vuestros sentimientos hacia mí.

—¿Quiere eso decir que tengo alguna esperanza en el futuro? —preguntó Rojas.

—Lo que quiero deciros es que no conviene que vuestros sentimientos os nublen la vista y os hagan tomar decisiones equivocadas. Tenéis una misión muy importante que cumplir —le recordó Higuemota.

—Por eso he venido a veros —le confesó él—. Cada vez me resulta más difícil discernir entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto.

—Lo que para unos es bueno, para otros puede ser malo; os lo digo yo, que me he movido y me muevo entre dos mundos muy diferentes. De modo que no os torturéis y haced aquello que el corazón os dicte en cada momento. Lo importante es que seáis honesto y no juzguéis las cosas según vuestro propio interés.

—Sois persona juiciosa y valoro mucho vuestros consejos, aunque vayan en contra de mis deseos e intereses. Ojalá pueda complaceros. En cuanto a mi amor, está claro que no tiene remedio —se lamentó Rojas—. Cuanto más os conozco, más os quiero y, al mismo tiempo, más lejos me siento de vos. Es como un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte, en fin.

—Habláis como si fuerais un personaje de vuestro libro —comentó Higuemota con ironía.

—¿Acaso lo habéis leído? —se entusiasmó él.

—Estaba entre los libros de mi biblioteca y, ahora que sé quién sois, he empezado a leerlo, pues sentía una gran curiosidad —confesó ella.

—¿Y cómo habéis sabido que yo era su autor?

—Uno de mis hombres lo ha escuchado en uno de los mentideros de la ciudad, el que está en la plaza Mayor —le reveló ella—; deberíais pasaros por

allí.

—Y bien, ¿qué os ha parecido la obra?

—Aún es pronto para valorarla —apuntó Higuemota.

—Tal vez lo mejor sea que no la leáis. Hace ya mucho que la escribí, cuando era muy joven y estudiaba en Salamanca, y no quiero que penséis que soy como Calisto. Mi amor nada tiene que ver con el suyo, aunque algunos síntomas sean muy parecidos —le advirtió Rojas.

—Creo que vuestro amor es profundo y sincero; por eso no debéis preocuparos —le explicó Higuemota—. Pero es importuno.

—¿Importuno?

—Eso me temo.

Rojas sintió de repente una fuerte opresión en el pecho que apenas le dejaba respirar. También notó que las sienes le ardían, la boca se le secaba y le costaba mucho hablar.

—Si es así, lo mejor será que lo deje todo y me vuelva a Talavera, a mi casa, junto a los míos —anunció, tras una pausa.

—Eso sería una cobardía por vuestra parte, de la que estoy segura que muy pronto os arrepentiríais.

—¿Y qué es lo que queréis que haga?

—Ya os lo he dicho: lo que os dicte el corazón.

—El corazón me dicta que os ame, nada más.

—Amadme, pues, pero en secreto y sin descuidar vuestras obligaciones ni poner obstáculos a vuestra misión —concluyó Higuemota.

—No va a resultar nada fácil. Lo que siento por vos está alterando mi existencia y removiéndome por dentro. Mi corazón está desbocado —le hizo saber Rojas.

—Entonces, tenéis que sosegarlo. Centraos en vuestras pesquisas; así no pensaréis en otra cosa —le aconsejó ella.

—Está bien, haré como decís —concedió él—; con ello voy a demostraros que no se trata de un rapto de locura ni de una simple enfermedad.

X

(Santo Domingo y minas del río Haina, los días posteriores)

Durante varias jornadas estuvo Rojas dando palos de ciego, de acá para allá, sin encontrar ningún rastro ni avanzar en sus pesquisas, tanto era así que hasta los dominicos, a excepción de fray Antonio, comenzaron a preguntarse si no se habrían equivocado de persona. Desde luego, no les parecía la más adecuada para investigar el caso. Algunos, incluso, desconfiaban de él, ya que habían llegado rumores al convento de que el rey le había enviado instrucciones secretas a la isla para que echara tierra sobre el asunto y dejara las cosas como estaban. En la ciudad, la mayoría creía que estaba con los frailes y que eran ellos los que le pagaban por sus servicios; y el resto, que se había hecho cómplice de los taínos a causa de Higuemota, que lo había trastornado con sus encantos. Los caciques, por su parte, no querían saber nada de él. En cuanto a ella, estaba claro que lo apreciaba, pero Rojas tenía la impresión de que lo estaba poniendo a prueba.

Una tarde, cuando volvió a la posada, encontró su cámara revuelta, como si alguien la hubiera registrado a conciencia. Rojas examinó sus cosas y comprobó que no faltaba nada. Tampoco fue capaz de imaginar qué era lo que los intrusos andaban buscando. Pero el hecho no auguraba nada bueno. Por supuesto, el dueño del hospedaje no había percibido nada extraño ese día y el pesquisidor no tuvo más remedio que olvidarse del asunto.

A los pocos días, varios dominicos le pidieron que los acompañara, pues iban a visitar, junto a Bartolomé de las Casas, unas minas en las que trabajaban

centenares de indios. De esta forma podría conocer de primera mano en qué condiciones vivían y cómo trabajaban. La misión de los frailes era administrar la extremaunción a aquellos moribundos que estuvieran bautizados, con el fin de que expiraran en gracia de Dios.

Estas se encontraban en el río Haina, como a ocho leguas de distancia, al noroeste de Santo Domingo. Se trataba, por lo general, de bancos o arenales, llamados placeres, sumergidos bajo el agua o en las orillas de algunos arroyos en los que la corriente había ido depositando pepitas de oro. Ocasionalmente, las minas se extendían también a las laderas de algunos montes o a los cerros próximos, pero, por lo general, lo que se recogía era oro de aluvi6n.

El trabajo de búsqueda y extracci6n del metal preciado de las entrañas de la tierra o del fondo de los cauces lo llevaban a cabo los taínos. Por lo que pudo ver Rojas, estos se encargaban, entre otras cosas, de la ingente tarea de limpiar la espesura de maleza y árboles, remover las piedras y peñascos, cavar y acarrear la tierra hasta los arroyos o sacarla del fondo de estos, lavar las arenas y gravillas en las bateas... Como no había animales de carga, algunos indios tenían que transportar grandes pesos de un lado para otro, como si fueran bestias o algo peor, pues al menos a estas las curaban, hasta que se quebraban y no podían volver a levantarse del suelo. Los bateadores, por su parte, se pasaban el día metidos en el agua, con el lomo encorvado y sufriendo toda clase de calamidades, con la esperanza de conseguir alguna pepita de oro, por pequeña que fuera, para calmar la ira del encomendero.

Aunque había capataces españoles, eran los propios caciques o, en su defecto, los nitaínos los que, con gran dolor de su alma, hacían cumplir las órdenes de los españoles a los demás indios, entre los que no faltaban niños y mujeres, algunas de ellas preñadas y otras con calentura, a causa de las viruelas. Lo que no había era ancianos, pues la mayoría de los que allí trabajaban no llegaba a alcanzar los veinticinco años, ya que eran pasto de toda clase de enfermedades, por culpa de la fatiga, la falta de alimentos y cuidados y el poco amor que tenían a la vida.

Las jornadas de trabajo eran de sol a sol, sin apenas descanso; la comida escasa y sin sustancia y los maltratos sin cuento. Como alimento les daban tan solo un poco de casabe con ají para engañar al est6mago y a veces los soltaban por el monte para que ellos mismos se procuraran alg6n sustento. Mientras atravesaban el campamento, Rojas pudo ver cómo algunos taínos se colocaban debajo de la mesa en la que comían varios españoles, con el fin de recoger los huesos que estos les arrojaban con desprecio después de que los hubieran roído los perros.

Muchos taínos tenían los hombros y las espaldas llenos de golpes, arañazos y mataduras. También exhibían numerosas heridas y cicatrices, causadas por los azotes, palos, latigazos y puñadas que a cada poco les daban los cristianos, amén de los muchos insultos, escupitajos y humillaciones que recibían a todas horas, de los que fue testigo el pesquisidor con harto pesar, por no poder hacer nada.

Según le explicaron a Rojas los dominicos, la mayoría de los taínos permanecía seis meses seguidos en la mina, a los que con frecuencia se sumaban dos o tres más, que los españoles llamaban de demora y que muy pocos soportaban. En cuanto al oro, una vez extraído, era transportado sobre las espaldas de los indios a alguna de las fundiciones que había en la isla, donde lo convertían en barras, de las que se apartaba enseguida la quinta parte para el rey, el llamado quinto real. Este era un tributo que se consideraba sagrado, hasta el punto de que, si a algún encomendero se le ocurría quedarse con algo, la ley lo condenaba a perderlo todo.

Cuando los dominicos y sus acompañantes se dirigían al bohío en el que estaban alojados los enfermos y heridos, un guardián quiso negarles el paso, pero De las Casas se enfrentó a él, invocando toda clase de leyes y deberes cristianos, con lo que al centinela no le quedó más remedio que franquearles la entrada. Los cadáveres de los ya fallecidos se amontonaban en una zanja cercana, a la espera de ser quemados o enterrados o devorados por las alimañas. Entre ellos había algunos que se habían quitado la vida tomando zumo de yuca amarga, para no tener que seguir soportando los sufrimientos a los que estaban sometidos. Era tal el hedor que allí había que tuvieron que cubrirse la nariz con un lienzo.

En el interior del bohío, el silencio era casi sepulcral, pues los agonizantes tenían prohibido quejarse y dar muestras de dolor. Fuera cual fuese su estado, nadie los curaba ni atendía ni alimentaba, como si de despojos humanos se tratara. Muchos tenían tantos golpes y heridas que no podían acostarse sobre la espalda ni boca abajo ni moverse de un lado a otro; su cuerpo era una pura llaga. Los dominicos buscaron entre los enfermos a aquellos que quisieran bautizarse *in extremis* o, en caso de estar ya cristianados, recibir la extremaunción. Uno de los indios le preguntó al fraile que trataba de confortarlo que de qué le serviría confesar sus pecados antes de morir, y este le dijo que, si lo hacía, iría al cielo, donde había gloria y descanso eterno, en lugar de ir al infierno a padecer perpetuos tormentos y penas. El moribundo quiso saber si los cristianos españoles iban también al cielo, y el dominico le respondió que sí, siempre y cuando se hubieran confesado. Entonces, el taíno le dijo que no le apetecía ir allí, por no tener que estar donde se encontrasen los españoles, ya que no

deseaba volver a ver a gente tan cruel y despiadada; que, en todo caso, prefería el infierno, al que, por sus trabajos, estaba acostumbrado.

Tras escuchar tales palabras, Bartolomé de las Casas le comentó a Rojas con pena e ironía:

—Fijaos bien. Esta es la fama y honra que Dios y nuestra fe han ganado con los cristianos que han venido a las Indias. Más les hubiera valido a los taínos permanecer en la ignorancia de Jesucristo, pues ahora lo aborrecen por nuestra causa.

Una de las enfermas que estaban bautizadas se negó a recibir los santos óleos, pues decía que no podía seguir creyendo en un Dios que permitía tales atrocidades. El dominico, con la mejor intención, le recordó las penas del infierno. Pero la mujer le replicó que no podía ser peor que eso.

—Entonces, ¿ya no quieres ser cristiana? —insistió el dominico.

—¿Y para qué quiero serlo si son precisamente los cristianos los que nos destruyen y maltratan? Habría hecho mejor en rendir culto a mis cemíes para que me protegieran de los españoles. Pero ya es tarde para ello. Cuando muera, no me querrán ni en el cielo ni en el turey y vagaré por estas tierras hasta el final de los tiempos —añadió la mujer con gran tristeza.

Junto a ella había un hombre recostado en uno de los postes del bohío.

—Y tú, ¿eres cristiano? —le preguntó uno de los frailes.

—Yo ya soy un poquito cristiano —contestó él en su pobre castellano—, porque ya saber yo un poquito mentir; otro día saber mucho mentir y seré mucho cristiano.

Ante tales respuestas, los dominicos se quedaron confusos y desconcertados, pues se daban cuenta de que, a causa de las encomiendas, no solo no habían ganado nuevas almas para el cielo, sino que habían perdido las pocas que en su día habían captado con sus predicaciones, debido al mal concepto que los indios tenían de lo que significaba ser cristiano.

—Debemos hacer algo para impedir esta tragedia —exclamó De las Casas—. ¿De qué sirve nuestra presencia aquí si ni siquiera podemos darles consuelo a la hora de su muerte? La fe cristiana está totalmente desacreditada por culpa de esos malditos encomenderos, que no solo no cumplen con su deber de evangelizar y cuidar de los taínos, sino que se aprovechan de ellos y los dejan morir como ratas, ya que a los perros los estiman mucho más; de hecho, se valen de estos para perseguir y martirizar a los indios. Hay que acabar de una vez con esos canallas si no queremos que sean ellos los que terminen con estas pobres gentes y, de paso, con todos nosotros —añadió, dirigiéndose a Rojas.

El pesquisidor estaba tan desolado que no acertaba a decir palabra. Se había quedado sin habla a causa del estupor que la contemplación de aquel infierno en la tierra le había producido. Sin duda era mejor morir quemado en un bohío con los tuyos que trabajar día tras día en una mina de oro. Por otra parte, iba a ser muy difícil contarle todo aquello a alguien que no lo hubiera contemplado con sus propios ojos. Seguramente no lo creería, como él no había dado crédito al relato de Bartolomé de las Casas, a pesar de ser clérigo y estar respaldado por los dominicos. Así y todo, era su deber intentarlo. Él también tenía que escribir un memorial, para que todos en Castilla supieran qué es lo que estaba pasando en el llamado Nuevo Mundo y para que en la corte fueran conscientes, y en especial el rey, de que ese oro que llegaba a Sevilla, procedente de las Indias Occidentales, estaba manchado de sangre, sudor y lágrimas de los taínos.

Se daba la circunstancia de que, después de concluir su *Tragicomedia*, Rojas no había vuelto a escribir nada que no fueran cartas, informes de sus pesquisas o documentos relacionados con su trabajo como jurista. Pero lo visto y oído desde que había llegado a La Española lo había conmovido de tal forma que no veía la hora de empuñar la pluma y dejar testimonio de todo ello, pues eran cosas que debían conocerse y no quedar en el olvido.

XI

(Santo Domingo, unos días después)

Por la mañana, nada más levantarse, el hospedero le entregó a Rojas un papel sellado con lacre que alguien había dejado para él sobre una mesa de la posada. Cuando lo abrió, vio que se trataba de un mensaje anónimo en el que alguien le aconsejaba que no se obstinara tanto con los indios y pensara más en la otra víctima de la matanza. El pesquisidor se preguntó qué estarían intentando decirle. ¿Significaba aquello que el incendio había sido provocado para matar al fraile? Y si era así, ¿cuál podía ser el motivo? Desde luego era una posibilidad que, hasta ese momento, el pesquisidor no había contemplado seriamente, ya que había dado por sentado que la finalidad de tan execrable crimen era matar a los taínos.

Intrigado por el contenido de la carta, el pesquisidor se dirigió al convento para tratar de hablar con el vicario sobre el asunto. Los dominicos se extrañaron mucho de que fuera a visitarlos tan de mañana, en lugar de estar haciendo sus pesquisas. Tan pronto lo vio fray Pedro de Córdoba, salió a recibirlo, y lo mismo hizo fray Antonio de Zamora, que venía de dar su pequeño paseo por el huerto.

—¿Tenía enemigos fray José de Cuenca? —inquirió Rojas nada más llegar.

—Si os referís a enemigos particulares, no, que nosotros sepamos —se apresuró a contestar el fraile—. Pero sí que los tenía como miembro de la orden, al igual que cualquiera de nosotros, como bien sabéis. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque he recibido esta carta anónima —contestó el pesquisidor, al tiempo que se la mostraba.

—Ignoro qué es lo que insinúa —comentó fray Pedro, tras leerla en voz alta para que lo escucharan los otros frailes que estaban por allí.

—Un momento —intervino fray Antonio—. Si no recuerdo mal, había un hombre que se enfadó mucho con él porque no quería confesarlo por ser encomendero.

—¿Me imagino que no os referiréis a Bartolomé de las Casas? —bromeó Rojas.

—No, por supuesto que no. Se trata de un hidalgo, en este caso auténtico, aunque venido a menos, llamado Felipe Contreras —le informó fray Antonio—. Por lo visto, le gritó a fray José que algún día se arrepentiría de haberle negado la absolución, a él, que era cristiano viejo, de antiguo linaje y temeroso de Dios, mientras que le faltaba tiempo para ir a bautizar a los indios. Incluso lo amenazó con darle su merecido.

—¿Y sabéis dónde vive ese hidalgo?

—Creo que tenía una casa de piedra muy blasonada, pero sin apenas muebles ni tapices, pues se había gastado todo su dinero en mandar labrar los escudos que la adornaban. Si no estoy equivocado, disfrutaba de una encomienda que le había concedido el rey por no se sabe qué servicios —explicó fray Antonio.

—¿Podéis decirme dónde?

—No muy lejos de aquí. ¿Queréis que os acompañe? —se ofreció el fraile.

—No, es mejor que vaya solo —contestó Rojas.

—De ningún modo, lo haré con mucho gusto —insistió el herbolario, poniéndose en marcha.

Fray Antonio andaba muy despacio, como si le dolieran mucho los pies y no pudiera doblar las rodillas, lo que impacientó un poco a Rojas.

—Últimamente, me acuerdo mucho de Salamanca —comenzó a decir el fraile—, cuando os ayudé en las pesquisas por la muerte de fray Tomás de Santo Domingo y luego del príncipe don Juan. Vivimos tantas cosas juntos en aquellos días... Sin embargo, ahora parece que no queréis saber nada de mí.

—No se trata de eso —rechazó Rojas—. Es que no conviene que participéis en las pesquisas, pues sois parte interesada en este asunto. Por otro lado, no quiero molestaros, ya que apenas podéis andar.

—Eso no es del todo así —replicó fray Antonio—, puedo moverme sin ningún problema, solo que no tan deprisa como vos. Pero no os preocupéis; no quiero ser un lastre —añadió algo dolido.

—Yo no he dicho eso —protestó Rojas.

—Tenía tantas ganas de que vinierais para estar con vos y recordar juntos aquellos tiempos. Y sin embargo...

—Os ruego me perdonéis. Estos días estoy un poco distraído —se justificó el

pesquisidor.

—Olvidadlo —le pidió fray Antonio—. Ahí la tenéis.

—¿A qué os referís?

—A la casa que buscabais. Y ahora me voy al convento —se despidió el fraile sin darle tiempo a Rojas a decir nada.

La fachada, en efecto, exhibía varios blasones, como si fuera el palacio de un grande de Castilla. Tras llamar a la puerta, salió a abrirle un criado, vestido con una librea muy raída, que le preguntó qué deseaba. Rojas le dijo que era pesquisidor real y quería ver a su señor. El sirviente lo mandó pasar a una sala donde solo había dos sillas desaparejadas. Al poco entró un hombre de baja estatura y muy delgado, vestido con ropas de cierta calidad, pero también muy gastadas.

—Sentaos, por favor —le dijo a Rojas, sin dejar de mondarse los dientes con una paja, tal vez para intentar demostrar que había comido.

—¿Sois don Felipe Contreras? —preguntó el pesquisidor, con el fin de cerciorarse.

—Así es —confirmó el hidalgo—. Lamento mucho recibiros de esta forma. Hace tiempo que espero la llegada de unos muebles de gran valor que he pedido a Castilla y que deben de haberse perdido en alguna parte —se justificó.

—No importa —comentó Rojas.

—Os equivocáis, para alguien como yo la apariencia lo es todo —le confesó el hidalgo—. Me ha dicho mi criado que sois pesquisidor real. ¿A qué se debe la visita?

—¿Conocíais vos a fray José de Cuenca?

Don Felipe hizo una pausa antes de contestar, tal vez para hacer memoria o puede que para pensar bien lo que iba a decir.

—¿Os referís a un dominico que andaba siempre enredando por ahí? —quiso saber.

—Eso creo —comentó Rojas—. ¿Sabéis que murió quemado en una aldea el día de la Epifanía?

—Algo he oído.

—¿Y de qué lo conocíais?

—De haberlo escuchado predicar en alguna misa.

—¿Nada más? ¿No teníais nada contra él?

—¡¿Yo?! ¡¿Por qué?! —exclamó el hidalgo, haciéndose el inocente.

—Según parece, amenazasteis a fray José de Cuenca por no querer confesaros —le recordó Rojas.

—¡De modo que se trataba de eso! ¡Válgame Dios! Tenía que haberlo imaginado. Seguro que alguna mala lengua os lo ha contado. Pero ¿no estaréis pensando que yo lo maté? Eso, además de un crimen, sería un sacrilegio, y yo soy un buen cristiano, aunque él no quisiera darme la absolución. Desde entonces, me confieso con los franciscanos, que me conocen muy bien y tienen la manga mucho más ancha que los dominicos —reveló el hombre.

—Por lo que veo, estos no os agradan mucho —apuntó Rojas.

—¿Y a quién le gustan? Debéis saber que toda la ciudad está muy descontenta con ellos, y no es para menos —dejó caer don Felipe.

—¿Por qué razón?

—De sobra lo sabéis.

—Desearía que me lo dijerais vos —insistió Rojas.

—Por meterse donde nadie los ha llamado —contestó el hidalgo—. ¿Quiénes son esos malditos frailes para venir a explicarnos cómo hemos de hacer las cosas? Ni que ellos fueran unos santos.

—¿Qué queréis decir?

—Que algunos son tan pecadores como nosotros o más. El propio fray José de Cuenca, sin ir más lejos, tenía mucho que ocultar. Y conste que no me gusta hablar mal de los que ya no están entre nosotros —añadió con fingida sinceridad.

—¿Podrías ser más claro?

—Está bien; ya que me lo habéis pedido, os lo contaré —concedió don Felipe—. Resulta que una noche un sevillano llamado Rodrigo Álvarez sorprendió a fray José en su casa con una india que este hombre tenía como barragana. Hasta ahí nada de particular. Lo peor fue que, al día siguiente, el fraile se la llevó con él con la excusa de que quería bautizarla. El otro se sintió tan burlado que amenazó con matarlo si no se la devolvía. Y, al cabo de una semana, fray José se la retornó con la exigencia de que se casara con ella, pues ya era cristiana, si no quería incurrir en pecado de barraganía. ¿Qué os parece? Primero se la quita y luego quiere obligarlo a que la convierta en su esposa. ¡Se ha visto una cosa igual! Pues así era vuestro buen fraile, el mismo que a mí me negó la absolución por tener indios en encomienda.

A Rojas todo aquello le pareció que no eran más que habladurías sin sentido. No obstante, se dirigió de nuevo al convento para comentárselo a fray Pedro de Córdoba y este le dijo que lo que, en realidad, había ocurrido era que el tal Rodrigo estaba amancebado con la mujer y no quería casarse con ella, con la

excusa de que no era cristiana. Tras enterarse del asunto, fray José fue a visitarla una tarde en que no estaba el hombre con la intención de convencerla de que se bautizara y así poder contraer matrimonio. Pero este apareció de pronto y acusó a fray José de haber mantenido relaciones con ella en su propia casa. También quiso pegar a la mujer, por lo que el fraile no tuvo más remedio que llevársela hasta que el hombre se calmara. Pasado un tiempo, se la devolvió convertida en cristiana, pero el otro la rechazó. Fray José denunció, entonces, el caso ante el obispo, que pidió al hombre que se casara con ella si no quería que lo excomulgaran, y a este no le quedó más remedio que desposarse.

Tras averiguar dónde vivía, Rojas fue a ver a Rodrigo Álvarez. Este tenía una pequeña hacienda al otro lado del Ozama, por lo que tuvo que cruzarlo en una barca, a cambio de un pequeño óbolo. Desde ella, pudo contemplar la fortaleza y el puerto en primer término y, más atrás, la ciudad. A babor estaba el río, poderoso y ancho; y a estribor se abría el mar, inmenso y grandioso. Incluso podía verse el punto exacto en que las dos aguas se encontraban antes de mezclarse: las de un lado eran turbias y oscuras; las del otro, puras y azuladas.

La labranza de Rodrigo Álvarez no estaba lejos de la orilla oriental. En ella estaban trabajando en ese momento varios indios. El hombre no debía de poseer animales de tiro, pues no abundaban en la isla, y dos de los taínos tenían que arrastrar con gran esfuerzo el tosco arado, para que un tercero fuera haciendo los surcos en la tierra. Otros se servían para ello de un simple palo de madera con la punta endurecida por el fuego, llamado *coa*. Rojas preguntó por el encomendero y le dijeron que estaba en el interior de la casa. Después de llamar varias veces a la puerta sin obtener respuesta, el pesquisidor se acercó a una ventana que estaba abierta; dentro había un hombre cabalgando sobre una india desnuda, a la que de vez en cuando azotaba para que fuera más deprisa. Se trataba del dueño de la hacienda.

Cuando por fin pudo hablar con él, Rojas le preguntó si había visto recientemente a fray José y el hombre le dijo que hacía mucho que no se topaba con él, lo que no era extraño, pues el convento estaba al otro lado del río.

—¿Sabíais que lo han matado?

—No tenía ni idea, ya veis que vivo muy retirado —se justificó Rodrigo, aparentemente afectado por la noticia—. ¿Y tenéis noticia de quién lo hizo?

—Pensé que vos me lo diríais —dejó caer Rojas.

—No os entiendo —replicó el hombre, sorprendido.

—Por lo que he oído contar por ahí, vos teníais motivos para desear su muerte —apuntó Rojas.

—Un momento. Si estáis insinuando que yo lo maté por haberme obligado a contraer nupcias con una india, estáis muy equivocado —aseguró Rodrigo, muy tajante—. Convertirla en mi esposa ha sido la mejor decisión que he tomado en la vida. Y ello a pesar de que muchos lo consideraron algo deshonroso para mí y de que, en el último repartimiento, he perdido la mayor parte de los indios que tenía encomendados, ya que los enviados del rey consideraban que, por estar casado con una taína, he asimilado la condición de esta y no merezco tener más de los que me han dejado. Pero mi mujer es tan buena que no me ha importado, pues compensa con creces la pérdida. Y todo gracias a ese fraile, a quien Dios bendiga. Sabed que mi esposa me ha dado un hijo varón muy hermoso; y, además, no le importa que tenga relaciones con otras indias, pues en esto los taínos son, por lo general, más liberales que nosotros. Incluso hay hombres que se acuestan con mancebos sin ningún problema; no os digo más —comentó, con risa maliciosa—. Y los matrimonios no son para siempre, sino que pueden disolverse de forma libre por ambas partes, aunque eso a nosotros no nos afecta, pues estamos felizmente casados por la Iglesia. Así que ya me diréis qué motivos tenía yo para desear la muerte de fray José, a quien Dios tenga en su gloria.

—Lamento mucho haberos importunado —se disculpó Rojas a modo de despedida.

XII

(Alrededores de Santo Domingo y hacienda de Guevara,
al día siguiente)

Las pesquisas se habían estancado y Rojas ya no sabía qué hacer, y lo peor de todo era que no tenía con quién hablar de forma abierta sobre el asunto. Ni siquiera el bueno de fray Antonio podía ayudarlo, pues, además de achacoso, estaba molesto, precisamente por no contar con él. En cuanto a Higuemota, lo mejor era no pensar en ella, ya que, si intentaba verla, no haría más que empeorar la situación. Como no tenía otra cosa mejor que hacer, decidió volver a la aldea incendiada para echarle un nuevo vistazo; esta vez solo, sin ningún fraile.

Apenas había salido de Santo Domingo, Rojas se encontró con dos hombres a caballo que estaban maltratando a un taíno indefenso. Mientras uno lo azotaba con una fusta, el otro le daba golpes con un garrote. El indio trataba de protegerse como podía con los dos brazos, pero los palos y latigazos arreciaban sobre él con tal violencia que no tardó en caer al suelo. Allí trató de pegarse bien a tierra para no ser alcanzado por sus agresores. Estos tiraron, entonces, de las riendas de sus respectivas cabalgaduras e hicieron que los animales se encabritaran, afirmándose sobre los pies, para dejar caer luego sus manos con fuerza sobre el taíno hasta quebrarlo.

Rojas, al ver lo que ocurría, trató de detenerlos, mas ellos se revolvieron y lo amenazaron con sus armas.

—Pero si es el amigo de los indios —exclamó el más joven, tras reconocerlo—. ¿Adónde creéis que vais?

—Os exijo que dejéis a ese hombre en paz. Os lo pido en nombre del rey —les gritó Rojas.

—¿Y con qué autoridad?

—Me llamo Fernando de Rojas y soy pesquisidor real.

Dicho esto, se bajó del caballo y trató de socorrer al taíno. Pero los otros no lo dejaron acercarse.

—¿Y se puede saber qué demonios habéis venido a hacer en La Española? —inquirió el de más edad.

—Me temo que ya lo sabéis. Estoy aquí para hacer las pesquisas de la matanza de la Epifanía.

—¿Qué pasa, es que no hay suficientes crímenes en Castilla, que tenéis que venir a investigar la muerte de unos malditos indios?

—Como ya os he dicho, es el propio rey el que me ha enviado —insistió Rojas.

—¿Y desde cuándo le preocupan al rey las muertes de los indios?

—Son súbditos suyos. Es normal que se interese por ellos —arguyó el pesquisidor.

—También es el rey el que nos ha concedido las encomiendas, no lo olvidéis —replicó el otro.

—Pero eso no os da permiso para maltratar a los taínos y aprovecharos de su trabajo —les recordó Rojas.

—¿De qué trabajo habláis? —rechazó el otro—. Los taínos son todos unos vagos. Prefieren enfermar y dejarse morir antes que ir a la mina.

—Por algo será —repuso Rojas—. De todas formas, tienen derecho a hacer lo que quieran, pues son tan libres como vos o como yo.

—Olvidáis que estamos en guerra con esos malnacidos. Los indios son nuestros enemigos —proclamó el más joven—. Sin embargo, está claro que vos habéis tomado partido por esos hijos de Satanás; de modo que, para nosotros, no sois más que un traidor.

—Seguro que ha sido la puta esa la que os ha convencido para que los apoyéis —apuntó, por su parte, el de mayor edad.

—Esa mujer no es una puta. Vale mucho más que todos los encomenderos juntos —replicó Rojas con rabia.

—¿Ah, sí? Cómo se nota que la defendéis porque os ha concedido ya sus favores. Pero no os creáis que sois el primero; antes ha habido otros.

—Retirad ahora mismo lo que habéis dicho, si no queréis...

Rojas recibió un golpe en la boca antes de que pudiera terminar la frase. Él

trató de defenderse. Pero los dos desalmados comenzaron a apalearlo y a darle patadas sin bajarse del caballo, lanzándose el uno al otro, como en el juego de pelota.

—Los encomenderos, para que lo sepáis —gritó el más viejo—, somos gente honrada y buenos cristianos, y no nos gusta que venga nadie de fuera a decirnos qué es lo que está bien y lo que está mal.

—Deberíais buscar al culpable de la matanza entre los taínos, en lugar de empeñaros en culpar a los encomenderos —sugirió de pronto el más joven.

—¿Qué pretendéis decir? ¿Qué motivo podían tener ellos para hacerlo? —preguntó Rojas, al tiempo que trataba de esquivar los golpes.

—A algunos indios no les gusta que los suyos se hagan cristianos. Por eso los matan, pues los consideran traidores, como nosotros a vos —añadió el otro.

—Eso no es cierto —rechazó Rojas.

—¡Y vos qué sabéis! —replicó el otro—. Tampoco sería la primera vez que algo así sucede. Ya hace años, varios de los bautizados por fray Ramón Pané, el primer evangelizador de estas tierras, fueron vilmente matados por sus compañeros, pues los creían amigos de los españoles, con lo que los convirtieron en los primeros mártires indios.

—Gente mala la hay en todas partes —repuso Rojas.

—¿Y por qué, en lugar de molestar a algunas personas honradas de Santo Domingo, no volvéis a interrogar a los dos que no murieron en la aldea?

—Eso debo decidirlo yo —replicó el pesquisidor con firmeza.

Al ver que el pesquisidor no se doblegaba, los dos agresores se apearon de su cabalgadura y comenzaron a golpearlo con más saña todavía, al igual que al taíno, que aún seguía en el suelo. Cuando se cansaron de hacerlo, montaron en sus cabalgaduras y se marcharon al galope, dejándolos abandonados en medio del monte, completamente inconscientes. Y así estuvieron algunas horas, hasta que aparecieron por allí ciertos taínos, que, tras examinarlos, los pusieron atravesados sobre la grupa del caballo de Rojas y los condujeron hasta la casa de Higuemota.

Una vez allí, acostaron al pesquisidor en un lecho y le administraron varios unguentos para los golpes y las heridas. Durante la noche, la princesa taína permaneció en vela junto a él, pues estaba muy preocupada y, de alguna manera, se echaba la culpa de lo que había sucedido.

Cuando recuperó la conciencia, Rojas vio que tenía el pecho cubierto con un

emplasto hecho de hierbas y sustancias malolientes y que a su lado había un anciano, cubierto con una manta y con el cuerpo pintado de rojo, la cara llena de arrugas, los lóbulos de las orejas muy estirados y la boca casi sin dientes. Así que se asustó. Pensó que se trataba de la muerte, que había acudido a buscarlo, para llevárselo al infierno por sus muchos pecados. De repente cerró los ojos con fuerza y luego volvió a abrirlos con la esperanza de que hubiera desaparecido. Tras comprobar que el herido ya estaba despierto, el hombre se acercó a él y comenzó a estregar su cuerpo con ambas manos, al tiempo que soplaba suavemente sobre su cara. Y, entonces, Rojas empezó a gritar, presa del terror. Al instante acudió Higuemota para ver qué pasaba.

—Decidme. ¿Quién es ese hombre? ¿Cómo he llegado hasta aquí? —le preguntó Rojas en cuanto la vio.

—Se trata de un behique. Él es el que os ha curado y cuidado estos días, al igual que al taíno al que tratasteis de defender.

—¿Cómo está? —quiso saber Rojas.

—En mucho peor estado que vos.

—¿Y cómo hemos venido a parar aquí?

—Uno de mis hombres vio cómo dos españoles os daban una paliza. Él solo no habría podido hacer nada para ayudaros y al final habría acabado igual que vos. Así que vino a comunicármelo —le explicó ella—. Sin perder un instante, varios de mis hombres fueron a buscaros y os encontraron tendidos en la hierba. Aquí os hemos cuidado como hemos podido.

—¿Y Enriquillo está de acuerdo en que me hayáis traído a vuestra casa? —inquirió Rojas.

—Él es uno de los que fueron a buscaros —le reveló Higuemota.

Rojas la miró sorprendido y emocionado.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Lo es.

—Me gustaría agradecerse.

—Ya tendréis tiempo luego. De momento, quiero que sepáis que, aunque no me lo ha dicho, está muy impresionado con vos. Nunca habría imaginado que arriesgaríais vuestra vida por defender a un taíno —le explicó Higuemota.

—Ojalá hubiera podido hacer algo más por él.

—Ahora ya sabéis cómo se las gastan los encomenderos.

—También me pegaron por tratar de defender vuestro honor —confesó Rojas, sin poder evitarlo.

—¿De verdad? —exclamó Higuemota, agradecida.

—Los muy cobardes os insultaron y calumniaron.

—Llevan años haciéndolo. Pero ya estoy acostumbrada. Para otra vez, no se os ocurra poner en peligro vuestra vida por una cosa tan baladí —le rogó ella.

—Quería que estuvierais orgullosa de mí —le indicó él.

—Y lo estoy, os lo aseguro. Pero me apena ver cómo os han dejado —aclaró ella.

—Tal vez debería irme a la posada —sugirió Rojas.

—Lo que tenéis que hacer es descansar y recuperaros un poco —le aconsejó ella.

—Está bien. Os lo agradezco mucho.

Durante los días que Rojas estuvo convaleciente, tuvieron ocasión de conocerse mejor. Él le habló de sus tiempos de estudiante en Salamanca, de lo mucho que allí había aprendido y de los casos a los que se había enfrentado como pesquisidor. También le explicó cómo era la ciudad y la vida en la universidad y le dio cuenta de la escritura de la *Comedia de Calisto y Melibea*, que él completó y que luego convirtió en *Tragicomedia*. «Como mi propia vida», bromeó. Y aprovechó la ocasión para recitarle de memoria algunos pasajes amorosos, lo que a ella no pareció disgustarle. Por último, le relató sus muchos viajes y su estancia en Roma, con motivo de unas pesquisas relacionadas con la muerte del papa Alejandro VI; le comentó cómo eran sus calles, sus gentes, la curia romana, sus numerosas iglesias y palacios y ruinas...

Higuemota le habló de los tiempos en que vivía su madre y de cómo esta la había educado para ser una buena cacica, como ella, aunque fuera en la sombra. También le relató la visita que Anacaona hizo con su hermano Behequíó al barco de Bartolomé Colón, con el que tenían buenas relaciones, pues les había permitido pagar el tributo que se les había impuesto en algodón y casabe, en lugar de en oro, del que no disponían. Una vez en la nave, comenzaron a sonar los pífanos y atabales y la artillería lanzó una descarga en su honor que hizo que el mar se llenara de estruendo y el aire de humo. Pero su madre y su tío tanto se espantaron que a punto estuvieron de arrojar al agua, lo que provocó la risa de su anfitrión. Cuando se sosegaron, visitaron el resto de la carabela y la vieron navegar con tanta rapidez por el mar, y sin ninguna clase de remo, que se quedaron sorprendidos y rendidos de admiración por el ingenio y el poder de los españoles. En ese momento, ambos comprendieron que tratar de pelear contra ellos sería en vano.

Después le contó que Anacaona le ofreció a Bartolomé Colón un areíto con trescientas mujeres con ramos verdes y palmas en las manos, en un gran batey

cerca de San Juan de la Maguana. Ese día su madre estaba tan hermosa que logró hechizar con sus bailes y cantos al hermano del almirante, con quien mantuvo relaciones amorosas durante varios años, llegando, incluso, a vivir juntos. Al parecer, Bartolomé la admiraba y la deseaba y bebía los vientos por ella. Anacaona, por su parte, lo amaba y lo respetaba, pero también quería demostrar que era posible la convivencia pacífica entre taínos y españoles, dado que estaba convencida de que los pueblos rivales podían complementarse y enriquecerse mutuamente, como los hombres y las mujeres, en lugar de enfrentarse. Mas no fue posible.

—Tenéis que estar muy orgullosa de ella.

—Lo estoy. Fue una mujer extraordinaria y un gran ejemplo para los taínos — proclamó Higuemota.

Una tarde en la que Rojas estaba escribiendo bajo el porche del caney, se quedó de pronto sin tinta y comenzó a maldecir por tener que interrumpir su trabajo. Al ver lo que ocurría, Higuemota fue a su casa y volvió con una pequeña vasija que contenía una sustancia de color negro azulado.

—Tomad. Se extrae de la fruta de un árbol llamado *jagua*, después de macerar bien la pulpa carnosa y secarla al sol. Nosotros la usamos para adornar nuestra piel y ahuyentar a los mosquitos, pero puede ser un buen sustituto de la tinta —le explicó Higuemota.

Rojas miró el jugo con cierto reparo y desconfianza. Luego mojó la punta de la pluma en él y, tras hacer un garabato, observó con asombro que el resultado era más que satisfactorio.

—No sabéis cómo os lo agradezco. No dejáis ni un momento de sorprenderme —añadió Rojas, mientras la miraba con arrobó.

—Como veis, para todo tenemos soluciones en esta isla —comentó Higuemota—. Y sí, también poseemos algo que podría servirnos de papel si se os acabara. Se trata de las hojas de un árbol llamado *copey*. Son casi redondas y como de un palmo de anchas. En ellas podéis escribir por los dos lados, con un puntero u objeto punzante, tan bien como en el papel. Y, además, son muy resistentes, pues, cuando se secan, se endurecen; y las letras, poco a poco, amarillean y al final se vuelven oscuras y ya no se borran, aunque se mojen.

—Estoy deseando probarlas —bromeó Rojas.

Higuemota aprovechó la ocasión para interesarse por lo que el pesquisidor estaba escribiendo. Él le dijo que estaba poniendo negro sobre blanco todo lo

relativo a sus pesquisas y a la situación de su pueblo, sin omitir ningún detalle, para que se supiera en Castilla lo que había ocurrido y pudieran tener también noticia de ello en los siglos venideros.

—Como ya os dije, los taínos no tenemos escritura —comentó ella—, mas tampoco la necesitamos. Para nosotros, lo que decimos permanece escrito en el aire, esto es, en nuestra memoria, que en parte es de cada uno, pero también es compartida, ya que está repartida entre las gentes de nuestro pueblo, tanto entre los vivos como entre los muertos, así como entre los animales y las piedras y los árboles. Por eso, cuando recordamos o cuando hablamos con los cemíes, es como si lo leyéramos en el aire, que es la fuerza vital que nos une a todos. No en vano las palabras dichas son aliento, mientras que la palabra escrita es palabra muerta.

—Pero la palabra hablada es efímera, nada más pronunciarla se la lleva el viento —objetó Rojas.

—No para nosotros —señaló ella—. Cada palabra que sale de nuestra boca es firme y nos obliga y nos compromete; por eso nunca mentimos ni hablamos en vano ni rompemos un acuerdo o un juramento, y menos si es de amor o de amistad. Los españoles, por lo general, confían todo lo importante a la escritura, como si lo que no estuviera escrito en un papel no valiera nada; de ahí que apenas cultiven la memoria. Nosotros, sin embargo, durante los areítos somos capaces de recordar cientos de poemas, historias y canciones; esto explica que puedan durar muchas horas, hasta días enteros. Así y todo, debo confesaros que me fascina el hecho de que esos pequeños trazos de tinta en un papel puedan evocar recuerdos o provocar pasiones y emociones en quien los lee. Al fin y al cabo, los libros no son más que un remedo o un pobre sustituto de esa memoria compartida de la que os he hablado.

Rojas la escuchaba con asombro, como si las palabras de Higuemota fueran una revelación que él no acababa de entender del todo, pero que se imponía con la fuerza de la verdad.

—Ojalá hubierais conocido esta isla antes de la llegada de los españoles —dijo ella con tono nostálgico—. Por entonces nuestra única preocupación eran los caribes y, de cuando en cuando, algún huracán.

—Habladme de los caribes —le pidió Rojas, que no quería que dejara de hablar.

—Ellos viven en unas pequeñas islas que hay al oriente de la nuestra. Durante cinco meses al año, entre agosto y diciembre, llevaban a cabo expediciones contra nuestro pueblo, en venganza por no se sabía qué injurias que les habíamos

hecho en el pasado. En cualquier caso, esa era su forma de vida y, hasta donde recordábamos, siempre había sido así. En sus correrías, a los que no mataban los tomaban prisioneros; a los hombres para comérselos y a las mujeres para esclavizarnos de por vida. Para evitar ser atacados por sorpresa, la mayoría vivíamos lejos de la costa, en terreno elevado, pues ellos no se atrevían a adentrarse demasiado en la isla, ya que son más bien navegantes, gente de mar, y nuestras tierras no les interesaban.

—¿Es verdad entonces lo que cuentan sobre la isla de Matininó, en la que solo viven mujeres? —quiso saber Rojas—. Según tengo entendido, algunos españoles han estado en sus costas y han liberado a algunas de ellas; muchos pensaban que se trataba de Amazonas.

—Matininó significa «sin padres», esto es, sin hombres, y la mayor parte de sus habitantes son cautivas taínas. Por lo que sé, los caribes acuden, cada cierto tiempo, a la isla para dejarlas encintas y más tarde vuelven y se llevan con ellos a los niños y dejan a las niñas, para que, en el futuro, sustituyan a sus madres —le explicó Higuemota.

—¿Y por qué no peleabais cada vez que os atacaban?

—Porque eran mucho más fuertes y fieros que mi pueblo y estaban mejor armados. Nosotros lo aceptábamos con resignación, como se sufren los huracanes cuando llega la temporada, ya que esa era la voluntad de nuestros señores, y el resto de los meses vivíamos sin temor ni cuidado. Por otra parte, nuestros caciques pensaban que, si luchábamos, dejaríamos de ser taínos y nos convertiríamos en caribes, con lo que, al final, serían nuestros enemigos los que ganarían. Por influencia de las taínas que mantienen secuestradas, son más bien estos los que han terminado por adoptar algunas de nuestras costumbres.

—¿Es verdad que comen carne humana?

—Así es —confirmó Higuemota—. Pero lo hacen más por rabia que por apetito, para vengarse y apropiarse de la fuerza de sus rivales, no para alimentarse, ni por el placer de saborearla, pues la mayor parte de ellos enferma tras devorarla. Según tengo entendido, cuando atrapan a alguien, lo ceban durante algún tiempo y se lo comen en un banquete ritual. Ese día todos beben, incluida la víctima, a la que rodean, cantando y bailando e insultándola, hasta que uno de ellos le da un golpe mortal en la nuca con una macana. Después lo descuartizan y lo asan en una parrilla. Lo único que no se comen es el miembro, pues lo arrojan al mar. Las cabezas las conservan como trofeo o las usan como vasijas para guardar cosas, y con los huesos de las piernas suelen hacer flautas. A los niños que capturan o que se llevan de Matininó los castran y los crían hasta

que se hacen grandes y gordos. Comer mujeres, sin embargo, lo consideran obsceno e ilícito.

—Comprendo que vuestro pueblo les tuviera tanto miedo.

—Nos aterraban, sí, pero algunos también admirábamos su bravura y su espíritu guerrero —aclaró Higuemota—. Según decía mi madre, mi padre, Caonabó, cuyo nombre taíno significa «Señor de la Casa de lo Valioso», era de origen caribe y vino aquí en una expedición de saqueo. Por eso fue uno de los caciques que, en un principio, opusieron tenaz resistencia a los españoles que vinieron con Colón. Mi padre fue el que mandó matar a los hombres que dejó el almirante en el fuerte de la Navidad, como castigo por haber violado a nuestras mujeres y robado todo lo que encontraban a su paso. Por ese motivo, fue capturado luego por Alonso de Ojeda, que lo engañó como a un niño, pues era de natural confiado, con un simple ardid, que consistió en ofrecerle, a modo de regalo de cortesía, unas pulseras de metal bruñido que supuestamente procedían del cielo y estaban hechas de *guanín*, una aleación de oro, plata y bronce, que nosotros valoramos más que cualquier otra cosa, pero que, en verdad, resultaron ser unas vulgares esposas. Tras ponérselas con esa argucia, se lo llevaron a La Isabela, donde fue juzgado y severamente condenado; más tarde lo embarcaron con destino a Castilla con seiscientos de los suyos, para ser vendidos allí como esclavos, pero, al poco de zarpar, la nave en la que viajaba naufragó y él murió ahogado.

—¿Y vuestra madre cómo se lo tomó?

—La pobre lo lloró mucho, pues lo quería de verdad. Ella era la preferida de las treinta y siete esposas que mi padre llegó a tener. No era tan fiera como él, pero sí más astuta. Así que hacían muy buena pareja.

—¿Por qué no me contáis más cosas de ella? —le pidió el pesquisidor.

—Los españoles se hacían cruces cuando la veían en los areítos o impartiendo órdenes. Según decían, jamás habían visto a una mujer tan bella, inteligente, elegante, cortés y decidida. Al morir su hermano Behequíó, se convirtió en cacica de Xaraguá, no porque lo quisiera o ambicionara, sino porque así lo dictaba nuestra costumbre. Para que lo entendáis, habéis de saber que las mujeres taínas gozamos de más libertad y tenemos más importancia y poder que las españolas. Por eso, cuando muere el cacique, el cargo lo heredan los hijos de las hermanas y a veces la propia hermana, como pasó con mi madre, o alguna de las esposas, como aconteció en el de Higüey con Higuanamá, que también murió ahorcada por rebelarse contra los españoles, después de que muchos de los suyos, incluido su marido, fueran matados por Nicolás de Ovando. Si no hubiera

sido por este canalla, Anacaona podría haber llegado a ser una gran cacica. De hecho, cuando empezó a ver que la convivencia pacífica entre taínos y españoles podía no ser hacedera, comenzó a soñar con un gran cacicazgo regido por ella que reuniera, bajo su poder, todos los de la isla, con el fin de enfrentarse juntos a aquellos que nos tenían sojuzgados. Pero esto tampoco fue posible. No obstante, ese sueño es ahora mi legado y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que se cumpla de alguna manera —concluyó la princesa taína.

Cuando Rojas se recuperó de todas las heridas, Higuemota le preguntó cómo iban las pesquisas sobre la masacre de la aldea, pues el tiempo que habían pactado se echaba ya encima.

—Apenas he avanzado nada —le confesó Rojas.

—¿Y no tenéis más sospechosos?

Rojas recordó entonces lo que le había dicho uno de los encomenderos que lo habían atacado. En aquel momento, lo había rechazado por poco verosímil. Mas ahora no lo veía tan errado. Y lo cierto era que llevaba varios días con ganas de comentárselo a Higuemota para ver qué pensaba, pero no se atrevía a hacerlo, pues temía que se disgustara.

—Os noto algo inquieto. ¿Queréis decirme algo? —preguntó ella con cierto recelo, ya que nada se le escapaba.

—Veréis. Los que me dieron la paliza el otro día insinuaron que los culpables del incendio tal vez pudieran ser los dos muchachos sobrevivientes —comentó Rojas.

—¡Eso es ridículo! —rechazó ella con firmeza—. Vos mismo los interrogasteis.

—Es verdad. Pero tal vez se me pasara algo por alto —apuntó el pesquisidor.

—¡Cómo osáis dar crédito a unos seres tan ruines! —se escandalizó Higuemota.

—Mi deber es considerar todas las posibilidades, por improbables que parezcan —arguyó el pesquisidor.

—¿Y por qué motivo iban a hacer esos muchachos una cosa así, nada menos que quemar a los habitantes de su aldea?

—Quizá porque los consideraban traidores por haberse bautizado. Recordad que ellos fueron los únicos que no quisieron participar en la ceremonia. Y, según parece, hay precedentes —dejó caer Rojas.

—¿A qué precedentes os referís?

—Al parecer, algunos de los taínos bautizados por fray Ramón Pané fueron muertos por varios de los suyos por ser amigos de los españoles.

—Pero las circunstancias eran muy distintas y fueron unos pocos, no toda una aldea —objetó Higuemota—. Además, si fuera así, no habrían venido a refugiarse en casa de una conversa tan notoria como yo.

—A lo mejor lo hicieron precisamente por eso, para que nadie pudiera desconfiar de ellos —argumentó Rojas.

—Y bien, ¿qué es lo que pretendéis? —quiso saber ella, bastante molesta.

Rojas se lo pensó dos veces antes de hablar, pero al final se atrevió a decirlo:

—Me gustaría volver a interrogarlos.

—Os he traído a mi casa medio muerto, os he curado las heridas, os he dado refugio y otorgado mi confianza, ¡y ahora queréis interrogar de nuevo a dos de mis hombres! —protestó Higuemota, cada vez más indignada.

—Es solo una formalidad. Y yo me quedaría más tranquilo. Si os parece oportuno, vos me serviréis de intérprete o trujamán —le propuso el pesquisidor.

Higuemota se quedó absorta durante un momento. A simple vista, parecía algo más calmada, pero a Rojas le dio la impresión de que más bien se estaba avecinando una tormenta que no iba a tardar mucho en descargar sobre él.

—De acuerdo. Lo haré —concedió ella, con semblante serio y disgustado.

Higuemota mandó a buscar a los dos muchachos. Mientras esperaban, Rojas rehuyó como pudo su mirada, que imaginó fría y cargada de reproche. Ella se puso en pie y comenzó a andar de un lado para otro, como si estuviera midiendo la distancia que había entre las paredes de la sala. Por suerte, los jóvenes taínos no tardaron en llegar. Parecían más inquietos que la primera vez, quizá porque, en este caso, el interrogatorio los había pillado por sorpresa. Venían con el torso desnudo y sudoroso, como si hubieran estado trabajando en la hacienda. Nada más entrar, uno de ellos, Caocatex, cruzó de forma repentina sus brazos delante del pecho, algo que no le pasó inadvertido a Rojas.

—Decidle que me muestre sus brazos —le rogó Rojas a Higuemota.

Ella le comunicó la petición al muchacho, pero este no obedeció. Rojas, intrigado, insistió una vez más; de nuevo sin resultado. Así que tuvo que amenazarlo con hacerlo él mismo por la fuerza. Y lo dijo con tal vehemencia que no fue necesario traducirlo. A regañadientes, Caocatex extendió sus brazos, dejando al descubierto una herida en el derecho.

—Parece una quemadura. ¿Cómo os la hicisteis? —inquirió Rojas, para que de nuevo Higuemota se lo trasladara al muchacho.

La princesa taína se lo preguntó, sin poder disimular su sorpresa.

—Fue cuando tratamos de entrar en la aldea, para ver si podíamos salvar a alguien —tradujo Higuemota.

—¿Estás seguro? ¿No sería cuando le prendisteis fuego?

—Me niego a decirle eso —rechazó Higuemota.

—¿Por qué ocultaba, entonces, su herida?

Ella se lo trasladó a Caocatex, y este le respondió que porque le parecía fea y desagradable.

—Preguntadle ahora a Tamarex si fueron ellos los que dejaron las antorchas abandonadas a la orilla del río, con el fin de que pensáramos que había sido gente de fuera —le pidió Rojas a Higuemota.

Esta lo tradujo y el muchacho contestó con tono angustiado, a punto casi de llorar. Después ella se lo comunicó a Rojas con estas palabras:

—Eso que decís no es verdad. Lo que ocurrió fue que Caocatex quiso entrar en la aldea, pues creyó oír gritos. Pero yo se lo impedí. Forcejamos y él cayó al suelo y, por mi culpa, se quemó con los restos de la techumbre de un bohío.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Rojas a Caocatex a través de Higuemota.

Y esto fue lo que este contestó entre sollozos:

—Lo cierto es que Tamarex me salvó la vida. Si no hubiera sido por él, habría muerto en el incendio. Tenía tan mala conciencia por haberlos abandonado ese día que no pensé en el riesgo que corría. Quería salvar a alguien como fuera. Pero ya era demasiado tarde para intentar entrar en la aldea.

—¿Eso es todo? —quiso saber el pesquisidor.

—Por supuesto. ¿Acaso no os ha quedado claro lo que pasó? ¿Todavía no estáis satisfecho con lo que habéis provocado? Debería daros vergüenza —le reprochó Higuemota.

—Como os he comentado, mi deber es comprobar todas las posibilidades —se justificó Rojas.

—Pues ya lo habéis hecho. Ahora podéis iros —le indicó ella.

—¿Por qué me decís eso? —exclamó Rojas, sorprendido.

—Porque ya estáis curado. De modo que debéis abandonar mi casa —insistió la princesa taína.

—Por favor, Higuemota, no os lo toméis así. Tan solo intento hacer mis pesquisas lo mejor posible.

—Lo que yo he visto es que confiáis más en un encomendero que os ha dado una paliza que en un pobre muchacho herido y asustado, simplemente porque es taíno —replicó ella.

—Eso no es cierto, os lo aseguro —rechazó Rojas.

—Tenéis que irros. No volveré a repetirlo —concluyó Higuemota antes de abandonar la sala, seguida por los dos muchachos.

Rojas entendió que ya no se trataba de una petición, sino de una orden tajante e inmediata, por lo que no tenía más remedio que obedecerla. Así que cogió su zurrón y se dirigió a la puerta. Antes de salir, trató de despedirse, pero un criado le dijo que Higuemota no estaba.

En la puerta se encontró con Enriquillo, que acababa de llegar a la hacienda. Rojas quiso aprovechar la ocasión para darle las gracias por haberlo socorrido.

—Lo hice por Higuemota —precisó el cacique taíno.

—En parte yo también —coincidió Rojas.

—¿Os vais ya?

—Vuestra suegra me ha echado.

—¿Así, de repente? —preguntó Enriquillo, sorprendido.

—Hay algo que la ha disgustado.

—¡Ahora que comenzaba a fiarme de vos! —comentó el joven cacique con ironía.

—Ya veis. ¿Y por qué antes no lo hacíais?

—Porque erais un enviado del rey, ¿os parece poco?

—Pero he venido a averiguar qué es lo que pasó en la aldea e informar luego al rey sobre la situación de vuestro pueblo, para que sea consciente de ello y tome las medidas oportunas, como suprimir las encomiendas —le explicó Rojas.

—Ya hace algunos años que los dominicos se lo vienen pidiendo y, hasta el momento, no ha movido un dedo. De hecho, las encomiendas se han extendido por otras islas —señaló Enriquillo.

—También ha habido leyes...

—Que, lejos de suprimirlas, lo único que han hecho es legitimarlas, con lo que, en realidad, estamos peor que antes —replicó el joven cacique con seguridad.

—Le pediremos que las cambie por otras —propuso Rojas.

—¿Y de qué serviría? Los españoles todo lo arreglan con leyes que luego no cumplen, como tampoco cumplen los mandamientos de la ley de Dios. Sois gente, por lo general, muy hipócrita, que dice una cosa y, al mismo tiempo, hace otra. Por eso tampoco me fiaba de vos.

—Puede que sea como vos decís, pero debo intentarlo. Es mi obligación —insistió Rojas.

—La mía es tratar de que mi pueblo vuelva a ser libre y recupere lo que es suyo. Y, para ello, el único camino es la rebelión. Si no es ahora, el año próximo

o el siguiente, cuando estemos bien preparados y pertrechados. En eso reconozco que estabais en lo cierto —confesó Enriquillo.

—No seré yo quien os quite la intención. Os sobran razones para llevarlo a cabo. Pero, cuando llegue ese momento, habéis de tener cuidado. No les deis motivos para que acaben con todos de una vez, ahora que creen que ya no sois tan necesarios —le aconsejó Rojas.

—Lo tendremos, no os preocupéis. Sé de sobra cómo piensan los españoles, pues he sido educado por ellos y he leído algunos de sus libros. Conozco muy bien cuáles son sus formas de hacer la guerra, sus mejores cualidades y sus puntos débiles —le confesó Enriquillo.

—En ese caso, deberíais estar agradecido por la educación recibida; no todo tiene que ser odio —apuntó Rojas.

—Y lo estoy. Jamás olvidaré a los franciscanos que me cuidaron, y especialmente a fray Remigio; ni a mi mentor, Bartolomé de las Casas; ni a mi encomendero, don Francisco de Valenzuela, si bien desprecio a su hijo, que suele portarse conmigo como un canalla, porque está lleno de rencor hacia mí. Pero también tengo memoria de las atrocidades cometidas contra mi pueblo. No hay ni un solo día ni una sola noche en que no recuerde la matanza de Xaraguá. Yo estaba allí y vi morir a mi padre y a muchos de los míos. ¿Cómo podría arrancarme eso del alma?

—Lamento mucho lo sucedido, ya lo sabéis. Haré todo lo que esté en mi mano para que esas cosas no vuelvan a suceder —se sinceró Rojas—. Pero ello no me impide recomendaros, con insistencia, que seáis cauto y no les deis pie para que os hagan la guerra y os conviertan en verdaderos esclavos.

—Y esa insistencia era otra de las razones por las que no acababa de confiar en vos —comentó Enriquillo con tono burlón.

—Y ahora, ¿habéis cambiado de opinión?

—Creo que sois de fiar —reconoció el joven cacique—. Y lo mismo piensa Higuemota.

—¿Os ha hablado ella de mí?

—No para de defenderos.

—Entonces, ¿por qué me ha echado? —quiso saber el pesquisidor, cada vez más confundido.

—Porque no le gusta que la defrauden —le explicó el joven cacique—. Pero pronto se le pasará, ya lo veréis; a veces ella también se deja llevar por su temperamento.

—Ojalá sea como decís.

—A mí también me pasó y aquí me tenéis —arguyó Enriquillo—. Y para que comprobéis mi buena voluntad, quisiera enseñaros algo, si es que deseáis acompañarme. Está lejos, pero podéis ir en el caballo que alquilasteis, que está en el establo. Durante un buen trecho, eso sí, deberéis cabalgar con los ojos vendados. Esa es mi única condición. Pero no os preocupéis, que yo lo llevaré de las riendas y así no correréis peligro alguno.

—Está bien —concedió Rojas, no muy convencido—. Supongo que no me abandonaréis en medio del bosque.

—Tal vez debiera hacerlo, por entrometido —bromeó Enriquillo.

XIII

(Un lugar indeterminado del interior de la isla, poco después)

Enriquillo le cubrió los ojos con un pequeño lienzo de color negro que le anudó por detrás de la nuca y se pusieron en marcha. Al principio, Rojas se sintió inseguro e indefenso, pues, a cada paso, le parecía que se iba a caer al suelo o a golpearse con la rama de un árbol. Pero enseguida se acostumbró y se dejó llevar. El cacique lo conducía con mano firme y segura; de vez en cuando, le indicaba que agachara la cabeza o que sujetara bien las riendas. Rojas, por su parte, no decía nada, para no distraerse.

Después de varias horas de vadear ríos, cruzar valles, adentrarse en bosques y ascender montes, Enriquillo le dijo que podía quitarse ya la venda de los ojos. Cuando lo hizo, Rojas observó que estaban en una zona muy frondosa y escarpada y de muy difícil acceso. A cada trecho, se veía a un vigía apostado sobre alguna roca, al que el cacique saludaba con una leve inclinación de cabeza para darle a entender que todo estaba en orden.

—Veo que lo tenéis muy bien organizado —comentó Rojas, sorprendido.

—Desde la matanza de Xaraguá, no pienso en otra cosa que en alzarme contra los españoles. Día y noche he fantaseado con la mejor manera de hacerlo. Luego el tiempo me ha enseñado que para vencer no basta solo con tener fuerza y coraje; también es muy necesaria la astucia y la inteligencia. Hace ya algunos meses que vengo preparando un pequeño ejército en lo más profundo de esta sierra. Para ello es muy importante que nuestro refugio sea inaccesible y pase inadvertido. De ahí que haya tantos centinelas. Si alguno observa algo extraño o

ve que algún español se acerca, da la voz de alarma y procuramos no hacer ruido, hasta que desaparece. Y, si la amenaza resulta más seria, corremos a refugiarnos en las montañas, para no ser descubiertos. Pero ahora mi deseo es anticiparme a los movimientos de los españoles, con el fin de estar prevenido y evitar sorpresas. Para ello es necesaria una buena red de espías en la que todos colaboren, desde los caciques hasta los naborías o gente común, desde los que se dedican a cultivar sus conucos hasta los que viven en Santo Domingo; una larga cadena de escuchas y mensajeros que lo sometan todo a una atenta y minuciosa observación. Lo importante es que en esta isla no se mueva nada ni nadie sin que yo lo sepa; solo vigilando permanentemente al enemigo podremos estar seguros.

—¿Y luego qué haréis?

—El siguiente paso será presentar batalla en la sierra tan pronto vengan a buscarnos, pues ya habéis visto que está llena de inexpugnables riscos y montañas. Cuando menos se lo esperen, los atacaremos y haremos que nos persigan hasta adentrarse en ella. Los españoles aquí no son nada, por muchas armas y soldados que tengan, pues no conocen estas tierras tan agrestes ni pueden llevar a costas el agua y los mantenimientos que necesitan. Nosotros, sin embargo, estaremos siempre bien provisionados, como ahora veréis.

—¿Y si mandan refuerzos?

—Eso es justamente lo que pretendo, para así acabar con ellos poco a poco y sin salir de la sierra, por medio de emboscadas y ataques por sorpresa.

—¿Y si deciden quemar los bosques?

—Jamás sabrán dónde nos encontramos exactamente —replicó Enriquillo—. Pero, si lo hicieran, aprovecharíamos para sorprenderlos por la espalda y cortarles la retirada; de esa manera serán ellos los que ardan.

Enriquillo se detuvo junto a un barranco, para contemplar las tierras que se divisaban desde allí.

—¿Veis ese pequeño valle allá abajo? Pues ahí se oculta una parte de los míos preparándose para lo que ha de venir. La mayoría es gente que ha huido de las minas o de las haciendas —le informó el joven cacique—. Desde este punto no se puede apreciar nada; de modo que no podréis descubrirlos hasta estar cerca de ellos.

Cuando llegaron al refugio, lo primero que Rojas observó fueron los conucos. Se trataba de montones redondeados de tierra blanda, fértil y bien oreada, de una vara de altos y unos diez o doce pies de contorno, bien ordenados y con una separación entre ellos de dos o tres pies, en los que los taínos cultivaban la yuca y otras raíces. Una vez plantadas, después de la luna nueva, lo único que tenían

que hacer era quitar las hierbas de cuando en cuando, hasta el momento de la cosecha. Y los niños eran los encargados de vigilar los conucos y espantar los pájaros desde una especie de mirador hecho de palos, llamado *barbacoa*.

—Cuando comience la rebelión —explicó Enriquillo con entusiasmo—, necesitaremos provisiones, y no solo armas. Hay varios yucayeques como este repartidos por la sierra. La yuca tiene la ventaja de que la cosecha suele ser abundante y se puede conservar dentro del propio conuco durante un período de hasta tres años. La torta de pan de casabe, además, es muy resistente al tiempo y a la humedad, por lo que resulta perfecta para nuestro mantenimiento.

En un lugar escondido y bien abrigado, se encontraban los bohíos, de entre treinta y cuarenta pies de contorno; cada uno de ellos albergaba a varias familias pertenecientes a un mismo linaje, esto es, más de veinte personas, que vivían según sus viejas costumbres, lejos de los españoles. Todos ellos salieron a recibir a Enriquillo. A pesar de su juventud, lo saludaban con enorme respeto y deferencia, como correspondía a un gran cacique o guamiquina. La mayoría de los hombres estaba ejercitándose en el manejo de las armas en medio del batey. No solo tenían arcos, macanas, tiraderas de dardos y azagayas, sino también ballestas, espadas, lanzas y alguna que otra arma de fuego, robadas a los españoles. Unos pocos, montados a caballo, aprendían a hacer emboscadas y ataques por sorpresa. Otros se adiestraban como exploradores o se acostumbraban a caminar para atrás, con el fin de confundir a sus perseguidores.

Algunos de ellos portaban una especie de cota de malla o armadura rudimentaria. Según le explicó el propio Enriquillo, él mismo había mandado fabricar unos petos o corazas con cuerdas bien trenzadas de pita, cabuya y majagua, untadas con una sustancia resinosa, para que no pudieran ser fácilmente atravesadas por el filo de las armas. Esto les protegía las partes más vulnerables del torso, lo que les permitía pelear con más arrojo y valentía. Ahora su idea era revestir también los brazos y las piernas con ese ingenioso remedio, sin que sus hombres perdieran destreza ni movilidad.

Pero lo que más admiró a Rojas fue comprobar que, en ese esforzado ejército, había también mujeres. La mayoría eran flecheras de gran puntería y soltura en el manejo del arco. Pero también las había diestras con la espada y la lanza. Según le explicó Enriquillo, eran muy buenas guerreras y tenían mucho coraje, como ya habían demostrado en alguna ocasión.

Mientras tanto, en la aldea, varias ancianas preparaban la yuca para hacer el casabe. Esta importante tarea consistía en pelarla con la ayuda de conchas marinas, para luego desmenuzarla con un *guayo* o rallador de piedra o madera y

exprimirla en una especie de cesto alargado en forma de manga, llamado *cibucán*, cuidando de extraer bien el mortífero veneno que esta raíz contiene. Después cernían la masa en un *jibe* o cedazo de fibra vegetal y, por último, cocían las tortas en un *burén* o plato de barro, que se colocaba sobre el fuego apoyado en unas piedras, durante media hora, unos quince minutos por cada lado.

Además del casabe, para ese día habían preparado también batata y otras raíces, hervidas en cazuelas de barro y condimentadas con ají, así como maní y maíz tierno sin cocer, presentados en grandes fuentes de madera negra o en vasijas de hechuras exquisitas y muy elaboradas, pues los taínos eran grandes alfareros. En cuanto a frutas, tenían toda clase de piñas, así como papayas, guayabas, guanábanas, quenepas... Tampoco faltaban peces y cangrejos de los ríos próximos ni, por supuesto, carne, sobre todo de *hutía*, que era una especie de roedor de poco tamaño, y de *aon*, un perro mudo y pequeño, de pelo áspero y orejas aguzadas, que los taínos engordaban para que estuvieran rollizos y así poder comérselos cuando no había caza. Los pescados y las carnes se preparaban en un entramado de madera verde y resistente, con cuatro patas, que se ponía sobre el fuego. Para encender este, cogían dos palillos secos y los ataban con un bejuco, y luego frotaban entre los dos la punta de un tercero hasta hacer prender la lumbre.

Como era ya muy tarde y ese día no habían probado alimento, el joven cacique mandó que les sirvieran la cena en la entrada del caney. Incitado por Enriquillo, Rojas se animó a probar la carne de *iguana*, una especie de lagarto de aspecto poco agradable y color pardo que para los taínos era todo un manjar. Primero la mordisqueó un poco, tocándola apenas con la punta de la lengua, pero, cuando empezó a degustarla, le pareció tan suave y sabrosa —más aún que el faisán, el pavo o la perdiz— que ya no pudo contenerse y comenzó a devorarla con gran placer. Enriquillo le explicó que, para prepararlas, las abrían desde el cuello hasta la ingle y las limpiaban con esmero; después extraían la carne del abdomen y la metían enrollada en una olla con un poco de agua y ají; y, por último, la cocían a fuego lento sobre una leña muy olorosa que apenas hacía humo. El caldo que de ello resultaba le supo a Rojas tan rico como el néctar. Para terminar, les ofrecieron una bebida embriagante hecha de maíz fermentado, que a Rojas le recordó a la cerveza y que conservaban en un higüero, un fruto de corteza dura y liviana parecido a la calabaza.

Al rato acudieron varios nitaínos para charlar con Enriquillo sobre la marcha de la aldea y la instrucción de los futuros guerreros. Después de escucharlos

pacientemente, los animó a seguir trabajando según lo previsto, y para todos ellos tuvo el cacique oportunos consejos y palabras de agradecimiento. Cuando se fueron, se acercaron algunas jóvenes de la aldea, enviadas por sus familias, que se ofrecieron a acostarse con Enriquillo y con su gentil invitado, pero estos las rechazaron con exquisita cortesía y muy buenas palabras, aduciendo que estaban cansados.

—Os agradezco mucho que me hayáis traído; es una gran muestra de confianza —comentó Rojas en cuanto se quedaron a solas.

—Quería que lo vierais por vos mismo —le explicó Enriquillo—. Los taínos han recuperado las ganas de ser libres y no puedo defraudarlos. Después de lo que pasó en el *yucayeque* de Aabayagua, estamos dispuestos a unirnos y a luchar por lo que es nuestro. Ojalá en el pasado nos hubiéramos enfrentado a los caribes cada vez que nos invadían y se llevaban a nuestras mujeres. Ahora seríamos más fuertes y mejores guerreros.

—Si fuerais mejores guerreros, ya no seríais taínos. En cierto modo, vos mismo ya no lo sois —argumentó Rojas—. No sé si os habéis dado cuenta de que, cuando pensáis en la mejor manera de rebelaros contra los españoles, lo hacéis como uno de estos y no como un taíno. Ya sé que puede parecer una paradoja, pero es así.

—No me asustan ni me inquietan las paradojas. Si para salvar a los taínos, hay que dejar de ser taíno, o serlo solo a medias, bienvenida sea mi nueva condición —replicó el cacique con firmeza.

—Mucho me temo que vuestro pueblo también tendrá que cambiar.

—De hecho, ya lo está haciendo —apuntó Enriquillo—; y, si de verdad quiere sobrevivir en estos tiempos, tendrá que cambiar más. Por otro lado, ¿sabéis vos acaso lo que significa ser taíno? Antes de la llegada del almirante, ni siquiera teníamos un nombre que nos distinguiera con claridad de los otros pueblos que viven en esta isla, como los ciguayos y los macorijes, que cada vez son más parecidos a nosotros. Tan solo éramos arahuacos y, al parecer, veníamos de muy lejos, probablemente de algún lugar de eso que llaman Tierra Firme. Sabemos también que hay taínos en otras islas de las Antillas. Los caribes, además, conocen nuestra lengua y nuestras costumbres porque las han aprendido de algunas de nuestras mujeres, a las que tienen esclavizadas. Somos, en fin, un pueblo extraño y misterioso cuyas fronteras no están muy bien definidas. De modo que cada vez es más difícil saber lo que significa ser taíno. Pero eso poco importa ahora. Sea como fuere, seremos aquello que estemos dispuestos a ser. Por mi parte, prefiero ser un mal taíno vivo que un buen taíno muerto o esclavo.

No sé si me entendéis.

—Podéis estar seguro —confirmó Rojas, impresionado por el discurso del joven cacique.

—Y ahora respondedme con sinceridad —le rogó este de pronto—. Después de lo que habéis visto y escuchado, ¿creéis que, si nos rebelamos, podremos vencer algún día a los españoles?

Rojas no sabía qué contestar, pues no quería mentir ni se atrevía a decir la verdad.

—Tendréis alguna oportunidad si sois paciente, tenaz, prudente y astuto —le advirtió Rojas—. De todas formas, aún confío en conseguir, con la ayuda de los dominicos, que se os haga justicia y que las cosas mejoren. Si no fuera así, podéis estar seguro de que contaréis con mi apoyo —añadió con un gesto cómplice.

—Imagino que eso lo decís porque estáis enamorado de Higuemota.

—Mentiría si os respondiera que no —reconoció Rojas—. Pero también es cierto que, al igual que los dominicos de esta isla, entiendo vuestra causa y me parece justa.

—Me temo que a nuestros queridos frailes lo que los mueve es, sobre todo, el afán de convertirnos a la fe cristiana —puntualizó el joven cacique.

—Como ya os habrá dicho Higuemota, no es ese mi caso —le recordó Rojas.

—Lo sé y por eso os admiro y aprecio —confesó Enriquillo.

—Lo mismo os digo.

Los dos se miraron con respeto y agradecimiento, como dos viejos rivales que al final se hubieran conciliado.

—Os propongo que, desde este instante, seamos *guaitiaos*, que en nuestra lengua quiere decir «amigos» —le comunicó el joven cacique— y, para confirmarlo, lo sellaremos con un solemne juramento de amistad mutua que consiste en trocar nuestros nombres. ¿Estáis de acuerdo?

—Lo estoy —aseguró el pesquisidor.

—De ahora en adelante —proclamó el joven cacique—, vos os llamaréis Guarocuya y yo, Fernando de Rojas, si bien conviene que, por el momento, los llevemos en secreto y no los usemos en público, para que no se aprovechen de ello nuestros enemigos, como tantas veces sucede.

Visiblemente emocionado, Rojas lo estrechó entre sus brazos y lo mismo hizo Enriquillo. Después se fueron a dormir al interior del caney. El pesquisidor se tumbó en una de las hamacas, pues tenía ganas de comprobar si se descansaba bien en ella. Estas estaban tejidas en forma de red con hilos de algodón y

colgaban de las vigas y postes de la vivienda, lo que permitía soportar mejor el calor. Aunque al principio le resultó algo incómoda, pues todavía estaba dolorido por la paliza, enseguida se acostumbró, lo que hizo que no se despertara hasta bien entrada la mañana.

—Perdonadme, pero no he escuchado el canto del gallo y he dormido más de la cuenta —se disculpó ante Enriquillo, que ya llevaba un buen rato levantado.

—No es extraño que no lo oyeráis, hace ya tiempo que mandé cortarles la lengua a todos nuestros gallos, para que no canten y así no nos delaten —le explicó el joven cacique.

—¿Es eso cierto?

—Naturalmente —confirmó Enriquillo—. Tampoco permito que se encienda fuego si no es en las zonas señaladas para ello. No quiero que los españoles vean el humo y por él sepan dónde nos escondemos. Cada cierto tiempo, además, cambiamos de sitio. Y, si las cosas se ponen feas, tenemos cuevas muy profundas donde refugiarnos, con armas y provisiones. Lo importante es estar siempre alerta. En mi caso, no me aparto de la espada ni cuando estoy durmiendo u holgando en el lecho, por lo que pudiera pasar.

XIV

(Camino de Santo Domingo y hacienda de Guevara, unas horas más tarde)

Estaban ya a punto de abandonar la sierra cuando Rojas le preguntó a Enriquillo si no pensaba vendarle los ojos, para que no descubriera el camino de acceso, y el cacique le contestó, con naturalidad, que ya no hacía falta, pues ahora eran guaitiaos; así que no creía que su amigo fuera a traicionarlo, ya que eso significaría desafiar a los cemíes. Y los cemíes, si se lo proponían, podían ser mucho más terribles que Jehová.

—Me cuesta creerlo —bromeó Rojas.

—Yo que vos, no los retaría —le advirtió Enriquillo.

—¿Y qué vais a hacer cuando empiece la guerra? ¿No pretenderéis que Jesucristo y los cemíes estén de vuestro lado? Sería tanto como ponerle una vela a Dios y otra al Diablo.

—Eso es algo, por cierto, que suelen hacer los reyes cristianos. De modo que yo no voy a ser menos —replicó Enriquillo—. Hablando de reyes, ¿sabéis que su alteza ha pedido al gobernador que me envíe a Castilla para conocerme? Me lo dijo hace tiempo Diego Colón, quien le había hablado de mí en una carta. Mas yo le he dado largas.

—¿No sentís curiosidad por conocer Castilla?

—No lo voy a negar —reconoció Enriquillo—. Pero, como ya sabéis, mi único deseo es rebelarme contra los españoles y ser el guamiquina de Quisqueya, lo demás me resulta indiferente. Por otra parte, desconfío de los motivos del rey. Lo más seguro es que quiera apartarme de la isla para tenerme cerca y evitar

posibles riesgos, o tal vez solo desee exhibirme en la corte como una rareza, igual que hacen con los enanos, los locos y los deformes. Y yo no pienso prestarme a ese juego.

—¿Y vos cómo sabéis que hay locos y enanos en la corte?

—Porque lo he leído en algunas crónicas que encontré en el convento de los franciscanos.

Una vez que dejaron la sierra, se dirigieron hacia Santo Domingo a paso ligero. Cuando les faltaba poco para llegar a la ciudad, cayeron sobre ellos varios alguaciles de campo. Enriquillo trató de resistirse echando mano a su espada, pero Rojas le pidió que no lo hiciera, que todo se aclararía, y el cacique volvió a guardarla en el cinto. Los alguaciles aprovecharon la ocasión para rodearlo e inmovilizarlo con sus caballos. Mientras dos lo sujetaban, uno por cada lado, los otros dos le pusieron unas esposas y luego le arrebataron el arma.

—¡Quitadme estas malditas pulseras! —protestó Enriquillo—. No quiero que hagáis conmigo lo mismo que hicisteis con Caonabó.

—Como pesquisidor real que soy, os ordeno que le ahorréis esa humillación —exigió Rojas, dirigiéndose a los alguaciles.

—Está bien. Pero, si lo hacemos, será bajo vuestra responsabilidad —advirtió el que iba al frente de ellos.

—Me hago responsable de lo que pase —se comprometió Rojas.

—En ese caso... —concedió el otro, al tiempo que soltaba a Enriquillo.

—¿Se puede saber qué queréis de nosotros? —inquirió Rojas.

—Os estábamos buscando —respondió el alguacil—. Lleváis varios días sin dar señales de vida y el gobernador y el vicario de los dominicos están muy preocupados. Creían que os había pasado algo. Hemos ido a la hacienda de Ana de Guevara y ella nos ha dicho que no sabía nada. Así que hemos seguido intentándolo.

—Pero ¿por qué os empeñáis en detener a mi amigo Enriquillo?

—Porque lo ha reclamado su encomendero. Según él, hace días que no va por la hacienda de San Juan de la Maguana. Y, al ver que vos también andabais desaparecido, hemos pensado que una cosa tendría que ver con otra —arguyó el alguacil.

—Pues estáis equivocados —replicó Rojas—. Tan solo estábamos dando un paseo a caballo por estas tierras.

—Eso es lo que creéis vos. Pero seguro que sus intenciones eran otras —

apuntó el alguacil, señalando al joven cacique.

—Os garantizo que no es así. Enriquillo y yo somos buenos amigos.

—¿Amigos?! Lo más probable es que os haya embaucado con sus mentiras.

—Os repito que no hay nada de lo que preocuparse —insistió Rojas.

—En cualquier caso, debemos llevarlo ante el gobernador para que él decida lo que se ha de hacer. Nosotros tenemos órdenes de conducirlos a ambos ante su presencia. Allí podréis dar las explicaciones que consideréis oportunas —sentenció el alguacil.

Al escuchar tales palabras, Enriquillo trató de escapar, pero los alguaciles se lo impidieron con violencia, lo que enfadó todavía más al joven cacique. El pesquisidor trató de mediar de nuevo, sin ningún resultado. Al final Enriquillo tuvo que rendirse y dejar que le volvieran a poner las esposas, herido en su orgullo y lleno de rabia e impotencia.

Mientras eran trasladados a Santo Domingo, Rojas miraba a Enriquillo con gran pena y disgusto, temiendo que su amigo pensara que él tenía algo que ver con la detención o que no había hecho lo suficiente para evitarla. El cacique, por su parte, no había vuelto a abrir la boca. Iba erguido, con la cabeza muy alta, ajeno a todo, dejando bien claro que no pensaba dejarse avasallar por los españoles.

Tan pronto llegaron al palacio del gobernador, los dos fueron conducidos ante su presencia. Don Diego Colón estaba de pie, en medio de la sala, y parecía algo inquieto y alterado, a juzgar por sus ademanes.

—Me alegra mucho veros de nuevo, me teníais muy preocupado. ¿Dónde se supone que estabais? —preguntó, dirigiéndose a Rojas.

—Antes de nada, deberíais saber que, hace unos días, fui atacado por unos encomenderos por tratar de defender a un taíno al que estaban golpeando con saña. Si no llega a ser por Enriquillo, ahora podría estar muerto —explicó Rojas.

—Si es como decís, teníais que haber venido a denunciarlo —le reprochó el gobernador.

—Durante este tiempo, me he estado recuperando. Esta mañana me he sentido mejor y hemos salido a dar una vuelta a caballo —mintió Rojas.

—Y vos, ¿qué tenéis que decir? —inquirió don Diego, encarándose con Enriquillo—. Vuestro encomendero me ha contado que lleváis varios días sin dar señales de vida y que no es la primera vez que algo así ocurre en estas últimas semanas. De ahí que esté tan disgustado. Al parecer, él os quiere y confía en vos; de hecho, los demás encomenderos opinan que es demasiado blando. Pero ya sabéis que, cuando no estáis en la hacienda, los demás taínos no trabajan y se

vuelven indisciplinados. Y, gracias a vuestra protección, no están acostumbrados a que se les castigue.

—He tenido cosas que hacer —se limitó a decir Enriquillo.

—¿Puede saberse qué cosas? ¿No tendrán que ver, por casualidad, con los recientes asaltos a algunas haciendas? —sugirió don Diego.

—No sé de qué me habláis —rechazó Enriquillo con firmeza.

—Nos conocemos desde hace mucho, y, al igual que vuestro encomendero, yo siempre me he portado bien con vos —le recordó don Diego—; de modo que, si estáis preparando algo, pensadlo muy bien antes de llevarlo a cabo, pues cuando os cojan, y tened por cierto que lo harán, yo no estaré aquí para ayudaros. ¿Me habéis entendido?

—Insisto en que no sé nada.

—Comprendo que estéis indignado por lo ocurrido en la aldea, pero más os vale no tomaros la justicia por vuestra mano —le advirtió el gobernador—. Para averiguar lo ocurrido, aquí está nuestro amigo el pesquisidor. Como supongo sabéis, en unos días salgo para España. Si me aseguráis que, en mi ausencia, os vais a portar bien, me comprometo a hablar con el rey de la situación de vuestro pueblo, con el fin de que, cuando regrese, me deje tomar algunas medidas.

—¿Como, por ejemplo, abolir las encomiendas? —apuntó el joven cacique con ironía.

—Ya sabéis que eso no es fácil, pues son muchos los interesados en que se mantengan; pero al menos haré cumplir las leyes de Burgos.

—Eso mismo dijisteis cuando se promulgaron —le recordó Enriquillo.

—Pero entonces estaba atado de pies y manos, igual que ahora —se justificó el gobernador—. Cuando vuelva, será distinto, ya lo veréis; para eso voy a la corte, para recuperar los plenos poderes.

—Por lo que a mí respecta, no tenéis nada que temer —comentó Enriquillo.

—Eso espero. Podéis iros. Y vos andad con más cuidado de ahora en adelante —añadió, dirigiéndose a Rojas—. Algunos piensan que habéis venido para defender la causa de los indios y no para buscar a los culpables del incendio de la aldea.

—Si me ayudaran a encontrarlos, en lugar de insultarme y ponerme zancadillas, me limitaría a hacer mis pesquisas. Podéis comunicárselo a esas personas —replicó Rojas.

—Por supuesto que se lo haré llegar. Pero os digo lo mismo que a Enriquillo: dentro de poco, ya no estaré aquí para ayudaros; así que más os vale no meteros en problemas —le advirtió el gobernador.

—¿Y qué pasa con los encomenderos?

—¿Qué encomenderos?

—Los que me atacaron.

—Por lo que sé, fuisteis vos el que se enfrentó a ellos —le recordó don Diego.

—Porque estaban golpeando vilmente a un taíno indefenso —se defendió Rojas.

—Pero eso no es ningún delito en La Española, salvo que el taíno en cuestión le hubiera sido encomendado a otro, que, claro está, sería el verdadero perjudicado, y no el indio. Os recomiendo, pues, que lo dejéis pasar —le aconsejó don Diego—. Ya tendréis tiempo, cuando todo esto termine, de darles su merecido.

Enriquillo salió del palacio virreinal hecho una furia por el trato recibido. El joven cacique no paraba de soltar bufidos y apretar los puños, sacudiéndolos en el aire, para desahogarse.

—Es la última vez que estos malnacidos me ponen unas esposas —protestó—. Ya no lo soporto más. ¿Y habéis visto la condescendencia con la que me trata el hijo del almirante? Además, no me fío de él; al fin y al cabo, es el gobernador. Es cierto que, con frecuencia, se ha enfrentado al rey y a sus oficiales, así como a muchos encomenderos, pero ha sido para defender sus intereses particulares o los de los suyos; los taínos le importamos muy poco, y la prueba es que no parece muy dispuesto a defendernos de los maltratos de los encomenderos.

—¿Y qué es lo que pretendéis?

—Creo que ha llegado el momento de actuar.

—¿Estáis seguro? Como ya hablamos, debéis hacerlo cuando menos se lo esperen. Y aún os queda mucho por preparar.

—Puede que tengáis razón. Pero no quisiera perder una oportunidad como esta. Y me da la impresión de que el gobernador tiene miedo de que lo hagamos ahora —explicó el joven cacique.

—¿Y si fuera al revés? ¿Y si en realidad os estuviera provocando e incitando a levantaros justo ahora que va a dejar de ser gobernador? —sugirió Rojas de pronto.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque os conoce y sabe que sois impetuoso y que no dejaréis pasar la aparente ocasión que se os brinda.

—Pero ¿qué ganaría él si yo me rebelara? —se interesó Enriquillo.

—Tal vez piense que, de esa forma, el rey volvería a nombrarlo gobernador de inmediato, y esta vez con plenos poderes, para acabar con vos y restaurar el orden —argumentó Rojas.

El joven cacique se quedó pensativo, como si estuviera sopesando las razones a favor y en contra de iniciar una guerra contra los españoles en tal coyuntura.

—Dadas las circunstancias —dictaminó por fin—, creo que lo mejor será dejarlo en manos de los *cemíes*. Sin duda, sabrán lo que hay que hacer.

—¿Y cómo pensáis averiguarlo?

—Consultaré esta noche con ellos, para que me aconsejen, en presencia de algunos caciques con los que tenía pensado reunirme en la hacienda de Higuemota. ¿Habéis oído hablar de la ceremonia de la cohoba?

—Algo he oído, sí. Pero ¿no creéis que vuestros *cemíes* no querrán hablar con vos por haberos hecho cristiano? —le planteó Rojas.

—Si es por eso, tampoco yo debería rendirles culto ni pedirles consejo, pues se han mostrado incapaces de defendernos de los españoles, abandonándonos a nuestra suerte, a pesar de nuestras súplicas, justo cuando más los necesitábamos. ¿Acaso hicimos algo malo para que se portaran así? Además, no fue decisión mía bautizarme ni por ello renuncié nunca a mis antiguas creencias. De modo que este podría ser un buen momento para que vuelvan a hablar conmigo. En todo caso, no me queda otro remedio que arriesgarme —concluyó Enriquillo.

—Si es eso lo que pensáis... Pero decidme: ¿en qué consiste esa ceremonia?

—Muy pronto lo sabréis. Como es natural, está prohibido que los *arijunas* o extranjeros asistan o participen en ella, y más si proceden de una nación enemiga. No obstante, me gustaría que estuvierais presente. Pero debéis saber que no podéis intervenir ni contar nada de lo que allí veáis —le advirtió el joven cacique.

—Haré lo que me pidáis —concedió el pesquisidor.

Tan pronto llegaron a la hacienda de la princesa taína, Enriquillo dio orden de que avisaran a los demás y se retiró para hacer las abluciones rituales en el río, antes de llevar a cabo los preparativos necesarios con la ayuda de Mencía, que, por ser hija de Higuemota, conocía muy bien la ceremonia. El pesquisidor se quedó aguardando junto al caney. Al cabo de un rato, salió la princesa taína de la casa. En un principio, Rojas pensó en esconderse y no volver hasta que estuvieran los caciques, para no tener que enfrentarse a ella. Pero se lo pensó mejor y decidió esperar a pie firme, pues no quería quedar como un cobarde.

—Veo que habéis hecho muy buenas migas con Enriquillo, y eso me complace mucho. Hace un momento, me ha hablado muy bien de vos —le confesó ella, en tono amistoso, cuando llegó a su altura.

Rojas la miró sorprendido por el cambio de actitud.

—Ojalá él pudiera decir lo mismo de vos y de mí —comentó el pesquisidor con cierto pesar.

—Si estáis dolido por haberos echado de casa, quisiera pedir os perdón —le hizo saber Higuemota—. No debí trataros así. He estado pensando todo el día en lo que pasó ayer y, al final, he llegado a la conclusión de que sois una persona honesta, pues ponéis el cumplimiento del deber por encima de vuestra conveniencia y de vuestros intereses particulares. Y eso os honra. Por otra parte, he de reconocer que cada vez soy más desconfiada, pues estoy harta de que los españoles me mientan. De ahí que tenga sentimientos encontrados hacia vos —confesó—. Pero ya hablaremos de esto en otro momento.

—Me alegra mucho saber que habéis mudado vuestra opinión sobre mí. Eso me quita un gran peso de encima —declaró Rojas, aliviado.

—Entremos —dijo ella, invitándolo a pasar al caney.

Aparte de ellos dos y de Mencía, a la ceremonia asistieron el behique y los caciques que estaban en la hacienda. Conforme llegaban, se fueron sentando en el suelo, con las piernas recogidas. El interior del caney estaba poco iluminado, como si fuera una cueva, aunque sí lo suficiente como para poder ver lo que allí dentro ocurría. En el centro estaba el *dujo* o asiento ceremonial con forma humana. Según le dijo Higuemota, estaba tallado en madera de guayacán y tenía incrustaciones de oro en la boca, los ojos, las orejas y los hombros. El asiento y respaldo se correspondían con la espalda, muy levantada en la parte final, y las patas, con las cuatro extremidades; en el lado de abajo, la figura mostraba un miembro masculino.

Sobre una mesa muy labrada, a modo de altar, había varios cemíes tallados en madera, algunas piedras triangulares o iconos de tres puntas, un aro o cinturón y diversos objetos bellamente trabajados; entre ellos, una espátula vómica y una vasija de barro con un polvo muy fino de color canela. Este, le explicó Higuemota, procedía de las semillas de un pequeño árbol llamado *cojóbana*. Para obtenerlo, había que tostarlas un poco, con el fin de quitarles la humedad, y después machacarlas con un majador o mano de mortero. El polvillo resultante se mezclaba luego con la concha de caracol marino bien calcinada y triturada para facilitar la absorción por la nariz.

De repente apareció Enriquillo desnudo, salvo por una pampanilla que apenas

le cubría las vergüenzas, con el cuerpo pintado de rojo y algunos dibujos y adornos de color negro hechos con un sello de barro; colgado sobre el pecho, llevaba un disco de guanín, que representaba su poder. Antes de dar inicio a la ceremonia, el joven cacique tuvo que purgarse. Para inducir el vómito, introdujo en su boca y garganta, hasta la campanilla, una espátula que había sido tallada en la costilla de un manatí. Cuando hubo revesado todo lo que tenía dentro del estómago, cogió de la mesa uno de los cemíes, una especie de hombre-pájaro en cuclillas con el que el cacique tenía un fuerte vínculo, y volcó el fino polvo de la cohoba en un plato que este portaba sobre la cabeza. Después de sentarse a horcajadas, como si lo montara, en el dujo ceremonial, colocó el cemí entre sus piernas y puso sobre el plato una figurilla en forma de Y, compuesta por tres tubos hechos de huesos de pájaro insertados en un pequeño cemí. El de abajo estaba encajado en el ano de la divinidad y los dos superiores parecían salirle de las piernas, dobladas hacia arriba y con los pies a la altura de la cabeza. El joven cacique introdujo los canutos de arriba en los agujeros de su nariz y sorbió varias veces el polvillo. Después, comenzó a agitar rítmicamente unas maracas y a pronunciar una especie de oración dirigida al cemí. Una vez terminada, agachó la cabeza, con la cara vuelta hacia un lado, y colocó las manos sobre las piernas. Luego la dirigió hacia lo alto y comenzó a hablar de forma atropellada y confusa, como si delirara o estuviera ebrio y furioso o en éxtasis. Los demás caciques le contestaron al unísono unas palabras.

Tras una breve pausa, el joven cacique apretó con fuerza los dientes y empezó a experimentar náuseas, ligeras convulsiones y movimientos desordenados de la cabeza y los brazos, al tiempo que de su boca manaba abundante saliva y de sus ojos copiosas lágrimas, que le caían por las mejillas como dos ríos paralelos, señales inequívocas de que había entrado en trance. Aunque Enriquillo tenía los párpados cerrados, parecía estar contemplando algo que sucedía delante de él, como si estuviera teniendo una visión, lo que hacía que moviera la cabeza de un lado para otro y se sujetara las mejillas con las manos, unas veces feliz y otras, horrorizado.

Los asistentes permanecían en silencio, pues debían de estar acostumbrados. Higuemota, por su parte, lo miraba tranquila y satisfecha, orgullosa de su yerno y sobrino. Y otro tanto podía decirse de Mencía. Tan solo el pesquisidor parecía impresionado y desconcertado por lo que allí estaba sucediendo, algo que no tenía nada que ver con su mundo y que, por tanto, no entendía ni sabía cómo interpretar.

Cuando Enriquillo salió del trance, se acercó a los presentes y, todavía ebrio y

alterado, comenzó a relatarles lo que había visto. Higuemota se lo fue traduciendo en voz baja a Rojas, que seguía algo conmocionado con la ceremonia. El joven cacique les contó que había hablado con los cemíes, que en su visión eran iguales a sus imágenes, pero mucho más grandes y con colores más vivos y brillantes, y que, en respuesta a su cuestión, estos le habían asegurado que no era un buen momento para emprender la guerra contra los españoles. «¿Y cuánto tiempo habremos de esperar?», les había preguntado el joven cacique. «Cuatro años cristianos», le habían contestado los cemíes. «¿Por qué cuatro?», había inquirido Enriquillo. «Porque cuatro son las partes necesarias para construir un todo o constituir el infinito o la eternidad. Cuatro son también las posiciones del sol y las fases lunares», le habían explicado los cemíes. «¿Y por qué cristianos?». Los cemíes se limitaron a decir que ese era el tiempo que había de esperar por haberles dado la espalda y haber sido bautizado. «Mientras tanto —añadieron, antes de despedirse—, habéis de ser cauto y astuto como la serpiente». Después los cemíes se convirtieron en murciélagos y estos en ranas y estas en tortugas y estos en colibríes. Pero a todos ellos se los tragó una cueva, que resultó ser la boca de una gran serpiente que ocupaba toda la isla.

Una vez concluido el relato de Enriquillo, los presentes comenzaron a discutir sobre el posible significado de la visión. Al final, todos los caciques se mostraron de acuerdo en que se avecinaban grandes cambios y nuevos peligros, y lo que había que hacer era estar unidos y esperar el tiempo señalado, si no querían desafiar a los cemíes.

—Los cemíes hacen que las cosas pasen e impiden que otras tengan lugar; ellos causan la lluvia y hacen que salga el sol; nos dan hijos, cosechas y todo lo que deseamos; de modo que hágase su voluntad —sentenció Enriquillo, algo frustrado, pero en el fondo contento, dado que los dioses le habían hablado.

—Jamás había presenciado nada igual —le confesó Rojas.

—Esa es nuestra forma de comunicarnos con los cemíes. Y ya habéis visto que teníais razón. Confío en seguir contando en el futuro con vuestros consejos —le hizo saber Enriquillo.

—No lo dudéis —confirmó el pesquisidor.

—Ahora debéis iros a descansar —intervino Higuemota, dirigiéndose a su sobrino.

Tras despedirse, el joven cacique se encaminó hacia la casa, donde lo aguardaba ya Mencía, que lo recibió con un abrazo y lo abrigó con una manta, para que no se quedara frío tras salir del trance.

—Creo que yo también me voy —anunció Rojas.

—No tenéis por qué iros a Santo Domingo. Quedaos a hacer noche en la hacienda —le pidió Higuemota—. Me imagino que estaréis muy cansado.

Había sido un día largo, plagado de incidentes y emociones. Así que Rojas no tardó en dormirse en la misma cámara en la que había pasado su convalecencia. Pero la noche no fue tranquila, pues enseguida se despertó bañado en sudor. Había soñado que se encontraba en medio de la aldea incendiada, bajo la luna llena. Sentados en el suelo, sobre las cenizas, en medio del batey, había dos taínos que hablaban entre sí.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Rojas.

—Somos dos naborías de la aldea —respondió uno de ellos.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Os estábamos esperando.

—¿Para qué? ¿Qué queréis de mí? —preguntó Rojas, con inquietud.

—Que descubráis de una vez a los culpables de esta atrocidad, para así poder partir hacia el hermoso reino de Coaybay —explicó el hombre—. Mientras no se sepa la verdad de lo sucedido, no podremos abandonar este sitio de tan triste recuerdo para nosotros.

—Para eso he venido, pero no logro avanzar en mis pesquisas. ¿Por qué no me ayudáis? Contadme qué pasó.

—Ojalá lo supiéramos —se lamentó el hombre—. La mayoría estábamos durmiendo la borrachera y, cuando despertamos, ya éramos opías.

—Entonces, ¿sois espíritus?

—Algo parecido —comentó uno de ellos.

—¿Y no tenéis alguna idea de lo que sucedió? ¿No visteis a nadie extraño cerca de la aldea? ¿Recordáis si ese día pasó algo fuera de lo habitual? —inquirió Rojas.

—Nada, salvo el bautizo, del que no entendimos nada —reconoció el espíritu.

—¿Hay más opías por aquí? ¿Tampoco vieron nada?

—Lo siento mucho, debemos escondernos. Está ya a punto de amanecer —anunció el espíritu, al tiempo que se ponía en pie.

Rojas se acercó a ellos y comprobó que, en efecto, no tenían ombligo.

—Esperad, quiero preguntaros algo más —les suplicó el pesquisidor.

Pero los espíritus ya habían desaparecido y Rojas se despertó sobresaltado. El resto de la noche lo pasó en vela. De vez en cuando, miraba hacia la puerta con la esperanza de que se abriera y entrara Higuemota a consolarlo. Mas ella no

apareció.

XV

(Santo Domingo, el día después)

A la mañana siguiente, tras despedirse de Higuemota, Rojas emprendió el regreso a la ciudad. Por el camino, tuvo tiempo para especular sobre el posible significado del sueño y lo que había vivido la noche antes; también para meditar sobre la difícil coyuntura en la que se encontraba, cada vez más confusa, compleja y enredada. Pero, como era de esperar, no llegó a ninguna conclusión.

Cuando recaló en el convento, fray Pedro de Córdoba salió a recibirlo de inmediato con el semblante severo.

—¿Dónde os encontrabais? Estábamos preocupados por vos. Creíamos que estabais muerto o que habíais huido —le reprochó el vicario.

—¿Huido? ¿Por qué?

—No lo sé. He pensado que, en tal caso, vos me lo diríais —sugirió el fraile.

Rojas le contó lo que le había ocurrido con los dos encomenderos y cómo los taínos lo habían encontrado inconsciente y lo habían llevado a la hacienda de Higuemota para curarlo.

—¿Y por qué allí? —preguntó el fraile, intrigado.

—Porque los que me encontraron eran criados suyos —le explicó—. En su casa me atendieron hasta que me recuperé. Ayer salí a cabalgar con Enriquillo y nos topamos con unos alguaciles de campo que nos estaban buscando y nos llevaron ante el gobernador. Eso es todo.

—¿También os habéis hecho amigo de Enriquillo?

—¿Y por qué no? Me parece una persona de gran valía.

—¿Y qué pasa con las pesquisas? —quiso saber el fraile.

—Debo confesaros que, en este momento, estoy en un callejón sin salida, pues

no encuentro ningún rastro que me lleve al culpable —se justificó Rojas.

—Si no estuvierais tan distraído con Higuemota... —dejó caer fray Pedro.

—No sé qué queréis decir.

—Que esa mujer os tiene sorbido el seso, tenéis que reconocerlo —señaló el vicario.

—¿Y vos cómo lo sabéis? ¿Acaso me habéis espiado? —replicó Rojas, cada vez más molesto con los comentarios del fraile.

—Solo he intentado protegeros en todo momento, pues me siento responsable por haberos traído aquí —confesó fray Pedro.

—Si se trata de eso, a partir de ahora os libero de tal responsabilidad —apuntó Rojas con ironía.

—Está bien, no volveré a preocuparme por vos si ese es vuestro deseo, podéis creerme —aseguró el fraile—. En cuanto a vuestra relación con Higuemota, deberíais saber que ya han empezado a circular rumores.

—Para vuestra información, os diré que no hay tal relación. Y, además, ¿qué pasaría si esas murmuraciones fueran ciertas? —lo desafió Rojas.

—Que quedaríais desautorizado para llevar a cabo las pesquisas del caso y defender la causa de los indios, ya que sois parte interesada —argumentó el fraile.

—Pues claro que lo soy. A vos, sin embargo, lo único que parece interesaros es convertirlos a la fe cristiana —le reprochó Rojas.

—Esa es mi principal obligación como fraile predicador —reconoció el dominico—. Os recuerdo que vos no habéis venido aquí para complacer a Enriquillo o a doña Ana de Guevara. Ellos son indios ladinos y no necesitan a nadie que los defienda. Se dice, además, que podrían estar preparando una revuelta, Dios no lo quiera. Os ruego, pues, que os apartéis de ellos y os concentréis en vuestras pesquisas. Si no descubris algo pronto, las cosas van a ponerse muy feas.

—Haré lo que pueda —se limitó a decir Rojas, pues no quería discutir con el fraile.

Tras dejar a fray Pedro, Rojas se dirigió a la plaza Mayor. En uno de los lados, muy cerca del lugar en el que habían comenzado a construir la catedral, cuyas obras llevaban ya un tiempo paralizadas, estaba el principal mentidero de la ciudad, donde se comentaban las nuevas que llegaban de Castilla y de los otros territorios del Nuevo Mundo, así como los rumores sobre lo que acontecía en La

Española y, sobre todo, en Santo Domingo. Movidó por el consejo que le había dado Higuemota, se acercó a escuchar qué es lo que la gente decía. Pero, tan pronto apareció por allí, las conversaciones cesaron de golpe. Todos callaban a su paso, como si fuera un apestado con el que nadie quería hablar. Cuando ya estaba a punto de marcharse, se acercó a él un hombre algo andrajoso de unos cuarenta años. Era enjuto de carnes, con el pelo ralo, la cara muy quemada por el sol y la boca sin apenas dientes.

—Por unas pocas monedas puedo informaros de algo que os va a interesar —le hizo saber a Rojas en voz baja.

—¿De qué se trata? —preguntó el pesquisidor con recelo.

—Del nombre de los dos encomenderos que casi os matan hace unos días —respondió el hombre con desparpajo.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Porque estuvieron luego presumiendo de ello en una taberna, para gran regocijo de los allí congregados.

—Está bien, aquí tenéis las monedas —le dijo Rojas, entregándoselas—. Y ahora decidme, por lo que más queráis, quiénes son y dónde se encuentran.

—Se llaman Juan Pimentel y Alonso Laguna, y van todas las noches a emborracharse a esa taberna de ahí —añadió, señalando hacia el bodegón que se encontraba en una de las esquinas de la plaza—. Y, a eso de las once, se van a su casa a dormir. Si os apetece, por unas monedas más, puedo ayudaros a vengaros de ellos.

—¿Habláis en serio? ¿No me estaréis tendiendo una trampa? —inquirió Rojas.

—Odio a esos encomenderos tanto como vos, tal vez más, pues llevo muchos años conviviendo con ellos y sé de sobra cómo actúan —aseguró el hombre.

—Está bien, nos vemos aquí mismo a eso de las diez —convino Rojas.

—No faltaré —aseguró el otro.

—Por cierto, ¿cómo os llamáis?

—Manuel Sánchez, para serviros.

Rojas pasó el resto del día en la posada, descansando, pues todavía se sentía algo dolorido por la paliza, y pensando en Higuemota. De momento, las cosas no habían mejorado mucho, pero, gracias a Enriquillo, había recuperado la confianza en sí mismo y eso le permitía albergar ciertas esperanzas. Cuando empezó a caer la noche, se fue a cenar y después se dirigió a la plaza Mayor, donde ya lo estaba esperando Manuel Sánchez. Al igual que en su último sueño, esa noche había luna llena y una luz plateada bañaba la ciudad.

—Pensé que no vendrías —le dijo el hombre a modo de saludo.

—Lo mismo creía yo.

—Pues aquí estamos.

—¿Y se puede saber por qué me estáis ayudando? —preguntó Rojas.

—Porque no tengo nada mejor que hacer —respondió Manuel con naturalidad—. Yo soy de Torredonjimeno. Hace unos años, vine a La Española, como tantos otros, en busca de la tierra del oro y enseguida me di cuenta de que no se encontraba aquí. Tal vez no se halle en ninguna parte del Nuevo Mundo. Pero lo que, desde luego, está claro es que aquí hay muy poco y el poco que hay cuesta mucho sacarlo. De hecho, si no fuera por el trabajo forzado de los indios, este negocio no sería provechoso para nadie; en realidad, ellos son la única riqueza que hay por estos pagos. Así que, si no tienes indios, no hay nada que hacer y, si estos se acaban, aquí no quedará nadie. Los españoles desafortunados que han tenido ocasión de irse hace ya tiempo que se fueron. Los demás se han quedado porque no tienen para el pasaje o porque todavía aguardan una oportunidad. Yo he intentado encontrar algún empleo, de lo que sea, pero nadie me lo da. «Para eso están los indios», me dicen todos.

—¿Y por qué no habéis vuelto a casa?

—¿A casa? Yo no la tengo, ni tampoco una mujer que me espere ni un hijo al que criar. De todas formas, no podría embarcarme, pues carezco de dinero. ¡Así Dios me lleve a Castilla! —juró Manuel con un gesto de impotencia.

—Si es por eso, yo os conseguiré un pasaje.

—¿En serio?

—De momento, sois el único español que me ha echado una mano en esta isla, aunque haya sido por unas monedas —le confesó Rojas.

—Pues no sabéis cómo os lo agradezco. Un momento. Creo que ya salen —le advirtió Manuel.

—Vayamos tras ellos —le indicó Rojas.

En efecto, se trataba de los dos encomenderos que lo habían apaleado. El pesquisador y su nuevo amigo cruzaron la plaza y comenzaron a seguirlos. Estos iban dando tumbos a causa del vino y hablando a voces, y tan pronto se juntaban como se separaban hasta tropezarse con los muros de las casas. Cuando llegaron a una zona algo más oscura, sus perseguidores corrieron hacia ellos. Rojas les gritó que se detuvieran, que se habían olvidado algo.

—¿A qué os referís? —preguntó el más joven.

—A esto —contestó Rojas, dándole una puñada en el rostro que lo hizo tambalear.

—Pero ¿a qué viene eso? —protestó el encomendero.

—¿Ya no os acordáis de mí?

—¡Sois el amigo de los indios! —exclamó el otro, sorprendido, tras reconocerlo.

—Habéis acertado —anunció Rojas, propinándole otro golpe.

Esta vez el encomendero cayó al suelo con el rostro cubierto de sangre.

—¿Qué hacéis, por el amor de Dios? ¿Por qué habéis pegado a mi amigo? —preguntó el de más edad, con la voz pastosa.

—No estéis celoso. También hay para vos —le dijo Rojas, pateándole el estómago, lo que hizo que el otro se doblara y se retorciera de dolor.

—Está bien, está bien. Decidnos qué queréis —inquirió el de más edad.

—¿Por qué le echasteis la culpa del incendio a los taínos? ¿Tenéis alguna prueba de que ellos lo hicieran?

—¿Pruebas? Ninguna. Lo dije solo por decir —reconoció el más joven.

—¿Y al pobre taíno lo maltratasteis también por puro gusto?

Dicho esto, la emprendió de nuevo con los dos, hasta derribarlos y dejarlos medio aturridos.

—Y tenéis suerte de estar borrachos; si no, ahora mismo os molía a golpes a los dos. Y lo haré si no me juráis por vuestra vida y la de vuestros hijos que no volveréis a pegar a ningún taíno ni a acusar a nadie sin motivo —les advirtió.

—Lo juramos, lo juramos por nuestra vida y la de nuestros hijos —aseguraron los dos encomenderos.

—Y ahora marchaos a casa, antes de que me arrepienta —les soltó Rojas.

Tras ponerse en pie, los dos encomenderos se alejaron con gran presteza, sujetándose el uno al otro para no caerse.

—¿Por qué no les habéis pegado más? —le preguntó Manuel, extrañado.

—Porque no soy como ellos y, además, estaban borrachos —respondió Rojas.

—Por eso mismo. Ya no tendréis una oportunidad como esta —argumentó Manuel.

—Si les hubiera pegado con más saña, pronto tendríamos a todos los encomenderos encima. Dejemos, pues, las cosas como están.

—Lo que vos digáis. ¿Y ahora qué pensáis hacer?

—Seguir buscando a los que incendiaron la aldea.

Manuel comenzó a rascarse la coronilla con una mano, como si estuviera muy concentrado.

—¿Y no habéis pensado que pudo haberlo hecho alguien por dinero? —sugirió de pronto.

—¿Qué queréis decir?

—Que los que prendieron fuego al poblado tal vez actuaran por encargo de un tercero —sugirió Manuel—. En esta isla hay mucha gente necesitada capaz de cometer cualquier fechoría por unas monedas, y más cuando las víctimas son taínos, cuya vida parece no valer nada.

—Imaginemos que fue como decís —admitió Rojas—. ¿Tenéis idea de dónde podríamos encontrar individuos de esa ralea?

—Bueno, conozco un sitio en el que se junta una buena parte de la chusma de esta ciudad —le informó Manuel.

—¿Queréis llevarme?

—Es un lugar muy peligroso.

—Llevo algún tiempo en la isla; así que ya no me asusta nada.

—Pues yo creo que aún os queda mucho por ver, y, si no, al tiempo —aseguró Manuel, con semblante serio.

—Empecemos por ese antro —propuso Rojas.

El lugar en cuestión era una taberna que estaba al norte del puerto, no muy lejos del barrio de Santa Bárbara, donde vivían los más pobres de Santo Domingo, a no mucha distancia de las canteras de las que se extraía la piedra para los grandes edificios de la ciudad. Se trataba de una casucha de barro y paja en la que, en lugar de vino, se servía toda clase de brebajes preparados por los taínos. En ella habría unos veinte hombres bebiendo solos o jugando a las cartas, cada uno con su jarra de veneno. Eran como naves varadas en un banco de arena o naufragos en un pequeño islote en medio del océano, dispuestos a abordar a todo aquel que pasara a su lado. Al igual que Manuel, habían llegado a la isla en busca de oro y al final habían perdido lo poco que tenían, incluida la dignidad y, en algún caso, las ganas de vivir.

Rojas y Manuel se sentaron a una de las mesas que había junto a la entrada y pidieron algo de beber, lo que fuera, pues no tenían intención de probarlo. El tabernero los miró con mala cara, como si quisiera dejarles claro que no le agradaba su compañía. Al poco rato, se acercó a ellos un individuo de muy mala catadura al que le faltaba un ojo y media oreja y, como enseguida comprobaron, una parte de la lengua.

—¿Buscabais a alguien? —inquirió con tono desafiante.

Sus palabras eran apenas inteligibles, a causa de su lengua mutilada, que le hacía hablar como un idiota.

—¿Habéis oído comentar algo sobre la aldea taína que incendiaron hace unos meses? —le indicó el pesquisidor.

—¿Y quién no? —exclamó el hombre.

—¿Y por casualidad no tendréis idea de quién lo hizo? —se aventuró a preguntar Rojas en voz baja, a la desesperada.

El pesquisidor sabía de sobra que hacer una pregunta así en un lugar como aquel era tan peligroso como agitar un avispero o meterse en la boca del lobo. Pero esa era la única baza que tenía. Su compañero, mientras tanto, lo miraba perplejo e inquieto.

—Desde luego que no, y, aunque lo supiera, tampoco os lo diría, pues no soy un soplón —se apresuró a contestar el hombre.

La respuesta era de imaginar. Sin embargo, el pesquisidor no se rindió.

—Por si cambiáis de opinión, os diré que el rey me ha autorizado a ofrecer una buena recompensa a cambio de información. Con ella podríais iros a otra isla o a Tierra Firme o allá donde os plazca y vivir como un sultán —lo tentó el pesquisidor.

Espoleado por la codicia, el hombre lo miró fijamente con su único ojo, puede que tratando de adivinar si Rojas hablaba en serio o era solo un engaño.

—¿De cuánto estamos hablando? —quiso saber el cíclope.

—De más ducados de oro de los que podáis gastar en lo que os queda de vida. Pero necesito que me digáis su nombre, dónde para y algún tipo de prueba de que fue él quien lo hizo —exigió Rojas.

—Mucho pedís.

—La paga lo vale.

—Si es quien creo, no sabéis con quién os la estáis jugando —le advirtió el cíclope.

—Eso es cosa mía —replicó Rojas.

—Es de esos que no se andan con contemplaciones, y yo soy la prueba evidente. ¿Sabéis lo que significan estas mutilaciones? —preguntó el hombre, señalando hacia su cara—. Ver, oír y callar. Me los hizo él por osar hablar en su presencia cuando no debía. Imaginaos lo que me haría si lo delatara. Desde entonces, soy como un mensaje de advertencia para todos aquellos que quieran tener noticia de él o estén pensando en denunciarlo.

—¿No vais, pues, a decirme su nombre?

—Me temo que no.

—Si no me lo reveláis, haré que os metan en la cárcel de por vida, por encubridor —lo amenazó Rojas.

—No me importaría —rechazó el hombre—. Así al menos comería de vez en cuando y podría dormir bajo techado y sobre un montón de paja, que es más de

lo que tengo ahora.

—Os estoy dando la oportunidad de vengaros por lo que os hizo —le ofreció Rojas.

El hombre se quedó pensativo, como si comenzara a estar indeciso.

—¿Y qué pasa con el dinero?

—Cuatrocientos ducados de oro. La mitad ahora, cuando nos deis la información, y la otra, tan pronto demos con él y comprobemos que no mentís.

—Lo haré, ¡qué demonios! Al fin y al cabo, ya estoy peor que muerto — proclamó el cíclope tras una pausa.

En ese momento, uno de los presentes se puso en pie y lanzó un cuchillo contra el hombre, con tal puntería que se lo clavó en la garganta. Este, sorprendido, se echó las manos al cuello y trató de hablar, pero de su boca no salió más que un borbotón de sangre, y, al instante, se derrumbó sobre la mesa.

Cuando Rojas y su amigo quisieron hacer algo, el agresor ya había huido, con la misma eficacia y rapidez con la que había lanzado el cuchillo. Una vez fuera, no vieron a nadie; había desaparecido sin dejar rastro. Lo buscaron durante un buen rato por los alrededores, sin ningún resultado. Luego volvieron a la taberna y descubrieron con estupor que el cadáver de su frustrado delator ya no se encontraba allí; tampoco se veía ni una sola gota de sangre en el suelo, como si nada hubiera sucedido. Rojas ni siquiera se molestó en preguntarle al tabernero qué había pasado. Habría sido imposible sacarle algo, ni siquiera el día o la hora que era.

XVI

(Santo Domingo, el día después)

Lo primero que hizo Rojas a la mañana siguiente fue ir a visitar al gobernador, que seguía con sus gestiones de última hora y sus preparativos de viaje. Tras contarle lo que había ocurrido en la taberna, le pidió colaboración para localizar al homicida y averiguar qué sabía. Pero don Diego le dio largas, con la excusa de que todo aquello no era más que una vulgar patraña inventada por la víctima para conseguir dinero.

—Entonces, ¿por qué lo mataron? —replicó Rojas.

—Cualquiera sabe. En ese antro raro es el día que no hay una pelea —le contó el gobernador—. Me imagino que el que lo mató se pensaría que lo iba a delatar a él, por lo que fuera, o se la tendría ya jurada o le dio un arrebató. Sea como fuere, no os deberíais haber juntado con semejante gentuza.

—Si de verdad creéis que no lo estoy haciendo bien, ¿por qué no me ayudáis en las pesquisas? Vos conocéis la ciudad y la isla mucho mejor que yo —le soltó Rojas.

—Os ayudaría si pudiera, pero ahora no quiero complicaciones, ya sabéis cuál es mi situación aquí. Estoy a punto de partir para España y tengo a un juez de residencia siguiéndome los pasos, para ver si cometo alguna falta. Espero que lo comprendáis —se justificó el gobernador.

Cuando salió del palacio virreinal, Rojas fue al encuentro de Manuel, que lo aguardaba en el mentidero de la plaza. Según le dijo, había estado intentando descubrir algo por su cuenta. Pero tampoco había tenido suerte. Un manto de silencio parecía haberse extendido sobre la matanza de la Epifanía y todo lo que tenía que ver con ella.

Hartos de no hacer nada, decidieron ir a comer a un mesón cercano. Por el camino, Rojas observó que alguien los seguía. Aunque no logró distinguirlo bien, pensó que se trataba del mismo que lo había espiado días atrás. Pero esta vez no estaba dispuesto a dejar que se escapara. De modo que se lo contó a su acompañante e idearon un plan. Este consistía en separarse para que Manuel se fuera por una de las calles laterales y volver luego por detrás, con el fin de coger al otro por sorpresa.

Rojas detuvo un poco el paso para darle tiempo a su amigo a llevar a cabo la treta. Al poco rato, oyó un silbido, que era la señal convenida de que ya se encontraba en posición; así que se dio la vuelta y fue en busca de su perseguidor. Este, sorprendido, trató de huir, pero Manuel le salió al paso. Cuando Rojas llegó a su altura, lo encontró tirado en el suelo y a su ayudante sentado a horcajadas sobre él para que no se moviera.

—¿Por qué me seguís? —le preguntó Rojas.

—Yo no os sigo —rechazó el hombre.

—Mentís. Decidme quién os lo ha ordenado. ¿Trabajáis para alguien? ¿Algún encomendero, tal vez?

—No sé de qué me habláis.

—Está bien. Os llevaré ante el juez. A ver si en los calabozos os hacen hablar a fuerza de golpes —le advirtió.

—Estáis cometiendo un grave error —comentó el hombre.

Después de las diligencias oportunas, el juez mandó que encerraran al detenido en la cárcel, que se encontraba situada entre la plaza Mayor y la fortaleza, para que los alguaciles pudieran darle tormento. Como pesquisidor real, Rojas pidió que lo dejaran asistir al interrogatorio, a lo que nadie puso ningún reparo. Antes de torturarlo, le preguntaron al prisionero si quería hablar. Ante su negativa, lo ataron al potro y comenzaron a martirizarlo, mas no consiguieron nada. De allí lo pasaron a una silla, donde lo golpearon con saña y le aplicaron un hierro candente. Pero el detenido no abrió la boca, ni siquiera para quejarse o pedir algo. Al cabo de varias horas, los alguaciles hicieron un descanso, que Rojas aprovechó para tomar el aire, pues el de aquella sala húmeda y oscura estaba muy viciado.

Cuando volvió a los calabozos, uno de los alguaciles le hizo un gesto a Rojas para que se acercara, ya que quería comentarle algo.

—Creo que deberíamos dejarlo —le propuso.

—¿Por qué motivo?

—Porque no vamos a sacar nada en claro. Sabemos con certeza que se trata de

uno de los hombres de Lope de la Cruz, y esos nunca cantan en el potro, por más tormento que les demos —le explicó el alguacil al oído.

—¿Y cómo lo habéis averiguado?

—Uno de los guardias de la cárcel lo acaba de reconocer; por lo visto, son del mismo pueblo y conoce sus andanzas —le informó.

—¿Y qué sabéis de ese Lope de la Cruz?

—Que es un individuo muy peligroso —comentó el alguacil—. Nada menos que un renegado y un criminal que, desde hace tiempo, vive huido de la justicia. En su día fue soldado y monteador bajo las órdenes de Nicolás de Ovando y ahora tiene muchos indios en encomienda.

—¿Qué clase de monteador?

—De esos que se dedican a seguir el rastro de los indios que se fugan a las montañas con el fin de apresarlos o cazarlos —le explicó el alguacil—. Por lo general, tienen derecho a quedarse con una parte del botín, y a él no se le escapaba ninguno. Así fue como se hizo con un buen montón. Durante un tiempo, fue también la mano ejecutora de Ovando. Lo que este le mandaba él lo hacía con diligencia y sin protestar, aunque para ello tuviera que usar los métodos más crueles y eficaces. Por lo que sé, fue uno de los que participaron en la matanza de Xaraguá y el que atrapó a la célebre Anacaona.

Rojas se acordó de Higuemota y de lo que esta le había contado sobre su madre, y eso acrecentó su interés por el fugitivo.

—¿Y qué pasó para que dejara de ser monteador?

—Pues que Lope de la Cruz no se sintió suficientemente recompensado por sus servicios —explicó el alguacil—. También dicen que se volvió loco, que de tanto matar por orden del gobernador acabó aficionándose a la sangre, de la que siempre andaba sediento. Se ve que habían alimentado tanto a la fiera que llevaba dentro que ya no había quien la parara. El caso es que se ha desnaturalizado y vive escondido en la selva, con varios de sus hombres y un pequeño ejército de indios caribes muy belicosos, a los que debe de haber reclutado en algún lugar recóndito de La Española o en algunas islas próximas. Y lo peor es que estos obedecen ciegamente todo lo que él les ordena, pues lo adoran como si fuera un dios; de ellos se cuentan auténticas atrocidades.

—Lo que no entiendo es por qué no lo han apesado.

—Está acusado de numerosos crímenes, pero hasta ahora nadie ha logrado dar con él, ya que se encuentra en un paraje muy poco accesible, rodeado de tierras húmedas y manglares, aguas arriba del río Ozama. Más de uno se ha perdido para siempre en esos andurriales por intentar atraparlo. Algunos hablan del

hechizo de la selva, que atrae a los que se adentran en ella con sus cantos de sirena, para luego matarlos o volverlos locos. De modo que ya sabéis a lo que os enfrentáis —le advirtió el alguacil con tono sombrío.

—¿Y el gobernador y el rey qué dicen de todo esto?

—El gobernador mira para otro lado, y al rey no creo que le importe mucho, mientras Lope de la Cruz siga mandando la quinta parte de todo el oro que recoge, que, al parecer, es mucho. Incluso se dice que tiene un tesoro enorme escondido en alguna parte de la isla, con el que podría comprar a todos los que la habitamos —le informó el alguacil.

—¿Y no habéis conseguido sacarle nada al detenido?

—Ya os he dicho que no hablará. Si lo hiciera, Lope de la Cruz lo colgaría de un árbol después de arrancarle la piel a tiras, a él y a toda su familia, incluidos sus hijos. Y luego vendría a por nosotros. Así que lo mejor será dejarlo en paz —concluyó el alguacil.

—Por lo que sabéis de ese renegado, ¿creéis posible que sea él el autor de la matanza de la Epifanía?

—No sería la primera vez que lleva a cabo algo parecido —señaló el alguacil.

—¿Y por qué lo haría en este caso?

—Sabe Dios. Tal vez por odio o por venganza o para demostrarnos su poder, o puede que solo tratara de capturar a los taínos y se le fuera la mano. Ya os he dicho que ha perdido el juicio —insistió el alguacil.

—¿Y tenéis idea si entre sus hombres ha podido estar uno al que le faltaba un ojo, un trozo de oreja y la punta de la lengua?

—Bien pudiera ser. Parece un castigo muy propio de ese canalla —comentó el alguacil.

—Una última pregunta, ya que sois tan amable. ¿Conocéis el río que pasa cerca de la aldea incendiada?

—Supongo que os referís al Isabela.

—¿Y sabéis adónde va a parar?

—Desemboca poco después en el Ozama, justo antes de llegar a una zona de manglares —precisó el alguacil.

—Os agradezco mucho la información.

—A mandar.

Rojas fue de inmediato a ver al gobernador para informarle de las novedades. En el palacio le dijeron que se hallaba ya en el puerto, pues su nave estaba a punto

de partir para Castilla. Cuando Rojas llegó al embarcadero, don Diego acababa de poner los pies en la nao. Junto a él estaba su esposa, que había acudido para despedirse y comprobar que su marido no olvidaba nada. Desde tierra, el pesquisidor le dijo a gritos que necesitaba hablar con él.

—Será solo un momento —añadió.

—Está bien, subid a bordo —concedió el otro.

En el barco, todos estaban listos para zarpar, y al capitán no pareció gustarle mucho la demora, ya que los vientos eran favorables, y tampoco a doña María Álvarez de Toledo. Una vez en cubierta, Rojas se reunió con Diego Colón, que se había puesto sus mejores galas para aparentar que seguía siendo importante.

—Mi esposa ya se iba —le dijo el gobernador.

Doña María levantó la cabeza, muy digna, y se dispuso a bajar de la nave con gesto altanero, no sin antes darle a su marido un último consejo:

—Te prohíbo que vuelvas a la isla si no es como gobernador con plenos poderes. Defiende como un hombre lo que es tuyo y no te dejes avasallar.

Cuando se fue su mujer, don Diego hizo un gesto de indiferencia, como si no pasara nada, pero lo cierto era que se le veía preocupado. El pesquisidor lo puso al tanto de las novedades, mientras el gobernador lo escuchaba algo distraído.

—Me parece muy bien todo lo que me habéis contado, pero decidme: ¿por qué pensáis que ha sido él? —objetó este cuando Rojas concluyó su relato.

—Por sus antecedentes y porque todos los indicios apuntan a su persona. ¿Y por qué, si no, iba a enviar a uno de sus hombres para que me siguiera?

—No lo sé. Contádmelo vos —comentó el gobernador con desgana.

—Pues para estar al tanto de cómo van las pesquisas y actuar en consecuencia —sugirió Rojas.

—¿Y qué queréis que haga yo, vamos a ver? —replicó don Diego, cada vez más impaciente.

—Dar la orden de que busquen y detengan a ese tal Lope de la Cruz para que sea juzgado —le pidió Rojas.

—De entrada, no creo que al rey vaya a agradarle mucho la idea —le advirtió don Diego—. Por lo que sé, se trata de uno de los encomenderos que más oro le envían, y con gran diferencia, como vos mismo ya sabéis.

—Si es por eso, yo me hago responsable —le propuso Rojas.

—Por otra parte, habéis de saber que, en el pasado, ya hemos enviado varias partidas de hombres a buscarlo —le informó—. Pero la mayoría de sus miembros no regresaron; de algunos se decía, incluso, que se habían unido a él. Y los pocos que volvieron parecían haber perdido el juicio; algunos de ellos

contaban cosas muy difíciles de creer, aunque es probable que fueran ciertas.

—¿Cómo cuáles?

—Como que preparaba un magnífico banquete cada vez que atrapaba a algún enemigo, para mantener contentos a los caribes que tiene a su servicio. Según los testigos, se trataba de misas sacrílegas en las que De la Cruz se disfrazaba de sacerdote y repartía entre los asistentes el cuerpo y la sangre de su víctima, como si fuera una eucaristía, solo que en nombre del Diablo.

—¿A tanto llegaba la cosa?

—Eso es al menos lo que decían; hasta ahora nadie lo ha podido confirmar de forma fehaciente —señaló don Diego—. También sabemos que a los suyos los trata con mano muy dura, y, si alguno no obedece o lo traiciona o trata de huir, lo tortura lentamente para escarmiento de los demás. Una vez muertos, los cuelga de los árboles o coloca sus cabezas en una empalizada, para aterrorizar a los visitantes inesperados, si es que osan llegar hasta allí. Los indios que tiene en encomienda están tan aterrorizados que son capaces de sacar oro hasta de donde no lo hay con tal de no ser castigados. Basta que uno se pare un momento para rascarse el cogote para que le den de latigazos. Pero, a pesar de ello, Lope de la Cruz nunca ha dejado de mandar la parte de sus ganancias que le corresponde al rey, como si fuera ese el precio que está dispuesto a pagar para que lo dejemos a su aire y no lo molestemos.

—Pues en esta ocasión no va a ser así —advirtió Rojas—. Si es necesario, iré yo mismo a detenerlo.

—Si lo hacéis, será bajo vuestra responsabilidad. Yo, desde luego, no puedo dilatar más la partida. Además, ya no soy gobernador. Así que vuestras pesquisas no son asunto mío —dijo don Diego, lavándose las manos.

—Si no me ayudáis, hablaré con Enriquillo; seguro que a él le interesa saber que no habéis movido un dedo para hacer justicia —lo amenazó Rojas—. Tal vez sea esta la excusa que los taínos están esperando para rebelarse —dejó caer.

—Eso sería una gran temeridad por vuestra parte —le reprochó don Diego—. La cosa podría terminar en una carnicería.

—Pues ayudadme a evitarlo.

—Está bien —admitió el hijo de Colón—. Pero sabed que lo único que puedo hacer por vos es asignaros una carabela pequeña para remontar el río, varios alguaciles de campo y algunos de los soldados que están en la fortaleza, con sus respectivas armas. Son gente en extremo valiente y de confianza.

—Si os parece bien, os ruego que deis vuestra autorización para que puedan quedarse con una parte del oro que encontremos en poder de Lope de la Cruz —

le propuso Rojas.

—Mientras respetéis lo que corresponde a la justicia y al rey... —le recordó don Diego—. Pero no le digáis nada de esto a mi sustituto, ya que me estoy excediendo; y, si se lo pedís a él, seguro que no os lo concede.

—¿Sabéis ya de quién se trata?

—Del juez de residencia Cristóbal Lebrón, el mismo que, desde que llegó a esta isla, me anda buscando las cosquillas —comentó don Diego con aire resignado—. Mi esposa aún no está al corriente. Ella queda como teniente de gobernador, junto con nuestro hombre de confianza, Jerónimo de Agüero, aunque sin poder alguno.

Antes de que Rojas abandonara la nao, el gobernador le pidió a un escribano que redactara varios documentos, entre ellos la autorización para que Rojas pudiera disponer de todo lo pactado, con el fin de apresar a Lope de la Cruz, todos ellos fechados antes de ese día, cuando todavía era gobernador efectivo de las Indias. Por último, se desearon buena suerte en sus respectivas andanzas. Los dos estaban seguros de que la iban a necesitar.

Rojas bajó de la nave justo antes de que quitaran la plancha de embarque. En la cuesta que conducía hacia el palacio virreinal, lo aguardaba doña María, que se había quedado con la mosca tras la oreja, acompañada de varias de sus damas.

—¿Se puede saber qué queráis de mi marido con tanta urgencia? —le preguntó al pesquisidor cuando lo tuvo a su altura.

—Perdonadme, pero eso es algo que ya no os atañe —replicó Rojas, que no quería contarle nada para no poner en peligro la expedición, dadas las circunstancias.

—Me importa todo lo que tenga que ver con mi esposo. Yo soy ahora la gobernadora —anunció doña María con cierto tono de soberbia.

—Vuestro esposo me ha dicho que el rey ha nombrado un gobernador interino y que vos quedáis como teniente de gobernador —le reveló el pesquisidor.

—¡Eso no puede ser! —rechazó la Virreina, indignada—. ¿Y a quién han elegido?

—Se trata del juez de residencia Cristóbal Lebrón.

—Lo sabía, lo sabía. Ahora sí que estamos apañados —exclamó doña María con gran disgusto—. Mi marido me va a oír por no habérmelo dicho. El muy cobarde no se ha atrevido, porque sabía que, si me lo contaba, no lo habría dejado irse de aquí hasta que no lo arreglara. Pero ahora mismo vuelvo al barco —añadió, dándose la vuelta.

—Lamento tener que deciros que la nave ya ha partido —le advirtió Rojas.

—¿Estáis seguro? —inquirió ella, contrariada.

—Después de que yo bajara, han quitado la plancha y soltado amarras, pues llevaban prisa —le informó Rojas.

Doña María desanduvo el camino hasta llegar al embarcadero y, desde allí, contempló cómo la nao corría rauda hacia el mar. Después de dar una patada contra el suelo y sacudir los brazos muy enfadada, regresó al lugar en el que Rojas se había quedado esperándola.

—En todo caso, el licenciado Lebrón tendrá que vérselas conmigo — proclamó la Virreina con gran vehemencia—. No ha nacido todavía el juez que me diga a mí lo que tengo que hacer. Se van a enterar esos canallas. Por desgracia, mi marido no tiene carácter. Pero la culpa de lo que aquí pasa no es suya, sino del rey, que es un avaricioso al que solo lo mueven tres cosas: las mujeres, el oro y el ansia de poder. Si lo sabré yo, que estoy emparentada con él y me he pasado varios años en la corte pleiteando contra la Corona en nombre de mi marido, para que no le arrebataran todos los derechos que le correspondían por ser hijo de Cristóbal Colón. Y, al final, no le quedó más remedio que ceder en algo; menuda soy yo. Mas de poco nos ha servido, ya que de nuevo pretende quitarnos lo que es nuestro, arguyendo que mi esposo no ha gobernado como es debido; como si él supiera gobernar. Con esta finalidad nombró a ese maldito juez de residencia, que, como me temía, ahora se ha hecho con el cargo, aunque sea de forma interina. Y yo me he quedado sola y desconsolada en esta isla perdida e ingrata. Pero no pienso consentirlo.

—¿Queréis que os acompañe hasta el palacio? —se ofreció Rojas, por cortesía.

—Gracias; me basto sola, y, además, todavía tengo a mis damas —rechazó ella, muy digna.

XVII

(Santo Domingo, ese mismo día)

A Rojas le habría gustado mucho meditar con calma sobre los riesgos y circunstancias de la empresa en la que se iba a embarcar, así como sobre la mejor manera de llevarla a cabo. Pero no había tiempo que perder. Seguramente, Lope de la Cruz no tardaría en enterarse de que su hombre había sido detenido e interrogado, con lo que pronto se pondría en guardia. Y lo más probable era que el nuevo gobernador, en cuanto tuviera noticia de lo que ocurría, tratara de estorbar su misión. Así que había que actuar cuanto antes.

Lo primero que hizo fue mandar que prepararan la carabela con la correspondiente tripulación, para llevar a cabo una expedición río arriba, sin informar de la verdadera naturaleza y finalidad de la misma. Después fue a hablar con el alcaide de la fortaleza y le pidió, en nombre del gobernador, que preparara a algunos de sus hombres para una misión secreta. También le dijo que deberían ir bien pertrechados. En un principio, el alcaide trató de resistirse, al ver que se trataba de una orden de Diego Colón. Pero Rojas logró convencerlo, tras mostrarle su credencial de pesquisidor del rey. A cambio, eso sí, tuvo que conformarse con solo una parte de los efectivos, pues el gobernador interino había mandado que los soldados de la fortaleza se desplegaran por toda la ciudad y algunos caminos de acceso, como demostración de poder. Después de discutir algunos detalles, quedaron en que la expedición partiría, sin falta, al alba.

Luego Rojas fue a ver al vicario de los dominicos. Este se hallaba descansando en el huerto, junto a fray Antonio de Zamora, que parecía profundamente dormido bajo la sombra de uno de los árboles. El pesquisidor le contó a fray Pedro lo que había averiguado y lo que tenía pensado hacer. Al

fraile le pareció que esa expedición era una locura y un grave error; de modo que trató de disuadirlo con toda clase de razones y argumentos.

—¿Es que no os dais cuenta del gran peligro que entraña? Vais a enfrentaros a un desalmado que, por lo que decís, acaudilla un pequeño ejército sanguinario, y sin tener la certeza de que haya sido él el que provocó el incendio.

—Estoy casi seguro de que lo hizo él —insistió Rojas—. Todos los indicios apuntan a ese malnacido, ya que no era la primera vez que arrasaba una aldea o causaba una masacre. Por no hablar de otras circunstancias.

—Puede que tengáis razón. En todo caso se trata de una misión muy peligrosa —le advirtió el vicario.

—No os entiendo, la verdad. Días atrás me reprochabais que no me ocupara de mis pesquisas, y, ahora que he averiguado quién lo hizo, no queréis que vaya a detenerlo —replicó Rojas.

—No es que no desee que lo apreséis; lo que no quiero es que perdáis la vida en el intento —precisó el vicario.

—Eso es cosa mía.

—Creo que no sois consciente de lo que decís. La pasión os ciega —le reprochó el fraile—. Ya sabéis de lo que hablo.

—No, no lo sé.

—Me refiero a lo que sentís por Higuemota. Mucho me temo que todo esto lo hacéis para conseguir su amor, para que os quiera y os considere digno de ella, aunque sea a costa de poner en riesgo vuestra propia existencia —argumentó fray Pedro.

—Es posible, no lo niego, y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias, incluida la muerte. No en vano es el amor el que nos hace fuertes y audaces —proclamó Rojas.

—No sabéis de qué habláis. Por favor, os lo suplico, recapacitad. Si vos murierais en este trance, no nos lo perdonaríamos —insistió el vicario.

—Si no intentara completar mi misión, sería yo el que no me lo perdonaría nunca —replicó Rojas.

—Pero vos ya habéis hecho bastante. Habéis descubierto al culpable de la muerte de esos inocentes. Dejad que sean otros los que lleven a cabo el resto del trabajo.

—Si no lo hago yo, nadie lo hará; lo sabéis muy bien —objetó el pesquisidor—. El antiguo gobernador se ha lavado las manos, el actual tiene otras preocupaciones y al rey lo único que le importa es que fluya el oro hacia Castilla, lo demás le da igual. A nadie, salvo a nosotros, le importan los taínos —

concluyó Rojas.

En ese momento se despertó fray Antonio, que, al ver a su amigo tan exaltado, preguntó qué pasaba. Este le hizo un resumen de lo acontecido y le explicó sus intenciones, y el vicario le comentó cuál era su postura.

—En mi opinión, fray Pedro exagera —señaló Rojas, dirigiéndose al herbolario.

—Fray Antonio, os lo ruego, tratad de disuadirlo; a vos os hará caso —le pidió, por su parte, su superior.

—El vicario tiene razón —intervino fray Antonio—. No parece muy sensato que queráis poner en el tablero vuestra vida, y más sin tener constancia de que ese tal Lope de la Cruz sea el verdadero culpable. Lo más probable es que haya sido un encomendero ávido de venganza y no un loco sediento de sangre.

—En eso os equivocáis —rechazó Rojas—. Antes que cualquier cosa, Lope de la Cruz es un encomendero, el más eficiente de todos, el que más oro recoge y, por lo tanto, el que más envía a Castilla. Es posible que sea un demente, pero no habría perdido el juicio si Nicolás de Ovando no lo hubiera azuzado en su día para que matara sin piedad a gente inocente o si el rey y sus consejeros, sobre todo los que deciden la política de las Indias, no hubieran mirado para otro lado, mientras otros se manchaban las manos de sangre por ellos. La Corona es, pues, responsable de que una bestia así ande suelta por esta isla. Y, como pesquisidor del rey, es mi deber intentar apresarla. Os agradezco vuestros buenos deseos, pero no pienso dar mi brazo a torcer.

—En ese caso, dejad al menos que alguno de nosotros os acompañe, tal vez pueda seros de ayuda —propuso el vicario.

—No hace falta que nadie más ponga en peligro su vida —objetó Rojas—. Aquí tenéis mucho que hacer.

—No se hable más. Fray Anselmo irá con vos; él siempre se anda quejando de que en el convento se aburre por falta de aventuras —arguyó fray Pedro.

—¿Lo enviáis acaso para espiarme? —inquirió Rojas.

—Lo único que quiero es que os eche una mano. Os lo debemos.

—Está bien; que venga si quiere. De esa forma será testigo acreditado de todo lo que allí pase, aunque no os garantizo que pueda volver.

—Cuando un dominico viene a las Indias, sabe de sobra cuáles son los riesgos que corre. No sería el primer hermano que muere, como un mártir, en estas tierras.

Una vez concertada la cita con fray Anselmo, Rojas se despidió de los dominicos, que le desearon toda la ayuda de Dios y prometieron rezar por él.

Cuando estaba en la calle, salió tras sus pasos fray Antonio. Se le veía muy apenado por su amigo.

—Ya sé que sois muy testarudo y que no me vais a hacer caso, pero prometedme que tendréis mucho cuidado —le pidió.

—Lo tendré, no os preocupéis.

—Ojalá fuera más joven para poder acompañaros.

—Si vos fuerais joven, yo aún no habría nacido —bromeó el pesquisidor.

—Os ruego que os lo toméis en serio —replicó fray Antonio—. Lo que vais a hacer es muy peligroso.

—Volveré —aseguró Rojas—. No creáis que os libraréis de mí así como así.

Por el camino, Rojas se encontró con su amigo Manuel, que lo aguardaba impaciente y algo enfadado.

—¿Qué pasa, no pensabais decírmelo? —le soltó con tono de reproche.

—¿Cómo os habéis enterado? —preguntó Rojas sorprendido.

—En esta ciudad todo se sabe —respondió Manuel con gesto cómplice.

—Se trata de una misión muy arriesgada, y vos ya habéis hecho bastante por mí. Os habéis ganado con creces vuestro pasaje —arguyó Rojas.

—¿Y eso qué importa ahora? —replicó Manuel—. Ya sabéis que yo no tengo nada que perder. Os ayudaré a atrapar a ese bastardo y volveremos juntos a Castilla.

—Si es ese vuestro empeño, os espero al alba en el puerto —concedió Rojas, estrechándole la mano.

Cuando el pesquisidor llegó a la posada, se encerró en su cámara para redactar varias cartas, que habrían de ser entregadas en el caso de que no regresara con vida. Una era para su esposa, otra para sus hijos y la última para Higuemota. En la primera intentaba explicarle a su mujer las razones que lo llevaban a emprender tan importante misión, le daba las gracias por todos esos años que habían compartido y le comunicaba algunas instrucciones relativas a la herencia y a la administración de sus bienes. A sus descendientes les pedía que cuidaran de su madre y que fueran buenos y honestos y se acordaran de él; también les daba algunos consejos para que pudieran salir adelante en la vida de forma honrada. A Higuemota le decía que la amaba con toda su alma y le pedía perdón por no haber podido hacer más por ella y por los suyos. Conocerla había sido lo

mejor que le había ocurrido nunca y le daba gracias a Dios por ese inmenso regalo, tan inmerecido como inesperado; y si, a cambio de ese gran privilegio, tenía ahora que entregar su vida, con gusto la daría. Lo único que lamentaba era no poder estar más tiempo con ella. Así y todo, confiaba en volver a verla algún día en alguna parte y en permanecer en su memoria hasta que llegara ese momento.

Luego intentó dormir, pero no lo consiguió. Su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas a los mismos pensamientos, como una noria que trasegara una y otra vez la misma agua. No estaba preocupado por él, sino por todos aquellos a los que sin querer había embarcado en una empresa tan incierta: Manuel, fray Anselmo, los soldados, los alguaciles de campo y la pequeña tripulación de la carabela. De repente vio recortarse en la ventana una silueta que le resultaba familiar. «No lo puedo creer», se dijo, mientras se incorporaba y encendía una vela, para comprobar que sus ojos no lo engañaban. En efecto, se trataba de Higuemota, que estaba tratando de entrar en su cámara. Sobre la cabeza, enredada en el pelo, traía una especie de luciérnaga llamada *cocuyo*, que le servía para iluminarse, a modo de farol, como era habitual entre los taínos.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —le preguntó, ayudándola a entrar.

—Vengo a disuadiros —susurró ella.

—¿Quién os lo ha contado?

—Os recuerdo que tenemos espías en todas partes.

—Entonces, sabréis de quién se trata. Ese canalla participó también en la matanza de Xaraguá y en la captura de vuestra madre.

—Lo conozco de sobra —reconoció ella—. Pero lo que vais a hacer es un disparate que no va a servir de nada.

—No he llegado hasta aquí para rendirme ahora —le explicó Rojas.

—Este asunto es cosa nuestra. Dejad que sean Enriquillo y los demás caciques los que vayan en su busca —propuso Higuemota.

—Vuestro pueblo ya ha perdido a demasiada gente y las autoridades de la isla no os permitirán que os toméis la justicia por vuestra mano, por muy criminal que sea. Los causantes de la tragedia han sido españoles y tenemos que ser nosotros los que lo solucionemos —replicó Rojas.

Higuemota lo miró a los ojos. Los de ella, más hermosos que nunca, parecían a punto de llorar.

—No quiero que tratéis de ser un héroe por mí —le suplicó—. No tenéis por qué sacrificaros. Vos no sois responsable de lo que ha pasado en esta isla. Ya nos habéis ayudado bastante.

—No lo hago solo por vos, ni, por supuesto, pretendo ser un héroe. Son el amor y el deber los que me mueven —le explicó él.

—Dejad al menos que os acompañen algunos de nuestros exploradores. Ellos pueden ayudaros a encontrarlo.

—Os lo agradezco, pero no creo que los que van a acompañarme quieran aceptarlos.

—Lo harán si vos se lo ordenáis —insistió Higuemota.

Rojas se quedó contemplándola sin decir nada. Parecía realmente preocupada por él. El pesquisidor se preguntó si ella también se habría enamorado. La princesa taína debió de leerle el pensamiento en los ojos, pues acercó sus labios a los de Rojas y lo besó en la boca. Él sintió cómo le subía por la nuca un placer tan intenso que lo hizo estremecerse.

—Entonces, ¿me queréis? ¿O lo hacéis solo por compasión?

—Ahora no habléis; dejad que sean nuestros cuerpos los que se expresen —le pidió Higuemota.

—Pero yo necesito escucharlo —insistió él.

—Hay cosas que no hace falta decirlas o que, si se nombran, se corre el riesgo de acabar con ellas. Así que tendréis que aprender a adivinarlas —le dijo ella.

Rojas comprendió por fin que no era momento de palabras. Sin dejar de besarse, comenzaron a despojarse torpemente de sus ropas. Higuemota fue la primera en quedarse desnuda. Sus formas eran firmes y sinuosas y su piel suave y tersa como la de una dulce fruta. Rojas tardó un poco más en desprenderse de su camisa a causa del pudor. Se sentía muy avergonzado ante tanta belleza. Al final tuvo que ser ella la que terminara de desvestirlo. Después se abrazaron, piel con piel, hasta sentir el calor del otro y se arrojaron sobre el lecho, donde se acariciaron con esmero. Luego sus cuerpos se enredaron y fundieron en uno solo en la penumbra de la cámara.

Esa noche los dos se amaron con pasión, casi con fiereza, improvisando diferentes posturas; tan pronto era ella la que lo cabalgaba a él, convertida en amazona, como él a ella, transformado en centauro. O se echaban uno encima del otro, para después darse la vuelta, como si fueran un animal con dos espaldas. Los dos unidos, sin barreras ni límites, bañados en un mismo sudor y espoleados por un mismo placer. La única diferencia era que ella lo hacía sin sentimiento de culpa ni conciencia de pecado, como algo inocente y natural, como si se tratara de una fuerza irresistible emanada de la tierra y del cielo, mientras que él no podía evitar sentir remordimientos ni dejar de pensar en su esposa y en el sexto mandamiento de la ley de Dios y en lo que dirían los

dominicos si lo supieran. No obstante, hubo un momento en el que Rojas logró olvidarse de todo y se dejó llevar, hasta fundirse con Higuemota en un mismo fuego, cada vez más intenso, y luego disolverse, como la espuma, en un mar de dicha.

XVIII

(Aguas arriba del río Ozama, los días posteriores)

Cuando, de madrugada, se despertó en su lecho, Rojas descubrió que estaba solo. Por un momento, pensó que su encuentro con Higuemota no había sido más que un sueño, fruto de su deseo. Pero, al incorporarse, encontró sobre la almohada una especie de amuleto, el mismo que ella solía llevar en su cuello. Era un pequeño colgante de piedra con una figura que se mostraba con las piernas flexionadas y las manos en la cabeza, como si estuviera en comunicación con los cemíes. Rojas lo apretó en su puño para infundirse valor y luego se lo puso. Sin perder más tiempo, se vistió de forma apresurada, cogió su zurrón y su espada y se dirigió al puerto, donde lo aguardaba ya el capitán con varios soldados —armados con ballestas, espadas, lanzas y espingardas—, algunos alguaciles de campo, la pequeña tripulación de la carabela, fray Anselmo y Manuel.

—Ya creíamos que no vendrías —le dijo el capitán.

—¿Y los demás? —le preguntó Rojas.

—No hay más; estos son los únicos que he podido reclutar —repuso el oficial.

—¿Habláis en serio? Ayer acordé con el alcaide...

—Lo sé —lo interrumpió el oficial—. Pero esto es lo que hay. Los demás no han querido o no han podido venir, pues han tenido que atender otras obligaciones. Y dad gracias a que doña María de Toledo nos ha echado una mano.

—¿Qué queréis decir? —inquirió Rojas, sorprendido.

—Que ha sido ella la que se ha hecho responsable de estos hombres —le informó el capitán.

—Está bien. Antes de partir —los arengó Rojas—, quisiera informaros de que

el objeto de esta expedición es adentrarnos en el interior de la isla a través del río Ozama, en una zona muy intrincada y poco explorada, hasta dar con Lope de la Cruz y sus hombres o hasta que estos nos descubran a nosotros. No os oculto que se trata de una misión muy peligrosa. Por ello he pedido autorización para que podáis quedaros con una parte del oro que encontremos en poder de ese canalla. Que Dios os bendiga a todos.

Tras algunos murmullos de agradecimiento, se hizo un silencio tenso.

—Alto, ¿quién va? —gritó de pronto uno de los soldados, al ver aparecer en el puerto a un grupo de indios.

—No pasa nada; son exploradores taínos que vienen a ayudarnos. Son gente buena y de confianza —indicó Rojas, tras comprobar que se trataba de los hombres que Higuemota le había ofrecido.

—Si embarcan ellos, yo no voy; podría tratarse de una trampa —advirtió uno de los alguaciles de campo.

—Ya os he dicho que son de fiar y tened por seguro que los vamos a necesitar —insistió Rojas.

—Eso si no nos traicionan antes —replicó el alguacil.

—Dejadlo que se quede en tierra, si es eso lo que quiere —intervino el oficial, dirigiéndose a Rojas—. A los demás seguro que no les importa que nos acompañen los exploradores. Todos mis hombres están casados o amancebados con mujeres taínas.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Tras saludar a los exploradores, Rojas ordenó que cargaran las armas y provisiones y embarcaran en la carabela. Una vez en ella, los marineros soltaron amarras, desplegaron las velas y pusieron rumbo al norte, aguas arriba, hacia territorio desconocido. Rojas se situó en la proa para sentir la brisa del alba en la cara y así mantenerse despierto. Allí estaba el Ozama, fascinante y tenebroso, lleno de vida, pero también preñado de muerte, sinuoso y sigiloso como una serpiente que se arrastraba hacia el mar.

Jamás Rojas había imaginado que iba a tener que vivir una aventura como esa, tan llena de obstáculos, peligros e incertidumbres y con tan pocas probabilidades de salir con bien de ella. Pero ya no era momento de lamentarse, sino de seguir adelante y confiar en la divina Providencia y en la buena voluntad de los cemíes. Desde luego, era mucho lo que él se jugaba, pero la causa y el fin bien merecían la pena. «Ahora ya puedo morir», había pensado esa noche, hacía apenas unas horas, después de haber gozado del amor de Higuemota, pues había sido muy feliz. Pero, en ese momento, no paraba de repetirse que no era justo tener que

morir ahora que acababa de descubrir una nueva vida y la verdadera felicidad.

Cuando se hizo completamente de día, los ánimos se fueron sosegando y algunos aprovecharon para echar una cabezada sobre la cubierta o para contemplar las palmeras que se elevaban a un lado y otro del río, altas y firmes, con su penacho de hojas agitadas por el viento, como si los saludaran o les dijeran adiós para siempre. Manuel sacó su mazo de naipes y comenzó a jugar solo. Pero, poco a poco, se le fueron sumando algunos más y la cosa se animó.

Rojas se sentó a popa y sacó del zurrón su recado de escribir portátil, dispuesto a comenzar el diario de a bordo, ya que quería dejar testimonio de todo lo que ocurriera en ese incierto viaje por territorio hostil. Mientras lo hacía, los demás lo miraban con curiosidad. Por la mañana, no sucedió nada digno de reseña, salvo algunas discusiones entre los soldados por un quítame allá esas pajas. A mediodía llegaron a la desembocadura del río Isabela, que dejaron a su izquierda, por donde a buen seguro habían ascendido en su día los criminales hasta llegar cerca de la aldea incendiada. Justo a esa altura, el Ozama doblaba hacia la derecha.

Estamos atravesando una zona de manglares. A un lado y otro, árboles y más árboles, montones de árboles macizos, inmensos, curvados, entrelazados, entretejidos, aterradores y hermosos, volcándose sobre las aguas. Según el fraile que nos acompaña, mangle significa en taíno «árbol retorcido». Los mangles crecen, por lo general, al borde del agua salobre, con la mitad sumergida y la otra mitad alzada en el aire, hasta alcanzar cierta altura, lo que explica que adopten formas tan extrañas. En otro momento, nos quedaríamos admirados ante su singular belleza, pero mis hombres los contemplan como si se tratara de una pesadilla. Algunos comienzan a reprocharme con la mirada que los haya traído hasta aquí, hasta este lugar tan inhóspito y sobrecogedor en el que deben de creer que se encuentra la frontera entre la vida y la muerte, entre este mundo y el otro, todavía más atroz que el primero, ese que nos aguarda a la vuelta de un recodo.

Al caer la tarde, una bandada de mosquitos comenzó a ensañarse con ellos con tal voracidad que tuvieron miedo de que fueran a desfallecer. Las picaduras les causaban un dolor insufrible y hacían que la piel se les llenara de bultos de color blanco y rojizo. Los zumbidos, además, eran tan molestos y desagradables que algunos se desesperaban y se tapaban las orejas con las manos. Ciertamente habría sido ridículo ser derrotados por unos seres tan ínfimos cuando iban a

enfrentarse con el mismísimo diablo. Por suerte, los exploradores taínos se apiadaron de ellos y les prestaron un ungüento de color rojo que repelía los mosquitos y protegía del ardiente sol; de modo que esa noche pudieron dormir en paz.

A la jornada siguiente, la carabela discurría tan lenta, a causa de la falta de viento, que tuvieron que echar mano de los remos. Para ello se establecieron varios turnos. A un lado y a otro del río, los árboles eran tan altos y tan espesos que ya apenas dejaban ver el cielo. Era como una cárcel vegetal, como un infierno verde del que no se podía escapar. El cauce, además, se había estrechado y las aguas se veían cada vez más oscuras y tenebrosas. De cuando en cuando, un colibrí o un papagayo ponían algo de color a la penumbra.

Para pasar el rato, alguien habló de unas extrañas criaturas que, según los taínos, habitaban en las márgenes de los ríos caudalosos y no tenían habla, sino una especie de canto muy melodioso. De estatura más bien pequeña y con el pelo muy largo, eran una especie de mujeres-pájaro y caminaban para atrás, por tener los pies volteados. Luego, algunos comenzaron a contar historias que habían escuchado por ahí sobre Lope de la Cruz, como que mataba por gusto, sin ninguna necesidad, solo para sentirse vivo, valga la paradoja; o que organizaba cacerías humanas por mera diversión. También se decía que tenía una especie de harén con decenas de mujeres taínas, en las que había engendrado numerosos hijos, como si con ellos quisiera compensar de alguna manera la gran mortandad que había causado en la isla. Rojas pensó que muy pronto esos niños formarían parte de su ejército y continuarían matando, mientras él seguía procreando. Cuantas más cosas sabía de aquel hombre, más le repugnaba y más le fascinaba. Era la maldad en estado puro, sin ningún tipo de disimulo ni encubrimiento ni disfraz.

Pocas horas después, tuvieron ocasión de presenciar una muestra de su extraordinaria crueldad. Esto fue lo que Rojas anotó en su cuaderno:

Nuestra particular barca de Caronte sigue su recorrido por la laguna Estigia, camino del Hades, en busca de Cerbero. Junto a una de las orillas hemos encontrado una canoa encallada. Al pasar junto a ella, hemos visto que en su interior yacían los cadáveres de dos taínos, con los rostros crispados y las bocas muy abiertas, como si las mandíbulas se les hubieran desencajado de tanto gritar. Les habían cortado los brazos y las piernas para que se desangraran, como un mensaje o aviso para los que se encontraran con ellos. Los exploradores se han mostrado bastante afligidos y el resto, muy

preocupados. Nos preguntamos quién pudo matarlos de esa forma tan brutal, aunque, en el fondo, estamos convencidos de que es obra de Lope de la Cruz.

Tras salvar un recodo, el cauce se fue estrechando poco a poco, lo que hacía cada vez más difícil la navegación. Era como si el río no quisiera que la carabela siguiera adentrándose en territorio prohibido. En la cubierta ya nadie decía nada; todos estaban atentos a lo que pudiera ocurrir a su alrededor, con el arma en la mano. Cualquier aullido de un animal, cualquier movimiento extraño los ponía en alerta. De vez en cuando miraban a Rojas, como pidiéndole explicaciones o una palabra de ánimo. El pesquisidor intentaba aparentar que no pasaba nada, que todo estaba bajo su dominio, que la misión iba a salir bien, que Dios los protegería porque eran buenos cristianos o, en su caso, verdaderos taínos.

Uno de los soldados ha comenzado a delirar, no sabemos si a causa del miedo o de la fiebre. Esperemos que no sea una dolencia grave. Dice que ha visto a alguien en la orilla. «No un hombre», aclara, «ni un animal». «Entonces, ¿qué?», le he preguntado. Pero no ha acertado a responder. Poco después, le han entrado escalofríos y se ha puesto a temblar con tal fuerza que hasta la carabela se ha agitado. Fray Anselmo tampoco ha conseguido confortarlo. Teníamos que haber traído a un médico, en lugar de a un fraile. Al llegar la noche se ha calmado un poco. Tal vez sea solo una tregua.

Rojas no paraba de lamentarse de haber embarcado a esos hombres en un viaje tan incierto, seguramente sin retorno y condenado de antemano al fracaso. Y él, ¿se arrepentía de haber llegado hasta allí? Sin duda, habría preferido que las cosas fueran de otro modo, pero, en realidad, no estaba arrepentido. Si no hubiera viajado a La Española, no habría conocido a Higuemota, y si no se hubiera enamorado de ella, ahora no se vería abocado a la muerte. De modo que no tenía más remedio que aceptarlo y asumir el infortunio, ya que era el precio que tenía que pagar por su ventura. Y es que Rojas tenía una peculiar concepción de la divina Providencia. Según él, cualquier mal había de ser compensado con un bien y al contrario, con el fin de mantener una especie de armonía universal, que, en su opinión, era fruto de la conciliación de los opuestos, cuidadosamente trazada por Dios. Así que, si alguien recibía un bien, tarde o temprano tenía que pagarlo con el padecimiento de un mal. O, si alguien hacía una mala obra, debía enmendarla o repararla con una buena; por supuesto, en esta vida, no en la otra. De esta forma, el mundo restauraba su concordia una y otra vez.

En la orilla derecha, comenzaron a oírse algunos ruidos, como de gente corriendo y saltando o trepando a los árboles. También el agua parecía más agitada que de costumbre. Los soldados y alguaciles estaban cada vez más inquietos y tensos, con sus armas prestas para ser utilizadas. Hubo un momento en que se escuchó una voz que salía de la espesura y los ballesteros comenzaron a disparar hacia los árboles, lo que provocó una estampida de aves y otros animales y una algarabía enorme. Luego otra vez la calma y, de repente, varias flechas alcanzaron el barco; una de ellas atravesó el brazo de uno de los soldados, que tuvo que soltar la ballesta, y la otra se clavó en el muslo de un alguacil. Los demás se prepararon para disparar de nuevo sus armas. Pero Rojas les gritó que no lo hicieran, si no querían que sobre la carabela cayera una lluvia de saetas. En su opinión, estaba claro que sus agresores no querían matarlos; tan solo provocarlos y ponerlos a prueba. De ahí que sus flechas no estuvieran emponzoñadas. Tras atender a los heridos, continuaron avanzando con la mirada puesta en la orilla. Fray Anselmo parecía cada vez más asustado. Manuel era el único que se mantenía tranquilo, tal vez porque no tenía nada que perder.

Conforme nos adentramos por el río en la isla, aumentan los peligros y las dificultades para navegar. Hace una hora, se ha producido una tentativa de rebelión a bordo. Son muchos los que quieren que demos la vuelta, en lugar de seguir adelante. Les he dicho que, si de aquí a tres días no encontramos a Lope de la Cruz, regresaremos a Santo Domingo, y eso los ha sosegado un poco. Por un lado rezo, para que el hallazgo ocurra; por otro, para todo lo contrario. Así que, como siempre, será lo que Dios quiera.

Una vez más, el río volvió a estrecharse, hasta tal punto que si se acercaban a la borda y estiraban los brazos podían tocar las ramas de los árboles. De cuando en cuando, se veían cadáveres colgando de ellos, como fruta dañada o badajo sin campana, algunos frescos de pocas horas, y puede que puestos ahí a modo de mojones, para marcar la ruta tenebrosa que los del barco habían de seguir. El agua allí era puro cieno, por lo que era muy difícil abrirse paso. Los marineros se servían ahora de los largos remos como si fueran pértigas, para empujar la nave. Hubo un momento en que varios de ellos y algunos de los soldados tuvieron que bajarse para tirar de él, desde ambas orillas, por medio de unas cuerdas. Por suerte, enseguida el cauce se hizo más ancho y más profundo. Pero ¿por cuánto tiempo?

Hoy hemos visto pasar una canoa en llamas y, algo más atrás, un cadáver flotando, con todos los miembros mutilados y el torso y la cabeza medio podridos y comidos por los peces. Estaba tan descompuesto que era difícil decidir si se trataba de un indio o un español. Algunos de los hombres que me acompañan no podían dejar de contemplarlo, como si algo los obligara a hacerlo. Otros volvieron de inmediato la mirada para el otro lado, sin poder evitar sentir arcadas. ¿Se trata de algo casual o de un nuevo mensaje de Lope de la Cruz, para advertirnos que nos estamos acercando peligrosamente a su territorio y recordarnos quién es y de lo que es capaz? Es cierto que aún no ha dado señales de vida, pero sí de muerte. Nadie lo ha visto, pero de alguna forma nos vigila y nos acecha desde hace tiempo.

Para Rojas, remontar el río Ozama era como regresar a los orígenes, como un viaje hacia atrás en el tiempo, a los inicios de la Creación, cuando árboles y plantas surgieron de la faz de la tierra sin tasa ni medida, sin dejar ni un solo resquicio por cubrir, y los grandes árboles se convirtieron en los reyes del mundo. Tal vez por eso la selva resultaba cada vez más impenetrable, el agua más espesa, el calor más intenso y el aire más pesado, denso y perezoso. Todo ello envuelto en una aparente calma, una calma inquietante que no se parecía en nada al sosiego ni a la paz. Era más bien una calma tensa, como de cuerda a punto de romperse o de vidrio justo antes de quebrarse; una calma que los obligaba a permanecer en alerta y a escrutar el silencio, hasta que se confiaban, y, de pronto, el repentino aleteo de un pájaro o el crujido de un tronco, el chasquido de una rama o la simple caída de una hoja los ponía de nuevo en guardia o los llenaba de pavor.

Cada vez que el río se abría en dos brazos tenían que decidir por cuál de ellos tirar, pues no sabían si esa porción de tierra que quedaba en medio era una isla o la punta de una pequeña península. Los exploradores indios discutían entre ellos sobre cuál podría ser la mejor ruta y nunca llegaban a un acuerdo, por lo que tenían que dejarse guiar por la intuición. Aunque trataban de disimularlo, a ellos también se les veía asustados; de hecho, las enormes aletas de su nariz no cesaban de ensancharse, como si estuvieran oliendo el peligro en alguna parte, más allá de los árboles.

En una de las orillas encontraron unas canoas abandonadas que parecían estar en buen estado. Se acercaron para examinarlas, por si se trataba de una trampa o de otro posible mensaje de Lope de la Cruz. Todas eran bastante amplias, seguras y ligeras. Estaban hechas con grandes troncos de madera que los indios

habían ahuecado y modelado con sus hachas de piedra, después de ablandarlos con fuego. Dentro de ellas se encontraban los remos, que tenían forma de pala de panadero.

—Os propongo que dejemos bien amarrada la carabela y prosigamos nuestro viaje en estas canoas —les dijo el pesquisidor.

—¿Y si las hubieran dejado aquí para que hagamos justamente eso? —objetó el capitán.

—De todas formas, no tenemos otra opción. En esta parte, el cauce es cada vez menos profundo y más estrecho y en cualquier momento podríamos quedar encallados y sin posibilidad de dar la vuelta —insistió Rojas—. En la carabela ya no podemos seguir.

Tras un largo debate, decidieron hacerle caso al pesquisidor. Después de dejar bien anclada y amarrada la carabela, como si fuera una ballena varada, repartieron entre las canoas a los pasajeros y una buena parte de la carga: provisiones, armaduras, espadas, ballestas, lanzas, espingardas...

Cuando más descuidados estábamos, uno de los exploradores taínos ha huido en una de las canoas que encontramos en la orilla. Los demás trataron de detenerlo, pero pronto desapareció aguas abajo. Lleno de rabia, les he advertido que, si alguno más se escapa, será perseguido y ajusticiado. Al poco rato se escuchó un grito de terror. «Mejor así», exclamé; «de esta forma, ya nadie volverá a intentarlo». Mis hombres me han mirado sorprendidos y aterrados, sobre todo Manuel. ¿Me estaré volviendo yo también un salvaje? ¿Es a causa del influjo de este maldito río? A veces es preciso viajar a la selva para descubrir que el salvaje está en nosotros mismos.

Las canoas avanzaban a buen ritmo. Más allá de la orilla, la selva se erguía cada vez más enigmática. Rojas trataba de imaginar la vida oscura y misteriosa que allí se escondía, agazapada bajo el follaje. Si aguzaba el oído creía oír el ruido de la fiera al acecho, de la serpiente enroscándose en el tronco de un árbol, del ave picoteando en la rama... Y daba igual que fuera de noche o de día; la selva nunca duerme. Para su alma clara, sobria y racional, todo aquello era como una visión o, peor aún, como una pesadilla de la que ya no se podría despertar. La selva, con su exuberancia y su horror al vacío, le parecía un exceso de vida, una abundancia inútil, un enorme dispendio de la pródiga naturaleza, algo que no podía ser compensado más que con la muerte de todo aquello que se adentrara en ella, como así era. De hecho, una hutía se acercó a la orilla para beber agua y, en

un abrir y cerrar de fauces, se la tragó una serpiente enorme. Sin poder evitarlo, el pesquisidor se acordó de la visión que Enriquillo había tenido durante la ceremonia de la cohoba.

Para Rojas, la selva era la cara oscura del paraíso, su corazón tenebroso, su reverso infernal. Cuando alguien se adentraba en ella, sacaba fuera lo peor que había en él: ese salvaje que todo hombre instruido, cortés y discreto llevaba dentro, escondido y agazapado, a la espera de poder salir; ese mismo que había visto descrito en numerosos libros, esculpido en la fachada de palacios e iglesias o representado en algunas obras de teatro. Al que no moría en el intento, la selva lo convertía poco a poco en lo contrario de lo que había sido hasta entonces o puede que en aquello que verdaderamente era, por debajo de sus finos modales y sus ricos ropajes.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que salimos de Santo Domingo? No es fácil averiguarlo. A juzgar por nuestro estado, parece que lleváramos aquí media vida zozobrando y vagando sin sentido. Y, sin embargo, no llega a los tres días, tal vez menos. Aquí el tiempo no discurre igual que allá en Castilla; tan pronto se detiene como se desboca. Tampoco el espacio tiene nada que ver con el de allá: tan pronto se contrae como se ensancha. Cada golpe de remo nos hace avanzar y retroceder. Aquí no rigen las mismas leyes; aquí todo es distinto. Hasta yo también lo soy; no me reconozco.

El aire era pesado y sofocante, tan caliente que quemaba la garganta y las entrañas y tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Rojas pensó que, si quisiera, hasta sería capaz de escribir sobre él con tinta de jagua, quizás una elegía o más bien un escueto epitafio: «Se los tragó la selva». O una advertencia para los que vinieran después: «Dejad toda esperanza los que entráis aquí». Por suerte, el acompasado ritmo de los remos al golpear el agua consiguió sosegarlo.

Pero lo peor era el olor. El penetrante hedor a lodo, a tierra húmeda y a fruta podrida se mezclaba con el de los cadáveres en descomposición, lo que los obligaba a taparse las narices de cuando en cuando y hacía más dificultosa aún su respiración y también más trabajoso el bogar. Los mosquitos, además, no les daban tregua. Eran como una plaga bíblica, como una nube negra sobre las canoas. Por fortuna, contaban con el ungüento de los taínos, que no podían evitar sonreírse cada vez que los miraban. ¿Dónde están ahora aquellos hombres que venían del cielo? ¿De sus grandes poderes y armas, qué se hizo? ¿Qué fue de tanto sueño y de tanta ambición?, parecían preguntarse.

Rojas creyó oír, a lo lejos, el eco de unos tambores, pero no era más que el latido de sus sienas, que retumbaba en su cabeza. Cada vez le costaba más escribir: mover la pluma, ordenar las palabras y darles un sentido, algo que fuera congruente, era poco menos que un suplicio. La tinta, por otra parte, se secaba antes de tocar el papel debido al calor, mientras que este se empapaba a causa de la humedad. Todo aquello que en su mundo era útil y necesario allí resultaba superfluo y endeble. Y lo mismo ocurría con las armaduras y las armas de fuego; de muy poco les iban a servir en un sitio como aquel.

XIX

(Un lugar indeterminado de la selva, al día siguiente)

Llevaban varias horas navegando en las canoas sin ningún contratiempo ni incidente cuando, de pronto, se vieron envueltos por una bruma húmeda que brotaba del río y que hacía que el aire fuera mucho más espeso todavía y el calor más sofocante. Una especie de niebla que, lejos de ocultarlos, los dejaba más expuestos e indefensos, y, desde luego, más desorientados de lo que ya estaban. Ninguno se atrevía a moverse ni a decir nada por miedo a delatar su presencia, o a que alguno de los compañeros de las otras canoas los tomara por enemigos y los atacara. Los remeros dejaron de bogar.

Tan pronto la niebla comenzó a desvanecerse, vieron que estaban rodeados de pequeñas canoas llenas de indios caribes, inmóviles y expectantes. Todos iban armados, pero su actitud no parecía hostil ni amenazadora. Rojas mandó a sus hombres que no hicieran movimientos bruscos y se dirigieran despacio hacia la orilla, hacia una pequeña playa donde los aguardaban varias decenas de caribes más. Algunos de los suyos trataron de oponerse a sus órdenes, pues pensaban que se trataba de una trampa. Pero el pesquisidor les replicó que, si en verdad quisieran matarlos, ya lo habrían hecho hacía un buen rato. Así que no les quedaba más remedio que continuar hasta averiguar qué es lo que pretendían.

—Tal vez nos conduzcan hasta la guarida de Lope de la Cruz —añadió como último argumento.

—¿Y de qué nos serviría si luego piensan matarnos? —replicó el capitán.

—No creo que, a estas alturas, tengamos otra opción. Nuestra suerte está echada. Veamos, pues, qué es lo que nos depara el destino —propuso el pesquisidor.

—Si mi destino es morir aquí, desearía que fuera cuanto antes —comentó el capitán—. Preferiría perecer luchando a morir torturado y convertido en festín para esas alimañas.

—Aún no sabemos si vamos a sucumbir.

Las canoas de los caribes los acompañaron hasta llegar a la orilla, donde Rojas y los suyos desembarcaron de uno en uno con la mirada puesta en sus extraños anfitriones. Estos eran altos, delgados y fuertes, con el cuerpo pintado, la mitad de rojo y la otra mitad de negro, y ataviados con toda clase de aderezos; tenían los cabellos largos, casi hasta la cintura, recogidos por detrás en una trenza o coleta, y, en muchos casos, engalanados con coronas o penachos de plumas; los ojos y las cejas tiznados, los pómulos hundidos, los labios abultados. Las mujeres llevaban, a modo de adorno, unas ligas o fajas de hilos de algodón desde el tobillo a la pantorrilla, diferentes a las de las taínas. Los hombres portaban macanas, hechas de madera de palma bien pulida y labrada, así como arcos y flechas de caña, con un palillo o un trozo de hueso puntiagudo en uno de los extremos, pues no conocían el hierro, aunque sí un veneno letal, de color negro, con el que las untaban en una incisión hecha al efecto, que provocaba que la víctima muriera retorciéndose y rabiando y con el cuerpo hinchado. Con solo mirarlos daban miedo, a causa de su aspecto un tanto demoniaco, si bien permanecían tranquilos y algo distantes. Muchos llevaban collares de concha de caracol, con cuentas muy similares a la que Rojas había encontrado en la aldea.

Una vez en tierra, los caribes se hicieron a un lado y formaron un pasillo que conducía a una senda abierta en el follaje. Uno de ellos les indicó el camino con la mano, no de forma imperativa, sino más bien cortés, como invitándolos a conocer su casa. Rojas comenzó a andar y les pidió a los otros que lo siguieran en silencio y sin hacer gestos extraños. No tardaron en llegar a un claro; en él había una aldea protegida por una empalizada, el pequeño reino de Lope de la Cruz. Antes de entrar en él descubrieron con horror un montón de cráneos humanos apilados junto a la valla y varias cabezas de taínos clavadas en estacas.

En cuanto alcanzaron el batey, el que hacía de guía les rogó que se sentaran sobre unos bancos de madera que había en uno de los lados. Más que como a prisioneros, los caribes los trataban como si hubieran sido convocados a una fiesta. Mientras hacían los preparativos, les sirvieron comida y bebida en abundancia, que al principio no se atrevieron a probar, pero era tal el hambre que tenían y la insistencia de los caribes que al final se animaron a degustarla. Los exploradores taínos les dijeron que era carne de serpiente, y, al oírlo, algunos españoles la escupieron, lo que provocó la risa de sus anfitriones.

Al cabo de un rato, apareció en el batey un español, acompañado por numerosos niños de diferentes edades que lo aclamaban a gritos. El hombre parecía un anciano. Se le veía muy enfermo y cansado, con la mirada turbia y la piel amarilla y llena de costras, tal vez causadas por unas pestíferas bubas mal curadas, y cicatrices, entre las que destacaba una que le cruzaba la mejilla izquierda. Pero su porte y ademanes tenían algo que atemorizaba e imponía respeto. Él, desde luego, no parecía muy sorprendido de ver a los visitantes, como si los hubiera estado esperando desde hacía días; de hecho, parecía complacido.

—Me llamo Lope de la Cruz —se presentó—, y vos supongo que seréis Fernando de Rojas —añadió, dirigiéndose a este.

—¿Cómo es que sabéis mi nombre?

—Es una larga historia. ¿Os importa acompañarme al caney? —le pidió su anfitrión cortésmente.

Cuando Rojas se puso en pie, Manuel mostró intención de hacer lo mismo, pero Lope de la Cruz le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Si no os importa, me gustaría hablar a solas con vuestro amigo. No tardaremos mucho —añadió con una sonrisa pérfida.

Rojas hizo un leve gesto de asentimiento. Su anfitrión lo condujo a un caney de gran tamaño, como el de los grandes caciques. El pesquisidor se quedó admirado al entrar. El lugar estaba lleno de muebles lujosos que parecían haber sido traídos de Castilla: mesas, aparadores, sillones, arcones, bargueños..., sobre los cuales había libros, papeles, pinturas, vajillas, instrumentos musicales... Todo ello parecía en mal estado o estropeado a causa del calor y la humedad.

—La selva acaba con cualquier cosa que proceda de nuestro mundo —dijo Lope, como si hubiera leído los pensamientos de Rojas.

El encomendero le pidió que se sentara en una silla frente a él y le ofreció un extraño brebaje. Por el aspecto, Rojas dedujo que se trataba de uikú o alguna bebida embriagante similar, por lo que se abstuvo de probarla.

—Estad tranquilo. No está envenenada —le aseguró su anfitrión—. En cuanto a vuestros amigos, tampoco tengáis cuidado. Ahora mismo están disfrutando de una fiesta de bienvenida. Y los caribes no van a comérselos, si es eso lo que os preocupa. Conmigo están bien alimentados, y vuestros hombres no parecen muy apetitosos que digamos. Se ve que el viaje a las entrañas de esta isla les ha sentado mal. De todas formas, supongo que sabréis que los caribes no se alimentan de carne humana para saciar el hambre, sino para apropiarse del espíritu de sus rivales. Y tampoco se los comen de cualquier manera. Es todo un

ritual muy refinado. Espero que alguna vez tengáis ocasión de contemplarlo, como testigo, naturalmente —añadió sin ironía—. Os impresionará.

El encomendero tenía una voz grave y bien modulada; hablaba, además, con un tono muy tranquilo, que cautivaba e infundía sosiego, como si hechizara. Rojas, por su parte, quería hacer algún comentario, apuntar alguna objeción, oponerse a todo lo que oía, pero no era capaz, como si estuviera paralizado, no sabía si por el miedo o por el asombro que todo aquello le producía.

—¿No vais a decirme nada? —inquirió Lope con cortesía.

—Creo que sabéis muy bien por qué estoy aquí —consiguió decir Rojas.

—Con respecto a eso, quiero que sepáis que, si estáis aquí, es porque yo os he traído; no lo olvidéis. Yo le pedí al hombre que os seguía a todas partes que se dejara atrapar, con el fin de conducirnos hasta mí. Y, si hubiera querido que no me descubrierais, hace ya rato que mis hombres os habrían matado y ahora estaríais flotando en el Ozama o encallados en algún tramo del río. ¿Cómo era aquello que escribió cierto capitán de las huestes de Castilla llamado Jorge Manrique? Ya lo recuerdo: «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar, / que es el morir». Solo que vos ya estaríais muerto antes de llegar a la desembocadura. Por cierto, ¿eran cómodas las canoas que os dejé para que pudierais continuar vuestro accidentado viaje? Y sí, también fui yo el que mandó registrar vuestra cámara y dejar la carta anónima en la posada donde os hospedáis y alguna cosa más.

Rojas cada vez estaba más sorprendido y desconcertado con las revelaciones del encomendero. Y, sin embargo, todo parecía indicar que eran ciertas.

—¿Y por qué habéis hecho todo eso? —quiso saber.

—Porque siento una gran curiosidad por vos —reveló Lope de la Cruz—. Desde que llegasteis a esta isla, no se habla más que del pesquisidor enviado por el rey a petición de los dominicos, con los que parece que no habéis acabado de hacer buenas migas. Pero sí con Enriquillo y, sobre todo, con Higuemota. No os lo reprocho. Es tan hermosa y cautivadora que no me extraña que os hayáis dejado vencer por sus encantos. Es la viva imagen de su madre. ¡Qué mujer! Llegó a ser una buena cacica, pero tenía un defecto, y era que sentía cierta debilidad por los españoles, quiero decir que le gustaban mucho y confiaba demasiado en ellos, y eso fue lo que la perdió. Pero hay que reconocer que era muy valiente. Recuerdo el día que la capturé por orden de Nicolás de Ovando. Hicieron falta cinco hombres para reducirla. Rugía como una fiera y daba tales zarpazos que a uno de ellos casi le arranca un ojo con las uñas. Luego, en el calabozo, se fue amansando poco a poco, hasta que acudió a visitarla el

gobernador; nada más verlo se puso tan furiosa que lo habría matado allí mismo si no hubiera sido por los guardias. Lo lamenté mucho cuando la ahorcaron, pues tardó mucho en morir. Mientras se agitaba en la cuerda, no dejaba de mirarnos con rabia. Pero supongo que no habréis venido para hablar de Anacaona; eso es ya agua pasada.

—Depende de para quién —puntualizó Rojas.

—Tenéis razón —concedió el encomendero.

—¿Y cómo es que sabéis tanto de mí si vivís tan apartado? —inquirió Rojas.

—Porque tengo ojos y oídos en todas partes; espías que me informan de vuestros movimientos: qué hacéis, a quién veis, con quién os acostáis... —le explicó su anfitrión—. Cuando llegasteis a la isla, pensé que os cansaríais pronto de tropezar una y otra vez con el mismo muro de indiferencia, pues aquí los indios no le importan a nadie, para qué nos vamos a engañar, salvo como fuerza de trabajo u objeto de placer. Pero enseguida me di cuenta de que vos estabais hecho de otro barro. Los que vienen de Castilla con las mejores intenciones no suelen tardar en sucumbir a los malos hábitos y maneras de esta tierra. Y, cuanto más se resisten, más profundamente caen en ellos. Sin embargo, vos no habéis cejado en vuestro empeño de buscar al culpable de un crimen que, entre los españoles, solo los dominicos consideran como tal. Cualquiera en vuestro lugar ya hace tiempo que se habría rendido o cansado de ir sin rumbo. Y total, por unos malditos indios que perecieron quemados en una isla en la que han muerto cientos de miles en los últimos veinte años, a causa del trabajo forzado, los malos tratos, el hambre y, sobre todo, las enfermedades que nosotros hemos traído. Aunque no les hubiéramos hecho nada, nuestra mera presencia los habría matado, pues hemos alterado gravemente su vida; no en vano somos como la peste. Pero vos habéis seguido con vuestras pesquisas, imperturbable, hasta adentraros en mi refugio, en el corazón de la selva, desafiando toda clase de peligros. ¿Y por qué?, cabe preguntarse. Porque lo que os mueve no es otra cosa que el orgullo y el deseo que sentís por Higuemota, ¿estoy en lo cierto?

—¿Y quién sois vos para juzgarme y poner en cuestión mis motivos? —se revolvió Rojas con rabia.

—No os juzgo, creedme; simplemente constato unos hechos —precisó Lope de la Cruz—. Por otra parte, me he informado y sé muy bien quién sois, cuáles son vuestros trabajos y obras. También he leído vuestro libro —añadió con una sonrisa—. Hace tiempo que llegaron varios ejemplares a la ciudad. Por ahí anda, en una de estas mesas, cogiendo moho. Se trata de una gran obra, debo confesaros. Os felicito. En ella no dejáis títere con cabeza. Creo que habéis

retratado muy bien el alma humana, sobre todo en el caso de Celestina, que es el personaje principal, y no esos necios de Calisto y Melibea, que no son más que una excusa para que entre en acción la alcahueta. Vos lo habéis visto bien: lo que nos mueve a los hombres en general es el deseo y la codicia, que en realidad son la misma cosa, porque la palabra codicia viene del latín *cupiditia*, que tiene que ver con *cupiditas*, que, como sabéis, significa deseo, y cuya raíz es el verbo *cupire*, esto es, desear vivamente, de donde procede también el nombre de Cupido, el dios alado del amor. La codicia es el deseo insaciable de oro, de dinero, de bienes terrenales. Ya lo dice la vieja Celestina: «A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo», un refrán que bien podía ser mi lema y el de cualquier encomendero. Y es que, de una manera u otra, todos somos codiciosos. La única diferencia es que unos somos capaces de dar rienda suelta a nuestros apetitos e inclinaciones, mientras que los otros no se atreven o no pueden o no les dejan, y tienen que conformarse con las migajas. Y son estos los que, llevados por la envidia y el resentimiento, han inventado las leyes y las normas, con el objeto de impedir que los más osados podamos vivir a nuestras anchas.

—¿Estáis tratando ahora de justificaros? —lo interrumpió Rojas.

—Lo que estoy intentando deciros es que, en el fondo, vos y yo somos muy similares —reveló De la Cruz—. Por eso os he traído hasta mi madriguera.

—En ese caso, debo advertiros que, sean cuales sean vuestros motivos personales, en los que no voy a entrar, yo he venido aquí a impartir justicia en nombre del rey —anunció el pesquisidor.

—¡¿A impartir justicia, decís?! ¡¿Y en nombre del rey?! —exclamó Lope de la Cruz, entre grandes risotadas—. Si es una broma, no tiene ninguna gracia, la verdad. Para empezar, Fernando el Católico es el mayor propietario de indios de esta isla; no en vano es el más codicioso. Por otro lado, es el primero que no respeta en ella sus propias leyes, si bien es cierto que el trabajo sucio no lo hace su alteza. Lo llevamos a cabo otros en su nombre, mientras que él se limita a poner el cazo, con lo que suyo es el provecho y nuestro el afán. Nosotros somos los que esclavizamos y destruimos a los indios, pero él es el que se embolsa una quinta parte del oro que extraemos con la ayuda de los taínos, y a veces más, sin mancharse las manos ni ensuciar su impoluta conciencia, que siempre queda a salvo. Así que no hay soldado de cuantos están en esta isla que no ose decir en privado que, si asalta o roba o destruye o mata o maltrata a los indios para conseguir oro, lo hace precisamente con el objeto de servir al rey. Y si por lo menos este fuera generoso con aquellos que le sacan las castañas del fuego, se le podría perdonar tanta hipocresía. Pero se ha acostumbrado a que las cosas le

lluevan del cielo y cada vez se muestra más mezquino. Ya lo hizo, en su día, con el almirante Colón, a quien no solo no recompensó como es debido, sino que lo mandó apresar con grillos, junto a sus hermanos, que daba pena verlos, con el fin de llevarlos a Castilla para juzgarlos, por ciertas quejas y denuncias de algunos de sus hombres. Decidle, pues, de mi parte a vuestro amado rey, cuando volváis a verlo, que no sea ingrato ni cruel con sus vasallos más valiosos, esos que han aumentado sus rentas y acrecentado sus señoríos con estas tierras del Nuevo Mundo, con todo lo que ellas contienen, sin que él tuviera que moverse del trono. ¿Sabéis por qué van tan pocos reyes al infierno? Porque son pocos, ya que, si muchos fueran, no cabrían en él, pues son muy soberbios y peores que el propio Lucifer, según tienen hambre y sed y ambición de hartarse de sangre humana. Pero siempre se escudan en otros para no condenarse o retuercen las leyes para que les resulten beneficiosas.

—No creo que fuera el rey el que os mandó quemar a los habitantes de esa pequeña aldea. Ni a llevar a cabo las demás atrocidades que, según dicen, habéis cometido contra los indios y contra algunos españoles —objetó Rojas.

—De nuevo os equivocáis. Durante todos estos años, yo tan solo he tratado de seguir siendo consecuente con lo que las autoridades de la isla me ordenaron en su día cuando era monteador y mi misión consistía en encontrar a los indios que se habían refugiado en las montañas y capturarlos o hacerles la guerra en caso de que se rebelaran —contestó Lope con naturalidad—. Y entonces todos me felicitaban y me premiaban por ello, aunque no lo suficiente, a mi juicio. Así es que no veo por qué ahora tiene que ser diferente. Querer castigarme a mí es como culpar a los indios de extraer el oro. Ellos tan solo hacen aquello a lo que los obligan los encomenderos. Y yo, lo que me pide la Corona, que se sirve de mí para que, a mi vez, me valga de los taínos que me han encomendado, aprovechándome de ellos a conciencia y sin ningún escrúpulo, que es lo que en esta isla hace casi todo el mundo. Y en lo que muchos pecan, impune queda, como dice el proverbio. ¿Por qué ahora iba a ser diferente?

—En todo caso, eso era antes, cuando estabais al servicio del gobernador —le recordó el pesquisidor—. Desde que os desnaturalizasteis y os declarasteis en rebeldía, os convertisteis en un criminal a ojos de la ley.

—¡Y a mí me llaman esos canallas criminal! ¿Cómo habría que llamar entonces a los que matan impunemente cuando acusan a otros de matar? Si hice lo que hice fue porque ya no reconozco la autoridad del gobernador ni menos aún la del rey sobre mí, aunque cumplo sobradamente con mis obligaciones adquiridas hacia ellos, en mi condición de encomendero, en lo que al oro se

refiere. Durante todos estos años, ni una sola vez he dejado de entregarle su parte a la Corona, que no es pequeña, ya que, gracias a mis métodos, yo soy el que más oro extrae en La Española. Él, sin embargo, no solo no me lo agradecía, sino que, en su momento, mandó al gobernador de turno que me despojara de algunos de mis indios, esos que yo había conseguido con mi sudor y esfuerzo, esos que yo había hecho tan provechosos. De modo que me harté. Y ahora hago la guerra a los indios por mi cuenta y sin dar explicaciones a nadie, pues aquí soy libre de la opinión y la moral de los demás. De hecho, estamos muy lejos de la corte y de la ciudad, en una tierra donde a la ley le cuesta mucho hacerse respetar, en un lugar en el que todo está permitido.

—En Santo Domingo son muchos los que piensan que os habéis vuelto loco —dejó caer Rojas.

—De locuras y crímenes en esta isla todos andamos sobrados —replicó el encomendero.

—Es posible —reconoció el pesquisidor—. ¿Y en qué consisten esos métodos de los que tanto alardeáis?

Lope de la Cruz sonrió antes de contestar.

—En primer lugar, deberíais saber que, a diferencia de los otros encomenderos, a mí no se me mueren los indios; los mato yo cuando lo considero oportuno —explicó con tono jactancioso—. Gracias a eso, los demás andan más vivos y tienen más cuidado con lo que se traen entre manos, pues conocen lo que les espera. Por otra parte, mis indios nunca se quitan la vida, pues saben que, si lo hacen, torturaré y mataré a toda su familia. Y os aseguro que esto solo me vi obligado a hacerlo una vez; desde ese día, nadie más volvió a intentarlo en mi encomienda.

El aire dentro del bohío era cada vez más irrespirable, como si las palabras del encomendero se hubieran condensado y lo hubieran ido cargando de una humedad pegajosa y espesa. Hacía tanto calor que Rojas sintió que la camisa se le había pegado al cuerpo, como una segunda piel. Fuera, en el batey, se oía un canto monótono y repetitivo que, por el tono, no auguraba nada bueno: «*Tamon, tamon, éhe, éhe. Tamon, tamon, éhe, éhe*».

—¿Y por qué tanta crueldad? —preguntó Rojas.

—Si hubierais contemplado los mismos horrores que yo he visto en el interior de esta isla, no me preguntaríais eso. Como ya habréis comprobado, en La Española no es oro todo lo que reluce. Aquí las cosas no son como allá en Castilla; este es un mundo cruel y tenebroso. ¿Gente pacífica, decís? ¿Sabíais que algunos caciques, cuando mueren, son enterrados con varias de sus esposas

vivas y, a veces, también con algunos criados, para que les sirvan en la otra vida? Si no me creéis, preguntadle a Higuemota por su tío Behequío, que fue sepultado junto a tres de sus mujeres. Y, si eso hacen con sus favoritas y sus mejores sirvientes, imaginaos lo que serán capaces de perpetrar con sus enemigos. ¿Y tenéis idea de lo que le espera a aquel taíno que está muy enfermo o es demasiado viejo para ser útil? Que lo abandonan en medio del monte con una pequeña provisión de agua y casabe.

—Puede que sea como vos decís. Cada pueblo tiene sus costumbres, que a los demás pueden parecernos bárbaras. Pero ¿qué pensarán ellos de una nación que tortura y quema en la hoguera a gente inocente en nombre de Dios y de la Santa Inquisición? —replicó Rojas con firmeza—. De todas formas, no soy tan ingenuo como para creer que todos los taínos, en cualquier circunstancia, son bondadosos; conozco de sobra al ser humano —se lamentó.

—No sé qué os habrá referido Higuemota, pero yo he visto cosas aquí que no creeríais, cosas que me han dejado postrado y sin habla durante varios días, en un lado y en otro, por parte de los españoles y por parte de los taínos, que, cuando pueden, tampoco se quedan atrás —replicó Lope de la Cruz—. ¿Os han contado, por ejemplo, lo que nos hacían cuando comenzaron a dudar de que los españoles viniéramos del cielo y se dieron cuenta de que no teníamos intención de abandonar la isla? Ahogarnos en el río para probar que, en efecto, éramos mortales o destruir los conucos y dejar de sembrar para que muriéramos de hambre o nos marcháramos cuanto antes de sus tierras. A otros los atrapaban y los obligaban a comer pepitas de oro hasta reventar, para ver si así se hartaban de él y no querían más. Se llaman a sí mismos buenos, pero, en cuanto pueden, nos matan con rabia, como si ofrecieran un sacrificio a sus ídolos, que son tan crueles como ellos. Harto de tanta muerte, hubo un tiempo en que traté de huir de todo esto y regresar a mi casa. Pero enseguida me di cuenta de que había caído bajo el hechizo de esta tierra, que cada vez quiere que se derrame más sangre sobre ella. Así que no me quedó más remedio que convertir el terror en mi mejor aliado. No habría podido sobrevivir de no haberlo hecho, ni los míos tampoco. Y es que la única solución, para que esto vaya como Dios manda, es doblegar completamente a los taínos y, si no se dejan, exterminarlos a todos. Ha llegado la hora de empezar a tomar medidas rigurosas. Lo demás es hipocresía. Solo el uso del terror puede lograr que ganemos esta guerra.

Rojas lo miraba cada vez más asustado, mas no podía dejar de escuchar las palabras de su anfitrión, que eran duras, frías y afiladas como el diamante. Ese hombre parecía haber perdido completamente el juicio en medio de la selva,

pero sus razonamientos eran de una lógica implacable y aplastante, por lo que era muy difícil hacerles frente. Había que estar tan loco o ser tan despiadado como Lope de la Cruz para poder debatir con él.

—El terror solo produce horror —logró decir Rojas, tras un esfuerzo sobrehumano.

—De eso se trata: de que nosotros ejerzamos el terror y ellos sufran el horror, y no al revés —argumentó De la Cruz—. Después de todo lo ocurrido en esta isla, no podemos andarnos ahora con escrúpulos ni cautelas. Hay que llevar las cosas hasta el límite. Es la única solución posible. No podemos quedarnos a medias.

—¿Reconocéis entonces haber usado el terror con los indios?

—Siempre que lo consideré necesario, y no me arrepiento en absoluto de ello —confesó el encomendero con naturalidad, sin el menor asomo de duda ni de arrepentimiento.

—Pero ¿por qué quemasteis a esos taínos que ni eran vuestros ni os habían hecho ningún mal? —inquirió Rojas.

—Antes de contaros lo que en verdad sucedió esa noche, quiero que sepáis que esos indios eran con anterioridad de un encomendero que se había dejado la piel en esta isla al servicio del rey, como yo, y que ahora está arruinado y medio muerto; creo que lo conocéis. Tras el último repartimiento, se quedó sin ellos. Se los arrebataron en nombre del rey y fueron a parar a manos de un tal Gonzalo Quesada, un paniaguado del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, el hombre que más poder tiene sobre las Indias, sin haber puesto jamás los pies en ellas, que había mandado a su protegido para que espicara al gobernador Diego Colón y a su gente. Pero los indios aprovecharon la confusión para fugarse y luego convertirse a la fe cristiana, pensando que de esta forma se librarían de la encomienda. Tras la huida, su antiguo propietario vino a verme, con la intención de que lo ayudara a recuperarlos. Yo le prometí que lo llevaría a cabo, pues me parecía justo y le debía algún favor —explicó—. Y bien sabe Dios que eso es lo que habría hecho si alguien no se hubiera interpuesto en mi camino.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Rojas, sorprendido.

—Que no tuve ocasión de capturarlos.

—Entonces, ¿por qué los matasteis?

—Ya veo que no me habéis entendido —comentó el renegado—. Lo que ocurrió es que no pude llevármelos, porque alguien los mató antes.

XX

(Un lugar indeterminado de la selva, poco después)

Rojas se quedó atónito por las palabras del encomendero. Cuando se recuperó de la impresión recibida, pensó que no había escuchado bien, que tenía que tratarse de un error, de una confusión.

—¿Habéis dicho que alguien los mató y que por eso no pudisteis capturarlos? —preguntó para cerciorarse.

—Siento mucho defraudaros —se disculpó Lope de la Cruz—. Ya sé que habéis hecho un largo y peligroso viaje para venir a detenerme. Pero, en este caso, yo no soy el culpable.

Rojas lo miró con pasmado asombro, sin poder dar crédito a sus oídos.

—¿Queréis decir que no lo hicisteis vos?

—Eso me temo —confirmó el encomendero—. Y conste que habría acabado con ellos con mucho gusto si lo hubiera considerado necesario, sin que me temblara la mano y sin ningún tipo de miramiento, pues, cuando tengo claro lo que hay que hacer, lo llevo a cabo sin titubeo alguno. He matado ya a tantos indios que unas decenas más no iban a suponer un gran aumento de mis penas en el infierno; y, como os he dicho, soy partidario de exterminarlos a todos. Pero no fui yo.

—Y, si no fuisteis vos, ¿quién fue? ¿Lo sabéis? —inquirió Rojas con incredulidad.

—Por supuesto. Yo estaba allí cuando sucedió —le confesó el encomendero.

—¿Y a qué esperáis para decírmelo?

—Os advierto que va a ser una sorpresa —anunció Lope de la Cruz con un gesto de perversa satisfacción.

—Podré soportarlo.

—Os aseguro que no vais a creerlo.

—Ponedme a prueba.

—Es la última persona en la que pensaríais.

—Dejad de jugar conmigo.

—¿De veras no lo adivináis?

—Decidlo de una vez —se impacientó Rojas.

—Está bien. Os lo revelaré —concedió Lope de la Cruz—. Fue el fraile que acababa de bautizarlos.

—¿Os referís a fray José de Cuenca?! —exclamó Rojas, echándose hacia atrás y llevándose las manos a la cabeza.

—¿Acaso había otro en la aldea?

—¿Os estáis burlando de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ya os dije que no ibais a creerme.

—Pero es que eso que sugerís es monstruoso y no tiene ningún sentido — señaló Rojas.

—¿Y qué culpa tengo yo de que esa sea la verdad o de que esta carezca de sentido? Si no os agrada, es cosa vuestra —replicó el encomendero.

—¿Tenéis alguna prueba?

—¿Qué os parece este collar? —le preguntó el encomendero al tiempo que se lo mostraba—. Era de fray José.

La pieza estaba hecha con cuentas de concha de caracol y parecía rota.

—Eso no significa nada —rechazó Rojas—. Yo tengo una cuenta de ese collar y los dos muchachos de la aldea que se libraron de morir quemados en ella me dijeron que no la habían visto nunca, y tampoco el fraile que está ahí fuera.

—Porque acababa de regalárselo el cacique en agradecimiento por haberlos ayudado. Fray José me lo dijo muy orgulloso —aclaró el encomendero.

—¿Y qué demuestra eso? Podríais habérselo quitado antes de matarlo.

—Lo cierto es que se lo arranqué sin querer en un forcejeo, a unos pocos pasos de la aldea, junto a un tocón, que es donde me imagino que habéis encontrado la cuenta, ¿no es así?

Rojas no tuvo más remedio que asentir.

—Supongo que el fraile os sorprendería cuando estabais quemando la aldea y trataría de impedíroslo —comentó—. Por eso forcejeasteis, ¿me equivoco?

—Os contaré lo que pasó —anunció Lope de la Cruz—. Esa noche el fraile salió a orinar fuera de la aldea y nos descubrió en el lindero del bosque cuando estábamos esperando el momento más adecuado para asaltarla y capturar a los

indios.

»—¿Qué hacéis aquí? —nos preguntó.

»—Venimos a llevármelos —le contesté yo, haciendo un gesto hacia la aldea.

»—¿Por qué motivo? —me dijo él.

»—Como sabéis, se escaparon y ahora tengo la intención de devolvérselos a su legítimo encomendero —le expliqué yo.

»—¿Y quién sois vos? —inquirió.

»—Lope de la Cruz —le informé.

»—Algunos dicen que sois el más cruel y sanguinario de todos los españoles que han pisado esta isla, a excepción de Nicolás de Ovando, vuestro mentor.

»—Veo que habéis oído hablar de mí.

»—Pues ya podéis marcharos —me aconsejó.

»—Apartaos —le ordené yo.

»—No lo permitiré —me retó.

»—¿Y cómo vais a hacerlo?

»—Dios me ayudará.

»—Sabed que el diablo está conmigo —bromeé yo, lo que hizo reír a mis hombres.

»—No os los llevaréis otra vez; no lo soportarían. No ahora, que acaban de bautizarse —exclamó, al tiempo que trataba de golpearme.

»El dominico parecía haberse vuelto loco. Yo traté de inmovilizarlo y él comenzó a gritar para dar la voz de alarma, pero en la aldea todos dormían profundamente, unos la borrachera y otros el sueño de los justos. Fue entonces cuando forcejamos y yo le arranqué el collar que llevaba puesto.

»—Dadme eso —me exigió—. Es un collar muy valioso para mí.

»—Os lo daré si os estáis quieto —le ofrecí.

»—Creéis que vais a salir con la vuestra, ¿verdad? Pero no lo conseguiréis —me anunció con gran seguridad.

»De repente noté un extraño brillo en sus ojos, como dos pequeñas llamas que centelleaban en el fondo de sus pupilas.

»—¿Y qué pensáis hacer para impedirlo? —le pregunté.

»En ese instante me quitó la daga que yo llevaba en el cinto y me rajó la cara, como podéis comprobar. Al ver la sangre, varios de mis hombres trataron de socorrerme. Después de tirar el arma, el dominico cogió varias de las antorchas que habíamos clavado en el suelo para alumbrarnos y comenzó a incendiar con ellas los bohíos, que ardieron como paja seca. Cuando mis hombres quisieron evitarlo, ya no había nada que hacer. La acción del fraile nos había pillado a

todos por sorpresa. Nadie había imaginado que una cosa así pudiera suceder. Y, sin embargo, eso fue lo que ocurrió. El dominico pensaría que sus feligreses estarían mucho mejor muertos que con nosotros. A fin de cuentas, acababan de bautizarse, por lo que estaban en gracia de Dios y, por lo tanto, irían al cielo, mientras que conmigo habrían ido a parar de nuevo al infierno. Supongo que fue eso lo que pasó por su cabeza. Luego debió de sentir cierto arrepentimiento, pues entró en la aldea para intentar rescatar a los niños. Pero su gesto fue inútil, pues él también pereció cuando estaba a punto de salir con los más pequeños. Uno de los bohíos incendiados cayó sobre ellos y los aplastó. Nosotros no pudimos hacer nada, os lo aseguro.

—Me estáis mintiendo. No me lo creo —rechazó Rojas con firmeza.

—¿Y qué interés puedo tener yo en inventarme una cosa así? Como habéis visto, no soy de los que van ocultando sus crímenes. Más bien me gusta presumir de ellos —arguyó el encomendero—. Por lo demás, no niego que yo haya tenido cierta responsabilidad en los hechos, ya que, si el fraile hizo lo que hizo, fue para evitar lo que él consideraba algo peor, que es, por cierto, lo mismo que hacen los indios cuando se quitan la vida para librarse de las minas o matan a sus hijos para ahorrarles sufrimientos. De alguna forma, se condenó a sí mismo a la pena eterna por salvarlos a ellos de una vida llena de suplicios —añadió sin ironía.

El pesquisidor estaba destrozado a causa de las últimas revelaciones de Lope de la Cruz. Aunque todos los indicios parecían demostrar que lo que decía era cierto, él se resistía a aceptarlo. El relato era coherente y comenzaba a tener sentido, pero, a la vez, era absurdo y desconcertante, pues echaba por tierra la posibilidad de desagraviar, de alguna forma, a las víctimas.

—Comprendo que no me creáis. La verdad es a veces amarga e inaudita —comentó el encomendero, como si de nuevo le hubiera leído el pensamiento.

—¡Qué sabréis vos, maldito canalla! —se revolvió Rojas.

—A mi edad, sé ya más por viejo que por diablo, como suele decirse —se justificó Lope de la Cruz.

—¿Y qué es lo que hicisteis luego?

—Nos fuimos pronto de allí, pues no queríamos que nos apresaran por un delito que no habíamos cometido. Habría sido una situación muy irónica, con todo mi historial —apuntó el encomendero.

—Lo que sigo sin entender es por qué me habéis traído hasta aquí.

—Precisamente, para que conocierais la verdad de primera mano y no siguierais sumido en la incertidumbre —confesó De la Cruz—. Según tengo entendido, vais a escribir un memorial sobre las atrocidades perpetradas contra

los indios en esta isla. Y quiero que sepáis que no me importa que en él habléis de mí y de mis andanzas; al contrario: como Eróstrato, me sentiré muy honrado de que mi nombre sea recordado gracias a mis fechorías. Pero, eso sí, os pediría que relatarais la verdad completa, con todos los detalles y circunstancias, incluyendo lo que os he dicho sobre el rey y los gobernadores de esta isla. Y, por supuesto, debéis hablar también de la matanza de la Epifanía, sin omisiones ni ambigüedades. Y, luego, que cada palo aguante su vela.

—¿Y por qué no venís conmigo y se lo contáis vos mismo al juez? De esa forma tendréis asegurada la fama y la gloria que tanto buscáis y, de paso, pagaréis por vuestros delitos y ajustaréis cuentas con Dios.

—Reconozco que soy un canalla, pero no pienso darles el gusto de que me juzguen de acuerdo con sus hipócritas leyes y me condenen a morir ahorcado delante de la muchedumbre —rechazó Lope de la Cruz.

—Quemarais o no la aldea, estáis acusado de otros crímenes. De modo que os llevaré ante el juez, y que él decida —anunció Rojas.

—Entonces, ¿a qué estáis esperando para detenerme? —lo retó el encomendero—. Viniendo hasta aquí, os habéis ganado el derecho a matarme, pero no a prenderme. Así que ya sabéis lo que tenéis que hacer. Tan solo pienso salir de mi refugio con los pies por delante —le advirtió Lope de la Cruz.

—Lo haré si es necesario.

—Me parece muy bien. Pero una cosa quiero que sepáis, y es que, cuando probéis el gusto de la sangre, ya no podréis parar, os lo aseguro. Tendréis que seguir matando hasta llegar a ser lo que yo soy ahora; ese es el precio que habréis de pagar por llevaros la gloria de acabar conmigo.

—Os equivocáis, yo no soy como vos —le recordó Rojas con asco.

—Tampoco yo era antes como soy ahora. Cuando vine aquí, no había matado ni maltratado a nadie, y ya veis en lo que me he convertido o, mejor dicho, en lo que me han convertido. Por acción u omisión, el rey y sus consejeros y los gobernadores de turno son los verdaderos culpables. Ellos y este lugar abandonado de la mano de Dios. Sí, ha sido también esta maldita isla la que me ha cambiado; sus malos aires son los que nos soliviantan. Tierra de poca verdad y menor constancia y seguridad, como dijo la difunta reina cuando se enteró de que las raíces de algunos árboles de La Española están al aire y no bajo el suelo —añadió el encomendero con vehemencia—. Así que acabad conmigo; no le deis muchas vueltas. Si lo hacéis, podréis quedaros con mi oro y con todos mis indios, incluidos los caribes, que, en cuanto vean de lo que sois capaz, os adorarán y obedecerán, como hacen conmigo. ¿Vais a renunciar a todo esto por

unos escrúpulos de conciencia? ¿No queréis ser un pequeño dios? Si habéis venido hasta aquí, es en busca de gloria, como yo, no de justicia. Solo a alguien tan ambicioso como vos podría habersele ocurrido adentrarse en esta selva y arrostrar toda suerte de peligros. Como ya os dije, es el deseo, es la codicia lo que os mueve. Os aconsejo que no lo tiréis todo por la borda ahora que habéis llegado a puerto sano y salvo.

—Entregaos, os lo pido en nombre del rey, o ateneos a las consecuencias —lo conminó Rojas, escandalizado por las palabras del encomendero.

—Veo que, una vez más, no me habéis entendido. Está claro que me equivoqué con vos. Os imaginaba más inteligente y mucho más audaz, no un simple mozo de los recados del rey o de los dominicos —le soltó el encomendero con ánimo provocador.

—Callaos, si no queréis... —le gritó Rojas, empuñando la espada.

—Vamos, atreveos —lo desafió Lope de la Cruz—. Me haríais un gran servicio. Estoy ya harto y cansado de todo esto. Además, estoy muy enfermo y me queda poco tiempo de vida. Lo único que quiero es retirarme de una vez. Pero quiero que sea a mi manera y, para ello, me tendréis que matar.

—Pues no pienso daros ese gusto —rechazó Rojas.

—En tal caso, seré yo el que acabe con vos —lo amenazó el encomendero, amagando una estocada.

Para Rojas era muy importante llevarlo con vida ante la justicia y, en un principio, no estaba dispuesto a atacar. Pero el encomendero tampoco parecía tener intención de entregarse; prefería morir de una forma digna, a manos de alguien a quien, de alguna forma, respetaba. No podía haber otro final.

—Atacad ya —lo apremió.

Al ver que Rojas no se animaba, arremetió con fuerza contra él. Pero el pesquisidor se hizo a un lado y pudo esquivar el golpe. El encomendero estaba muy débil y apenas podía sostener la espada. De modo que Rojas comenzó a arrinconarlo. No obstante, Lope de la Cruz volvió a intentarlo por un costado y, de nuevo, el pesquisidor consiguió eludir el filo. Lleno de rabia, el encomendero lanzó un nuevo ataque por el centro, que pilló a Rojas algo descuidado. Así y todo, este pudo parar la acometida, si bien tropezó y cayó al suelo. Lope de la Cruz empuñó, entonces, la espada con las dos manos y se dispuso a descargarla sobre su rival.

En ese momento entró alguien en el caney armado con una azagaya. Rojas, al verlo, le gritó que no la lanzara. Pero el otro ya lo había hecho, casi sin apuntar, con tal habilidad que se la clavó al encomendero a la altura del corazón. Lope de

la Cruz se echó la mano al pecho y, al comprobar que esta se teñía de sangre, miró sorprendido hacia su agresor, justo antes de derrumbarse. Se trataba de Enriquillo.

Rojas se arrodilló junto al encomendero para tratar de comprobar si seguía vivo. Al ver que no se movía, intentó reanimarlo, sacudiéndolo con fuerza y rogándole que volviera en sí. Pero todo fue inútil. Lope de la Cruz ya había expirado. Fuera había tanto ruido que nadie se había dado cuenta de nada. Desde el suelo, el pesquisidor buscó con la mirada a Enriquillo, que parecía muy confuso.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué lo habéis matado?

—Porque él estaba a punto de acabar con vos, y vos sois mi guaitiao, no lo olvidéis —contestó el taíno con naturalidad.

—No creo que tuviera intención de hacerlo; tan solo me estaba provocando para que lo matara yo a él —aclaró Rojas.

—No os comprendo —señaló Enriquillo, cada vez más confuso.

—Al parecer, no quería que lo detuviera, para no tener que rendir cuentas a la justicia de sus muchos crímenes —le explicó Rojas—. Lo que él deseaba era que yo acabara con su vida de una forma decorosa, ya que estaba muy enfermo y harto de todo. De esta manera, moriría con cierta gloria, que era algo que le preocupaba mucho.

—Lamento haberme precipitado. Yo pensaba que de verdad estabais en peligro —se disculpó Enriquillo.

—Y hasta cierto punto lo estaba —reconoció Rojas—; de modo que os lo agradezco. ¿Os ha visto entrar alguien?

—No lo creo. Los míos están ahí fuera, escondidos y aguardando mis órdenes.

—Pues ayudadnos a salir de aquí y luego marchaos. Nadie debe saber que lo habéis matado vos, ¿entendido? Aunque él fuera un criminal y vos actuarais en mi defensa, habéis matado a un español, y eso podría costaros muy caro. Así que hacedme caso por una vez —le pidió el pesquisidor.

—¿Y qué es lo que va a pasar? —inquirió el joven cacique, algo confuso.

—Yo lo arreglaré todo, no os preocupéis. Pero no debéis hablar con nadie de este asunto. Vos no habéis estado nunca aquí, ¿está claro?

—De acuerdo —concedió Enriquillo.

Después de que este abandonara el caney para reunirse con sus hombres, Rojas salió en busca de los suyos. Estos estaban jugando a la pelota junto a varios taínos y caribes. Se encontraban tan absortos en el juego que Rojas tuvo que llamarlos a gritos. Cuando por fin lo vieron, se quedaron asombrados. El

pesquisidor tenía las manos y la ropa manchadas de sangre. Rojas les ordenó que entraran en el caney y recogieran el cadáver del encomendero, así como todo el oro que encontraran, y regresaran a las canoas. Nadie preguntó nada ni el pesquisidor les dio más explicaciones. La gente de confianza del encomendero, al ver lo que había pasado, salió huyendo a través de la selva, sin mirar atrás. Mientras tanto, Enriquillo y los suyos fueron a buscar a los taínos de la encomienda con el fin de liberarlos de su esclavitud. En el batey solo quedaron los caribes, que permanecían expectantes.

Tras colocar el cadáver en una hamaca y llenar varios serones con el oro hallado en la aldea, los españoles y los taínos se pusieron en marcha, encabezados por Rojas, y con las armas preparadas. Para su sorpresa, los caribes, lejos de atacarlos, comenzaron a arrojar las suyas al suelo y a inclinar la cerviz en señal de respeto y acatamiento. Las mujeres se agachaban a su paso y les ofrecían flores y cuencos llenos de semillas como símbolo de sumisión. Solo los niños se atrevían a acercarse al pesquisidor para tocarlo, divertidos, con la punta de los dedos. Como De la Cruz había previsto, los caribes lo consideraban una especie de dios, alguien que había venido de lejos para sacrificar al antiguo señor y ocupar su lugar, como si el ciclo del primero ya hubiera concluido y ahora diera comienzo una etapa nueva.

Cuando salieron del poblado, los caribes los siguieron en silencio, un silencio casi litúrgico y reverencial. Por el camino, Rojas no paraba de pensar en lo que le había dicho el encomendero. Tan pronto llegaron a la orilla del río, los españoles y taínos cargaron el cadáver y los serones con el oro y se distribuyeron en las canoas, al tiempo que los caribes se iban agrupando tranquilamente en la orilla hasta rodearlos, en espera de que su nuevo dios se dignara ordenarles algo, lo que fuera.

—¿Qué hacemos? —le preguntó el oficial, temiendo que, en el último momento, los atacaran.

—De momento nada —ordenó él con voz queda—. Lo importante es salir sanos y salvos de aquí.

—¿Y si nos persiguen?

—No creo que lo hagan.

Los caribes miraban a Rojas con el semblante triste y lleno de desconcierto, como si se sintieran abandonados por su nuevo dios. Pero no se quejaron, ni protestaron, ni se movieron del sitio, resignados a cumplir la voluntad de su señor.

Tan pronto las canoas se pusieron en marcha, Rojas cayó rendido sobre la

suya. Cuando volvió a abrir los ojos, navegaban río abajo y una espesa capa de bruma volvía a cubrirlo todo. Por un momento, pensó que, una vez más, se trataba de un sueño. Pero se miró las manos y descubrió que seguían manchadas de sangre, una sangre oscura y pegajosa. De modo que se inclinó sobre el agua con la intención de lavárselas. En ese instante, contempló su reflejo en el río y no se reconoció; era otro el que lo miraba con horror desde la superficie líquida. Recordó entonces las palabras de Petrarca, escritas con otra intención: «Vendrá el día en que en el espejo no te conozcas». Sin poder evitarlo, comenzó a revivir mentalmente lo sucedido y, mientras lo hacía, sintió cómo le subía la bilis hasta la garganta, lo que le hizo revesar en la corriente todo lo que llevaba en el estómago. Sus hombres lo observaban con respeto y preocupación. Pero nadie se atrevía a romper el silencio, ni siquiera el capitán.

Al llegar a la carabela, abandonaron las canoas y se despidieron de los taínos, que continuaron su ruta hacia el río Isabela. Antes de irse con los suyos, Enriquillo miró a Rojas e inclinó levemente la cabeza, en señal de agradecimiento por todo lo que había hecho por él y por los suyos.

XXI

(Santo Domingo, al día siguiente)

Después de hacer entrega del cadáver de Lope de la Cruz y de la parte correspondiente del oro requisado en la fortaleza de Santo Domingo, Rojas fue a informar de todo lo sucedido al gobernador interino de las Indias, que tenía su sede en las llamadas casas reales. En la puerta, Rojas se cruzó con doña María Álvarez de Toledo, que salía hecha una furia porque el licenciado Cristóbal Lebrón se negaba a recibirla y a reconocerla como teniente de gobernador por ser mujer. Pero, según le dijo, no pensaba rendirse; de hecho, ya había comenzado a convocar a los familiares y partidarios de su marido, con el fin de reclamar sus derechos y plantarle cara al usurpador.

—Quisiera agradeceros vuestra ayuda —le dijo Rojas.

—Lo hice por mi marido, ya que él se comprometió, y por llevarle la contraria al gobernador interino —le confesó doña María.

—Ojalá fuerais vos la gobernadora; las cosas irían mucho mejor en esta isla —apuntó Rojas con sinceridad.

—No lo dudéis. Y ojalá la reina Isabel no hubiera muerto. Ella siempre se preocupó por los indios y era mucho más sensata que su marido —le recordó doña María.

—Doy fe de ello, pues la llegué a conocer —confirmó Rojas.

—También entre las taínas hay mujeres de gran valor —comentó de pronto la Virreina.

—Supongo que os referís a Higuemota.

—¿A quién si no? Hubo un tiempo en que yo también la traté —le reveló doña María—. Al día siguiente de mi llegada a Santo Domingo, se desató un huracán

que casi se lleva por delante media ciudad, y ella fue la única que vino a confortarme. Me dijo que, si tenía intención de permanecer en La Española, debería acostumbrarme a esas tormentas tan impetuosas. Luego añadió que había cosas mucho peores en la isla, al menos para los taínos. Eso afirmó, y pronto supe a qué se refería. Me sorprendió comprobar que hablaba la lengua castellana mejor que yo y que era una mujer sabia y llena de recursos. Tiempo después, la invité varias veces a mi pequeña corte, donde todo eran fiestas y bailes. Mas las otras españolas, incluidas mis damas, no hacían más que despreciarla y darle desplantes, y, al final, se negaron a acudir si estaba la india, como la llamaban las muy necias, tal vez porque era más hermosa, elegante y discreta que cualquiera de esas presuntuosas. Así que dejé de invitarla, más por ella que por mis compatriotas, a las que terminé aborreciendo. Si la veis, no dejéis de saludarla de mi parte.

—Así lo haré, y seguro que os lo agradecerá.

—Os deseo mucha suerte con ella y con vuestra misión.

—Y yo a vos en vuestra lucha con el gobernador interino.

—Tened cuidado con él. Es un mediocre, pero muy peligroso —le advirtió la Virreina.

Cristóbal Lebrón recibió al pesquisidor en una sala oscura y mal amueblada, para dar sensación de sobriedad y sencillez. El licenciado era de estatura y complexión medianas. Tenía el rostro redondo, los ojos hundidos, la nariz chata, los labios delgados y la boca pequeña. Nada en él destacaba ni sobresalía. Pero era un fiel cumplidor de las órdenes que se le daban. Había sido destinado a La Española para que tomara juicio de residencia a los oficiales del rey que habían trabajado bajo el mando de Diego Colón y castigara los excesos que hubiera habido; de ahí que luego fuera nombrado gobernador interino, aunque iba a ser por poco tiempo.

Entre otras cosas, Rojas le contó que, después de interrogar a Lope de la Cruz, había intentado detenerlo en nombre del rey, pero este se había resistido y no había tenido más remedio que matarlo. En ningún momento dejó claro, eso sí, que el célebre encomendero fuera el autor de la matanza de la Epifanía; simplemente, se daba por sentado. Por supuesto, tampoco hizo ninguna mención de la presencia de Enriquillo en el lugar de los hechos ni de la responsabilidad de fray José de Cuenca en el incendio de la aldea.

Mientras el escribano acababa de tomar nota de todo lo expuesto, el

gobernador interino miró a Rojas desde el fondo de las cuencas de sus ojos, como si estuviera tratando de escrutar la verdad en el rostro fatigado del pesquisidor.

—Habéis hecho un buen trabajo —comentó Cristóbal Lebrón sin demasiado entusiasmo.

—Siento mucho no haber podido traerlo con vida para que fuera juzgado —se lamentó Rojas.

—Mejor así —aseguró el licenciado—. Habría sido un proceso muy largo y complejo. En cuanto a su muerte, no debéis preocuparos; está claro que fue en defensa propia.

—Así y todo, era un hombre.

—Un monstruo, diría yo —precisó el gobernador interino—. Acabando con él habéis prestado un buen servicio a la Corona y, especialmente, a esta isla. Ya veréis como el rey os recompensa por ello. También los indios quedarán muy contentos y todo podrá volver a la calma. Por cierto, tengo entendido que os ayudaron unos taínos —dijo de pronto el gobernador.

—¿Os referís a los exploradores?

—Me refiero a Enriquillo y sus hombres.

—Al parecer, nos habían seguido con la intención de rescatar a los taínos que estaban en manos de Lope de la Cruz. Gracias a ellos, pudimos salir de allí sin sufrir ningún daño. Así que debemos estar contentos —explicó Rojas.

—Yo no estoy tan seguro. ¿Podéis decirme quién los avisó?

—¿Podría yo saber quién os lo contó a vos? —replicó Rojas.

—Está bien, dejémoslo así —concedió el gobernador con aire suspicaz—. Hoy mismo mandaré una expedición para que prenda fuego al asentamiento de Lope de la Cruz y busque el tesoro que, según se cuenta, había escondido en alguna parte. Vos podéis ir a descansar. Viajaréis en el primer barco que zarpe para España. Si necesitáis algo, no dudéis en pedírmelo.

—Necesito un pasaje para un amigo que me ha ayudado en las pesquisas. Se llama Manuel Sánchez.

—Contad con él —concedió el gobernador—. ¿Deseáis alguna cosa más?

—Eso es todo —le comunicó Rojas.

—Por lo que a mí respecta, quisiera comentaros una última cosa.

—Vos diréis.

El gobernador lo miró con interés, como si no acabara de precisar qué clase de persona era Rojas ni de qué lado estaba en realidad.

—Sé de buena fuente que tenéis relaciones con una india llamada Higuemota

—comentó el gobernador.

—De ser así, eso sería algo personal, por lo que a nadie le importa —se apresuró a decir Rojas.

—Para un pesquisidor no hay nada personal, y menos cuando se trata de una princesa india.

—Os recuerdo que está bautizada.

—Y yo que es la hija de Anacaona.

—Si es por eso, también es la viuda del capitán Guevara.

—Pero vos no sois viudo, que yo sepa, lo que significa que estáis cometiendo adulterio —le recordó el gobernador interino—. ¿O acaso pensabais que por estar en las Indias, lejos de vuestra casa, aquí no rigen las leyes de Castilla ni los mandamientos de la Santa Madre Iglesia? Así que os recomiendo que, mientras aguardáis la partida del barco, os abstengáis de verla de nuevo y de vuestro amor ilícito, pues no parece muy ejemplar que un pesquisidor real tenga tratos con una india como Higuemota, ya que eso os convierte en parte interesada en todo este asunto, y ello podría poner en entredicho vuestra honestidad. Por mi parte, os aseguro que, si no me hacéis caso, yo mismo os denunciaré y pediré que os excomulguen, lo que ya de por sí constituye una pena muy grave, pero mucho más para un cristiano nuevo como vos. No sé si me explico.

—Os explicáis demasiado bien —comentó Rojas con ironía.

—En tal caso, no tengo más que deciros.

Rojas salió de la audiencia con el gobernador con una gran zozobra y malestar. Lejos de verse aliviado por haber resuelto el caso, se sentía cada vez más frustrado y angustiado por haber tenido que cerrarlo en falso, lo que, además, lo obligaba a tener que mentir u ocultar una parte de la verdad. Pero contarle todo habría supuesto un grave menoscabo para fray José de Cuenca, al que algunos en la isla consideraban un mártir, y para los propios dominicos; y ello en nada beneficiaría a la causa taína. Y, para colmo, no podía ir a ver a Higuemota, ni siquiera a escondidas, pues en esa isla no se podía hacer nada sin que al instante todo el mundo se enterara. Había tanta desconfianza y tanto miedo al prójimo en La Española que todos se espiaban entre sí con la oscura esperanza de descubrir alguna cosa que pudiera acabar con el contrario.

Cuando se calmó un poco, Rojas se fue a ver a los dominicos para darles cuenta del resultado de su misión. Estos estaban reunidos en una de las casas alledañas al convento después de una mañana de trabajo y oración. Al verlo entrar en la

sala, todos lo miraron con alegría y se acercaron a él para darle un abrazo.

—Dichosos los ojos... ¿Cómo os encontráis? —lo saludó fray Pedro.

—Nos alegra mucho veros de nuevo por aquí —comentó fray Antonio con gran júbilo.

—La verdad es que estoy vivo de milagro —les informó—. Me siento como si acabara de regresar del infierno. Ni por todo el oro de las Indias volvería allí.

—No sabéis cuánto lo sentimos —comentó fray Pedro.

—Ya nos ha contado fray Anselmo que acabasteis con ese canalla —apuntó fray Antonio.

—Es una pena que no pueda ser juzgado —exclamó fray Pedro—. Su testimonio habría sido muy valioso. Pero lo importante es que ya no hará más daño.

Rojas les contó a los frailes lo sucedido en el interior de la selva, a excepción de un par de detalles: uno de ellos referido a la muerte de Lope de la Cruz y el otro, a lo que este le contó sobre el incendio de la aldea.

—Os agradecemos de corazón todo lo que habéis hecho —le dijo fray Pedro—. Supongo que viajaréis con Bartolomé de las Casas y fray Antón en el próximo barco que parta para España.

—Así es —confirmó Rojas.

Tras despedirse de los frailes, el vicario lo acompañó hasta la calle.

—Antes de irme, hay algo que me gustaría confesar —le dijo el pesquisidor cuando estuvieron a solas.

—¿Queréis que os escuche como amigo o como fraile? —quiso saber fray Pedro, intrigado.

—Como amigo más bien. Pero desearía hacerlo bajo secreto de confesión —precisó Rojas.

El vicario lo miró con perplejidad.

—Lo que me pedís es extraño. Pero si es eso lo que deseáis... —concedió.

Fray Pedro le hizo un gesto a Rojas para que lo acompañara a una de las capillas de la iglesia del convento, todavía en construcción.

—En fin, vos diréis.

—Confieso que os he mentado, a vos y a toda vuestra comunidad —soltó Rojas sin más preámbulos, como quien se libera de una pesada carga.

—¿Qué queréis decir?

—Lo primero que debéis saber es que no fui yo el que mató a Lope de la Cruz —reveló el pesquisidor.

—¿Y por qué os habéis inculpado?

—Para que no culparan a otro.

—¿A otro, decís? ¿Podéis decirme a quién?

—Eso no importa ahora. Lo hizo para salvar mi vida; no tuvo más remedio — explicó el pesquisidor.

—En ese caso, pienso que no es culpable a los ojos de Dios, ya que eligió entre dos males el que creyó menor —argumentó el fraile.

—Pues eso mismo es lo que he hecho yo, al inculparme —señaló Rojas.

—Si es así, habéis obrado correctamente, dadas las circunstancias —le hizo saber fray Pedro.

—Veréis. Hay algo más —anunció el pesquisidor.

—¿Y a qué esperáis para decírmelo?

Rojas tomó aliento, antes de hacer su declaración.

—Habéis de saber que Lope de la Cruz no fue quien incendió la aldea.

—¿Qué me decís! —exclamó el vicario, con gran asombro—. Entonces, ¿quién fue?

—Tampoco eso importa ahora.

—Me temo que ese detalle sí que es importante, y vos lo sabéis mejor que yo —replicó el vicario.

—En realidad, la persona que provocó el incendio también lo hizo porque consideraba que ese era el mal menor para los taínos que murieron en él — repuso el pesquisidor.

—No os comprendo. ¡Cómo puede ser ese el mal menor! —rechazó fray Pedro.

—Lo es, aunque os parezca inaceptable.

—Decidme ya quién fue el autor de la matanza —le exigió el vicario.

—¿De verdad queréis saberlo?

—¿Para qué, si no, os trajimos aquí? —se impacientó el fraile—. Si de verdad lo sabéis, debéis comunicármelo cuanto antes.

—Está bien —concedió Rojas—. Pero recordad que os lo digo porque me obligáis a ello y bajo secreto de confesión.

—Pues confesadlo de una vez —lo apremió el fraile.

—No es nada fácil para mí.

—Vais a hacer que me desespere y me enfade con vos —le advirtió el fraile con un tono que a Rojas le sonó demasiado perentorio, tal vez amenazante.

—Está bien. Fue fray José de Cuenca —reveló Rojas por fin.

—¿El bueno de fray José, decís?! —exclamó fray Pedro, indignado—. ¿Es que habéis perdido el juicio? ¿Habéis estado bebiendo antes de venir aquí?

—Si lo hizo fue porque creía que eso sería lo mejor para sus feligreses —arguyó Rojas.

—¡Eso no tiene sentido! ¡Cómo se os ha ocurrido una cosa así!

—Me lo contó Lope de la Cruz —apuntó Rojas.

—¡Acabáramos! —rechazó fray Pedro—. ¿Y vos habéis creído a ese canalla que miente más que habla, y más cuando se trataba del principal sospechoso?

—Me ofreció pruebas de ello, y su relato, os lo aseguro, era congruente —argumentó Rojas—. Él había ido a la aldea para llevarse a los taínos y devolvérselos a su antiguo encomendero. Pero fray José lo descubrió por casualidad y trató de impedirselo. Disputaron, forcejearon, el fraile hirió al encomendero en la mejilla, y, al ver que no conseguía disuadir a Lope de la Cruz, se sintió tan desesperado que no se le ocurrió otra cosa que prender fuego a la aldea mientras los taínos dormían. Su intención era librarlos de la esclavitud a la que de nuevo iban a ser sometidos, que, como sabéis, para los taínos es algo mucho peor que la muerte, enviándolos al cielo, ya que acababa de bautizarlos, aunque para ello él tuviera que condenarse. Arrepentido de lo que había hecho, en el último momento trató de salvar a los niños, pero no pudo conseguirlo y pereció con ellos. Eso es lo que, al parecer, ocurrió.

—No es posible, no es posible. Tenéis que estar equivocado —insistió el fraile.

—Me temo que esa es la verdad. El encomendero no pudo inventarse una cosa así, y menos cuando él mismo acababa de reconocer que había cometido crímenes tan horribles como ese. No había ninguna razón para mentir.

—¡Quién sabe de lo que es capaz un hombre como ese!

—Tenía el collar que le acababa de regalar el cacique del poblado a fray José.

—Pudo habérselo quitado —sugirió el fraile.

—Él mismo reconoce que se lo arrancó en un forcejeo, pero eso ocurrió fuera de la aldea. Yo encontré una cuenta de ese collar. Y, por ello, sé que lo que dijo, a ese respecto, era cierto —le explicó el pesquisidor.

—Pero todo esto es absurdo, una abominación —sentenció fray Pedro, horrorizado.

—Comprendo que os resistáis a creerlo. A mí me pasó igual cuando me enteré. Podéis imaginároslo. No obstante, tenéis que confiar en mí. Ojalá las cosas hubieran sido de otro modo. Eso me habría ahorrado muchos sufrimientos.

—¿Y por qué me lo habéis contado?

—Porque vos sois la persona que me trajo aquí para que averiguara la verdad. Así que merecéis que os haga partícipe de ella. Pero no creo que sea bueno ni

necesario que se lo contéis a nadie más. Por eso he querido hacerlo bajo secreto de confesión. Si esto se supiera, se pondría en peligro la causa de los indios y el buen nombre de vuestra orden. Los encomenderos aprovecharían la ocasión para desacreditaros todavía más. ¿Y quién defendería, entonces, a los taínos? Por eso no podemos contar la verdad.

—Me temo que tenéis razón —concedió el vicario.

—Con esta ocultación no hacemos daño a nadie, al menos a nadie que esté vivo, y sí un gran bien a los taínos. Vos lo habéis dicho antes: se trata de escoger el menor de dos males. En este caso, mentir de forma piadosa o revelar una verdad que va a causar mucho daño. Yo, desde luego, no tengo ninguna duda —aclaró el pesquisidor.

—Ni yo tampoco, os lo aseguro —apuntó el fraile.

—Entonces, ya está dicho todo —concluyó Rojas, poniéndose en marcha.

Cuando el pesquisidor se disponía a abandonar el lugar, se encontró en la entrada con fray Antonio, que parecía estar esperándolo, algo inquieto.

—¿Algún problema? —le preguntó a Rojas, al ver su semblante preocupado.

—Ninguno, ¿por qué lo decís?

—No os veo muy contento.

—Han sido días muy duros y estoy muy fatigado.

—¿De qué habéis hablado con fray Pedro? —quiso saber el herbolario.

—De lo que vamos a hacer ahora que el caso está cerrado.

—Entiendo. Por mi parte, quería comentaros que estoy muy orgulloso de vos.

—Os lo agradezco mucho.

—Soy yo el que está en deuda con vos por todo lo que habéis hecho. Estoy seguro de que no ha sido fácil. Pero quiero que sepáis que estaba seguro de que lo conseguiríais. Ahora ya puedo morir en paz —añadió el fraile con alivio.

—¿Por qué decís eso? Aún tenéis que hacer muchas cosas y ver cómo prosperan vuestras plantas —quiso animarlo Rojas.

—Eso pueden hacerlo otros mucho mejor que yo. Mi misión en este mundo ya está cumplida. Espero haber contribuido de algún modo a que las condiciones de los taínos mejoren, con eso me conformaría.

—Habéis hecho más que eso. Creo que habéis llevado una vida ejemplar, y os admiro y os quiero por ello.

—Yo también os he querido siempre como a un hijo, aunque dejáramos de vernos durante algún tiempo, después de que nuestras vidas se separaran. Luego os llamé cuando os necesitaba y no me habéis fallado. ¿Me permitís que os dé un abrazo? —preguntó fray Antonio, emocionado.

Rojas lo miró conmovido y lo estrechó entre sus brazos sin poder contener el llanto, que, al principio, fluyó lento y entrecortado, pero enseguida se tornó raudo y caudaloso, como un río en temporada de lluvias.

XXII

(Santo Domingo, el día después)

A la mañana siguiente, nada más levantarse, Rojas se fue a pasear frente al mar. Le apetecía estar solo para no tener que hablar con nadie ni dar explicaciones. Andaba muy deprisa, como si quisiera dejar atrás algunos recuerdos que lo acuciaban y atormentaban. En cuanto vio que estaba lejos de la ciudad, se sentó en una piedra para contemplar las olas, que, como sus pensamientos, no cesaban ni un solo instante de ir y venir, en continua agitación, batiendo contra las rocas. No obstante, el mar le daba sosiego y le permitía olvidarse de su amarga experiencia en la selva. También lo ayudaba a reflexionar y a tratar de poner en claro sus confusas ideas.

En esas estaba cuando de pronto descubrió a su lado a Higuemota. Era tan sigilosa que no la había oído llegar, como si de repente hubiera caído del cielo, brotado de la tierra o nacido de las olas. La miró con el rabillo del ojo. Su belleza no parecía de este mundo. Agitado por el viento, su pelo le tapaba de vez en cuando la cara y ella se lo retiraba con un gracioso gesto de la mano. Rojas notó que las mejillas le ardían y el corazón amenazaba con salirse por la boca.

—¿A qué esperabais para ir a visitarme? —preguntó Higuemota.

—Quería estar preparado.

—¿Para qué?

—Para poder deciros lo que tengo que comunicaros.

—¿Os referís a lo que hizo fray José? —apuntó ella.

—Entre otras cosas. Y vos ¿cómo lo sabéis? —comentó Rojas, sorprendido.

—Me lo confesó Enriquillo. Él oyó cómo os lo contaba Lope de la Cruz. Estaba junto a la puerta del caney, por si tenía que intervenir, pues yo le había

pedido que os protegiera —le explicó ella.

—¿Que me protegiera? —inquirió Rojas, sorprendido.

—Temía por vuestra vida. No podía soportar la idea de que os pasara algo.

—Os lo agradezco. De todas formas, no debió contároslo.

—¿Acaso no pensabais decírmelo vos?

—Por supuesto que sí —aseguró Rojas—. A vos no puedo mentiros ni ocultaros nada. Pero a Enriquillo le pedí que no hablara con nadie del asunto. Si el gobernador interino se entera de que fue él el que mató al encomendero, podrían ahorcarlo, pues el muerto era un español, aunque fuera un criminal.

—Por eso no debéis preocuparos; solo me lo ha revelado a mí.

—Eso espero. Por el bien de los dominicos y de vuestro pueblo, no debería saberlo nadie más. Yo tan solo se lo he contado a fray Pedro, bajo secreto de confesión. Así que él no podrá decírselo a nadie.

—Yo tampoco lo contaré, podéis estar seguro.

—Lo estoy. Confío ciegamente en vos.

—¿Os sentís mal por haber tenido que mentir? —quiso saber ella.

—Todo se ha enredado de tal manera que ya no sé qué pensar —reconoció Rojas.

—En todo caso, Enriquillo y yo os agradecemos mucho lo que habéis hecho por nosotros y por nuestro pueblo.

—Me temo que lo único que he hecho es culpar a alguien de un crimen que no había cometido.

—Si os referís a Lope de la Cruz, sabéis muy bien que era culpable de cosas todavía peores —le recordó Higuemota—. De modo que se lo merecía, por ser un criminal, aunque fuera español —añadió con ironía.

—En eso tenéis razón. ¡Si lo hubierais escuchado! «Hay que exterminarlos a todos», decía, convencido, refiriéndose a vuestro pueblo y supongo que a los indios en general. Sin embargo, él parecía ya harto de tanto horror, como si hubiera rebasado el límite. Por eso estaba empeñado en que lo matara. Quería desaparecer y, de paso, que yo probara el sabor de la sangre, pues estaba seguro de que luego querría más, hasta convertirme en lo que él era. Si no lo hubiera matado Enriquillo, yo no habría tenido más remedio que hacerlo. Después, cuando salí del caney y vi a aquellos caribes que arrojaban sus armas al suelo y se inclinaban ante mí como si fuera un dios, porque creían que acababa de sacrificar al que antes adoraban, os confieso que experimenté la tentación de asomarme al abismo y vislumbrar, por un momento, lo que él había sentido y contemplado.

—No penséis más en eso.

—No va a ser fácil. Creo que esta experiencia me ha marcado.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

—Esperar a que zarpe el próximo barco para Castilla.

—¿Y mientras tanto?

—Me encerraré en mi cámara a escribir el memorial que pienso presentarle al rey. Es algo muy importante y quiero hacerlo bien —le comentó el pesquidor.

—¿Significa eso que ya no me amáis?

—¿Por qué lo decís?

—Porque parece que me evitáis —se quejó ella.

—Os amo cada vez más y no deseo otra cosa que estar en vuestra compañía. Pero, en este momento, no podemos vernos; debo renunciar por un tiempo a vos —le anunció Rojas sin demasiada convicción.

—¿Renunciar a mí, ahora que os necesito a mi lado?! ¿Y por qué motivo? —inquirió Higuemota con tristeza e inquietud.

—Porque así me lo ha ordenado el gobernador interino. Parece que está al corriente de nuestras relaciones, y dice que, si no obedezco, perderé todo mi crédito ante el rey; asimismo amenaza con denunciarme por adúltero y con pedir que me excomulguen. Y ello me hace temer también por vos; cualquiera sabe lo que os podría hacer —añadió Rojas con preocupación.

—Comprendo. Tenéis razón; debemos tener cuidado —concedió ella sin mucho entusiasmo.

—Lo más urgente es terminar el memorial. Lo que están haciendo los españoles con vuestro pueblo no es solo un pecado ni un delito ni un crimen, es algo mucho peor, una atrocidad para la que aún nos falta la palabra adecuada; la de matanza resulta insuficiente y la de hecatombe no me parece oportuna —explicó él—. Después debo ir a la corte con fray Antón y Bartolomé de las Casas para tratar de convencer al rey de que termine de una vez con las encomiendas y proteja a vuestro pueblo antes de que sea demasiado tarde, pues estoy seguro de que mis compatriotas no descansarán hasta esquilmar vuestras tierras y destruirnos a todos, como deseaba Lope de la Cruz. Esperemos que nos haga caso. Pero, suceda lo que suceda, yo volveré con vos.

—Os recuerdo que ya habéis hecho bastante por nosotros —afirmó Higuemota—. Al igual que mi madre, odio y admiro, a partes iguales, a los españoles, pues sé de sobra que no todos ellos se comportan de la misma manera. Algunos hasta son buenos con nosotros. Ahí está, sin ir más lejos, fray Antonio de Zamora y su empeño en protegernos y ayudarnos. Tan español es

vuestro amigo como Lope de la Cruz; fray Antón de Montesinos como Nicolás de Ovando; fray Pedro de Córdoba como el actual gobernador. Por no hablar de fray Ramón Pané, que fue el primero que se interesó por nuestras creencias y antigüedades, aunque fuera incitado por Colón, o de los otros dominicos, que no dudaron en enfrentarse a sus compatriotas para defender nuestra causa, o de Bartolomé de las Casas, que tan bien supo cuidar de Enriquillo cuando era niño, y que, a pesar de haber sido encomendero, ahora se ha convertido en nuestro más apasionado defensor. O de vos mismo, que habéis puesto en peligro vuestra vida y vuestro honor por nosotros, sin apenas conocernos.

—Si fuera así, sería la primera vez que los vencedores, o al menos una parte de ellos, defendieran la causa de los vencidos. ¡Toda una paradoja! —observó el pesquisidor—. En todo caso, somos muy pocos para compensar tantos crímenes y atrocidades.

—Seguro que, gracias a vuestro ejemplo y al de los dominicos, muy pronto se sumarán otros —auguró ella.

—Me alegra veros tan animosa.

—Siempre he pensado que la llegada a esta isla de Cristóbal Colón fue una gran equivocación, ya que no eran estas las tierras ni las gentes que él esperaba encontrar al cabo de su viaje; tanto es así que tomó sus deseos por realidades y confundió nuestra isla con la de Cipango. Y a nosotros nos llamó indios porque pensaba que había llegado a las Indias Occidentales. Desde entonces, todo ha sido una sucesión de errores y crueldades. Pero esto tiene que cambiar; no podemos permanecer con los brazos cruzados ante tamaña injusticia.

—Ojalá sea como vos decís y podamos enmendar esos yerros y ayudar a restaurar la concordia. Yo haré todo lo que pueda —prometió Rojas.

—Estoy segura de ello.

—Por cierto, doña María de Toledo os manda saludos —le comunicó Rojas.

—¿Cómo se encuentra?

—Tiene problemas con el gobernador interino. Pero me ha hablado muy bien de vos.

—A pesar de su soberbia, ella sería una buena gobernadora.

—Lo mismo le he dicho yo.

—En cuanto a vos y a mí —le dijo Higuemota, cambiando de conversación—, quiero que sepáis que os estaré esperando impaciente hasta que volváis. Si al final no lo hacéis, lo sentiré mucho, pero lo aceptaré y trataré de olvidaros...

—Eso no va a ocurrir —aseguró él.

—Si regresáis —prosiguió ella—, seré la mujer más dichosa de esta isla.

El pesquisidor se sintió tan conmovido por sus palabras que no pudo evitar abrazarla. Luego se separaron y se miraron con ternura, tristeza y desesperación. Higuemota le dio la espalda, dispuesta a irse, y lo mismo hizo Rojas, cada uno en una dirección. Pero había algo que les impedía moverse, algo que los hizo volverse y correr al encuentro del otro. Ya habría tiempo de separarse. Ahora tenían que aprovechar los pocos días que aún les quedaban hasta que él se fuera. Así que cerraron los ojos y se besaron con alegría y pasión.

—Venid, quiero enseñaros algo —le dijo de pronto Higuemota.

Cogidos de la mano, fueron saltando de roca en roca hasta llegar a una pequeña playa, resguardada de los vientos y de las miradas indiscretas. No podía haber un lugar mejor para su reunión secreta. Sin decir nada, se desnudaron y se amaron sobre la arena tibia y dorada. Sus cuerpos eran como las olas que iban y venían y batían con fuerza contra la orilla, contra la piel, cada vez más deprisa, cada vez de forma más intensa, él entrando en ella, ella acogiéndolo a él, hasta alcanzar juntos la cima del placer, los dos exhaustos y sudorosos, como el mar después de una tormenta. Y allí permanecieron, tendidos sobre la arena, con las olas lamiendo las plantas de sus pies y la brisa marina refrescando sus caras, olvidados de todo, como animales felices y tranquilos, acariciados por el sol de la mañana.

—Cuando todo esto acabe —le susurró Higuemota al oído—, me gustaría enseñaros algunos otros lugares de esta isla, que, para nosotros, es la madre de todas las tierras, pues eso es más o menos lo que significa Quisqueya, a la que los taínos imaginamos como una mujer, como el origen de la vida. Así tendréis más motivos para querer vivir aquí.

—Os amo a vos y eso es ya suficiente motivo para desearlo; de hecho, vos sois esta isla para mí —explicó Rojas—. Vos sois esta tierra tan fértil, esta mar tan indómita, este aire tan puro y este sol tan luminoso; vos sois sus ríos, sus lagos, sus bosques, sus montañas, sus cuevas, sus arroyos subterráneos, el cacicazgo de Xaraguá, la isla de Saona y la península de Samaná. Y vos sois también mi cemí.

—¿Acaso no os basta con estar loco, que también queréis ser un hereje? —bromeó la princesa taína.

—¿Yo? Higuemoto soy y a Higuemota adoro y en Higuemota creo y a Higuemota amo —proclamó Rojas, remedando a Calisto.

Tras escuchar tales palabras, la princesa taína se enterneció de tal manera que no sabía si llorar de alegría o reír de emoción o las dos cosas a la vez. Así que lo besó y lo abrazó y lo acarició, al tiempo que le decía que lo amaba y lo quería y

lo deseaba. Y otro tanto hizo él.

—¿Os habéis bañado alguna vez en el mar? —preguntó ella de pronto.

—No, jamás; nunca vi a nadie hacerlo allá en España y menos a la gente de mar. Creía que era algo peligroso —le explicó Rojas.

—¿Peligroso?! ¿Tanto os asusta el agua a los españoles? Puede que sea esa la razón de que no os bañéis. Pues habéis de saber que, para los taínos, nadar es tan natural como andar; es algo placentero y saludable. Acompañadme, que os voy a enseñar cómo se hace —lo apremió ella, incorporándose.

Como Rojas no acababa de decidirse, Higuemota lo agarró del brazo y tiró de él hasta lograr que se pusiera en pie. Sin poder evitarlo, su miembro había recobrado de pronto todo el vigor y el pesquisidor trató de ocultarlo.

—Venga, no seáis cobarde, que así, de paso, se os bajará la hinchazón —le gritó ella entre risas, al tiempo que se adentraba en el mar.

Así, desnuda y en medio de las olas, parecía una Afrodita recién nacida de las aguas, una Venus de piel bronceada y cabello oscuro, en lugar de pálida y rubia. Cada vez que venía una ola, se ponía de lado y daba un pequeño salto para que no la derribara. Rojas se situó junto a ella, tratando de imitarla. Pero a veces se distraía viendo cómo sus pechos se agitaban y las olas lo golpeaban hasta hacerlo tambalearse, e Higuemota se reía con su torpeza. Cuando vio que él ya se iba acostumbrando, ella se sumergió y volvió a salir un poco más lejos, dando un grito de júbilo. Después comenzó a mover los brazos y las piernas de forma acompasada. Mientras la contemplaba con asombro, Rojas pensó que las sirenas no nadarían mejor. Al rato ella se detuvo y le pidió a él que lo intentara. El pesquisidor se negó con firmeza, no solo por miedo a ahogarse, sino también a hacer el ridículo. Pero Higuemota insistió tanto que se animó a probar, con tan mala fortuna que una ola lo cubrió por completo y lo obligó a tragar agua; esto hizo que se asustara y comenzara a manotear sin orden ni medida. Al verlo en apuros, Higuemota corrió hacia él y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Estáis bien? —le preguntó, cuando se dirigían a la orilla.

—Creí que me moría —confesó él, aturdido.

—El próximo día lo haréis mejor; solo tenéis que dejaros llevar y perderle miedo al mar —le aconsejó ella.

Tras secarse la piel con la suave brisa del mediodía, volvieron a vestirse y a comportarse con decoro, como Adán y Eva después de haber probado la manzana del árbol prohibido y haber sido expulsados del jardín del Edén. Se despidieron con un beso nada más llegar al camino, para que no los vieran juntos, no sin antes citarse en la hacienda de Higuemota para el día siguiente, ya

que ninguno de los dos parecía dispuesto a renunciar al amor por miedo a las represalias.

XXIII

(Hacienda de Guevara y Santo Domingo, los días posteriores)

Sin decir nada a nadie, Rojas recogió sus cosas de la posada y se dirigió a la casa de su amada al día siguiente, procurando que no lo sorprendieran. Apartados del mundo y sus tribulaciones, Fernando e Higuemota tuvieron ocasión de conocerse mejor y de hablar de todo, salvo del futuro, pues no querían pensar en el incierto mañana, sino gozar del presente que la buena fortuna les había deparado. Había jornadas en las que apenas salían de la cama, enredados en batallas de amor, y otras en las que no se acostaban, pues se pasaban la noche en vela, conversando. Por las tardes, en el caney, ella hacía sus areítos y sus canciones de cosas pasadas y él escribía su memorial. En una ocasión recibieron la visita de Enriquillo y Mencía, por la que Rojas sentía un afecto paternal.

Pero no todo fueron risas y placeres durante ese tiempo de espera. Un día un joven fraile acudió a la hacienda muy alterado, para comunicarle a Rojas que fray Antonio estaba muy enfermo y quería hablar con él. Al parecer, esa mañana el herbolario no había bajado a dar su acostumbrado paseo por el huerto para hablar con sus queridas plantas. Alarmado por la tardanza, uno de los hermanos había ido a buscarlo a su celda, y lo había encontrado en la cama muy afligido. Tras preguntarle cómo se sentía, fray Antonio le había rogado que fuera a buscar a su amigo cuanto antes, pues necesitaba hablar con él.

Cuando llegaron al convento, era ya casi de noche. Fray Antonio hizo una leve mueca a modo de sonrisa al ver a su amigo junto a él. Después pidió que los

dejaran solos.

—¡Cuánto me alegra que hayáis venido!

—Y a mí veros.

—Iré al grano —anunció fray Antonio—. Sé que me queda muy poco tiempo y necesito que me digáis algo. El otro día, cuando me abrazasteis, noté que temblabais y llorabais. Al principio pensé que era a causa de la emoción compartida, pero luego, no sé por qué, me dio la impresión de que era por algo que me habíais ocultado y que, en ese momento, parecía pugnar por salir. Por otra parte, acababa de descubrir que os habíais confesado con fray Pedro, cosa que me alarmó, pues no era algo propio de vos. Yo estoy seguro de que, si no me lo habéis contado a mí, ha sido por mi bien, y os lo agradezco de todo corazón. Pero, ahora que estoy a punto de abandonar este mundo, no me podrá hacer mucho mal. De modo que no me lo negaréis.

Tras pedirle perdón a su amigo, Rojas le hizo saber toda la verdad sobre el caso y su conversación con Lope de la Cruz, incluida la implicación de fray José. El hermano herbolario quedó muy conmovido y apesadumbrado, pues no podía entender bien las razones de esa sinrazón. Pero poco a poco se fue serenando y, al cabo de un rato, comentó:

—Es muy difícil imaginar qué pudo pasar por la mente de fray José en el momento de tomar esa decisión. Siempre he creído que sería un gran desorden y un gran pecado echar a un niño a un pozo para bautizarlo, ya que con ello moriría, y la salvación de su vida debería ser más importante que la de su alma. Pero no todos mis hermanos opinan igual que yo, ni tampoco muchos frailes de otras órdenes. Sea como fuere, estoy seguro de que con su acción fray José de Cuenca trató de librar a su rebaño de las garras y colmillos de los lobos que venían a llevárselo, aunque para ello no se le ocurriera otra cosa que sacrificar a todos los corderos. La situación debió de ser tan desesperada que nuestro hermano perdió el juicio y acabó haciendo justo aquello que quería evitar. Su comportamiento, en definitiva, fue equivocado, mas es evidente que su intención era buena. Y, si bien tuvo que condenarse por ello, no me cabe duda de que su trágica muerte lo redimirá algún día de su gran pecado. Estoy de acuerdo con vos en que este no es buen momento para hacerlo público —añadió con tono pesaroso—, pero creo que más adelante deberíais darlo a conocer, pues soy de los que consideran que, a la larga, la verdad no puede causar daño, por muy amarga que sea. A fin de cuentas, fray José llevó a cabo lo que creyó más justo, dadas las circunstancias.

—Contad con ello.

Fray Antonio parecía ahora más tranquilo y aliviado. No obstante, había algo más.

—También me han llegado ciertos rumores —comenzó a decir con naturalidad— de que tenéis amores con Higuemota, la hija de Anacaona. Supongo que, en este caso, no me lo habréis contado por pudor. ¿Acaso pensabais que por ser fraile os lo iba a censurar o recriminar o que no os iba a comprender? Yo también he sido joven y he probado las alegrías y sinsabores del amor. Incluso en la vejez, durante el tiempo en que colgué los hábitos y anduve por mi cuenta por estas tierras, tuve relaciones con una taína. Perdonadme que hasta ahora yo tampoco os lo haya confesado. En este caso, ya os imaginaréis por qué. Se trataba de una naboría a la que rescaté de las manos de un labrador español que la maltrataba. La llevé a mi bohío con la sola intención de protegerla, pero ella me cobró afición y yo, pecador de mí, no supe resistirme. Por desgracia, murió a causa de unas viruelas, como tantos otros. Durante todo este tiempo, la he echado mucho de menos, y, ahora que yo también estoy a punto de entregar mi alma a Dios, me acuerdo mucho de ella. ¿Creéis que volveré a verla cuando muera?

—Seguro que sí —le dijo Rojas, para animarlo—. Y, si no os conté lo de Higuemota, fue para que no pensarais que no me estaba ocupando de mis pesquisas.

—Os conozco y sé que sois muy buena persona, aunque algo enamorado, pues ya antaño, en Salamanca, disteis buena prueba de ello.

—Creedme, lo de Higuemota es algo nuevo para mí —puntualizó Rojas.

—Ojalá sea así —le deseó su amigo—. Ahora que todo está hablado, quisiera que me hicierais un último favor. Traedme esas hojas que hay encima de la mesa.

Se trataba de hojas secas de cohiba enrolladas. Rojas se las entregó, y fray Antonio puso uno de los extremos en su boca y el otro lo encendió con la llama de una vela. Después hizo varias aspiraciones, hasta que prendió bien, y expulsó el humo con gran satisfacción.

—¿Os acordáis del día que os di a probar esta planta maravillosa en el colegio mayor de San Bartolomé? —preguntó fray Antonio, alargándole las hojas.

—¡Cómo iba a olvidarlo! Fue durante las pesquisas de mi primer caso. Si no llega a ser por vos, no lo habría resuelto —comentó Rojas antes de aspirar el humo.

—Desde que vine aquí me he aficionado mucho a ellas y a algunas otras plantas —confesó el fraile—, y más en estos días, pues me provocan un placentero adormecimiento, lo que mitiga el dolor y la sensación de cansancio.

Los dos amigos compartieron las hojas de cohiba en silencio, dejando que su conciencia se fuera nublando por el humo. Al poco tiempo, fray Antonio se durmió como un bendito. Rojas se quedó velando su sueño, hasta que él también cayó rendido. Cuando se despertó, comprobó que su amigo había muerto con una sonrisa beatífica en los labios.

Aunque era algo esperado, la desaparición de fray Antonio fue para Rojas un golpe tan grande que lo dejó abatido y sin ganas de nada. Ni siquiera la presencia de Higuemota habría podido consolarlo en ese duro trance. Hubo un momento en que se encerró en su cámara de la posada y cedió totalmente a su deseo de llorar, y eso le hizo un gran bien, como si las lágrimas lo hubieran limpiado por dentro. Luego permaneció, durante un buen rato, acostado sobre su propia mano, meditando sobre la vida y la muerte, su fiel compañera.

El entierro de fray Antonio fue muy humilde, como él había pedido. El vicario quiso que, en la misa por su alma, Rojas hablara de su amigo. El pesquisidor se resistió un poco, pues no se encontraba con ánimo para ello, pero luego comprendió que exponer en público lo que sentía por él podría ser beneficioso para su alma. Así que se acercó al altar y, desde allí, comenzó a decir:

—Yo creo que la verdadera santidad no consiste en obrar milagros, sino en hacer el bien día a día, aun en las peores circunstancias, tratando de pasar inadvertidos, de forma humilde, sin alharacas. De hecho, los que hemos tenido la suerte de estar al lado de fray Antonio apenas lo percibíamos; solo ahora que se ha ido nos damos cuenta de que sin él la vida habría sido más dura y más difícil para nosotros y para mucha gente. Pero eso no llama tanto la atención como sanar a un enfermo incurable o rescatar a un niño que se ha caído dentro de un pozo. Lo que explica que nadie lo valore. Fray Antonio de Zamora vino aquí en busca de un sueño, que era ayudar a los que lo necesitaran y mejorar las condiciones de vida de los taínos y de los españoles. Él ha hecho por esta isla y por sus habitantes más que ningún otro cristiano. Y conste que no hablo solo de apoyo y consuelo espiritual. Para empezar, fue uno de los primeros que plantó la caña de azúcar y la hizo fructificar en esta tierra, y también el que, con la complicidad de fray Tomás de Berlanga, mandó traer de Canarias varios retoños de la planta del plátano para tratar de cultivarlos en el huerto del convento. Estoy seguro de que, con el tiempo, estos brotes crecerán y se multiplicarán y acabarán convirtiéndose en uno de los grandes recursos de La Española, sin duda más importante de lo que lo ha sido el oro y menos dañino para sus habitantes. Sin embargo, mucho me temo que, en el futuro, casi nadie se acordará de fray Antonio; otros serán los que se beneficien de su trabajo y se lleven la palma de

su sacrificio. Pero no conforme con eso...

Rojas tuvo que hacer una pausa, para no emocionarse.

—Como os decía, no conforme con eso —prosiguió con gran esfuerzo—, nuestro hermano herbolario se convirtió también en el primero que dio la voz de alarma para intentar salvar a los taínos, cuya población se ha visto casi destruida en poco más de veinte años. Esa es precisamente la razón de que hoy yo esté aquí. Él quiso concederme el privilegio de ayudaros en esta tarea. Ojalá podamos culminarla pronto y que nuestro inminente viaje a Castilla sirva para algo. Si es así, él habrá sido el principal impulsor. Si no lo logramos, nosotros seremos los únicos responsables. A pesar de sentirse viejo y de estar enfermo y cansado, su vida ha sido un ejemplo hasta el final. Tengámoslo siempre presente en la memoria —añadió entre lágrimas.

Acabada la misa, entre Rojas y varios hermanos trasladaron el humilde ataúd hasta el cementerio del convento. El día había amanecido con nubes de tormenta, pero hasta esa hora no descargaron sobre la ciudad, como si los cielos hubieran querido también despedirse del fraile derramando lágrimas y ablandando la tierra que lo iba a acoger en su seno, muy cerca del huerto. A punto estaban ya de enterrar el féretro cuando aparecieron varios taínos, que enseguida se postraron de rodillas junto a ellos y rezaron por fray Antonio con gran fervor.

Antes de irse, fray Pedro le pidió que lo acompañara a la que había sido la celda de su amigo. Allí le mostró un pequeño arcón que había junto a la cama.

—Nosotros no tenemos costumbre de recibir herencias —le explicó el fraile—. Estoy seguro de que fray Antonio habría querido que fuera para vos.

—¿Por qué para mí?

—Porque vos fuisteis su mejor amigo, casi como un ahijado.

Cuando llegó a la posada, Rojas abrió el arcón y examinó su contenido. Toda una vida encerrada en una pequeña caja de madera, como un pequeño ataúd. En él había una camisa y otras prendas de ropa, de cuando fray Antonio decidió colgar los hábitos. También había un libro de botánica, otro de agricultura y algunos papeles, entre ellos una copia del célebre sermón de Adviento. Había también un ejemplar de la primera edición de la *Comedia de Calisto y Melibea*, muy manoseado y lleno de subrayados y anotaciones. Mientras pasaba las hojas, el pesquisidor recordó los días en los que juntos resolvieron en Salamanca algunos casos y su amigo estuvo a punto de perder la vida por su culpa. Sin duda, había sido su ayudante y su mentor, pero también un amigo y un padre; de ahí que, en ese momento, inclinado sobre el arcón, se sintiera huérfano y perdido en el mundo, aunque sabía que contaba con el amor de Higuemota.

A la mañana siguiente, el gobernador interino lo mandó llamar para comunicarle que su barco estaría presto para partir en apenas unos días. También le dijo que estaba al corriente de su estancia en casa de su amada, a pesar de que se lo había desaconsejado, lo que, de entrada, implicaba que su informe sobre la situación de los taínos no podría ser considerado imparcial. Rojas le replicó que, gracias a su relación con Higuemota, había podido conocer mucho mejor a esas gentes, así como sus creencias, costumbres y habilidades, lo que le había permitido concluir que eran iguales —y, con frecuencia, mejores— que los españoles y que, como ellos, no solo poseían alma, raciocinio y voluntad propia, sino también capacidad para discernir entre el bien y el mal.

—Eso es algo que los teólogos y los juristas habrán de estudiar y debatir; de modo que absteneos de opinar —le contestó Cristóbal Lebrón.

—Tal vez me podréis hacer callar, pero nunca lograréis impedirme que piense como quiera —lo retó Rojas.

—Eso ya se verá —sentenció el gobernador interino.

—Pues sabed que no solo estoy enamorado de Higuemota, con la que pienso pasar el resto de mi vida, sino que también he intercambiado mi nombre con su sobrino Enriquillo, por lo que me llamo Guarocuya y soy su guaitiao —proclamó Rojas con tono desafiante.

Cuando Rojas salió a la calle, comenzó a desatarse una de esas tormentas que los taínos llamaban huracán, un viento muy temible y de una fuerza extraordinaria, a modo de torbellino, acompañado de lluvia abundante. Esto hizo que muy pronto comenzaran a derrumbarse todos los bohíos o casas de paja y también algunas tapias y paredes de obra. Aunque la peor parte se la llevó el puerto, donde, a pesar de que intentaron asegurar las naves con toda clase de áncoras y cables, varias de ellas se vieron arrastradas mar adentro, hasta naufragar, o acabaron lanzadas contra la costa, hasta romperse en mil pedazos, con tal estrépito que parecía que andaban sueltos todos los demonios del infierno.

Caminar por las calles de Santo Domingo era poco menos que imposible, pues el viento azotaba con tanta furia que amenazaba con hacer rodar por el suelo o echar a volar por el aire a todo aquel que no estuviera bien escondido o agarrado a algo sólido. Pero lo más peligroso eran las maderas, piedras u otros objetos que iban de un lado para otro o caían de los tejados y cubiertas, dejando a más de

uno muerto o descalabrado por el golpe.

En lugar de buscar refugio, como habría hecho cualquier persona prudente y sensata, Rojas compró un caballo con el dinero que le quedaba, pues el posadero no se lo quiso dar en alquiler, por temor a perderlo en el temporal, y se dirigió a galope tendido a la hacienda de Higuemota. La lluvia racheada lo golpeaba con tal fuerza que le hacía daño en la cara y no le permitía otear el horizonte. Por el camino, encontró muchos árboles abatidos, unos encima de otros, con las ramas rotas, los troncos dañados y las raíces arrancadas de cuajo. Algunos animales huían despavoridos y otros intentaban guarecerse donde podían. Tan solo se veía a Rojas cabalgar por los senderos anegados, saltando zanjas y esquivando palos, como alma que lleva el diablo.

Tan pronto divisó a lo lejos la hacienda y observó que la casa estaba en pie y los árboles permanecían en su sitio, le dio gracias a Dios y también al cemí que había provocado el huracán, llamado, según los taínos, Guabancex, por haber hecho que su fuerza se debilitara al llegar allí, hasta el punto de que ni siquiera el caney parecía haber sufrido daños.

Al ver que alguien se acercaba, Higuemota salió a la puerta para saber de quién se trataba. Y, en cuento comprobó que era Rojas, saltó a la calle cubierta con una manta.

—Temía que hubierais muerto —exclamó.

—Y yo que estuvierais en peligro.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Creí que ya no volveríais.

—Fray Antonio ha muerto y he tenido cosas que hacer —le informó Rojas.

—No sabéis cómo lo lamento —se condolió ella—. Pero entrad de una vez, no os quedéis ahí.

Mientras un criado llevaba el caballo a la cuadra, Rojas e Higuemota entraron en la casa, que ya se había convertido en casi un hogar para él.

—He venido solo para despedirme —anunció el pesquisidor.

—¿Os vais ya? —preguntó Higuemota con voz trémula.

—Me temo que sí. El barco está listo y también el memorial para el rey. Aunque supongo que la partida se retrasará un poco, a causa del huracán, suponiendo que la nave no se haya echado a perder.

—Bendito sea, entonces, el huracán —exclamó ella.

—Ojalá pudierais venir conmigo.

—Con mucho gusto iría. Pero he de permanecer aquí, junto a mi hija y Enriquillo. Yo soy el eslabón entre ellos y Anacaona y debo ayudarlos a prepararlo todo, para que puedan recuperar pronto lo que les pertenece. Además,

os recuerdo que mi padre, Caonabó, murió ahogado cuando se dirigía a Castilla para ser juzgado, por orden de Colón, en una de esas carabelas vuestras. Lo que no me invita a esperar nada bueno de un viaje así —argumentó Higuemota.

—Está bien. Pero os ruego que no dejéis que Enriquillo haga nada hasta que yo regrese. Ya sabéis que es muy impaciente y le arde la sangre —le recordó el pesquisidor.

—¿Por qué no se lo decís vos?

—Porque a mí no me hará caso. Piensa que soy demasiado prudente.

—Yo se lo diré, por eso no os preocupéis —le aseguró ella.

Cuando iba a sentarse, Rojas descubrió sobre una mesa de la sala un ejemplar de su *Tragicomedia*.

—¿Lo habéis leído ya? —preguntó.

—Lo he abandonado a la mitad del auto decimonono —confesó ella.

—¿Acaso no os gusta?

—Es que he tenido un mal presagio.

—¿A qué os referís?

—Esta mañana, mientras lo leía, me ha dado la sensación de que, si lo terminaba, no volveríamos a vernos, y lo he dejado —le explicó Higuemota.

—No creo en los presagios, pero habéis hecho bien, pues sé que el final no os agradaría; es demasiado trágico —concluyó Rojas.

Esos últimos días se amaron con pasión desatada, de la mañana a la tarde y de la noche al alba, como si tuvieran miedo de no volver a verse o de que el mundo se fuera a acabar. El huracán les había recordado lo fácil que era morir en esa tierra o cruzando el océano. No en vano la vida allí era más intensa que en Castilla.

Una mañana llegó un mensaje de Manuel en el que le comunicaba a Rojas que la partida iba a tener lugar al día siguiente. La noche antes la pasaron en blanco. Había tantas cosas que compartir y de las que hablar que no querían perder ni un solo instante, hasta que de repente se quedaron inmóviles y mudos, pues se dieron cuenta de que ya estaba a punto de rayar el alba y tenían que separarse. Así que se levantaron y se vistieron, antes de darse el último abrazo.

—Y ahora marchaos —le suplicó ella—, pues no me gustan las despedidas, y regresad pronto, pues tampoco soporto las esperas.

—Lo haré, por la cuenta que me tiene; ya sabéis que no puedo vivir sin vos —le prometió él, abrazándola con fuerza y tratando de no llorar.

XXIV

(Océano Atlántico y Castilla, los meses posteriores)

Rojas embarcó en la nao muy poco tiempo antes de que esta zarpara, con casi una semana de retraso por culpa del huracán. Allí se encontró con Bartolomé de las Casas, fray Antón de Montesinos y Manuel Sánchez, que lo aguardaban con ansiedad, pues temían que le hubiera ocurrido algo o que se hubiera echado atrás.

Nada más salir del puerto, cuando ya estaban mar adentro, el barco viró hacia el este, para rodear la isla y poner luego rumbo hacia España. Desde la cubierta, Rojas contempló melancólico la costa y la desembocadura del río Ozama, con la esperanza de regresar pronto a Santo Domingo.

—Parece que la cosa va en serio —le comentó fray Antón, al verlo tan pensativo—. Me refiero a vuestra relación con Higuemota. ¿Qué pensáis hacer una vez que cumplamos nuestra misión?

—Mi intención es volver a La Española para vivir con ella —le confesó Rojas, sin ningún disimulo.

—¿Estáis seguro?

—¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque eso podría interpretarse como una especie de desafío al rey y a las autoridades de la isla, lo que os acarrearía muchos problemas —le recordó el fraile.

—No más de los que os causó a vos el sermón de Adviento, y, sin embargo, aquí estáis.

—En eso tenéis razón —reconoció el fraile.

—En cualquier caso, ya es tarde para tomar precauciones. El gobernador

interino está informado de todo y se lo va a hacer saber al rey, para que este ponga en cuestión todo lo que yo le diga sobre la situación de los taínos.

—Pero también estamos fray Antón y yo, que corroboraremos vuestro informe con los nuestros —intervino Bartolomé.

Durante la travesía, los cuatro compañeros tuvieron la oportunidad de hablar largo y tendido sobre el asunto. Los demás viajeros los miraban con desconfianza, pues sabían que iban a Castilla para tratar de que el rey acabara con las encomiendas y los repartimientos de indios, que, en ese momento, eran la única riqueza que podía ofrecerles la isla, ya que el oro tenía los días contados. Los más osados les lanzaron algunos reproches, a los que fray Antón respondió con tal firmeza que ya no se atrevieron a decir nada durante el resto de la travesía.

Conforme se acercaban a su destino, Bartolomé de las Casas parecía más exaltado. Se había tomado muy en serio la defensa de los indios y no paraba de recordar los crímenes y las brutalidades de las que había sido testigo. Le daba igual quién estuviera delante; hablaba siempre con gran pasión y vehemencia, como si le fuera la vida en ello, y sus acompañantes no paraban de aconsejarle que moderara el tono y rebajara las palabras si no quería que los demás viajeros se enfadaran y lo arrojaran al mar, lo que a él le hizo sonreír, pues era de los que se crecían ante las dificultades. A diferencia de los dominicos, que obraban movidos por la fe y la justicia, cada vez resultaba más evidente que Bartolomé de las Casas se dejaba guiar también por la mala conciencia y las rencillas particulares, lo que no quitaba para que tuviera razón en mucho de lo que decía.

El pesquisidor añoraba cada vez más a Higuemota. La imaginaba en su casa, comunicándole sus muchos saberes a su hija Mencía o frenando los impulsos rebeldes de Enriquillo, para no disgustar a los cemíes y al propio Rojas. Desde la popa del barco, no dejaba de mirar hacia atrás con melancolía. Aún no habían llegado a España y ya estaba deseando regresar a La Española, para iniciar una nueva existencia junto a su amada, una *vita nuova*, como la de Dante después de conocer a Beatriz. Pero, antes de abandonar Talavera, les dejaría todas sus propiedades a su mujer y a sus hijos. Él no se llevaría nada, salvo algunos libros y papeles. Por ese lado no tendrían nada que temer. Con la ayuda de Higuemota, quería escribir sobre los taínos, sobre sus creencias, sus costumbres y su pasado. También tenía intención de ayudarlos a liberarse de las encomiendas. Pero al rato se arrepentía de lo que había pensado y se preguntaba si no estaría cegado por la

pasión y el deseo, como algunos le habían advertido.

Una tarde se sintió tan desasosegado que decidió hablar de nuevo con fray Antón del asunto, ya que le parecía una persona muy juiciosa e imparcial. Tras recordarle cuáles eran sus planes, le preguntó si creía que estaba obrando bien o si, por el contrario, no era más que un malnacido que solo pensaba en su propio bienestar.

—En cuestiones de amores, yo nada puedo aconsejaros, ya que carezco de experiencia propia, pero, antes de hacer nada, deberíais pensar en el daño que con vuestra decisión vais a causarle a vuestra mujer y a vuestros hijos —le hizo saber fray Antón.

—Puede que tengáis razón, mas mucho me temo que, a la larga, les ocasionaré más dolor si sigo viviendo con ellos, pues me pasaré la vida lamentando no haberme ido con Higuemota, y, poco a poco, se me agriará el carácter de tal manera que acabaré convirtiendo su vida en un infierno o algo peor —argumentó Rojas.

—Eso también es verdad —concedió el fraile—. En cualquier caso, esa es una resolución que solo vos podéis tomar. Hagáis lo que hagáis, seréis vos el que tendrá que apechugar con las consecuencias.

—¿Y creéis vos que los otros españoles de la isla me considerarán un traidor?

—Eso es algo que a mí me llaman a diario desde que tomé partido por los taínos. Pero a todo acaba uno acostumbrándose. Para mí, es casi un timbre de honor —confesó fray Antón.

Aunque le sirvió para desahogarse, la conversación con fray Antón no solo no lo sacó de dudas, sino que le provocó más incertidumbre. El hecho de estar encerrado en un barco, sin poder hacer nada durante todo el día, salvo darle vueltas a la cabeza, aumentaba, además, su impaciencia y desasosiego. Por otra parte, la contemplación del océano ya no lo calmaba, pues el Atlántico poco tenía que ver con el mar que había dejado atrás. Para animarlo, su amigo Manuel le propuso jugar a las cartas, en las que era muy diestro. Y así pasaron buena parte del viaje.

Por fin llegaron a Sanlúcar de Barrameda y luego a Sevilla, donde se enteraron de que Fernando el Católico estaba muy enfermo. Se decía que su mal estaba causado por el abuso de un poderoso estimulante del deseo carnal, pues se había empeñado en engendrar un nuevo hijo para asegurarse la descendencia. En la Casa de Contratación había cierta inquietud sobre cuál iba a ser la política del

heredero del trono en relación con las Indias, ya que de ello dependía el destino de mucha gente.

Tras despedirse de Manuel Sánchez, que tenía intención de dirigirse a Torredonjimeno, los tres amigos fueron a alojarse al convento de San Pablo. Allí les recomendaron que fueran a visitar al arzobispo de Sevilla, Diego de Deza, antiguo prior del convento de San Esteban, a quien Rojas conocía de su época en Salamanca. Este vivía en un palacio recién construido en el corral de los Olmos. Cuando llegaron, el prelado se encontraba en su oratorio rezando por el rey, quien, según les dijo, estaba ya en las últimas. Bartolomé de las Casas le preguntó por su paradero y el arzobispo les contó que, precisamente, había emprendido viaje a Sevilla en busca de un clima más benigno para su dolencia, pero que no sabía cuándo llegaría a la ciudad, si es que lograba arribar a ella, tal era la gravedad de su estado. Como la cosa urgía y los tres estaban muy impacientes por verlo, decidieron salir de inmediato, con el fin de dar con el rey lo antes posible. Dadas las circunstancias, el prelado escribió una carta de su puño y letra dirigida al rey para que los recibiera allá donde estuviera y, después, los invitó a almorzar.

Mientras comían, Rojas tuvo ocasión de conversar con el arzobispo, que se alegró mucho al saber que seguía trabajando como pesquisidor, aunque fuera de forma ocasional, dado que él se consideraba el descubridor de su gran talento y el que le había encargado el primer caso hacía dieciocho años. Luego se interesó por la situación de los dominicos en La Española, pues había oído ciertos rumores sobre sus enfrentamientos con los encomenderos. Fray Antón le explicó cómo estaban las cosas y cuál era el verdadero objeto de su misión. Cuando se despidieron, Diego de Deza les deseó mucha suerte y la ayuda de Dios.

El viaje hacia el norte no fue nada fácil a causa del frío y la lluvia. Pero en ningún momento desfallecieron, ya que temían llegar tarde a su cita con el rey. Por fin lograron verlo en vísperas de la Navidad, concretamente el 23 de diciembre de 1515, en la ciudad de Plasencia, gracias a las gestiones del confesor del monarca, el dominico Tomás de Matienzo. El encuentro tuvo lugar en el alcázar, una antigua fortaleza situada en la parte más alta de la ciudad, en uno de los extremos de la muralla. En la cámara solo había un lecho y varias sillas. El rey estaba rodeado de médicos y criados, a los que enseguida mandó salir.

—¡Habéis vuelto! —exclamó, dirigiéndose a Rojas—. Y bien acompañado,

por lo que veo —añadió con ironía.

—Ruego a vuestra alteza que escuche con atención lo que tenemos que decir —le pidió el pesquisidor, después de interesarse por su salud.

Rojas lo puso al corriente de algunas de las circunstancias del caso que había ido a investigar y entre los tres le expusieron las numerosas quejas sobre la situación de los taínos y sus propuestas para suprimir las encomiendas e intentar salvar a los pocos que quedaban. Pero su alteza estaba ya muy débil y con un pie en la tumba y apenas les hizo caso.

—Hablad con mis consejeros —les recomendó—. Ellos sabrán lo que hay que hacer.

—Pero este es un negocio que importa mucho a vuestra real conciencia y hacienda —le recordó De las Casas—. Si no miramos por los indios, muy pronto desaparecerán y vuestra alteza ya no tendrá de quién servirse en la isla, y sin su servicio no habrá beneficio, como suele decirse.

—Los físicos me han dicho que, si quiero recuperarme, debo dejar a un lado las preocupaciones y los asuntos de gobierno —se justificó el rey, encogiéndose de hombros.

No obstante, cuando ya se iban, al ver su semblante triste y cariacontecido, su alteza les comentó:

—¿Por qué estáis tan afligidos? Si es por mí, no debéis preocuparos. Los grandes reyes no podemos morir nunca; somos inmortales. Recordad que no es la primera vez que paso por un trance así. Hace más de dos décadas, precisamente el mismo año en que Cristóbal Colón viajó por primera vez a las Indias, fui herido de muerte en Barcelona y aquí me tenéis. Los médicos no daban entonces un maravedí por mi vida. Pero se equivocaron. Para su sorpresa, logré sobrevivir, como haré ahora. Tenéis que confiar en mí. Saldré de esta y volveremos a vernos. Dentro de unos días, voy a partir para Guadalupe y, desde allí, viajaré a Sevilla, donde podremos estudiar con calma ese asunto que tanto os obsesiona.

Pero lo cierto era que, según los médicos, estaba ya desahuciado. Días más tarde, lograron hablar con el secretario real, Lope de Conchillos, y con el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, responsable de la política de la Corona en las Indias, ambos con grandes intereses personales en las encomiendas, pues, dejando aparte el caso del rey y del tesorero general de las Indias Miguel de Pasamonte y alguno más, eran los que más indios tenían encomendados en La Española y las otras islas: el primero nada menos que mil cien y el segundo ochocientos. De modo que no les extrañó que el secretario los recibiera con

halagos y tratara de sobornarlos generosamente para que no siguieran con su campaña. Con este fin puso sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro.

—Tomad —le dijo a fray Antón—, con esto tenéis de sobra para terminar el convento que estáis construyendo en Santo Domingo, y el resto podéis repartirlo con vuestros compañeros de fatigas o dárselo a los indios enfermos.

—Antes prefiero vivir y dormir al raso y trabajar en las minas que aceptar ese dinero a cambio de mi silencio —le replicó el dominico.

—En ese caso, no hay más que hablar —respondió el secretario, muy digno, indicándoles la puerta.

El obispo, por su parte, los escuchó con impaciencia y desinterés, hasta el punto de que no paraba de bostezar ni de jugar con una péñola que había sobre la mesa, con la que, de cuando en cuando, se hurgaba las uñas, que las tenía muy largas, como las aves de rapiña, solo que algo más sucias.

—Hablaré con el rey de todo esto en cuanto se recupere, pues ya sabéis en qué estado se encuentra —pretextó el obispo.

—Mientras tanto, os ruego que leáis este memorial y se lo comunicéis luego al rey —le pidió Rojas, entregándoselo.

—Así lo haré —le aseguró el otro, cogiéndolo con la punta de los dedos, como si le diera asco.

Fray Antón, Bartolomé y Rojas se despidieron del obispo tras concertar una nueva cita.

—Mirad qué donosos necios. ¿Qué se me da a mí y qué se le da al rey de todo esto? —le dijo el obispo a su fámulo en voz baja, tan pronto los visitantes abandonaron la sala, lo que no impidió que estos llegaran a oírlo.

A los pocos días volvieron, para ver qué le había parecido a su ilustrísima el memorial. El obispo los recibió esta vez con desagrado y los trató con más displicencia; ni siquiera los mandó sentar.

—Si queréis que os sea sincero, os diré que me ha parecido muy exagerado y, sobre todo, muy sombrío —comenzó a decir, dirigiéndose a Rojas—. ¡Cómo se nota que sois el autor de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*! Vuestro estilo resulta muy persuasivo, tengo que reconocerlo, pero, al mismo tiempo, suscita una gran desconfianza.

—¿Insinuáis acaso que miento? —inquirió Rojas, molesto.

—Lo que digo es que, si no estuviera tan bien escrito ni se complaciera tanto en algunos detalles escabrosos, tal vez resultara más convincente —puntualizó el

obispo.

—Os pido, entonces, disculpas por mi estilo. Pero esa es la verdad, una verdad de la que yo he sido testigo y que muchos otros han corroborado y podrán corroborar, y eso ahora es lo único que importa —replicó Rojas.

—Mucho me temo que habéis perdido el norte —indicó el obispo, con desprecio.

—¿Qué queréis decir?

—Que veis las cosas no como son, sino como otros quieren que las veáis.

—Eso no es cierto —rechazó Rojas.

—¿Sabéis cómo os llaman algunos en la corte? El Amigo de los Indios —reveló con desdén el obispo.

—Los propios taínos me llaman guaitiao, que viene a significar algo parecido. Así que ya imaginaréis lo mucho que me honra ese título —replicó Rojas con orgullo.

—El gobernador interino de Santo Domingo me ha contado en una carta que tenéis relaciones adúlteras con una india —insistió el obispo.

—Esa india tiene nombre y está bautizada —precisó el pesquisidor.

—Os recuerdo que es hija de la cacica Anacaona, a la que Nicolás de Ovando tuvo que ajusticiar por traición y rebeldía, y de tal palo tal astilla —añadió con tono socarrón.

—Estáis equivocado. Si habéis leído el memorial, recordaréis que fue él quien la traicionó. Ella tan solo quería pactar con los españoles, a los que, en parte, admiraba —señaló Rojas.

—Sea como fuere, vos no tenéis aquí ningún crédito. Vuestro juicio sobre la situación de los indios no es imparcial —sentenció el obispo.

—Sabed vos que no soy el único que ha decidido contar la verdad sobre lo que está ocurriendo en las Indias. Mis compañeros aquí presentes, nada menos que un clérigo y un fraile dominico, también han escrito sus propios memoriales, y a ellos no podréis desacreditarlos, como a mí —argumentó Rojas.

—En ese caso, no debéis preocuparos. El rey hará lo que crea mejor y más conveniente.

—Entregadle, entonces, mi memorial. Dejemos que sea él quien lo juzgue y lo valore —propuso el pesquisidor.

—Está bien. Se lo haré llegar —concedió el obispo.

En ese momento, el pesquisidor descubrió, por casualidad, los restos de unos papeles en el fuego de la chimenea. Se acercó a ellos con disimulo y, por la letra, vio que se trataba de su escrito. Con unas pinzas de hierro trató de rescatar lo

que aún quedaba por arder, mas todo fue inútil, pues poco era ya lo que podía leerse.

—Pero ¿por qué lo habéis quemado? —inquirió Rojas con rabia.

—Es para que veáis lo que a vos mismo os espera si seguís adelante con este asunto y no os retractáis —le anunció el obispo.

—¿Me estáis amenazando?

—Tan solo os estoy previniendo, con el fin de que mudéis de opinión.

—Antes se me seque la lengua y la mano que decir o escribir algo que no sea cierto —le hizo saber el pesquisidor.

—Recordad que, dentro de muy poco, ya no contaréis con el apoyo de vuestro querido rey —le avisó el obispo.

—Eso habrá que verlo —replicó Rojas—. En cuanto al memorial, quiero que sepáis que volveré a escribirlo, sin cambiar nada ni omitir ni una sola letra, y yo personalmente me encargaré de que el rey lo lea y tome las medidas oportunas.

—¡Maldito amigo de los indios! Si persistís en el empeño, arderéis en la hoguera, igual que esos salvajes a los que tanto defendéis.

—Seréis vos el que arderéis eternamente en el infierno por vuestra falta de piedad —profetizó Rojas.

Apenas veinte días después, murió Fernando el Católico en el pequeño pueblo de Madrigalejo. Ironías de la vida: su alteza, que había aspirado a ser el hombre más poderoso de su tiempo y que se creía inmortal, acabó entregando su alma en un humilde rincón, cuando iba camino de Guadalupe. Junto a su lecho, había un arcón recién llegado de las Indias con una parte del oro requisado a Lope de la Cruz, destinado ahora a pagar las exequias del rey.

EPÍLOGO

(Lo que pasó después)

Tan pronto se enteró de la noticia de la muerte del monarca, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca trató de que Rojas fuera juzgado por traición. Pero no pudo conseguirlo, pues el rey había dejado ordenado por escrito que a su leal pesquisidor no se le procesara bajo ningún concepto, en atención a los muchos servicios que había prestado a la Corona. Después de arreglar las cosas con su familia, Rojas intentó volver varias veces a Santo Domingo, mas en ninguno de los casos obtuvo la licencia necesaria para ello. El motivo alegado para no concedérsela era que no podía acreditar la debida limpieza de sangre, ya que era converso e hijo de un condenado en su día por judaizar. La Casa de Contratación tenía instrucciones muy claras del obispo de Burgos de que no se le autorizara a embarcar para las Indias, por considerarlo un peligro para la estabilidad de La Española.

Rojas, naturalmente, probó otras vías, como el soborno y la compra de voluntades, sin ningún resultado. Incluso se disfrazó de comerciante y adoptó una identidad falsa, pero alguien lo reconoció cuando se disponía a embarcar. También trató de esconderse entre las mercancías de una nave que iba a Santo Domingo; por desgracia, fue descubierto justo antes de zarpar y lo expulsaron a patadas del barco. Asimismo, intentó viajar a Canarias para allí embarcar hacia el Nuevo Mundo, como hacían algunos. Mas todo fue en vano.

Estando en Sevilla, recibió una carta del obispo en la que le comunicaba que si persistía en su deseo de viajar a La Española y, por casualidad, lo conseguía,

su familia acabaría en la cárcel y perdería todos sus bienes. Derrotado, deshonrado y maltrecho, el pesquisidor decidió volver a casa. Su mujer y sus hijos lo recibieron con júbilo, pensando que se había arrepentido de haberlos dejado y que bien estaba lo que bien acababa. Pronto pudo, además, volver a su trabajo de letrado y alcalde mayor de Talavera, donde pasaría el resto de su vida, salvo alguna que otra escapada.

Las noticias que le llegaban de las Indias, por otra parte, no eran demasiado alentadoras ni halagüeñas. Los indios de La Española seguían disminuyendo de forma alarmante, por culpa, sobre todo, de algunas enfermedades. Mientras tanto, no cesaban de llegar esclavos negros de África, cada vez en mayor número, para ocuparse de los trabajos más duros, ya fuera en las minas o en los ingenios de azúcar.

Rojas le envió varias cartas a Higuemota, tratando de contarle lo que había sucedido y rogándole que ya no lo esperara, que lo sentía mucho, que la seguía amando, pero que no podía hacer otra cosa. Por desgracia, a su amada no le llegó ninguna, ya que fueron a parar a manos del gobernador. Cuando se cumplieron los cuatro años fijados por los cemíes para el comienzo de la rebelión de los taínos, se preguntó qué andarían haciendo Higuemota, Enriquillo y los suyos. Le habría gustado mucho estar con ellos y luchar a su lado contra los españoles, orgulloso de que estos lo llamaran traidor y lo compararan con el conde don Julián. Después trató de olvidar a su amada, mas no llegó a conseguirlo; entre las cenizas de su alma, su recuerdo quedó como un rescoldo a la espera de ser avivado en cualquier momento.

Durante un tiempo, la princesa taína acudió todos los días al puerto de Santo Domingo para ver si arribaba alguna nave de España y comprobar si en ella venía su enamorado o, al menos, una misiva suya con alguna explicación. Daba pena verla, recorriendo el puerto de un lado para otro, ya fuera bajo el sol o bajo la lluvia, mendigando alguna noticia, por pequeña que fuera, de Rojas. Se había descuidado tanto en el aseo y el vestir que no parecía ella. Los que no sabían quién era comenzaron a llamarla la India Loca y los que la conocían de antaño se complacían en ver lo bajo que había caído la hija de Anacaona, la viuda de Guevara y la amante del pesquisidor.

Hasta que un día dejó de ir. El hecho fue muy comentado en los mentideros de Santo Domingo. Lo que nadie sabía era que estaba encinta y tenía que prepararse para dar a luz. Ese fue el motivo de que Higuemota regresara a su hacienda, que, a causa de su larga ausencia, estaba muy abandonada, y mandara llamar a sus sirvientes para volver a ponerla en pie. El parto tuvo lugar en el mes de mayo.

En él alumbró a un niño al que llamó Fernando, en honor a su padre. Semanas después, convocó a Enriquillo y a los demás caciques, incluso a aquellos que se habían refugiado en las montañas, y los reunió en su casa para presentarles a su hijo.

Durante varios días con sus noches, estuvieron haciendo areítos. Para entonces, Higuemota se había convertido en la memoria viva de los taínos; tan solo ella conocía todos los poemas, canciones y relatos antiguos de su pueblo. Al tiempo que danzaba en el batey, les recordó de dónde venían y quiénes eran sus antepasados, cuáles eran sus dioses y sus héroes, sus sueños y sus creencias, sus costumbres y sus habilidades. También les habló de la llegada de los españoles, de su codicia y de su obsesión por el oro, así como de las humillaciones y el gran dolor que les habían causado, sin olvidarse de la matanza de Xaraguá ni de la cruel muerte de Anacaona.

Mientras tanto, Enriquillo se dedicó a reclutar taínos aquí y allá y a conseguir nuevas armas y abastecimientos. Durante meses, él mismo les enseñó a sus hombres todo lo que había aprendido con los españoles: a montar a caballo, a manejar la espada y las armas de fuego, a hacer guerrillas, ataques por sorpresa y emboscadas, a vigilar día y noche al enemigo. Con la ayuda de Higuemota, se dedicó a perfeccionar la red de espías, pues era muy importante saber con antelación qué es lo que preparaban sus enemigos y cuáles eran las fuerzas efectivas con las que contaban. De cuando en cuando, se reunían con los caciques e intercambiaban impresiones. Cada vez había menos taínos en la isla y eso los impacientaba. Pero había que esperar a que se cumpliera el plazo de cuatro años desde la ceremonia de la cohoba.

Un día, cuando volvía a casa después del trabajo, Enriquillo se encontró a Mencía en medio del camino. Tenía el rostro descompuesto, el pelo revuelto y las ropas desgarradas. Entre lágrimas, le contó a su marido que el encomendero Andrés de Valenzuela, el hijo mayor de don Francisco, que ya había muerto, había intentado forzarla, pero ella había logrado escapar. Enriquillo confortó a su mujer y la llevó a casa de Higuemota. Al día siguiente, fue a pedir cuentas al encomendero. Pero este lo recibió con desprecio y malos modos. Así que tuvo que ir a quejarse y pedir justicia al teniente de gobernador de San Juan de la Maguana, que, al ver de qué se trataba, lo amenazó con meterlo en la cárcel si no se marchaba. Luego acudió a la audiencia de Santo Domingo, donde al final le dieron una carta y lo remitieron de nuevo al teniente de gobernador, que lo trató de forma más humillante que en la primera ocasión.

Una vez en casa, Higuemota le rogó a su sobrino que se calmara y aguardara a

que las cosas se enfriaran, pues faltaba muy poco para la fecha señalada por los cemies. Pero Enriquillo se hartó de esperar y le dijo a su suegra que había llegado la hora de rebelarse y hacer la guerra a los españoles, con la autoridad que para ello les otorgaban el derecho de gentes y el derecho natural. De modo que pusieron en marcha el plan que, desde hacía tiempo, habían convenido con los otros caciques. Esa noche abandonaron la hacienda y se dirigieron con varios de sus hombres a la sierra de Bahoruco, al suroeste de la isla. Allí se unió a aquellos que con tanto tesón había adiestrado en el arte de la guerra, a los que, poco a poco, se les fueron sumando muchos otros, procedentes de diversas regiones, así como algunos esclavos negros, huidos de varios ingenios. En ese momento, ya solo quedaban unos dos mil quinientos taínos en manos de los encomenderos, de los que cerca de quinientos huyeron a las montañas y se hicieron cimarrones al mando de Enriquillo.

Juntos derrotaron a las diversas expediciones de españoles enviadas desde Santo Domingo para sojuzgarlos, una tras otra, sin parar de moverse de sitio ni dar descanso al enemigo, pero sin cebarse con él ni causar muertes innecesarias. Por lo general, dividía a sus hombres en dos grupos, uno a su mando y otro de auxilio, conducido por su sobrino Tamayo, y atacaba a los españoles por sorpresa, sin darles tiempo a reaccionar, para luego volver a guarecerse en alguno de sus muchos refugios. Todo esto hizo que el emperador Carlos V tuviera que enviar al capitán Francisco Barrionuevo para que negociara con Enriquillo.

Tras catorce años de lucha e insurrección, con alguna que otra tregua, el joven cacique firmó un tratado de paz con la Corona española por el que se garantizaba el reconocimiento de la libertad de los taínos y el derecho a la propiedad de determinadas tierras, si bien esto no acarrearía la abolición de las encomiendas. A él se le otorgó, además, el título de don. A cambio, eso sí, tuvo que buscar y capturar a los negros e indios cimarrones que todavía seguían campando a sus anchas. Se dice que por cada uno que entregaba le pagaban cuatro camisas de lienzo. Incluso llegó a enfrentarse a Tamayo, su querido sobrino y hombre de confianza, porque quiso continuar la rebelión, junto con otros caciques alzados, como Hernandillo el Tuerto.

Enriquillo, el héroe de Quisqueya, se retiró con su familia y sus hombres al yucayeque de Boyá, una extensión demasiado pequeña como para poder considerarla la tierra prometida con la que tanto había soñado. Pero no tuvo mucho tiempo para lamentarse, pues murió en 1535 a causa de una de las enfermedades que los españoles habían llevado a la isla. Según algunos

cronistas, rindió su alma a Dios como un buen cristiano, tras confesarse y redactar testamento. Otros dicen que murió como un auténtico taíno, reconciliado con los cemíes, y, como tal, lo enterraron.

Para entonces, La Española había dejado ya de ser importante para la Corona, y pronto comenzaría a despoblarse y a ser presa fácil de los piratas. En toda la isla tan solo se contaban unos pocos centenares de taínos, de los cuales algunos siguieron peleando durante varios años, al tiempo que otros se vieron obligados a vivir en aldeas creadas para ellos por las autoridades españolas, hasta casi extinguirse una década después, junto con sus creencias, costumbres, saberes y lengua, si bien es cierto que muchas de sus palabras pasaron al romance castellano.

Mencía sobrevivió a su marido algunos años, los suficientes para poder enseñar a su hija los areítos que a ella le había comunicado su madre. Por decisión de Enriquillo, el cacicazgo lo heredó su hermano, el hijo de Higuemota y de Rojas. En ese momento, Fernando contaba ya diecisiete años. Era más bien alto y de complexión fuerte. Tenía el rostro ovalado, de facciones regulares, y la tez blanquecina, en vivo contraste con el color negro de los ojos y del pelo. Era inteligente y discreto, y gozaba de buena memoria. Su madre lo había educado como a un cacique. Sabía cazar, nadar y manejar el arco y la espada como pocos, pero también se mostraba inclinado a las letras y al estudio.

Higuemota falleció muy poco después, satisfecha por haber sido hija, suegra y madre de caciques y por haber logrado imponerse a los enemigos de su pueblo, aunque fuera demasiado tarde, de forma algo deshonrosa y de manera harto precaria, ya que, como era de esperar, una parte de los acuerdos firmados no se cumplieron por parte de los españoles. De todos modos, pensaba que había merecido la pena. La princesa taína expiró recordando a Rojas, con un ejemplar de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* entre las manos, pues, aparte de su hijo, era lo único que de él le quedaba. Durante todos esos años de separación, lo había leído muchas veces, mas nunca lo había querido terminar. Higuemota estaba convencida de que, si Rojas no había vuelto a Quisqueya, era porque alguien muy poderoso se lo había impedido. Pero también estaba segura de que, tarde o temprano, lo encontraría en alguna parte y le hablaría de su vástago, y los dos se tocarían y se reirían al descubrir que no tenían ombligo.

*Todas las conquistas han tenido sus horrores;
lo que no han tenido las otras son hombres
como fray Antón de Montesinos, fray Pedro
de Córdoba, fray Bartolomé de las Casas...*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, *Calibán. Contra la Leyenda Negra*, 1976

Uno puede descubrir a los otros en uno mismo.

TZVETAN TODOROV, *La conquista de América. La cuestión del otro*, 1982

*Así terminan las míticas proezas del pueblo noble,
así poblaron la isla, así vivieron. Hasta el terrible día
de las antiguas profecías, cuando arijunas (extranjeros)
sangrientos interrumpirán el sagrado areyto de la tierra
y el cielo, y ya nunca más se oirá pronunciar ¡TAÍNO!*

CRISTIAN MARTÍNEZ, *Tureiro*, 2007

AGRADECIMIENTOS Y DEUDAS

Quiero dar públicamente las gracias a José Antonio Sánchez Paso, por su atenta y atinada lectura de este nuevo *manuscrito*, como ya hizo con los anteriores; a Ricardo Rivero, que también lo leyó y apoyó mi proyecto desde el primer momento y me ayudó con sus contactos en la República Dominicana; a Marisa Rubio Villegas, Antonio Sánchez Zamarreño y Mercedes Marcos, por sus buenos y sabios consejos, y a José Ángel Gimare Calama, que se inició en la lectura de libros con *El manuscrito de piedra*, cuando tenía casi cincuenta años, así como a los dominicanos, siempre tan amables, generosos y atentos, Frank Moya Pons, Manuel García Arévalo, Marcio Veloz Maggiolo, Carlos Esteban Deive, Rafael García Bidó, Yaniris López, Xiomarita Pérez, Thimo Pimentel, Cristian Martínez, José Alcántara Almánzar, Francisco Ortega Polanco, Pilar Albiac, Jorge Tena y, muy especialmente, a la Fundación Corripio, que me invitó a pasar unos días en Santo Domingo, en julio de 2018, para poder documentarme y conocer la ciudad. Por otra parte, este libro no habría llegado a los lectores sin la confianza, la complicidad y el buen hacer de la editorial Espasa.

La novela *El manuscrito de aire*, al igual que *El manuscrito de piedra*, *El manuscrito de nieve* y *El manuscrito de fuego*, que la precedieron, es hija de la imaginación propia y de algunos libros ajenos. He aquí, pues, una amplia selección de los textos que me ayudaron en esta nueva travesía, si bien conviene recordar, una vez más, que se trata de una obra de ficción y que, por lo tanto, el autor se ha tomado en ella algunas libertades:

Pedrarias de Alместo y Francisco Vázquez, *Jornada de Omagua y Dorado. Crónica de Lope de Aguirre*, Madrid, Miraguano, 1986; Pedro Borges, *Quién era Bartolomé de las Casas*, Madrid, Rialp, 1990; Bartolomé de las Casas, *Apologética historia*, 2 vols., ed. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1958; Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, 3 vols., ed. de André Saint-Lu, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986; Bartolomé de las Casas, *Breve relación de la destrucción de las Indias*, ed. de André Saint-Lu, Madrid, Cátedra, 1989; Bartolomé de las Casas, *Apología o declaración y*

defensa universal de los derechos del hombre y de los pueblos, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999; Roberto Cassá, *Los taínos de La Española*, Santo Domingo, UASD, 1974; José Chez Checo (comp.), *Imágenes insulares. Cartografía histórica dominicana*, Santo Domingo, Banco Popular, 2008; Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, Madrid, Alianza Editorial, 1976, así como la adaptación libre de Francis Ford Coppola, *Apocalypse Now*, Estados Unidos, Zoetrope Studios, 1979; Francisco Domínguez Compañy, *La vida en las pequeñas ciudades hispanoamericanas de la conquista*, Madrid, Cultura Hispánica, 1978; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 2 vols., ed. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959; Manuel de Jesús Galván, *Enriquillo*, Santo Domingo, Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, 2018; Rafael García Bidó, *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2010; Miguel León-Portilla (ed.), *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, UNAM, 1999, Manuel Maceiras Fafián y Luis Méndez Francisco, *Los Derechos Humanos en su origen. La República Dominicana y Antón Montesinos*, Salamanca, Editorial San Esteban, 2011; Cristian Martínez, *Tureiro. Areyto de la tierra y el cielo. Mitología taína*, Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana, 2007; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Polifemo, 1989; Esteban Mira Caballos, *El indio antillano: repartimiento, encomienda y esclavitud (1492-1542)*, Sevilla-Bogotá, Muñoz Moya editor, 1997; Esteban Mira Caballos, *La gran armada colonizadora de Nicolás de Ovando, 1501-1502*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2014; Frank Moya Pons, *Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro*, Madrid, Alianza, 1987; Frank Moya Pons (coord.), *Historia de las Antillas*, vol. II: *Historia de la República Dominicana*, Madrid, CSIC-Doce Calles, 2010; José R. Oliver (ed. principal), *El Caribe precolombino. Fray Ramón Pané y el universo taíno*, catálogo de la exposición, Madrid, Ministerio de Cultura, 2008; Francisco José Orellana, *Flor de Oro (Anacaona, reina de Jaragua)*, ed. facsimilar de la ed. original, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2018; Ramón Pané, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Madrid, Siglo XXI, 1988; Luis Joseph Peguero, *Historia de la conquista, de la isla Española de Santo Domingo trasumptada el año de 1762*, 2 vols., ed. Pedro J. Santiago, Santo Domingo, Museo de las Casas Reales, 1975; Enrique Pérez Díaz, *Mitos y leyendas de los taínos, antiguos pobladores de las Antillas*, Madrid, Miraguano, 2002; Sebastián Robiou Lamarche, *Taínos y caribes. Las culturas aborígenes*

antillanas, San Juan (Puerto Rico), Punto y Coma, 2003; María Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Madrid, Siruela, 2016; Emilio Rodríguez Demorizi, *Los Dominicos y las encomiendas de Indios de la isla La Española*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1971; Genaro Rodríguez Morel (coord.), *Historia general del pueblo dominicano*, tomo I, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2013; Rafael Sánchez Ferlosio, *Esas Yndias equivocadas y malditas*, Barcelona, Destino, 1994; J. Jesús María Serna Moreno, *República Dominicana, Identidad y herencias etnoculturales indígenas*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2010; Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987; Tomás de la Torre, *De Salamanca, España, a Ciudad Real, Chiapas (1544-1546)*, ed. de Pedro Tomé y Andrés Fábregas, Madrid, CSIC-Universidad Intercultural de Chiapas, 2011; Catharina V. de Vallejo, *Anacaona*, Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana, 2015; Varios Autores, *Cristóbal Colón y los taínos*, catálogo de la exposición, Caja Segovia, 2008; VV.AA., *El grito y su eco. El sermón de Montesino*, Salamanca, Editorial San Esteban, 2011; VV.AA., *La cultura taína*, Madrid, Turner, 1989; VV.AA., *Un autor, una ciudad, un tiempo. Fernando de Rojas y la Talavera del siglo XVI*, Talavera de la Reina, Colectivo de Investigación Histórica Arrabal, 1999.

El manuscrito de aire

Luis García Jambrina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019
© de la imagen de la portada, José Luis Paniagua

© Luis García Jambrina, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5698-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA HISTÓRICA



¡Síguenos en redes sociales!

